



Camilo Marks  
(Compilador)

GRANDES CUENTOS  
CHILENOS DEL SIGLO XX

*Editorial Sudamericana* NARRATIVAS / Antología

## Camilo Marks



Camilo Marks ha sido crítico literario desde 1988 en *Apsi*, *Literatura y Libros de La Época*, *Qué Pasa*, *La Tercera* y en diversos medios. Hoy escribe de forma semanal para la *Revista de Libros* de *El Mercurio* y es panelista del programa de televisión *Hora 25* de TVN. Abogado de profesión, trabajó en el Comité Pro Paz, en la Vicaría de la Solidaridad, en la Corporación de Reparación y Reconciliación y en la Comisión Valech, entre otros organismos de derechos humanos. En 2001 y 2004 publicó las novelas *La dictadura del proletariado* y *Altiva música de la tormenta* (ambas finalistas del premio Rómulo Gallegos), publicada la segunda por esta editorial. En 2003 compiló esta antología y en 2007 editó *La crítica: el género de los géneros*, su primera recopilación de ensayos en torno a temas relacionados con la literatura. Ha sido, además, traductor y consultor de varias editoriales; asimismo, ha participado como jurado en concursos del Fondo Nacional del Libro, de la *Revista de Libros* y del Premio José Donoso.

En la actualidad ejerce la docencia en la Universidad Diego Portales y en la de Santiago.

GRANDES CUENTOS CHILENOS DEL SIGLO XX



Camilo Marks

(Compilador)

GRANDES CUENTOS CHILENOS  
DEL SIGLO XX

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de la editorial.

El autor de esta antología agradece la contribución del Fondo Nacional del Libro y la Lectura durante la elaboración de ella.

#### IMPRESO EN CHILE

© 2001, Camilo Marks

© Alberto Fuguet

© 2001, Editorial Sudamericana S.A., Random House Mondadori S.A.

Merced 280, piso 6, Santiago de Chile

Teléfono: 782 8200 / Fax: 782 8210

Web: [www.rhm.cl](http://www.rhm.cl)

E-mail: [editorial@rhm.cl](mailto:editorial@rhm.cl)

Primera edición: octubre de 2002

Segunda edición: marzo de 2004

Tercera edición: octubre de 2007

ISBN N° 956-262-160-X

Inscripción en el Registro de Propiedad Intelectual N° 125.930

Ilustración de portada: Óleo de Loreto Alonso (1989)

Diagramación y composición: Josefina Méndez

## PREFACIO A LA TERCERA EDICIÓN

Me resulta imposible pasar por alto el hecho de que el libro *Grandes cuentos chilenos del siglo XX*, cuando se publicó en 2002, se hizo apenas acreedor de una crítica que, en inglés, se denomina *unqualified praise*. Esto significa celebración sin restricciones, aplauso cerrado, juicio por entero positivo. Ella provino de Rodrigo Cánovas, en la *Revista de Libros*, de *El Mercurio*. Dicho comentario hace honor al estudioso y a mí me honra por varios motivos, pero, debido a razones de espacio, me limitaré a señalar los esenciales. Cánovas es, en el medio académico, el máximo especialista en el relato corto nativo y tuvo la increíble valentía, el inusitado coraje, la transparente franqueza de reconocer que, al leer mi antología, se había encontrado con varias sorpresas y novedades. Muy pocos, por no decir nadie, es capaz, hoy por hoy en Chile, de escribir algo semejante. Además, su lectura fue tan inteligente y perspicaz que logró, sin aparente esfuerzo, hallar varios hilos conductores, temáticas comunes, parámetros argumentales que echaban por la borda muchos mitos perjudiciales en torno a nuestra narrativa. Y, sobre todo, Cánovas se arriesgó a formular una audaz hipótesis unitaria en una obra bastante heterogénea, cuya gestación fue difícil y azarosa en extremo. De este modo, en la especie, la crítica literaria logró uno de sus más altos objetivos: transmitió un entusiasmo inmediato por el conocimiento del ejemplar y consiguió

que el propio autor de la compilación viera cosas que no había visto, descubriera hallazgos ocultos y relejera el texto con nuevos ojos. Por supuesto, para plantear sus incisivas y acertadas teorías, Cánovas leyó todos y cada uno de los relatos de la colección que tanto trabajo me costó reunir.

En cambio, el resto, como de costumbre, se dedicó a achicar la veta o, en el mejor de los casos, a relativizar los criterios de elección, censurar las omisiones, refunfuñar por diversas causas. Uno de nuestros más sofocados, estertorosos, alambicados y peculiares prosistas se refirió, única y exclusivamente, al prólogo de *Grandes cuentos chilenos del siglo XX*; en tanto otro, que suele emplear seudónimos, quien también sólo mencionó la introducción y los resúmenes biobibliográficos puestos al final del volumen, clamó a los cuatro vientos porque yo habría atribuido erróneamente al recién fallecido Claudio Giacconi el estudio que él hizo sobre Nicolai Gogol. Si me detengo más de la cuenta en dos reseñas insignificantes es porque me parece el colmo de la inmoralidad enjuiciar textos sin leerlos, no ya en su integridad, sino aludiendo meramente, deteniéndose al pasar, con ingente denuedo, que refleja pura mala intención, simple mala fe, en las solapas, la contratapa o las notas de la obra. Me produciría un alto grado de satisfacción saber hasta qué punto estos recensionistas son capaces de elaborar una buena antología sobre cualquier cosa o, para el caso, un libro pasable de alguna clase. En los veinte años que llevo ejerciendo el oficio de crítico, jamás he dejado de leer los títulos acerca de los que opino, desde la primera hasta la última página de ellos.

Como sea, *Grandes cuentos chilenos del siglo XX* viene ahora con cuatro magníficas adiciones, cuatro sorpresas mayúsculas, para mí y, me atrevo a creer que también para todos los amantes del mal llamado género breve en Chile. “¡Pobre feo!”, del prolífico Eduardo Barrios, es, tal vez, el mejor de sus diez cuentos y constituye una de las pocas incursiones felices en el relato epistolar dentro de la narrativa nacional. Escrito en 1912, parece haber sido concebido en el presente y tanto la historia, que pudo haber sido demasiado patética, resultando, por el contrario, graciosa, como el estilo, colo-

quial y liviano, no muestran señales de envejecimiento. Lo mismo puede decirse de "Iniquidades de Chu Yuan", de la impredecible Marta Blanco, una hermosa fábula, escrita con absoluta soltura, en torno al poder y la libertad, la belleza y la ceguera humanas, ambientada en la China de tiempos legendarios.

"Las viejas compasiones", de Germán Marín, condensa, en poco más de quince concentradas páginas, todo el universo creativo del autor de *La ola muerta*. El joven protagonista de esta febril, intensa, bella y desgarradora narración es el mismo héroe que sufrirá sucesivas metamorfosis en las magníficas trilogías de Marín, concebidas en esa prosa descalabrada, visceral, luminosa y única entre los actuales novelistas chilenos. Y "El papá de la Bernardita", de Mauricio Wacquez, revela una faceta deslumbrante, algo desconocida y muy entrañable del futuro creador de *Frente a un hombre armado*: pocas historias como ésta han sabido recrear el cambiante abanico emocional de la adolescencia, las confusas relaciones entre jóvenes y adultos, la agridulce mezcla de sentimientos ante el primer amor, el torbellino de sensaciones inexpresables de quienes están dejando de ser niños y niñas.

Si las anteriores ediciones de esta colección de cuentos lograron despertar el interés por las obras de Marta Brunet, José Santos González Vera, Francisco Coloane, Rafael Maluenda o Gonzalo Contreras, Ana María del Río y Carlos Iturra, entre los escritores aún jóvenes de hoy, espero que ahora suceda lo mismo con Eduardo Barrios, Marta Blanco, Germán Marín y Mauricio Wacquez.

Camilo Marks

## AGRADECIMIENTOS

Este libro debería estar dedicado a Germán Marín, pero como él es hoy uno de los mejores escritores nacionales, en plena producción, y yo pienso continuar ejerciendo la crítica literaria, a lo menos durante los próximos veinte años, tal dedicatoria podría prestarse a equívocos. Sin embargo, deseo dejar constancia de que, sin el apoyo entusiasta e incondicional de Germán Marín, desde el momento mismo en que presenté el proyecto de este libro a la Editorial Sudamericana Chilena, no habría sido posible llevarlo a cabo en la forma que ahora presenta. Porque la generosidad, el profundo conocimiento de la literatura chilena, que compartió de manera espontánea conmigo, y la sensibilidad de este autor, llegaron mucho más lejos de lo que yo esperaba o tenía derecho a esperar. Gracias a sugerencias tuyas, hechas con un tino y delicadeza poco comunes, introduje en este trabajo varios relatos que, de otra manera, habría pasado por alto. Nunca dejaré de reconocer y agradecer su aporte sustancial a esta obra.

Agradezco también a Arturo Infante, gerente general de Sudamericana Chilena en el momento de presentarle el plan de *Grandes cuentos chilenos del siglo XX*, por el inmediato interés que demostró en esta colección. Y, desde luego, debo agradecer, del mismo modo, a Francisco Tepper, sucesor de Infante y, en la actualidad, gerente general de Random House Mondadori, quien tomó en sus manos

la difícil tarea de poner término a esta antología. Mi gratitud se extiende, igualmente, a Pola Núñez, por su paciencia, inteligencia y profesionalismo, así como a quienes han trabajado junto a ella en la elaboración y difusión de esta obra. El resto de las personas que participaron, primero en Sudamericana Chilena y después en Random House Mondadori, en la ejecución de *Grandes cuentos chilenos del siglo XX*, merecen mi incondicional gratitud.

Por último, y de modo muy cálido, hago extensivos mis agradecimientos a Marisol Zavala, mi ayudante en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Santiago. En medio de muy malas condiciones materiales —y peores de salud—, logró la hazaña de elaborar, en tiempo récord, un primer borrador de los cuentos aquí seleccionados y en el cual hubo de practicarse muy pocas correcciones.

Las omisiones, errores o interpretaciones inadecuadas que pudieran advertirse en *Grandes cuentos chilenos del siglo XX* son, naturalmente, de mi exclusiva responsabilidad.

C. M.

## PRÓLOGO

La palabra “grandes”, que encabeza el título de este libro, requiere una explicación. Ella no presupone jerarquías, ordenamientos calificadores, grados, notas o un sistema de rangos donde se va de lo mejor a lo peor, de lo excelente a lo bueno y así, sucesivamente. Todos los cuentos de la actual colección son grandes porque han resistido el paso del tiempo, se leen y releen con intensificado placer, generan auténtico goce estético, a veces sorprenden de manera muy grata y, en ocasiones, llegan a causar admiración o júbilo en el lector. Por supuesto, no estamos ante los más altos exponentes del talento cuentístico editados en Chile durante el siglo XX, y al autor de esta antología jamás se le pasó por la cabeza la idea de optar por una selección tan ambiciosa y excluyente. *Grandes cuentos chilenos del siglo XX* es el fruto del estudio y la lectura sistemáticos, durante muchos años, del género breve según se practicó en nuestro país en el siglo pasado, pero, aún así, hay numerosos escritores de calidad exceptuados del presente volumen. Y muchos echarán de menos ciertas historias, que bien podrían estar entre las mejores publicadas en el medio nacional.

La única justificación para haber preferido el vocablo “grandes” reside en una discutible premisa: en general, no tenemos grandes cuentistas, aunque, examinando el panorama literario de los cien años recién finalizados, hallamos notables, incluso sobresalientes

muestras de este difícil y engañoso arte en prosa. Tal juicio es, cómo no, arbitrario y se basa en un criterio comparativo. Si la poesía chilena contemporánea alcanzó proyección universal y podemos afirmar, sin lugar a dudas, que Gabriela Mistral, Huidobro, Neruda, De Rokha, Teillier, Lihn, Anguita y otros sitúan a nuestra lírica en el trono más elevado de la lengua española, no podemos decir lo mismo con respecto al cuento. Y si comparamos, por ejemplo, a los maestros rioplatenses del género —desde Quiroga hasta Cortázar, desde Borges hasta Onetti— con los cuentistas chilenos, resulta obvio que no llegamos a esa altura.

No obstante, los creadores literarios del país han concebido piezas de extensión más o menos reducida, que no palidecen al lado de aquéllas imaginadas por éstos y otros autores latinoamericanos. Para ser consecuentes con lo dicho al principio —ausencia de escalas cualitativas—, los relatos de esta compilación están organizados de acuerdo al orden alfabético de los respectivos nombres contemplados en ella. Al final del tomo, se agrega una sucinta biografía, indicándose las obras más significativas de los narradores escogidos, una concisa evaluación crítica de ellos y las fuentes bibliográficas utilizadas en esta antología. Y dejemos hasta aquí la apología por un término sin mayor trascendencia.

Este libro no está dirigido a especialistas, doctores en literatura, estudiantes de postgrado o investigadores en arduas materias relacionadas con el lenguaje. De todas formas, también podría serles útil en la medida en que contiene a autores poco divulgados, fuera de circulación o injustamente olvidados. Siempre es atrayente y a veces hasta constituye motivo de alborozo, descubrir a algún prosista superior o reencontrarse con él. Si ello sucede, cualquiera persona deseará seguir conociendo el resto de su obra. Cualquiera persona significa desde académicos hasta dueñas de casa, desde empleados públicos hasta lectores consuetudinarios, si es que esta última especie de individuos no ha desaparecido completamente de Chile.

*Grandes cuentos chilenos del siglo XX* está destinado a lo que, de manera un tanto vaga, se llama “público general” y como en este

caso se trata, invariablemente, de cuentos de calidad, muy bien contruidos, amenos, de lectura sencilla, asequibles, ese sector de la población los apreciará enseguida.

Sin embargo, hay un estrato específico de la menguante población lectora del país, en el cual se ha pensado de modo particular al acometer esta tarea. Nos referimos a los estudiantes de enseñanza media o que están iniciando la educación superior, que todavía no se sienten a gusto o, a lo mejor, no se reconcilian con la gran literatura chilena. Abrigamos la esperanza de que esta colección de relatos breves les demostrará que vale la pena internarse en ella. ¿Y hay algo mejor que un excelente cuento de Marta Brunet, Francisco Coloane, José Donoso o José Santos González Vera, para querer seguir leyéndolos?

La presente selección, como todo proceso que implica escoger, singularizar, individualizar, posee cierta dosis de arbitrariedad —nos gusta más decir discrecionalidad o libertad— y dependió, en buena medida, de los gustos personales del antologador. Pero hay escritores infaltables, en cualquiera crestomatía literaria del país que abarque los últimos cien años, tales como María Luisa Bombal, Manuel Rojas, José Donoso, Baldomero Lillo, Federico Gana o Francisco Coloane, por citar sólo ciertos nombres fundamentales en el desarrollo de nuestra tradición narrativa. A los dos primeros no hemos podido incluirlos en este trabajo, debido a las razones que dimos en la Nota Preliminar. Con seguridad, se nos ha escapado algún otro cuentista importante, aunque ya dijimos que ésta no es una obra para especialistas. Además, y por motivos editoriales, es imposible hacer caber a una cincuentena, o a un centenar de pro-sistas, que lograron imprimir historias cortas de cierto valor, durante el período cubierto en *Grandes cuentos chilenos del siglo XX*. Sea como fuere, la amplitud de esta recopilación, su diversidad temática y su extensión cronológica —los cuentos comprendidos en este trabajo se conocieron desde los albores de esa edad ya concluida, hasta 1999— compensan esos hipotéticos vacíos.

Quizá injustamente, hemos pasado por alto a un vasto grupo de escritores que forman parte sustancial de nuestra tradición literaria

y fueron lectura obligatoria de las escuelas, colegios y liceos, por mucho tiempo. Se trata de aquellos narradores pertenecientes a esa variante de la tradición naturalista, conocida como criollismo, o de varios que practicaron diversos ismos u otros muy cercanos a estas corrientes. Entre ellos, cabe referirse a Mariano Latorre, Luis Durand, Daniel Belmar, para no detenerse en algunos muy bien reputados mientras publicaron y hoy en día poco leídos, tales como Alberto Romero o Fernando Santiván. En nuestra opinión, continúan siendo autores significativos. Al volver a abordarlos, resultan admirables el dominio idiomático, la formación cultural, el compromiso social o la identificación de ellos y su obra, tanto con la realidad como con la historia nacional. Cuando se les tuvo que leer como exigencia de los programas escolares, parecían tediosos y a ratos abrumadores; pero en la actualidad, si se dispone de tiempo y calma, pueden considerarse escritores de gran mérito. Marta Brunet estuvo muy por encima de su época, en muchos sentidos, y hoy puede ser tomada en cuenta como una de las grandes prosistas nacionales. Es la excepción suprema dentro de las tendencias dominantes de aquella etapa y, en cierta medida, también lo son Federico Gana y Rafael Maluenda. Los demás nombres señalados —y muchos otros— no parecen atractivos para el lector de la actualidad y sería contraproducente incorporarlos en una antología de esta clase.

En cambio, hay escritores de principios, mediados o fines de la centuria pasada, que conservan una poderosa vigencia y no hemos dudado en volver a editar sus cuentos. Con todo, hubo una deliberada discriminación al elegir determinados títulos. Por decirlo en otras palabras, hubo una elección de la elección. Hemos querido que este conjunto de relatos no contenga historias demasiado antologadas, con el fin de que el lector no se tope, nuevamente, con textos que ya ha debido conocer en el colegio y durante las clases. Son los casos típicos de "El árbol", de María Luisa Bombal y "El vaso de leche", de Manuel Rojas, los cuales, prácticamente, forman parte de todas las compilaciones del género breve publicadas en los últimos cincuenta años. Por este motivo, habíamos seleccionado

otras de sus narraciones, de semejante calidad, pero menos conocidas, las cuales, desgraciadamente, no pudieron formar parte del presente libro, por los motivos ya indicados en la Nota Preliminar. Como sea, algunos relatos poco divulgados de Rafael Maluenda o Poli Délano compensan esta deplorable ausencia. Procedimos de igual manera con Antonio Skármeta, de quien "El ciclista del San Cristóbal" ha sido ampliamente difundida, escogiendo, en cambio, una de las menos conocidas, y mejores narraciones, de *El entusiasmo*, su primer libro. Y de Baldomero Lillo, el narrador más antiguo de esta antología, en un sentido cronológico, preferimos "Los inválidos", en cuanto esa formidable narración inaugura *Sub terra*, anunciando el clima tremendista, alucinante, sobrecogedor, del resto de su producción literaria.

A pesar de lo que recién expusimos, no pudo siempre aplicarse este criterio. Y quisimos incluir "Adiós a Ruibarbo", de Guillermo Blanco, la historia corta más famosa del autor; si bien el novelista ha creado otros notables exponentes del género breve, ninguno supera, a nuestro juicio, esa bella anécdota. Es el caso, también, de "El padre", de Olegario Laso, probablemente el más conocido de sus *Cuentos militares* —dos tomos de excelentes relatos, sin reeditarse hace unos treinta años—. Sin embargo, debido a las reiteradas negativas de las editoriales Zig-Zag y Andrés Bello, respectivamente, *Grandes cuentos chilenos del siglo XX* no cuenta con esas dos excepcionales piezas cuentísticas. Como principio general, pues, hemos intentado no incluir títulos demasiado obvios, con unas pocas excepciones.

Si una norma fundamental ha sido destinar este libro a toda especie de público, la otra, ya enunciada, ha consistido en buscar obras inaceptablemente ignoradas o sin edición disponible en las librerías o en la generalidad de las bibliotecas. Al adoptar esta pauta, quisimos que primara una visión desprejuiciada y heterodoxa de lo que fue la literatura chilena durante el siglo XX. Por ejemplo, hubiéramos deseado ver aquí una narración de Luis Alberto Heiremans, mucho más conocido como dramaturgo, pero su libro de relatos *Seres de un día*, cabe dentro de lo que se ha denominado

novelas cortas —o nouvelles— y la longitud de cualquiera de ellas impide su inclusión en este trabajo. Por su parte, Fernando Jousseau, quien es igualmente un gran autor teatral, ha publicado dos excepcionales colecciones de cuentos, por lo que no titubeamos en escoger uno de ellos. Francisco Rivas destacó por sus novelas en la década de 1980, pero pensamos que, indudablemente, logró un nivel mucho más elevado en el género breve y tanto el cosmopolitismo como la perfección formal lo acercan bastante a Jousseau. Adolfo Couve insistió en llamar “novela” a “El cumpleaños del señor Balande”, pero el laconismo, la consistencia y tensión interna de la trama, hacen que, en verdad, se trate de un cuento. Enrique Lihn es uno de los poetas esenciales de la segunda mitad del siglo XX en Chile, pero fue, además, un creador múltiple e inclasificable, que incursionó en casi todos los géneros literarios, destacando, sobre todo, en la crítica y el ensayo. El cuento que aquí aparece es una muestra de ese multifacético talento y una prueba más de su originalidad artística.

Una de nuestras aspiraciones habría sido, por supuesto, poder incluir en esta colección a más mujeres que ejercen o ejercieron el oficio de escribir. Sin duda, ellas tuvieron una presencia importante en la primera mitad del siglo pasado, pero durante ese período no sobresalieron, de modo decisivo, en el género del cuento. Y es un hecho incontestable que las escritoras chilenas se dieron a conocer, en forma elocuente, en el transcurso de los últimos cincuenta años. Pero, dado que la mayoría de ellas ganó un merecido espacio en el campo de la novela, como así lo prueban Mercedes Valdivieso, Elisa Serrana, María Elena Gertner y varias otras, en rigor, no caben en este volumen.

Lo mismo ocurre, por lo general, con las autoras del momento presente, desde las más populares y exitosas, como Isabel Allende o Marcela Serrano, hasta aquellas creadoras exigentes y peculiares, entre las cuales destacan Diamela Eltit y sus seguidoras. Así, la mayoría de las mujeres de letras que hoy día publican en Chile o son nacionales, deben calificarse como novelistas.

Y, a propósito de Isabel Allende, otro principio de este trabajo antológico ha sido incorporar a él, de modo exclusivo, cuentos escritos y publicados en Chile. Debido a motivos del todo prácticos, e independientemente de sus respectivas calidades literarias, quedaron, entonces, excluidos, entre otros, Roberto Bolaño, Luis Sepúlveda y la ya mencionada Allende.

Si repasamos la lista de autores seleccionados, veremos que casi la mitad de ellos ha fallecido. Algunos murieron hace poco y bastante jóvenes (Lihn y Couve), mientras, unos cuantos dejaron de existir hace treinta, cuarenta o cincuenta años. Hubo quienes permanecieron activos, vigentes y escribiendo hasta el postrer día de sus vidas, en tanto, en la práctica, un número no desdeñable de narradores, pasó al olvido tras su muerte. O, lo que es peor, permanecen todavía en esa suerte de limbo ocupado por personajes de nuestra cultura bastante conocidos, pero muy poco leídos, como ocurre con Óscar Castro y José Santos González Vera.

Por supuesto, haber muerto no es un requisito de la siempre relativa inmortalidad literaria. En cambio, el paso de los años sí lo es. La historia de la literatura, en todos los países, está repleta de nombres de individuos ilustres, muy reconocidos durante su paso por la tierra y muy ausentes en la memoria de las personas, sea al desaparecer ellos físicamente, sea mientras gozaban de óptima salud. Debido a esto, es en extremo arriesgado vaticinar la permanencia o asegurar el porvenir de los creadores en el mundo del arte novelístico o dentro del género breve. Y más peligroso aún es efectuar pronósticos hoy día, cuando los gustos cambian a cada rato, las preferencias de los lectores son impredecibles y la actividad artística se encuentra a merced de la publicidad o en manos de la industria del espectáculo y la entretención. Es, entonces, muy utópico ignorar estos parámetros y pasar por alto hechos que están a la vista de todo el mundo.

Como sea, hemos efectuado un serio esfuerzo para seleccionar obras y autores cuya vigencia y calidad son indiscutibles, más allá de fenómenos como la moda y las tendencias, a veces tan efímeras, del mercado. Por lo tanto, un apreciable conjunto de títulos com-

prendidos en este libro corresponde a publicaciones que vieron la luz hace cincuenta o más años y se trata, en tales casos, de escritores que ejercieron su oficio durante la primera mitad del siglo XX. Por otra parte, diversos cuentos antologados aquí fueron concebidos por narradores mayores que continúan escribiendo, aun cuando, por su edad y situación generacional, se trata de artistas que claramente no forman parte de las corrientes actuales.

Frente a lo antes dicho, queda en claro que *Grandes cuentos chilenos del siglo XX* no se adscribe a ninguna escuela, ni tampoco se ubica en determinadas tendencias, prevalecientes, por mucho tiempo en la enseñanza de la literatura nacional (la de las generaciones de escritores, la de los casos excepcionales y únicos, el realismo, el simbolismo, el surrealismo, otros ismos, etc.). Si bien nos hemos detenido, con cuidado, en los textos más importantes elaborados por destacados profesores de literatura chilena, terminamos por saltarnos las denominaciones y clasificaciones realizadas en los departamentos universitarios, donde se imparten asignaturas relacionadas con las letras. Ello no se origina en una falta de respeto hacia la academia, sino en otro tipo de consideraciones, relacionadas, más bien, con lo que pensamos son los gustos del público lector actual. En gran medida, el orden alfabético al que aludíamos al comienzo, obedece a esta finalidad: quien lea este libro, no tendrá que hacer frente a ningún prejuicio jerárquico ni podrá tampoco deducir las preferencias de este crítico y antologador. En las breves biografías evaluativas, agregadas al final del libro, esto queda de manifiesto. Aunque se cita a importantes críticos literarios chilenos y, aunque se realizó un esfuerzo importante por situar a cada escritor y escritora, dentro de sus respectivos contextos y épocas, se notará de inmediato que todas las calificaciones son muy positivas y muy generosas hacia todos y cada uno de los antologados.

El autor de esta selección de cuentos está consciente, pese a lo previamente expuesto, del pecado que a menudo se comete al llevar a cabo obras de esta clase. Esta antología podría ser susceptible de una seria crítica. Estamos aludiendo al "presentismo", esto es, la

inclusión de títulos y autores algo recientes, en perjuicio de ciertos literatos más antiguos. Ese defecto se advierte en todas las crestomatías publicadas ahora último en Norteamérica y Europa. Acontece lo mismo en las historias de la literatura o en los manuales preparados por críticos y estudiosos, estadounidenses o europeos, en torno a la novela, el cuento o la poesía del siglo XX. Es decir, se privilegia, en extensión de páginas, en el análisis o en los datos biográficos, a los escritores actuales, por sobre los anteriores, hasta el punto de que algunos nombres claves de principios de siglo pasan inadvertidos o ni siquiera son citados. Aun cuando nos hayamos esmerado para que ello no suceda con este volumen, tal vez hemos incurrido, involuntariamente, en el delito de “presentismo” que insinuábamos. La sola defensa para el compilador de *Grandes cuentos chilenos del siglo XX* descansa en que él ha practicado la crítica semanal, durante quince años, en diversos medios y ha debido leer, necesariamente, a innumerables escritores y escritoras chilenos del momento, debiendo, durante temporadas y por períodos algo prolongados, con mucha pesadumbre, dejar de lado a los grandes autores nacionales de la primera mitad del siglo que acaba de terminar. En la crítica literaria, el imperativo de lo actual suele, muchas veces, primar por sobre la rigurosidad de los valores esenciales con que las obras eminentes de la literatura permanecen.

Pese a las anteriores excusas, si ese defecto existe en esta colección de cuentos, hemos intentado atenuarlo con los alicientes a los que ya nos referimos, de modo exhaustivo, al comienzo del prólogo. Con franqueza, pensamos que una cuota de audacia y riesgo en la selección de las historias que componen este tomo podría compensar las inevitables fallas contenidas en él.

Finalmente, también nos hemos aventurado en un territorio inseguro al escoger a autores nuevos, cuyo destino en la historia de la literatura chilena no está garantizado. Jaime Collyer, Gonzalo Contreras, Alberto Fuguet, Carlos Iturra y Ana María del Río son, todavía, bastante jóvenes y emergieron a la luz pública, con mayor o menor reconocimiento, en los últimos años de la centuria pasa-

da. Junto a ellos, hubo una proliferación de novelistas y cuentistas vastamente conocidos, muchos de los cuales continúan publicando, a veces con éxito y en ocasiones, de modo menos llamativo. No existe ningún motivo especial o concreto para haber elegido a estos cinco narradores, salvo que sus textos son historias breves de muy buena factura. Tampoco existe razón alguna para haber desechado a decenas de otros, cuyos cuentos hemos leído a lo largo de una década y media e incluso, en algunas oportunidades, hemos criticado favorablemente. Sólo el tiempo dirá si los escritores del último período incluidos en este libro seguirán leyéndose. Y en muchos años más podrá saberse si estos cinco cuentos que editamos aquí conservan la belleza, la frescura, el vigor, la originalidad, la imaginación verbal, que hoy celebramos. Tal vez sea éste uno de los aspectos más azarosos del presente libro. Pero cualquiera antología que se respete, y por respeto a los lectores, debe contener apuestas que únicamente el futuro decidirá.

TIERNA LECTORA:

Estos fragmentos son auténticos. Pertenecen a una serie de cartas escritas por dos primas mías que con su madre viven en Valparaíso, en una casa de pensión. Apenas si he tenido que corregir la de mi primita Luisa, cuya instrucción aún no basta para ofreceros lectura fácil, respetuosa de vuestra gramática y de vuestro buen gusto. Si sois frívola, superficial, indolente, no las leáis, que casi nada os dirán —o leedlas sólo para reír, con la inconsciente crueldad de la pequeña Luisa—. Pero si merecéis el adjetivo que os doy en el tratamiento, si tenéis un corazón abierto al dolor y a la ternura, las cartas de mis primas, en medio de su comicidad terrible, no os permitirán reiros sin que la risa, después de florecer en vuestros labios, caiga como un clavel dolorido, en ofrenda piadosa para aquellos a quienes un designio incomprensible de la Naturaleza parece haber condenado a retorcerse los brazos en la soledad.

Como mi prima Isabel, acaso también vos hayáis encontrado en vuestro camino un José. Son muchos los que por ser muy feos, muy tímidos y muy débiles, se consumen en su sed infinita de ternura, en su hambre de amor que nunca una bella saciará, sufriendo la crueldad suprema del vientre monstruoso que los concibió débiles y desarmados ante la Mujer y ante la Vida.

## DE ISABEL.

...Sé a quién te refieres, a quién se ha referido Luisita en la postal que te ha escrito. Eso es absurdo. Es verdad que... (me da vergüenza decírtelo), es verdad que el señor ése demuestra más que simpatías por mí; pero..., yo no tengo la culpa, yo jamás le... ¡Bah, protesto de la infamia, eso es: no necesito explicarme, defenderme; protesto, simplemente!

Y no te rías. Estoy enojada de veras. Si conocieras al tipo, me darías la razón. Siento no tener un retrato suyo, para que lo conozcas y comprendas mi rabia. Voy a procurar hacértelo. Es de una fealdad que desconcierta. Figúrate un muchacho muy largo, muy largo, y con esa flacura del adolescente que ha dado un estirón después de unas fiebres. Tiene la frente acartonada, estúpida; las mejillas, como cuevas al pie de dos pómulos que son dos juanetes. Las pestañas —¡qué horror!— son plumizas, y sobre su piel, plumiza también, parece que se desmayan los labios blancos, arrugados, fofos... ¿Quién sería capaz de darle un beso?...

## DE ISABEL.

...¿De veras te interesa el personaje? Lo que no consiento es que me digas "dame cuenta detallada de tus amores con él". No me molestes. Bien está que como literato te intereses por esta clase de tipos. Son muy curiosos. Pero no me ofendas, déjate de picardías con tu prima...

Apareció José —así se llama— el domingo último. La dueña de la pensión nos lo presentó a la hora del almuerzo. Ya después del primer plato, tenían todos deseos de aludir al nuevo. Aurelio, un pensionista muy burlón y muy divertido, fue quien rompió el fuego. "—Usted es bien alto" —le dijo—. José, sonrojado, trinchó el bistec y tuvo la ingenuidad de responder, manso y todo confundido: "—Desde niño prometía yo ser muy alto"—. "—Y ha cumplido usted su palabra" —le contestó Aurelio.

Con esto, ya te imaginarás: risas en las galerías.

Luego vino un silencio. Todos nos mirábamos conteniendo la risa; y él más encarnizado con su bistec. Pero nos habían quedado ganas de reír y recurrimos a decir chistes. Chistes sobre los sirvien-

tes, chistes sobre los guisos que nos da misiá Loreto, chistes sobre todo y a propósito de todo. ¡Y qué desabridos...! ¡Y nos reíamos, sin embargo! Él también se reía; y nosotros, al verlo tan inocente, ¡más risa! No era para menos. ¡Infeliz!

Después de almorzar —tú sabes cómo se murmura en las casas de pensión los domingos después de almorzar—, discutimos el nombre que le pondríamos al nuevo. Que *guanaco*, que *escalera de boticario*, que *bambú*, que *escape de gas*... Decidimos ponerle *bambú*, por ser de Aurelio la ocurrencia, del ocurrente de la casa. *Bambú* da la idea de su altura escandalosa y de su terrible delgadez, cierto; pero él es descoyuntado, lacio. Parece más bien una tripa, por su color de grasa, por su cuello elástico que se alarga y se encoge. Tiene también una manzana de Adán como una rodilla de Don Quijote y, además, es de un aire huraño, ensimismado, tristón.

No sé, no estoy conforme con el apodo. Pero se lo puso el payaso de la casa. ¡Qué rabia! ¿Por qué será, primo, que cuando una persona con fama de graciosa dice algo, aunque ese algo le resulte desabrido, todos se lo celebran...?

#### DE ISABEL.

...Sí, primo; sí, curioso; me hace el amor. Precisamente por eso no te he escrito estos días. Estoy irritada, furiosa; no quisiera oír hablar de él. A no ser porque te he prometido contarte... En fin, ¿qué te diré?... ¡Que me carga! No me dice nada, no. Es muy tímido, parece de esos seres solitarios que se sienten mal en sociedad (¡y tiene razón!). Pero me mira, me mira, me mira, con ojos de perro humilde que implora de su amo una piltrafa. Es desesperante. Yo debo de ponerle cara de hiena; porque se va entonces, con un gesto de tristeza profunda, con los enormes brazos colgantes, más feo que nunca. ¡Imbécil, guanaco, qué se habrá figurado!

No estoy de humor, no te digo más hoy...

#### DE LUISITA.

... Yo te escribo, porque Isabel no quiere escribirte hoy tampoco. ¿Será tonta? Está furiosa con lo de Bambú. En lugar de hacerle caso,

para reírnos un poco... Pero yo te escribo, porque se me figura que de esto vas a sacar tú alguna novela... Ya tengo mucha confianza con él; hemos peleado y todo. Anoche me contó un pensionista que una vez le dieron a Bambú con la puerta en las narices y que, con el golpe, la nariz, como es tan puntiaguda, se le quedó clavada en la puerta.

Yo le pregunté a él si era verdad esto, y se enojó conmigo. Pero al poco rato nos pusimos bien, porque yo le estuve contando a qué paseos va siempre la Chabelita y qué dulces le gustan más. Entonces me llevó a su cuarto y me regaló una docena de postales preciosas. No tiene un santo en las paredes, ni siquiera un corazón de Jesús, que lo tienen hasta las puertas de calle. Qué raro, ¿no? ¿Será masón? A la cabecera de la cama tiene un retrato de su mamá en un marco antiguo de esos que dan miedo. Igual, pero lo que se llama igual a él era la vieja. ¡Pobre! No quiero burlarme de ella; no se juega con los muertos...

#### DE ISABEL.

... Tienes que reprender a Luisita. A costa de ese infeliz, está dando espectáculos que serán todo lo cómico que se quiera, pero algo tristes, muy desagradables. Anoche me dio mucha lástima lo que pasó. El pobre Bambú, que ha adoptado una jovialidad melancólica delante de mí, aventuró no sé qué galanteos y no sé qué preguntas, como tratando de saber cuál era mi ideal de hombre. Luisita, indignada, la muy pícara, le dijo: "—¡Es usted capaz de creerse buenmozo!"

Jamás, jamás se ha figurado él tal cosa; yo te lo aseguro: ve que a cada instante tropieza la frente con las lámparas; sabe que sus orejas atornilladas sobre el cráneo, y con puntas, como si se las hubieran pellizcado al nacer, son indecentes; reconoce que su garganta de tripa enrollada se asoma como el badajo de una campana por el cuello de la camisa —porque usa unos cuellos... para sacarlos

abrochados y con camisa y todo por encima de la cabeza—; no ignora, en fin, que ni sus escualidos brazos, que moldean los codos en las mangas, ni sus pies enormes y planos, ni sus inverosímiles canillas son prendas de belleza.

Pero volvamos al relato.

“—Mírese al espejo” —agregó Luisita. Humillado, mudo, se desplegó él de su asiento, como algo dobladizo, y se fue... Al pasar frente al espejo, se miró a hurtadillas, rápidamente. Yo vi también su imagen reflejada: aquel talle de niño, aquellas piernas sin fin: una albóndiga montada en un compás. ¡Qué crueldad de la naturaleza!

“—¿Han visto? —dijo Luisita—. Tiene la facha de un reo, una cabeza de asesino, con ese pelo cortado a lo perro”.

Debes de reprender a esta chiquilla. Así como es capaz de hacer comparaciones, es capaz de comprender lo que hace. A mamá ya no le obedece...

#### DE LUISITA.

... Tú creerás, primo, que un tipo tan flaco ha de comer muy poco. Te equivocas. Deja los platos limpios. ¡Qué apetito tan extraordinario! Si casi suspira más por la comida que por la Chabelita... Ah, y hemos sabido que al infeliz le estorba su largura hasta en la peluquería. Dice Aurelio que hoy lo vio cuando le estaban cortando el pelo y que el peluquero, para poder alcanzarle a la cabeza, lo había tenido que sentar en el suelo.

¡Y no quieren que me ría!

#### DE ISABEL.

...He tenido que reírme por fuerza. Luisita le ha dicho que me gusta mucho el piano. Sabe tocar —y cosa rara—, él, tan pavo, tan lánguido, lo toca con un airecito jovial, todo rápido, picadito, coquetón, como salpicando apenas los dedos (¡sus dedos!) sobre las teclas...

... No dejes de reprender a Luisita. Se ha propuesto desesperarme. Le da cuenta de todos mis gustos y aficiones y ahora tengo

al muy... "bambú" amoldándose a mi horma. Y lo peor es que los pensionistas me crucifican a bromas, *por mi poder seductor* (!)

#### DE LUISITA.

... Ya lo domino. Vieras tú cómo lo manejo. "José, desdóblese". Y él se eleva de su asiento, como si fuera una de esas tiras con vistas de ciudades. "Pliéguese". Y él se vuelve a sentar. No se molesta, se ríe. No le queda más remedio. Si está mal conmigo, no sabe el parecer de la Chabelita sobre sus tonterías...

#### DE ISABEL.

... Había dejado de escribirte por no considerar de importancia los acontecimientos. Pero se han ido sucediendo unos tras otros y han formado, por su cantidad, un conjunto considerable, alarmante, digno de que te lo cuente.

Te he dicho alarmante y es verdad. Créeme, por momentos tengo miedo. Ese hombre me va pareciendo capaz de todo. Lo soporta todo por mí. ¡Qué tenacidad! ¿Cómo es posible sufrir tanta insolencia de Luisita, tanta indirecta de los pensionistas y perseverar en un propósito que yo de mil maneras le manifiesto ser descabellado? Sí, primo, te lo juro, estoy alarmada. Me obsequia cuanto considera de mi gusto. Ayer me trajo castañas en almíbar; el sábado, una mata de crisantemos. Y he tenido que recibirle los regalos: ante las sátiras de los demás, se me hizo duro desairarlo. El caso es que me tiene loca. Ya te he contado que toca el piano y que lo toca muy a menudo ahora, por saber que a mí me gusta la música. Pues hasta en esto, por agradarme, me produce más alejamiento. Imagínate: al preguntarme qué deseo escuchar, me entona las melodías... ¡y con esa voz de fuelle, insonora, que sale de su boca lívida con expresión de fatiga! Es terrible, me causa malestar.

Otra: lo encuentro en todos los paseos, muy enflorado, muy elegante (eso sí, nunca se ha vestido mal, aunque nada le sienta, al pobre). Y siempre asediándome y cargándome... o haciéndome sufrir con la compasión que me causa. Ahora se empolva, se afeita, se hace *toilette*. ¡Infeliz! ¿Puede una imaginar un espíritu simpático,

un espíritu de coquetería en la vaina de un sable? Ya no se muestra con aquel continente lánguido y melancólico; se ha hecho locuaz, alegre. Y no sé de dónde ha sacado un inmenso repertorio de refranes y proverbios: "Él ha decidido radicarse en Valparaíso porque ha vagado ya mucho y *pedra que rueda no cría musgo*; porque ha de ir pensando en el porvenir, en formar un hogar (¡). ¿Lo alcanzará? *La gota de agua horada la piedra...* A veces, oyéndole, no puedo contener la risa. Lo advierte y ¡otro refrán! "*Quien a solas se ríe, de sus maldades se acuerda*. ¿Por qué siente usted tan poca simpatía por mí, Chabelita?"

Cuando me preguntó esto último, estaba Luisita presente y, con su inconsciente crueldad de niña, le respondió por mí: "Por su nariz, José". "Por mi nariz" ¿Y qué tiene mi nariz?" "¿Su nariz? Nada. Usted tiene la misma nariz de su madre". ¡Figúrate! Creí que Luisita se había ganado una cachetada... Lo merecía. Es terrible, diabólica, la criatura. Sin embargo, él calló, limitándose a mirarme, como para decirme: por usted lo tolero todo. Pero poco después se fue, para no salir en todo el día de su habitación.

Las crueldades de la muy pícara de Luisita no tienen fin. Cada día son mayores. Ahora, por lo visto, no nacen de un mero deseo de reír; sino de un odio a muerte por el infeliz Bambú, quien la ofende por el solo delito de quererme. En otra ocasión, le dijo: "Cállese, horroroso. A usted le debían haber torcido el pescuezo en cuanto nació, porque no hay derecho a ser tan feo". ¿Y qué te figuras que hizo él ante semejante grosería? Se quedó pensativo un momento, como apreciando el fondo de verdad dolorosa que pudieran tener esas palabras, y al fin murmuró, con una sinceridad de partir el alma:

—"Cierto"—.

¿Ves? Todo esto será cómico, pero muy desagradable.

¡Y de los pensionistas, para qué hablar! Valiéndose de Luisita, lo agobian a burlas. Aurelio le ha compuesto unos versos. Luisita suele declamarlos por las noches en el salón. Cuentan estos versos que Bambú, el que

“En cuclillas parece una langosta  
y de pie puede dar besos al sol”

no cabe en la cama, pero que su ingenio ha remediado el defecto. Coloca tras el catre dos sillas, de suerte que sacando por entre los barrotes sus “luengas tibias” —así dice el verso—, las coloca por encima de los suplementos, previamente enfundadas en unos pantalones viejos, y logra así estirarse y dormir cuán largo es. Luego viene otra estrofa contando que el cuerpo de Bambú se eleva tanto de la tierra, que logra sentir el calor de la luna. Y la última estrofa dice que una noche de espantoso frío, Bambú no consigue hacer entrar en calor sus pies. ¿Qué hace entonces? Se levanta de la cama, se cala cuanto abrigo halla en su ropero y, subiéndose al tejado, se acuesta sobre las tejas, levanta las piernas y ¡oh prodigio! sus pies, junto a la luna, reciben la tibieza tan buscada. Como ves, ya esto pasa de castaño oscuro. ¡Y no se va de la casa! ¿Tendré razón para estar alarmada?

Pero, antes de terminar, voy a contarte lo que ocurrió anoche. Ya esto es triste de veras. Estábamos en el *skating ring* y nos aprontábamos para patinar, cuando en eso se me acerca Luisita y me dice: “Míralo agachado y dime si no es verdad que parece una langosta, como dicen los versos”. Miro, riéndome, y veo a José probándose unos patines en un rincón, y tan grotesco, tan ridículo, que aparté la vista de él. Presentí otra escena de burlas y me dolió ya formar entre los que le humillan y le hieren y le envenenan la existencia. Sentí una gran piedad por él y, ¿creerás?, tuve una secreta alegría: entre tanta gente, dije, pasará inadvertido y patinará, y se olvidarán estos demonios de él, y se divertirá un buen rato y... yo patinaré con él. ¿Por qué no? ¡Pobre! Pero cuando ya todos estábamos listos, lo veo frente a mí embobado, contemplándome... y sin patines. “¿No va a patinar usted?” —le pregunté—. “No, no me gusta; la veré patinar a usted, Chabelita”. No sé si me equivoqué; pero creí hallar en su expresión una tristeza profunda, algo así como el reconocimiento de que no eran para él los goces de nosotros, de que viéndose incapacitado por sus defectos físicos para asociarse a nues-

tras diversiones, prefería colocarse al margen para no desentonar en nuestra comparsa, para no arrancar una vez más "las risas de las galerías". Mientras tanto, Luisita se había acercado a nosotros y, con su odio exagerado al pobre Bambú, se entregaba a su diabólico placer de hacer sufrir al infeliz. "Bah, dijo, no quiere porque no puede. Se ha probado los patines más grandes y le han quedado chicos." Una sonrisa, como siempre, una sonrisa fue la respuesta del buen José. Y qué amarga, qué humillada, qué triste. Luego se apartó, en silencio, como si temiese que siguiendo en nuestro grupo sobreviniese el atroz regocijo de los demás, las risas envenenadoras, el cambio de miradas, y él prefiriese guardar su papel pasivo ante aquella multitud hostilmente alegre, agresivamente hermosa que, con solo ponerse frente a él, le pisoteaba.

Toda la noche sufrí por él. Lo sentía deprimido, perseguido en sus expansiones, emponzoñado en sus sueños de felicidad... Y no pude divertirme. ¿Por qué no se irá de nuestra pensión? Le sería fácil olvidarme. Hay tantas de mal gusto. Pero, también, estos demonios de la pensión no pueden reunirse jamás sin elegir una persona para blanco de sus burlas u objeto de su diversión. ¡Qué brutos! Me dan una rabia...

Me han dado las doce de la noche escribiéndote. Como esta carta, por lo difícil, me obligó a hacer borrador... Y lo peor es que me ha hecho llorar. En fin, hasta mañana, o pasado, si es que ocurre algo digno de mención. No te olvides de reprender a Luisita; ya ves que lo merece.

#### DE LUISITA.

... ¡Ay, primito de mi alma! ¿Cómo quieres que no me ría? ¿Crearás que porque el domingo le dije que nada le fastidiaba tanto a Chabelita como los hombres tragones, nada más que por esto, ahora apenas toca los platos? Si es muy bruto, muy bruto. No le tangas lástima y no te molestes conmigo...

#### DE ISABEL.

... A Luisita no se le puede soportar ya. Ahora, no conforme

con burlarse del desdichado José, le insulta, le ofende, le saca a cuento la fealdad de su madre, hasta le da puntapiés. Anoche tuvo el descaro de recitarle los versos que le compuso Aurelio. José, furioso, quiso averiguar quién los había escrito y hubo una escena tremenda, de resultas de la cual dicen que el pobre joven amaneció enfermo. Hoy no ha salido de su cuarto. Con un disgusto así, figúrate...

#### DE LUISITA.

... Mamá me ha pegado por culpa de ese animal, que ya lleva dos días haciéndose el enfermo para que me castiguen. Como la Isabel está de su parte... Hipócrita, coqueta, después de que se ríe de él, se la lleva mandando preguntar *por la salud de José*. José, José... De repente le dirá Pepito. Bien dicen que las mujeres son unas farsantes. ¡Gracias a Dios que todavía no soy mujer! ¡Ah!, pero me han de pagar todas las que están haciendo. ¡Bonita cosa, pegarle a una por la estupidez de un extraño!...

#### DE ISABEL.

...Las cosas van muy mal, mi querido primo. Francamente, no sé a dónde irán a parar. Me había limitado estos días a mandar preguntar por él: simple cortesía para con un enfermo de la casa. Pero esta mañana me contó la sirvienta que el pobre, aunque dice que está enfermo, no se ha metido en la cama desde la noche del disgusto. Me inquietó de tal modo la noticia que, ya en la tarde, rogué a un pensionista que fuese a verlo y a enterarse de lo que realmente pasaba. Yo, como había pasado todo el día con la preocupación, estaba nerviosísima y fui a escuchar junto a la puerta. No podría repetirte cuanto escuché. Por suerte, como casi todo me lo repitió después mi emisario y como me ha interesado tanto, creo poder coordinarlo y escribírtelo. Haré la prueba. No importa que mañana me hagas broma diciéndome, como la vez pasada, que me estoy haciendo literata. En ese caso, con el roce... "Quisiera poder eternizar estos días —dijo al saberme interesada por su dolor—, poder continuar así toda mi vida, en este cuarto, enfermo de mi pena, para seguir recibiendo estos recados de ella, los únicos de este

género en mi vida, ya que no puedo pensar en otra dicha mayor. ¿Las bromas de ustedes y de Luisita? No me encolerizaron nunca. Tan sólo me mostraban cada vez más claro el abismo que hay entre ella y yo. Éste era el único aspecto interesante de las cosas para mí. Sin embargo, no desesperaba; exploraba constantemente dentro de mí, cambiaba de actitudes, ensayaba nuevos modos de ser, esperando encontrarme alguna cualidad, algún aspecto que tal vez yo mismo ignorase tener y que, marcándome una nueva norma de conducta, me acercase a ella... ¡Sueños! Cada vez me le hacía menos simpático. Ahora lo veo. Me falseaba y valía menos aún. Era la esperanza lo que me impulsaba, era esta esperanza absurda de los muy desgraciados que creemos aún en lo imprevisto, en la magia... y forjamos sobre ello cada torre, cada monumento... que al fin sólo sirven para caernos encima y aplastarnos.

“No, no es el disgusto con ustedes la causa de mi estado actual; es que aquella noche, desvelado, pensé mucho y medí en su verdadero valor la realidad. No le guardo rencor a nadie. Si esto me ha pasado siempre, desde el colegio. A mí no me han querido nunca, ni los amigos. No soy simpático, ni comunicativo, ni alegre; soy áspero, huraño... y feo. Para mí las palabras amor, cariño suenan como el eco de algo muy bello que existe en el camino de los demás y que Dios no ha querido poner en el mío. Y a pesar de esto, ¡qué necesidad he tenido siempre de amar! Así es como este amor mío, ahorrado por la fuerza en mi corazón, se ha vaciado entero en ella. Pero ¿no le parece a usted que soy un iluso? ¡Ah!, si al menos pudiera ser ésta una ilusión eterna... Pero presiento el fin de ella; se me ocurre que cuanto estoy sufriendo es el comienzo, únicamente, de algo que ha de abatirme. No, no me contradiga. Los desgraciados tenemos corazón de profeta...”

Mi emisario le preguntó si había logrado hablar conmigo alguna vez acerca de esto.

“Nunca —contestó—; nunca vislumbró ella mi verdadero espíritu. No sé por qué, siempre aparecí falseado ante ella. Muchas veces, las circunstancias le obligan a uno a encogerse en sí mismo y a mostrarse diferente de cómo es, sobre todo cuando el medio

en que uno vive es hostil. Y, usted sabe, yo he vivido aquí siempre desconcertado en medio de tanta burla. Además, soy débil, no sé imponerme. Desde niño, me amansaron las gentes”.

—“¿Y por qué no le habla usted ahora?” —le insinuó mi emisorio, ya conmovido—. José respondió:

“No, no, no; comprendo las aspiraciones que tendrá ella. Son muchos sus méritos y sus encantos. No debo protestar ni decir una palabra. No hay derecho a ser tan feo, me dijo una vez Luisita. Y, para este caso, es cierto. A mí debían haberme torcido el pescuezo apenas nací, como piensa esa chiquilla. Y perdóneme si le importuno con mis lamentos. Cuesta tanto resignarse... Déjeme usted hablar siquiera. La tortura es superior a mis fuerzas, y usted ha venido a abrirme una válvula. Perdóneme si abuso. Reviven mis desgracias del pasado y recrudece la negrura del porvenir: la soledad, siempre la soledad. A sangre fría, estas cosas son cursis, ya lo sé. Pero no sabe usted la amargura de sentir abolida la felicidad cuando no se ha tenido siquiera la pobre dicha de comenzarla...”

Y no recuerdo más, primo. Se me escapan muchas cosas, algo de su madre...¡qué sé yo! No podría recordar más en este momento. No ceso de llorar, te soy franca. ¡Quién hubiera sabido antes todo esto! Las mujeres jamás nos detenemos a considerar estas cosas que los hombres no hablan. Ya ves; yo permitía que se burlasen de él, y le detestaba, le detestaba...

Y ahora, ¿qué debo hacer? ¿Lo que mi corazón me dicte? Tengo miedo. Te pido un consejo. Te prevengo con toda franqueza, que ya hoy no podría querer a estos hombres que no han sufrido y viven en una indiferencia espantosa... Pero el caso es que es tan feo, tan feo el pobre José. Sin embargo, es limpio, viste bien, tiene los dientes blancos y sanos y aun su tristeza me parece ahora hermosa. Y ya tengo también veinticinco años. Casi soy una solterona, una carga para mamá. En fin, aconséjame tú. Tú tienes corazón y conoces la vida...

### MI CONTESTACIÓN A ISABEL.

¡Pobre primita mía! ¡Qué buena eres, qué buena y qué graciosa! Conque ¿una solterona de veinticinco años? En esto sí que has hecho literatura, y literatura cursi, que es la peor. En lo demás, no. En

la mujer sucede lo que en el pueblo: dice las cosas muy bien cuando le salen de muy adentro. La intensidad y el colorido de tus últimas cartas sólo me prueban hoy que sientes muy hondo la desgracia de Bambú. Y, en parte, lo celebro: así has vivido más, vida intensa y útil. Pero te aplaudo en este único sentido. Mi consejo, mi consejo frío, sereno, es duro, va en contra de tu encantadora sensibilidad y acaso la hiera. Al dártelo no procedo por un sentimiento que pudiéramos llamar un egoísmo de familia, no. Bien dolorido me tiene el pobre José. Sobre todo, hay en su vida algo que desgarrar: su terrible y justa falta de esperanza. Ni es iluso ni es torpe, sabe que su existencia correrá sombría y abominable, mientras el amor sea la suprema ley de la vida, lo irremplazable, lo único irremplazable. Acaso aun en los momentos en que una clemente conformidad empiece a germinar en él, subirá de su corazón el grito desesperado "¡tengo sed de ternura!". Es cruel esto, muy cruel; porque ni es él un miserable, ni es un vicioso, ni es un ruin; porque no ha perdido por culpa suya el derecho al amor. Él es un feo; he ahí todo; es un horrible. No hay otra razón. Y esto es lo trágico. Porque un feo es, hasta cierto punto, un fracaso de la Naturaleza, algo que salió mal, poco servible para concurrir al sublime prodigio del amor... ¿Qué genio siniestro mezcló en estos seres esas ansias infinitas de amar y ser amados y esa fealdad repulsiva? Misterio. Parece que el supremo concierto de la creación precisa de estos desgraciados para hacer los dichosos. ¡Oh necesidad innegable del dolor!

Y hemos de conformarnos. Lo absurdo es desear que quienes como tú nacieron destinados a mejor suerte, vayan, por piedad, también a formar en el bando negro. Divino absurdo éste, sin embargo, que crea héroes; pero no lo deseo para ti. No te alucine el heroísmo, mi querida prima; mira que nadie puede saber de antemano si es de la pasta de los héroes. Sé dura, pues. En estas ocasiones estamos obligados a serlo. ¿Sabes tú si mañana encontrarás en tu camino un hombre a quien amar con cariño entero y apasionado? Y si antes has cedido a la piedad, ¿qué harás entonces? Por no haber sido fuerte hoy, serías entonces cruel e infame, probablemente. Le faltarías, le... ¡Ah, no sabes cuánta crueldad nace de un corazón

enamorado, en tales casos, para con el dolor del ofendido! Por tu estado de soltera, por el respeto que debo a tu pudor, no puedo hablarte con la claridad que quisiera. Pero busca en tus recuerdos. ¿No has visto algunos casos ya en la vida? Medítalos.

¡Pobre José! Yo siento mucho esto, mucho. Ofrécele amistad. Ya ganará él con ello; pues que, según dice, ni los amigos le han querido. Tú estás ahora admirablemente preparada para ser su buena amiga. Aunque, pensándolo bien, tomando en cuenta la blandura de tu corazón, veo el caso peligroso... tanto, que no te aconsejo formalmente. No, no; mejor no intimes con él; puedes, por piedad, caer en desgracia y matar en flor la dicha que mereces.

Él puede hallar una... no diré una fea... una modesta figura con un corazón semejante al suyo, y celebrar una dulce alianza, tal vez gozar de un hondo e intenso cariño con ella, por afinidad, etcétera... Pero tú, ¿tú? No; jamás. Tendrías hijos; y ¿te resignarías a tener hijos que corrieran la suerte del pobre José, hijos bambúes, para ser cantados por los más o menos poetas de las casas de pensión? ¡Bah! Debes ser fuerte, dura; éste es mi consejo.

Y hasta mañana. Quedo en ascuas esperando el desenlace de esta historia que supuse divertida y que me inquieta hoy terriblemente.

#### DE ISABEL.

... Estoy desolada, Eduardo, desolada. ¡Qué criatura, pero qué criatura! ¿Sabes lo que ha hecho Luisita? Pues ha tomado a escondidas de mí tu carta y se la ha llevado a José. Dice que para vengarse. ¡Dios mío, Dios mío, lo que son los niños cuando se mezclan en las cosas de los grandes! Qué ha pasado, no lo sé; mejor dicho, no sé lo que va a pasar. La chiquilla llegó llorando a gritos. Dice que leer José la carta y darle una cachetada fue todo uno. Y no se sabe más. Los sirvientes que acudieron a los chillidos de Luisita, le vieron salir como un loco. Cuentan que llevaba en las manos el retrato de su madre y que decía: "¡Nunca, nunca, nunca más!" y que salió repitiendo: "¡Nunca, nunca, nunca más!" hecho un verdadero loco, hasta desaparecer en la calle.

Y no ha vuelto. Es la una de la mañana y no ha vuelto...

Chu Yuan era un buen poeta. Bellaco y vagabundo, también era un borracho empedernido y la compañía más solicitada por el emperador en las tardes, cuando se cansaba de los aduladores de la corte. Lo mandaba a buscar por los caminos del reino y olía su presencia mucho antes de que entrara en el Gran Salón de Oro.

—¡Sácate los harapos, hueles mal! —gritaba.

Chu Yuan, intentando una imperfecta reverencia, jamás accedió a despojarse de sus vestiduras.

—¡Gran Señor!, tú me aprecias mejor en mis harapos. Desnudo no me querías, soy de una horrible fealdad.

—Te daré una capa de seda bordada con perlas de Ormuz y piedras azules del País de la Cascada Estruendosa. Un millón de gusanos de seda tejieron el hilo de su tela. Doscientas esclavas se aplicaron a urdirla, coserla y recamarla.

—Entonces Chu Yuan no sería Chu Yuan —decía Chu Yuan.

—¡Cuida tu lengua, vanidoso! Eres el único hombre que se atreve a demostrarme su altivez.

—No pongo en duda que cometes un acto de alabanza al otorgarme tal condición, Gran Khan.

—¡Pero no te cambiarías por mí, desvergonzado!

—No deseo perder el privilegio de ser tu vasallo. Aunque deberé abandonarte, Hijo del Cielo: en tu Palacio Imperial no hay

bebidas que puedan satisfacer la sed de un poeta acostumbrado a la paz de la embriaguez.

Entonces el emperador hacía traer licor de arroz, despachaba a los cancilleres y a los grandes señores, ordenaba cerrar las altas puertas lacadas y los espías, acercando sus narices a las hendijas, percibían o creían percibir el perfume agrio y espeso del licor derramado sobre el piso de cerámica roja, escuchando o creyendo escuchar, a través de las maderas pulidas, ruidos extraños, lamentos y suspiros.

Esto sucedía porque el emperador lloraba.

—Chu Yuan, tendré que cortarte la cabeza —decía entonces el Hombre Poderoso.

—Mandarla a cortar, querrás decir. Tú no sabrías cómo cortar una cabeza, Gran Señor.

—El resultado sería el mismo.

—No para ti, Hijo del Cielo: perderías al único hombre al que no necesitas temer.

—Es una gran verdad —decía el emperador—. Entonces recita un poema perfecto.

—No existe o aún no lo encuentro, Gran Señor. Cuando lo salga a buscar y un día dé con él, te lo traeré en una caja de teca o de marfil.

Y el emperador reía.

—Quédate en mi corte, Chu Yuan —rogaba—. Me aburro entre halagos; moriré sofocado por el tedio. Ya ni la caza con halcones me hace olvidar quien soy.

—Nunca dejaré los caminos, Magnánimo Señor. Si el zorro mete la cola en el agua al cruzar los ríos en tiempo de deshielo, muere ahogado como un insecto. Vagar es mi privilegio. Tú tienes demasiados.

—Entonces bailemos, Chu Yuan. Enséñame a mover los brazos como un sauce ondea sus ramas al viento.

Y los cancilleres y los mandarines, que jamás habían tomado la mano de su emperador, se mordían las mejillas y se clavaban sus largas uñas de marfil o de ébano en las palmas delicadas, irritados y

confusos al escuchar la música e imaginarlo bailando con el mendigo pestífero que reía y bebía vino y hacía girar al Hijo Celestial como a un abejorro que se llevara el aire.

—¿Por qué eres poeta? —preguntaba acezando el emperador.

—¿Por qué eres emperador? —respondía Chu Yuan sin resuello.

—¡No debes responderme sin respuestas! ¡Eres un miserable nacido de la boñiga, nadie conoce el nombre de tu padre y ni siquiera sabes qué es la poesía!

—Que yo no sepa cómo hacer un caballo no significa que no pueda montarlo —respondía Chu Yuan en el amanecer.

—Puesto que eres un vagabundo, al menos infórmame cómo andan las cosas en mis reinos del Sur.

—Vengo del Norte, Gran Señor.

—Entonces infórmame cómo están mis reinos del Norte.

—Igual que los del Sur, Ilustre Hijo del Cielo. Pero los abedules son muy hermosos y el Yang-Tsé viene amarillo como un dios.

—No hay un dios amarillo, Chu Yuan.

—No hay un dios amarillo, repetía Chu Yuan.

—¡Tengo mil veces cien guerreros dispuestos a obedecerme! ¡Podrían cortarte la cabeza!

—¡Podrían cortarte la cabeza! —remedaba Chu Yuan con voz traposa, despojando de sus vestimentas, las viejas y las otras, porque Chu Yuan sólo bailaba completamente desnudo en el palacio del emperador y en cualquier parte.

—Estás borracho y por eso te perdono —respondía el Gran Khan, tumbado como un fardo junto al poeta—. ¿Qué sabes tú, Chu Yuan, que me hace sentir como un cretino?

—Conozco cien veces cien mil signos, Señor. Los escribo día a día y noche a noche. Puedo hacer que los hombres encerrados en sus palacios conozcan el mundo y lo amen.

—Cómo será eso que tú llamas el mundo —suspiraba el emperador.

—El mundo es una tortuga y yo camino por su caparazón —decía Chu Yuan.

—¿Has visto a un hombre por dentro, tendido en un campo

de amapolas, destripado después de una batalla, Chu Yuan?

—He visto a muchos hombres destrozados por dentro después de muchas batallas, Señor, pero sus batallas jamás serán las tuyas.

—Vete ya, Chu Yuan, y tráeme un poema perfecto en la primavera.

Y el emperador lo despedía con una señal lánguida de su mano derecha, mientras los gruesos párpados caían sobre sus ojos celestiales.

Entonces Chu Yuan se iba, recorriendo entre oscilaciones y trapiés el Salón de Oro, recogiendo sus ropas harapientas.

Los cancilleres envidiaban a Chu Yuan cuando salía de los aposentos del emperador cruzando los pasillos esmaltados y los jardines de arena con su paso de labriego soñoliento. Los humillaba ese poeta borracho que olía a establo, con su cabello desgredado y esa sonrisa de bandido.

El poeta se deslizaba por los corredores y los jardines haciendo reverencias sin reverencia, y aun los más hostiles lo dejaban salir vivo porque el emperador tendría una gran sonrisa esa mañana: no ordenaría cortar la lengua de los ofensores, ni las alas de los faisanes, ni las manos de los ladrones, ni los testículos de los niños destinados al servicio de la Casa Real.

En el palacio del Hijo Celestial las iniquidades de Chu Yuan interrumpían el ciclo de los deseos imperiales. Los esclavos y los señores lo respetaban sin entender cómo un hombre de aspecto tan ruin cambiaba el humor del dueño del mundo.

—Este Chu Yuan es un gran poeta —decía en ese momento el emperador a los esclavos, que intentaban despojarlo de su túnica manchada.

—Es un truhán —murmuraba el Canciller Superior antes de retirarse—. Señor, escúchame: ese Chu Yuan ha matado a una mujer con sus propias manos, roba para vivir y suele pasar días enteros tumbado junto al río, contemplando las nubes.

—Mientras yo me aburro de vivir, él ríe y llora y bebe y ahora me informas que ha matado a una mujer con sus propias manos y está tumbado junto al agua, contemplando las nubes. ¿Cómo será vivir así, libre para hacer lo que le plazca?

Pero el Canciller Superior ya no estaba para escucharlo y el eunuco no podía responder cosa alguna, porque sólo servían en los aposentos privados de la Ciudad Prohibida aquellos a quienes habían cortado, además, la lengua.

Todo esto ocurría cuando el mundo no era sino una tortuga de malaquita dividida en seis hexágonos y quienes debían saberlo lo sabían, pues todo era inmutable en el país de la China y los poetas escribían desde hacía mil años sobre papel de arroz.

Habían colocado el ataúd en una mesa cubierta por un paño negro y a su vez cubrían el ataúd brazadas de grandes crisantemos desgrenados. Seis velas parpadeaban humeantes, chorreando de cerote los candelabros de plata. Apenas si a su luz se perfilaban el hombre y la anciana que, junto al catafalco, parecían extáticos en sus dolorosas sensaciones.

Al niño, acurrucado en su escondite, una sola idea lo torturaba: ¿por qué habían acostado a su mamá dormida en aquella caja negra y por qué, a pesar de las protestas enloquecidas de su padre, unos hombres la habían tapado, dejándola encerrada, cuando de un momento a otro podía despertar?

Con una nitidez que lo hacía respirar jadeante recordaba el niño su propia agonía cuando, el año anterior, se quedara sorprendentemente encerrado en el gran arcón del vestíbulo. Recordaba haberse metido en él para jugar a las escondidas con el perro, su aturdimiento al sentir cómo caía la tapa cerrando de golpe la chapa mecánica, sus vanos esfuerzos por levantarla, su miedo a lo negro que se le entraba por los ojos muy abiertos, sus gritos que le llenaban los oídos de un rumor de océano, su ahogo al sentir la atmósfera irrespirable, la agonía que empezó a cosquillearle en las extremidades para luego dormírselas, la sensación de diluirse en algo que parecía aceite, en algo húmedo, espeso y pagajoso. Después...,

¿después? Nada. El despertar en los brazos de su mamá con un atroz dolor en los huesos, lleno el espíritu de mil fantasmagorías que hicieron por mucho tiempo pavorosos sus sueños.

¿E iba ahora su mamá a sufrir semejante martirio? ¿Por qué su padre dejó que los hombres cerraran la caja? ¿Por qué la abuelita repetía obstinada: "Hay que resignarse"? ¿Qué era aquello: resignarse? ¿Por qué contestaba su padre entre sollozo y sollozo: "Sí, sí"? ¿Entonces, a pesar de sus protestas, quería él que su mamá estuviera encerrada?

Con la cara sumida entre las manos, de rodillas junto al ataúd, trataba el hombre de coordinar sus ideas, mas huían éstas como engañosos fuegos fatuos, dejándole sólo el dolor que lo desgarraba.

La anciana, caídas las manos en el regazo, repasaba entre sus dedos exangües las cuentas benditas de un rosario. Su dolor era manso; habíale enseñado la vida a recibir con humildad al purificador de almas.

—Hijo —murmuró, alzándose tras de besar la cruz—. Hijo, ¿por qué no te acuestas un rato?

La cara del hombre se mostró desnuda y desolada, envejecida por surcos profundos que abrillantaban las lágrimas.

—Ven —insistió la anciana—. Te acuestas un rato y luego puedes volver.

—No quiero —balbuceó hosco.

—Sí, mi hijo querido. Ve a descansar, un poco que sea.

—No quiero...

—No seas porfiado, mi pobrecito... Necesitas de todas tus fuerzas para mañana. Yo velaré con la Tato. Ya, ven... ¿No ves que te estás matando? Hazlo por tu hijo.

El hombre se puso de pie, tambaleándose, y ambos, apoyado uno en otro, abandonaron la sala.

Entonces el niño separó las cortinas que lo ocultaban. No le parecía razonable aquella insistencia de la abuela porque su padre se acostara, cuando la mamá podía despertar y entonces, ¿quién iba a destapar la caja? La abuela había dicho que para mañana necesitaba su padre de todas sus fuerzas. Mañana, ¿qué iría a pasar mañana?

¿Sería entonces cuando había que destapar la caja? ¿Iría ella a despertar mañana? Y la dejaban sola... ¿Sola? No, sola no, puesto que él, Juancho, estaba allí. Pero si ella llamaba, ¿qué haría?

El niño quedose largo rato meditativo, con los puños apretados y todos los músculos de su cuerpecillo en tensión por el esfuerzo mental. Revivía con precisión que llegaba a hacerle daño los últimos tiempos pasados en la quinta.

La mamá siempre enferma, siempre tosiendo, un día en pie, otro en cama; el padre preocupado; la abuela silenciosa y triste. A él, desde que la mamá se enfermara, sólo dos veces al día lo dejaban verla: una en la mañana, otra en la noche, antes de acostarse. El paréntesis abierto entre esas dos visitas transcurría para él en la casa de los quinteros, en el fondo de la arboleda. Después se le dejó verla una sola vez al día, luego día por medio, y últimamente, pasaban días de días sin lograr satisfacer su ansia de estar con ella. La abuelita, a sus tímidas preguntas, contestaba que la mamá dormía o que estaba muy cansada para recibir visitas. Él sentía una pena muy honda, los sollozos hurgaban en su garganta e inclinando la cabeza iba silenciosamente a esconderse en algún rincón, dando allí libertad a su angustia.

Por fin una mañana se le dejó verla. La mamá logró con gran esfuerzo levantar una mano traslúcida y acariciar la frente del niño. Tomó éste la mano con dulzura e, inclinando la cara emocionada, empezó a besarla.

—La vas a cansar —advirtió la abuela—. Vámonos.

—La mamá no se cansa conmigo. ¿Verdad, mamá?

—No, mi hijito querido. Quédate.

Y como ella cerrara los grandes ojos claros, la abuela insistió:

—Ya la has fatigado bastante. ¿Ves? Quiere dormir.

—Que duerma, pues; yo le haré tuto.

Entonces, muy bajito, empezó a canturrear la canción de cuna con que ella misma lo durmiera de pequeño:

—Hace tuto, guagua...

Un grito desgarrador cortó la frase. La madre se alzó sobre los

almohadones extendiendo los brazos al niño y ambos, un largo rato, sollozaron besándose y murmurando palabras incoherentes.

—¡Mamá! ¡Mamacita querida! ¡Mi mamá!

—¡Hijo mío! ¡Mi Juancho! ¡Al fin... como antes! ¡Déjame besarte!... ¡Mi hijo mío, mío, mío!

Se interrumpió, ahogada por la tos, y algo rojo y tibio alcanzó a humedecer las manos de Juancho, que trataba de sostenerla. La abuela se interpuso rudamente, entregando el niño medio loco a la vieja Tato.

—¿Qué tiene? ¿Qué le pasó?

—Nada —contestó la sirvienta al par que lavaba con alcohol las manecitas ensangrentadas—. Es que se cansa tosiendo. Tome, chupe esta pastilla, no la vaya a botar... A ver, déjeme cambiarle la ropa...

La tarde de ese día llevaron a la casa del quintero sus muebles, sus juguetes y sus libros. Comía allí en una mesita puesta en el corredor. A sus preguntas, en sus cortas visitas, la abuelita contestaba que la mamá seguía enferma, siempre con tos y con ganas de dormir, y que para que no la molestara, se le tenía a él allí, con la Rosalía y Pedro, que tanto lo querían.

—¿Y el papá?

—Está bien, hijito. No viene a verte porque tiene mucho que hacer.

—Abuelita: déjeme ver a la mamá, ¿quiere? Le prometo que la miraré no más. ¡Pobre mamacita! ¿No pregunta por mí?

—Sí, hijito. Te encarga que seas muy obediente y muy bueno y te manda muchos besitos.

—¿Por qué no me los das, abuelita? Antes todos me besaban... Hace tanto tiempo que no me besa nadie...

—¡Mi pobre hijito!

—Abuelita, ¿es que ya no me quieren?

—No, hijito, no es eso. No te atormentes, no pienses. Todos te queremos mucho y porque es tan grande nuestro cariño te tenemos aquí.

—No entiendo...

—Ya comprenderás algún día, mi pobrecito. Hasta luego. Pórtate bien.

Y la abuelita se iba —menuda y diligente—, dejándolo más triste y preocupado aún.

Esa mañana, al vestirlo de negro, la Rosalía tuvo para él una ternura envolvente que lo hizo salir de su reserva de niño tímido y pensador.

—¿Cómo está la mamacita?

—Durmiendo, m'hijito querío. Al fin la Mamita Virgen le dio descanso a la pobrecita.

Viendo a los quinteros ocupados en recolectar flores, se arriesgó por las avenidas hasta enfrentar la ventana abierta del salón que imanaba sus ojos. Y entonces vio el horror: su mamá dormida en la caja: los hombres que la encerraban: su padre protestando enloquecido: la abuela dominándolo todo con su hablar reposado y su gesto de paz.

Cerrada la caja, partieron los hombres. El padre parecía idiotizado por la pena. La abuela rezaba. Entonces él, pasito a pasito, entró en la casa, llegando al salón, donde se acurrucó detrás de un cortinaje, sin que nadie reparara en su presencia.

¡Sola, dejaban sola a la pobre mamá encerrada en la estrechísima caja negra! De pronto lo cogió el recuerdo de su encierro en el arcón y volvió a sentir todo el proceso de esa agonía; la angustia del ahogo le apretó la garganta, desorbitándole los ojos.

Crujió un mueble y el niño avanzó tembloroso hasta el centro del salón. Otro crujido y otro que parecieron recorrerle los nervios del talón a la nuca. Toda la sangre, en una caliente oleada, le subió al cerebro.

—Ya voy, mamacita —murmuró extasiado.

Tomó un martillo dejado sobre una mesa de arrimo por los obreros de la funeraria y en la quietud de la casa resonó un golpe, otro, otro.

Acudió, despavorida, la abuela.

—Niño. ¡Juancho!

Lucharon. Ella tratando de quitarle el martillo, él exasperado, delirante.

—Si ella despertó... Déjeme... Déjeme... Déjeme, por Diosito se lo pido... ¿No oye cómo está llamando? Oiga... Oiga... Se va a ahogar... Déjeme, abuelita, por favor, déjeme...

—¡Socorro! ¡Juan, ven! ¡Socorro!

Pudo el hombre dominar la furia del niño, que súbitamente se aplacó en laxitud de desmayo.

Tras muchos días de ansiedad para el padre y la abuela, pudieron ver que si volvía a la vida el niño, era dejando toda la lucidez de su espíritu entre las garras pavorosas de la fiebre.

*Jaime Collyer*

El episodio gatillador de todo es trivial, cabe incluso en unas pocas líneas: tras adosar una prótesis a la boca de su último paciente, el prestigioso ortodoncista Hugo Schatzman —que es a la vez nuestro vecino de la casa ocho— abandona una tarde su consulta para ir al médico y hablarle de “cierta fatiga incomprensible” que lo invade al despertar; el médico detecta algo más que una sencilla deficiencia vitamínica, ordena radiografías de tórax, descubre una sombra en el pulmón izquierdo; un segundo médico ordena nuevos exámenes para determinar, al cabo de una semana aún por transcurrir, si Hugo se nos muere de cáncer o es tan sólo el festín que el bacilo de Koch ha organizado en su interior. Al bacilo se lo puede echar a patadas; el cáncer es otra cosa.

—Igual tendré que dejar de fumar, para siempre —nos explica el propio afectado esa noche, a los amigos y vecinos reunidos en su casa. Y sonríe, quizás por la ironía que ahora supone ese “para siempre”.

Esa primera sonrisa consigue aureolar sus gestos futuros de cierta grandeza, una cualidad trascendente que habrá de germinar a través de la semana, en el tiempo que nos queda hasta corroborar uno u otro diagnóstico, muerte o absolución.

Hugo se nos muere. Es la sensación, la improvisada certidumbre que nos invade a todos.

—Es una época escasa en mártires —comento esa misma noche a Sonia—. Cuando menos es emocionante.

—Por favor —me reprocha ella de vuelta—. ¿No has pensado en Ana Luisa y el niño?

—Desde luego —reconozco avergonzado—. Ana Luisa y el niño, claro.

Al día siguiente, al desayuno, veo a través de los visillos a Hugo, que se ha levantado temprano y se dirige con gesto reconcentrado al Toyota. Ana Luisa llega junto a él segundos después y le acomoda una bufanda en torno al cuello. Los demás están a su vez tras los visillos, pendientes de ambos, que parecen ahora un matrimonio bien avenido. El hecho de partir tan temprano a su consulta es quizás calculado: hay que vivir desde temprano, aprovechar cada segundo de luz, despertar con el día porque la noche vigila acechante para caerle a Hugo en el cuello y arrebatárnoslo. Su inesperada agonía lo engrandece: a los demás, cohibidos tras los visillos, nos vuelve prosaicos, irrelevantes.

Ese día regresa algo más tarde que lo habitual y salimos todos con Ana Luisa a recibirlo. Hay algo morboso en las palmaditas que todos brindamos a sus hombros o las bromas deliberadas con lo del diagnóstico. Alguien lo compara con Margarita Gautier, le promete un ramo de camelias para el lunes, sugerencia que el resto aprobamos riendo. El énfasis recae previsiblemente en la tuberculosis, una estrategia colectiva para conjurar a tiempo la otra opción: esa posibilidad temible de ver a Hugo entubado en el hospital dentro de unos meses y acompañarlo después al camposanto, él en posición horizontal.

Agradecida de las bromas, que actúan como un bálsamo necesario frente a la desazón inminente, Ana Luisa nos invita a un trago, a lo que Hugo accede encantado. En la casa ocho nos invade a todos una sensación de paradójica conformidad. Nada, ni siquiera la muerte de nuestro amigo, nos va a arrebatarnos el futuro, a esa hora crepuscular en la que el moribundo nos deslumbra con su actitud apacible. Las chicas lo miran de reojo; alguna hasta se permite con él pasajeros contactos visuales. La muerte, la posibilidad de

la muerte, duplican su atractivo; su cuerpo se vuelve a los ojos de todas un bien precible, que es preciso registrar con la mirada (¿con las manos?) porque muy pronto ya no estará. El lunes lo sabremos. Entretanto brindemos.

—Winnie quiere irse. Cerca de la medianoche, bajo el efecto del ron el vermouth, se me ocurre comentar la noticia del juicio que se le sigue por aquellos días a Winnie Mandela en Ciudad del Cabo.

—¿Y por qué la han llevado a juicio? —indaga el propio Hugo—. ¿De qué la acusan?

—De aporrear a un par de negros en un callejón, hasta matarlos —explico.

—¿Ella sola aporreó a un par de negros hasta matarlos? Creía que para eso estaba el gobierno de De Klerk. O el canalla de turno.

—Sus guardaespaldas, los de Winnie, han aportado también su cuota.

Sobreviene un espeso silencio.

—Para eso mejor el apartheid, ¿no? —sugiero—. El gobierno los liquida en los tribunales, pero eso les deja la posibilidad de apelar. Con el guardaespaldas, un negro de dos metros con garrote, no hay derecho a pataleo. Después va donde Winnie y se lo cuenta a su manera: "Tuve que matarlo, jefecita".

Mi explicación provoca cierto escozor en los presentes, en el muro tambaleante de nuestras convicciones, ahora que nuestro ejército de antiguos insurrectos ha sido paulatinamente diezmado por los ministerios y organismos públicos. Sonia me observa desde un rincón con una mueca de disgusto. Es partidaria incondicional de Winnie Mandela, eso es evidente. Algo habrán hecho ese par de negros para que se los llevaran al callejón.

—No me lo creo —dice finalmente Hugo.

—Yo tampoco —repiten a coro los demás.

La muerte, aunque sea una conjetura, favorece la unanimidad. Alguien alude a "la manipulación informativa de las agencias internacionales", una hipótesis que los conforma a todos, y Winnie queda absuelta sin necesidad de acudir siquiera al tribunal. Yo me cuido de abrir la boca de nuevo por el resto de la velada, que se

prolonga hasta casi las dos. A nadie le preocupa demasiado la hora. Puede que no se repita un encuentro como ése.

De vuelta a casa por el sendero de gravilla, Sonia me expone sus quejas:

—¿Cómo se te ocurrió sacar a relucir ahora lo de Winnie Mandela? ¿Te parece apropiado en estas circunstancias?

—¿Qué circunstancias?

Por un segundo queda perpleja. ¿Qué circunstancias?

—No sé —concluye—. No me pareció muy atinado, eso de los dos negros tirados al callejón.

—Sí, bueno. Es mejor no insistir en esos temas frente a Hugo.

Esta vez me rindo fácilmente, con el solo propósito de dormir en paz. Ya en la cama me desvelo de todas formas, como tal vez le ocurre a los demás en sus casas. Al amanecer, cuando ya la noche está perdida, arribo a algunas certezas: me pesa estar sano, como probablemente le sucede a los demás; me pesa la ausencia de un pulmón carcomido que suscite a mi alrededor alguna forma de consenso y me haga enigmático, atractivo ante mis vecinas...

El jueves, faltando escasos cuatro días para el diagnóstico, repetimos la velada en nuestra casa. Hugo acrecienta con maniobras inesperadas el interés por su figura. Nos cuenta que ha abandonado temprano la consulta —los premolares y las caries han dejado de interesarle— y se ha pasado algunas horas en la Biblioteca Nacional rastreando en variados textos la muerte de hombres notables. Menciona entre otros a Nelson, alcanzado por un proyectil enemigo en Trafalgar, desgarrado en los brazos de su fiel ordenanza, ante quien pronuncia una única frase: "El beso de la muerte, Horacio". Menciona a Serguei Esenin ante el espejo, con las venas seccionadas en la habitación del hotel, redactando con su sangre el último verso: *Adiós, amigo mío, en esta vida el morir no es nada nuevo...* Menciona, en fin, al Mahatma, que perdona a su ejecutor antes de caer abatido por sus balas. El recuento hace aflorar las lágrimas a los ojos de Ana Luisa; los demás guardamos silencio. Esta vez, todo el mundo se retira a una hora prudente, en actitud de recogimiento. Por la noche, cuando piensa que ya estoy

dormido, oigo a Sonia llorar en la oscuridad. Vuelvo a sentir la falta del bacilo en mi interior, uno cualquiera.

Al día siguiente por la tarde me encuentro a Hugo al llegar a casa, justo cuando se baja del Toyota. Al verme sonrío con melancolía, con esa estudiada languidez que se ha adherido a su rostro en los últimos días. Lo noto lejano, síntoma evidente de que han ocurrido en su interior nuevos cambios. Esta vez se trata de algo grande: le ha ocurrido en la consulta, una especie de satori, una revelación primordial, justo cuando iba a ponerle una gutapercha a algún paciente, un tal Gutiérrez.

—Nunca me había ocurrido —dice, aún sorprendido—. ¿Has leído a Borges? ¿*El Aleph*?

—Desde luego.

—Fue algo parecido. Una captación repentina de todo cuanto hay y todo cuanto ha existido.

Consciente de su entusiasmo, lo dejo explayarse en torno a su *Aleph* particular, que ha detectado en la boca de Gutiérrez, del lado de la epiglotis.

—Es complicado —digo—. ¿Cómo harás para seguir observándolo?

—Voy a prolongarle el tratamiento —dice sin remordimientos—. Me inventaré las caries que sea. Pero déjame que te hable de lo que vi...

Sus términos me decepcionan. Previsiblemente, habla del “incesante y vasto universo” y de “un punto donde convergen todos los puntos”. Demasiado conocido incluso para mí, que no releo a nadie, ni siquiera a Borges.

El sábado nos reunimos todos en nuestra casa de nuevo. Hugo aprovecha para exponer a los demás su hallazgo en boca de Gutiérrez, deslumbrándolos. La muerte, para otros una derrota, es en su caso un hilo de plata, el salto a la metafísica, aun cuando el listado que sugiere en boca de su paciente me resulta de nuevo muy poco llamativo. Borges hablaba de telarañas en antiguos lugares de culto, de inabarcables desiertos, de barajas, tigres y ejércitos en retirada. Schatzman habla de todos los partidos jugados en segunda divi-

sión el pasado año, del guardarropía de su madre en Melipilla, de todos los molares que ha extraído en sus varios años de consulta. No evoca el infinito pero el auditorio escucha de todas formas su enumeración con fervor.

—¿Y la gutapercha de Gutiérrez qué? —pregunto al final—. Con tanto *Aleph* revolviéndosele en la boca se la habrás puesto en un ojo, seguro.

El auditorio se vuelve a observarme con expresión reprobatoria. Sonia ofrece más vino y canapés para salvar la situación y me dedica un gesto homicida.

El domingo, con el diagnóstico en ciernes, nuestro ánimo decae y nos refugiamos cada uno en su casa. Los niños, ignorantes de todo, juegan a gritos en el patio de gravilla hasta el atardecer. Sus voces, sus habituales combates, suenan lejanos, irreales, como habrá de sonarnos a todos el nombre de Hugo Schatzman cuando lo hayamos perdido. Es un día nublado y domingo, dos buenas razones para quedarse en casa, ahora que el diagnóstico entra al fin en la cuenta regresiva. Al día siguiente lo sabremos, muerte o resurrección, según lo que diga el laboratorio.

Al final todo resulta menos dramático de lo esperado. Por la tarde vemos llegar a Ana Luisa y Hugo abrazados, sonrientes, y salimos todos a recibirlos.

—¡Tuberculosis! —anuncia él mismo y lo abrazamos todos por turnos.

El pulmón es todavía remendable con unas cuantas punciones, algo de reposo, los fármacos apropiados al caso.

Al día siguiente por la tarde celebramos en su casa la buena nueva. Alguien ha adquirido, ex profeso, un ramo de camelias, que le es obsequiado a Hugo en nombre de todos. Las bromas afloran con el champaña y otros detalles, aunque nadie las celebra en exceso, ahora que sólo nos queda para reírnos sin ganas el estereotipo degradado de Margarita Gautier. Hugo se esfuerza sinceramente por renovar la mística, cierto aire de tragedia. Señala que en ocasiones el laboratorio también se equivoca. Luego insiste en lo del *Aleph*, pero alguien le pregunta, ahora sí, por la gutapercha del pobre

Gutiérrez y las risas opacan, antes de que la inicie, su enumeración de lo que ha percibido hasta allí en su garganta.

Esa noche me desvelo nuevamente y Sonia conmigo. La oigo darse vueltas y suspirar impaciente en la oscuridad.

—¿A ti no te parece que está de todas formas muy flaco? —me pregunta al fin.

—¿Quién?

—Hugo. Parece como si estuviera de todas formas en fase terminal.

En ese momento comprendo lo que va a ocurrir. En los próximos días nadie habla de Hugo, al que ahora nos referimos únicamente por el apellido: Schatzman, el de la casa ocho. El cretino ese que se iba a morir. Nos ofende su presencia recurrente cada tarde, el detalle imperceptible de que vuelva a engordar y recuperarse. Nos abruma su estilo desenfadado, que ahora nos parece trivial, trivializándonos. Lo queríamos agónico y trascendente, no inmortal.

Alguien habla —en tono de broma— de arrollarlo con el automóvil, en caso de que falle el bacilo de Koch. Dicen que la autora de la propuesta es la propia Ana Luisa. Mejor un mártir del automóvil que un dentista con el pulmón estropeado, digo yo, dice ella.

No es una mala idea, digo yo.

*Francisco Coloane*

—¡La gallina no! —gritó el guardián primero del faro, Oyarzo, interponiéndose entre su compañero y la pequeña gallina de color flor de haba que saltó cacareando desde un rincón.

Maldonado, el otro guardafaro, miró de reojo al guardián primero, con una mirada en la que se mezclaban la desesperación y la cólera.

Hace más de quince días que el mar y la tierra luchan ferozmente en el punto más tempestuoso del Pacífico sur: el faro Evangelistas, el más elevado y solitario en los islotes que marcan la entrada occidental del estrecho de Magallanes, y sobre cuyo pelado lomo se levantan la torre del faro y su fanal, como única luz y esperanza que tienen los marinos para escapar de las tormentas oceánicas.

La lucha de la tierra y el mar es allí casi permanente. La cordillera de los Andes trató, al parecer, de oponerle algunos murallones, pero en el combate de siglos todo se ha resquebrajado; el agua se ha adentrado por los canales, ha llegado hasta las heridas de los fiordos cordilleranos y sólo han permanecido abofeteando al mar los puños más fieros, cerrados en dura y relumbrante roca como en el faro Evangelistas.

Es un negro y desafiante islote que se empina a gran altura. Sus costados son lisos y cortados a pique.

La construcción del faro es una página heroica de los marinos de la Subinspección de Faros del Apostadero Naval de Magallanes, y el primero que escaló el promontorio fue un héroe anónimo, como la mayoría de los hombres que se enfrentan con esa naturaleza.

Hubo que izar ladrillo tras ladrillo. Hoy mismo, los valientes guardafaros que custodian el fanal más importante del Pacífico sur están totalmente aislados del mundo en medio del océano. Hay un solo y frágil camino para ascender del mar a la cumbre; es una escala de cuerdas llamada en jerga marinera "escala de gato", que permanece colgando al borde del siniestro acantilado.

Los víveres son izados de las chalupas que se atracan al borde por medio de un cabrestante instalado en lo alto e impulsado a fuerza de brazos.

Una escampavía de la Armada sale periódicamente de Punta Arenas a recorrer los faros del oeste, proveyéndolos de víveres y de acetileno.

La comisión más temida para estos pequeños y vigorosos remolcadores de alta mar es Evangelistas, pues cuando hay mal tiempo es imposible acercarse al faro y arriar las chalupas balleneras en que se transportan las provisiones.

Como una advertencia para esos marineros, existe millas al interior el renombrado puerto de Cuarenta Días, único refugio en el cual han estado durante todo este tiempo barcos capeando el temporal. Algunas veces una escampavía, aprovechando una tregua, ha salido a toda máquina para cumplir su expedición, y ya al avistar el faro se ha desencadenado de nuevo el temporal, teniendo que regresar al abrigado refugio de Cuarenta Días.

Esta vez la tempestad dura más de quince días. La tempestad de afuera, de los elementos, en la que el enhiesto peñón se estremece y parece agrietarse cuando las montañas de agua se descargan sobre sus lisos costados, porque adentro, bajo la torre del faro, en un corazón humano, en un cerebro acribillado por las marejadas de goterones de lluvia repiqueteando en el techo de zinc, en una sensibilidad castigada por el aullido silbante del viento rasgándose en el torreón, en un hombre débil y hambriento, el guardafaro Maldonado, se está desarrollando otra lenta y terrible tempestad.

Era la segunda vez que el fortachón Oyarzo salvaba la milagrosa y única gallina de los ímpetus carnívoros de su compañero. ¡Porque la gallina había empezado a poner justamente el mismo día en que iba a ser sacrificada!

Los guardafaros habían agotado todos los víveres y reservas. La escampavía se había atrasado ya en un mes y la convergencia de los temporales no amainaba, embotellándola seguramente en el puerto de Cuarenta Días.

Como por un milagro, la gallina ponía todos los días un huevo que, batido con un poco de agua con sal y la exigua ración de cuarenta porotos asignada a cada uno, servía de precario alimento a los dos guardafaros.

—¡Toma tus cuarenta porotos! —dijo Oyarzo, duramente, alargando la ración a su compañero.

Maldonado miró el diminuto montón de fréjoles en el hueco de su mano. “¡Nunca —pensó— su vida había estado reducida a esto! ¡No —ahora recuerda—, sólo una vez ocurrió lo mismo en el faro San Félix, cuando al naípe perdió su soldada de dos años y, convertida también en un montón de porotos, pasó de sus manos a las de sus compañeros!”

Pero eran tan sólo dos años de vida y ahora estos porotos constituían toda su vida, la salvación de las garras del hambre, que en su ronda se acercaba cada día más al faro.

“¡Y este Oyarzo —continuaba en las reflexiones de su cerebro debilitado—, tan duro, tan cruel, pero al mismo tiempo tan fuerte y tan leal!” Se había ingeniado para racionar la pequeña cantidad de porotos muy equitativamente, y, a veces, le pasaba hasta unos cuantos más, sacrificando su parte. Hasta la gallina tenía su ración: se los daba con conchuela molida y un poco recalentados para que no dejara de poner.

Cada día y cada noche que pasaban junto al estruendo constante del mar embravecido, la muerte estaba más cerca y el hambre hincaba un poco más sus lívidas garras en las grietas de esos seres.

Oyarzo era un hombre alto, grueso, de pelo tieso y tez morena. Maldonado era delgado y en realidad más débil.

Si no hubiera sido por aquel hombronazo, seguramente el otro ya habría perecido con gallina y todo.

Oyarzo era el sabio artífice que prolongaba esas tres existencias en un inteligente y denodado combate contra el hambre y la muerte, que ya se colaba por los resquicios del hambre. ¡La gallina, el hombre y el hombre! ¡La energía de unos diminutos fréjoles que pasaba de uno a otros! ¡El milagroso huevo que día a día levantaba las postreras fuerzas de esos hombres para encender el fanal, seguridad y esperanza de los marinos que surcaban la temida ruta!

Maldonado empezó a obsesionarse con una idea fija: la gallina. Debilitado, el hambre, después de corroerle las entrañas como un fuego horadante y lento, empezaba a corroerle también la conciencia y algunas luces siniestras, que él trataba en vano de apagar, empezaron a levantarse en su mente.

Por fin llegó a esta conclusión: si él pudiera saciar su hambre una sola vez, moriría feliz. No pedía nada más a la vida.

Sin embargo, no se atrevía a pensar o llegar hasta donde sus instintos lo empujaban. ¡No, él no era capaz de asesinar a su buen compañero para comerse la gallina!

“¡Pero qué diablos!”, se decía y se ponía a temblar, y se daba vuelta, asustado, como si alguien lo empujara a empujones al borde de un abismo.

El mar seguía en su ronco tronar envolviendo el faro, la lluvia con su repiqueteo incesante contra el zinc y el mugido del viento que hacía temblar la torre, en cuya altura seguía encendiéndose todas las noches el fanal gracias al huevo de una gallina y a la reciedumbre de un hombre que lo convertía en luz.

Las tempestades del mar no son parejas, toman aliento de cuatro en cuatro horas. En una de estas culminaciones, una noche arreció en tal forma que sólo podía compararse con un acabo de mundo. El trueno del mar, el aullido del viento y las marejadas de lluvia que se descargaban sobre el techo, estremecían en tal forma el peñón que éste pareció desprenderse de su base y echádose a navegar a través de la tempestad.

Adentro la tormenta también llegó a su crisis.

Maldonado, sigilosamente, entre las sombras, se dirigió puñal en mano al camarote de Oyarzo, donde éste guardaba cuidadosamente la gallina milagrosa, por desconfianza hacia su compañero.

Maldonado no había aclarado muy bien sus intenciones. Angustiado por el hambre, avanzaba hacia un todo confuso y negro. No había querido detenerse mucho a determinar contra quién iba puñal en mano. Él iba a apoderarse de la gallina simplemente; una vez muerta ya no habría remedio y Oyarzo tendría que compartir con él la merienda; pero si se interponía como antes..., ¡ah!, entonces levantaría el puñal, pero para amenazarlo solamente.

¿Y si aquél lo atacaba? ¡Diantre, aquí estaba, pues, ese todo confuso y negro contra el cual él iba a enfrentarse atolondrado y ciego!

Abrió la puerta con cautela. El guardián primero parecía dormir profundamente. Avanzó tembloroso hacia el rincón donde sabía se encontraba la gallina, pero en el instante de abalanzarse sobre ella fue derribado de un mazazo en la nuca. El pesado cuerpo de Oyarzo cayó sobre el suyo y de un retorcijón de la muñeca hízole soltar el puñal.

Casi no hubo resistencia. El guardián primero era muy fuerte y después de dominarlo totalmente lo ató con una soga con las manos a la espalda.

—¡No pensaba atacarte con el cuchillo; lo llevaba para amenazarte no más en caso de que no hubieras permitido matar la gallina! —dijo con la cabeza agachada y avergonzado el farero.

Al día siguiente, estaba atado a una gruesa banca de roble, con las manos atrás aún.

El guardián primero continuó trabajando y luchando contra las garras del hambre. Hizo el batido de huevo con los porotos y con su propia mano fue a darle de comer su ración al amarrado. Éste, con los ojos bajos, recibió las cucharadas, pero a pesar del hambre que lo devoraba, sintió esta vez un atoro algo amargo cuando el alimento pasó por su garganta.

—¡Gracias —dijo al final—, perdóname, Oyarzo!

Éste no contestó.

El temporal no amainó en los siguientes días. El alud de agua y viento seguía igual.

—¡Suéltame, voy a ayudarte, te sacrificas mucho! —dijo una mañana Maldonado, y continuó con desesperación—: ¡Te juro que no volveré a tocar una pluma de la gallina!

El guardián primero miró a su compañero amarrado; éste levantó la vista y los dos hombres se encontraron frente a frente en sus miradas. ¡Estaban exhaustos, débiles, corroídos por el hambre!, fue sólo un instante; los dos hombres parecieron comprenderse en el choque de sus miradas; luego los ojos se apartaron.

—¡Todavía lucharé solo; ya llegará la hora en que tenga que soltarte para el último banquete que nos dará la gallina! —dijo Oyarzo con cierto tono de vaticinio y duda.

Las palabras resonaron como un latigazo en la conciencia del farero. Hubiera preferido una bofetada en pleno rostro a esa frase cargada con el desprecio y la desconfianza de su compañero.

Pero la milagrosa gallina puso otro huevo al siguiente día. Oyarzo preparó como siempre la precaria comida. Iban quedando sólo las últimas raciones de fréjoles.

Otra vez se acercó al prisionero con la exigua parte de porotos, levantó la cuchara a medio llenar, como quien va a dar de comer a un niño, pero al querer dársela, el preso, con la cabeza en alto y la mirada duramente fija en su dadivoso compañero, exclamó rotundo:

—¡No, no como más; no recibiré una sola migaja de tus manos!

Al guardián primero se le iluminó la cara como si hubiera recibido una buena nueva. Miró a su compañero con cierta atención y, de pronto, sonrió con una extraña sonrisa, una sonrisa en que se mezclaban la bondad y la alegría. Dejó a un lado el plato de comida y desatando las cuerdas dijo:

—¡Tienes razón, perdóname, ya no mereces este castigo; otra vez Evangelistas tiene a sus dos fareros!

—¡Sí, otra vez! —dijo el otro, levantándose ya libre y estrechando la mano de su compañero.

Cuando se terminó la entrega de los víveres y el comandante de la escampavía fue a ver las novedades del faro, le extrañaron un poco algunas huellas de lucha que observó en la cara de los dos fareros. Miró fijamente a uno y a otro; pero antes de que los interrogara se adelantó Oyarzo sonriendo y, acariciando con la ruda mano la delicada cabeza de la gallina, flor de haba que cobijaba bajo su brazo, dijo:

—¡Queríamos matar la gallina de los huevos de oro, pero ésta se defendió a picotazos...!

—¡*La gallina de los huevos de luz*, querrá decir, porque cada huevo significó una noche de luz para nuestros barcos! —profirió el comandante de la escampavía, sospechando lo ocurrido.

¡OH!, COLIBRÍ

Gonzalo Contreras

La súbita entrada del colibrí en escena pasó totalmente inadvertida para los cuatro tragafuegos que fumaban bajo la escalera de incendios protegidos por la cortina del camarín de Maribella que en ese momento se ocupaba de soltar un punto de sus medias del próximo acto que se había enganchado en una de las numerosas estrellas brillantes de su traje del acto anterior en que hacía de amazona. El colibrí no pasó por el camarín de Maribella, tenía la cortina cerrada para proteger a los tragafuegos, y el colibrí hubo de pasar de largo hacia el corredor verde, atestado de camarines y de mimos sonrientes e inquisidores que quisieron cazarlo con las manos en medio del gran alboroto que causó la presencia del colibrí entre los mimos que luego de un minuto fueron silenciados por su director. Éste no dio aviso del colibrí sino hasta el entreacto en que el director general se tomó su tiempo para verificar la presencia del colibrí, asistido por un séquito de estudiantes, todos ellos encantados con ese asunto de cazar al colibrí, no con la mano, como los inocentes mimos, sino con unas largas lanzas de madera que sirvieron para un viejo decorado en el que con ellas se ensartaban unas bolas de anilina sobre una mujer que yacía en un espejo. Bien, con aquellas lanzas los estudiantes de teatro siguieron al colibrí por las puertas del corredor verde por donde ya había pasado el colibrí sin dejar rastro alguno ni huella que pudiera servir

a los estudiantes que ya se habían dividido en brigadas de a tres, las que cubrían las seis mamparas por donde el colibrí, luego de entrar por el corredor, debía necesariamente salir. Así lo hicieron, pero no fue difícil para el colibrí pasar por sobre las cabezas de los estudiantes que disparaban sus lanzas sin acierto alguno y más que nada divertidos por ese asunto de cazar al colibrí, que ya escapaba grácilmente hacia el escenario donde Julius ejecutaba su maravilloso acto de los platos giratorios, que mantenía de a cuarenta y nueve simultáneamente; simultáneamente, por lo menos, hasta que el colibrí, en forma totalmente accidental, rozó al pasar una de las varillas con que Julius mantenía sus cuarenta y nueve platos girando y que uno a uno fueron cayendo casi de derecha a izquierda, ya que la varilla que el colibrí tocó fue una de las de la derecha y que, además, tocó a la otra contigua y así sucesivamente. Julius no entendía nada. El director general atisbó por el hueco de la cortina en el momento en que el último plato de Julius se daba contra el suelo y el equilibrista de platos comenzaba otro de sus súbitos ataques epilépticos. Una espuma amarillenta salió de su boca frente a los asombrados ojos del mismo Julius que no estaba acostumbrado a este tipo de manifestaciones en público y menos en noche de debut. Luego de eso, venían invariablemente las convulsiones y los temblores, los que según su intensidad, lograban arrojar a Julius al suelo, o, como en otras ocasiones, al subterráneo, único recurso del empresario para acallar los histéricos gritos del equilibrista, que esa misma noche había tomado todas las precauciones anímicas como para evitar ese tipo de contratiempos. Julius no contó con la intervención del colibrí en su acto, que luego de rozar casualmente una de las varillas emprendió el vuelo tras la cortina. El director observaba todo esto tras el otro extremo de la cortina: las convulsiones de Julius en el escenario y la fuga del colibrí luego del desastre. El público reía con gusto por el final tan dramático que había dado el equilibrista a su actuación sin entender que lo que ocurría arriba, en el escenario, era una verdadera tragedia. Luego de la rápida entrada de los camilleros que usaron de todas sus fuerzas para contener los ataques del equilibrista, el público

dejó poco a poco de sonreír hasta hacerse en la sala un cadavérico silencio, muy de acuerdo con la muerte de Julius en el momento en que desaparecía de escena. Los estudiantes, por otra parte, hicieron también un pequeño silencio al pasar junto al cadáver completamente cubierto por una sábana blanca, pero cuando el muerto hubo abandonado el teatro por la puerta trasera, los estudiantes prosiguieron con su bulliciosa persecución blandiendo las lanzas y emitiendo gritos de júbilo al tiempo que las emprendían hacia los camarines del grupo de vodevil que se preparaba para su actuación dentro de unos minutos. Las mujeres que en ese momento terminaban con sus plumas, sus tocados de brillantes y sus graciosas capas de terciopelo, tampoco advirtieron el ingreso del colibrí en el largo camarín, que éste había traspuesto luego de penetrar hábilmente por una pequeña abertura en la puerta que las mujeres en forma deliberada dejaban abierta para el goce de los estudiantes de teatro que de vez en cuando se pegaban un vistazo por la abertura o uno que otro piropo. Por ese hueco entró el colibrí y una vez dentro se encargó de describir círculos sobre las cabezas de las afanadas mujeres que ante los desesperados aleteos del colibrí no atinaban a alzar la vista. La algarabía de los estudiantes pasaba por fuera del camarín de las bailarinas cuando uno de ellos, atraído seguramente por la costumbre, echó la tradicional mirada y descubrió el colibrí revoloteando sobre las ocupadas cabezas de las coristas. El estudiante, sin pensarlo, dio el grito de alarma: ¡Lo encontré! ¡Aquí está!, y comenzaron a llegar de todas direcciones los alborotados estudiantes blandiendo sus lanzas y emitiendo gritos de júbilo. Las bailarinas, sin poder ocultar su agrado ante el inesperado ataque de los estudiantes y sin más armas que sus agudas voces, comenzaron un espantoso griterío, que sumado al alboroto de los estudiantes persiguiendo al colibrí, lograron asustar a este último obligándolo a escapar por el mismo lugar por donde había entrado y sin que nadie notara la repentina fuga del protagonista. Dentro del camarín la cosa siguió igual con colibrí o sin colibrí. Las mujeres vanamente intentaban defenderse de los ya frenéticos estudiantes que habían olvidado al colibrí y que se ocu-

paban ahora de desvestir de la manera más rápida posible a las enloquecidas bailarinas que ya no oponían mayor resistencia. Algunas inconscientemente deslizaban los cierres de sus tutús y se entregaban como hipnotizadas al juego de los estudiantes, otras fingían desmayarse y disponían su cuerpo de la forma más discreta posible, listo para el amor. El júbilo aumentó en los estudiantes y el griterío de antes se convirtió en prolongados quejidos y en palabras entrecortadas que llegaban hasta los oídos del director general que desde el otro lado de la puerta clamaba a gritos una explicación de lo que sucedía adentro. Pateaba furiosamente la puerta y amenazaba con echarla abajo ayudado esta vez por el grupo de mimos también muy molestos con la situación. Con una pesada viga el director y los mimos daban de golpes contra la puerta que tercamente insistía en permanecer cerrada, acallando en algo los quejidos histéricos de las bailarinas. Aumentaba la furia del director y con ello la violencia de los golpes, mientras que dentro los jadeantes estudiantes habían recommenzado el griterío y se disponían a abrir la puerta nuevamente blandiendo sus lanzas y vociferando por la captura del colibrí, que había huido hacia otro sector del teatro. Al ceder la puerta bajo el peso de la viga salieron los estudiantes corriendo en tropel y atropellando al director y a los desconcertados mimos que tenían ante sí la terrible escena del camarín prácticamente destruido y las coristas desperdigadas en medio del caos reinante en obscenas posiciones y visiblemente descompuestas. El griterío de los estudiantes se perdió por entre los innumerables corredores por donde había continuado la persecución y por donde presumiblemente había escapado el colibrí. Pero se equivocaban, el colibrí no había más que traspuesto tres tabiques distantes del camarín de las bailarinas y había permanecido inmóvil observando una escena que al pasar sobrevolando despertó inmediatamente su interés. Era una pareja de payasos que con gran destreza y habilidad cooperaban cada uno con el maquillaje del compañero. El de gran flor en el sombrero se ocupaba de pintar los tristes ojos del payaso del traje a rayas. Éste, entrecruzando sus brazos con los de su compañero en complicada manio-

bra para que los brazos de uno no intervinieran con los brazos del otro, se ocupaba de dar a los labios de su camarada esa expresión tan usual en los comediantes y que tanto gustó al colibrí. La escena era encantadora y encantador el amor y la delicadeza que ponía cada uno en su faena. El colibrí observaba entusiasmado la precisión de los payasos en el trabajo del maquillaje y más entusiasmado aún tomando en cuenta que esto era un trabajo doblemente difícil, digamos, a cuatro manos. Acabada la operación del maquillaje, los payasos se dispusieron a guardar los ungüentos en unas hermosas cajas chinas con incrustaciones de jade especialmente fabricadas con el propósito de guardar ahí las pinturas de la pareja. Y todo eso del guardado de las pinturas —durante la media hora que duró, la banda de los estudiantes debió de pasar seis o siete veces frente al camarín— era acometido por los payasos con tal minuciosidad y celo que parecían caer en un trance hipnótico o algo así; esto se desprende de las ebrias miradas que se lanzaban entre sí, como también de las fugaces caricias que parecían surgir de una manera totalmente casual, pero que indudablemente no lo eran, dado el cuidado que ponían al momento de acariciarse para no arruinar el trabajo anterior del maquillado. Entre todo este juego de caricias los payasos intercambiaban algunas palabras, eso sí, ininteligibles para el colibrí por lo bajo de la voz y por provenir éstas de otro idioma, como pudo constatar el colibrí luego de que los payasos subieran la voz enfrascados en un diálogo que el colibrí captó en toda su intensidad y dramatismo, no por el significado de las palabras, sino por los dolorosos gestos con que los payasos acompañaban cada una de sus frases. El de la gran flor amarilla en el sombrero se paseaba nervioso y dando la espalda a su compañero hablaba ahora bajando la voz y golpeando rítmicamente con los nudillos en el delgado tabique que los separaba del fakir, que curaba sus heridas del acto anterior y que no prestaba atención a los golpes regulares del tabique ni a las palabras monótonas y sostenidas con que el payaso de la flor intentaba explicar algo a su compañero que, al igual que el fakir, no prestaba atención al monólogo de el del tamborileo en el tabique, sino que mantenía él

también su propio monólogo, tan monótono y sostenido al tiempo que pasaba incesantemente su mano enguantada por la peluca colorina que acababa de ponerse. El colibrí observaba la escena con sumo interés, tanto, que había detenido el aleteo constante de los colibríes para captar mejor el contenido de la conversación. Estaba en eso cuando una flecha pasó rozando apenas su cabeza para clavarse finalmente en un cojín muy cercano a donde el payaso de la peluca se había tendido a sollozar. El caso es que sólo vio pasar la flecha y clavarse junto al de la peluca que no vio el impacto como tampoco el otro que continuaba con el tamborileo en el tabique. El colibrí advirtió el peligro inmediatamente. Uno de los estudiantes se había montado en el andamiaje de los tramoyistas y desde ahí había descubierto la posición del colibrí, que, por lo demás, le era muy cómoda para disparar con el arco de la Diana Cazadora al colibrí totalmente distraído con el asunto de los payasos. Antes de que emprendiera el vuelo otra flecha pasó junto a su ala ya desplegada para el despegue. Después fueron muchas las flechas que lo siguieron en vuelo. El estudiante había dado la alarma y en un segundo las galerías colgantes se vieron inundadas de alborotados arqueros disparando sin concierto sus flechas contra el colibrí, que ya había huido atemorizado hacia los corredores por donde también habían seguido los estudiantes luego de que bajaran de los andamios. La persecución continuó por un pasillo largo que conducía a las bodegas y a la pequeña caballeriza, donde Marcial, el domador, ensayaba con Mancerno, su pony, algunos trucos en que participaba con Maribella. El colibrí, luego de atravesar casi rasante las dependencias de las bodegas, entró súbitamente a la espaciosa caballeriza pintada de celeste, prácticamente vacía, donde Mancerno, el pony, se paraba en dos patas con una bandera en el hocico sin notar el ingreso del colibrí que en ese momento se abría paso entre la cortina de gasa que separaba todo este espectáculo de la horda de estudiantes pronta a llegar tras él. Éste, cegado por la furia de sus perseguidores, no se percató de lo cerca que pasó de la bandera que sostenía Mancerno en su hocico y aún parado en dos patas en el momento en que los estudiantes trasponían

también con cierta dificultad la cortina de gasa sin dejar de disparar sus mortíferas flechas, una de las cuales, al pasar el colibrí junto a la bandera de Mancerno, se clavó en forma totalmente accidental entre ceja y ceja del pony que aun así no volvió inmediatamente a su posición original de cuatro patas, sino que se quedó arriba como estupefacto y asombrado. Marcial alcanzó a cogerlo cuando aún se mantenía en su teatral pose y comenzaba lentamente a caer de bruces. Los estudiantes habían seguido hasta el fondo de la caballeriza donde el colibrí con su agilidad asombrosa esquivaba cada uno de los disparos y se les colaba por entre las manos mismas a los estudiantes ya no muy divertidos con eso de cazar al colibrí, que muy ingeniosamente se dirigía hacia la salida, hacia donde también se dirigía Mancerno, el pony, como en su última reacción equina de galopar hacia un lugar abierto. Marcial intentó detenerlo y recostarlo para de alguna manera poder sacar la flecha que había entrado con mucha precisión, pero el pony, bufando de dolor, se sobrepuso y se abalanzó contra la cortina, seguido por el colibrí que había tenido la misma idea. A esto, salieron detrás Marcial y los estudiantes, estos últimos, sin hacer caso del domador que sollozaba corriendo muy lentamente tras el pony que ya se veía no podría continuar en carrera, mientras que el colibrí sobrepasaba en velocidad a todos sus perseguidores y especialmente al pony, que luego de los últimos estertóreos galopes había caído primero de rodillas y luego de bruces, como un unicornio. Marcial llegó a él cuando los estudiantes pasaban sin detenerse sobre el maltrecho cuerpo del animal pisándolo sin compasión y pisando también, seguramente, la bandera. Marcial se detuvo junto al pony ya muy lejos de los estudiantes que habían desaparecido por la curva que conducía al escenario, y por donde había desaparecido también el colibrí. El director interrumpió por un momento la rápida fuga del colibrí hacia el escenario ya que su gran cuerpo obstruía la pequeña abertura de la cortina, donde permanecían él y la malabarista Carmen, que se negaba a continuar con su actuación ante la sola expectativa de que apareciera el colibrí y arruinara su acto ya bastante deteriorado con la ausencia de más de la mitad de la concurrencia, que había abandonado la sala ante la

demora producida entre acto y acto luego de la muerte del equilibrista Julius y de la negativa de los demás artistas de actuar bajo el ánimo que reinaba en el teatro con esto de la entrada del colibrí. El director general rogaba como un niño a la temperamental Carmen que continuara con sus palitroques, asegurándole que él se encargaría personalmente de impedir la entrada del colibrí, que para mala suerte del director, apareció repentinamente en el momento en que la temperamental Carmen caía desmayada en los brazos del director que amenazaba de un puño a la pequeña figura que pasó rauda y se paró en la concha donde antiguamente se ubicaban los consuetas. El público, que estaba a punto de marcharse, se detuvo en sus asientos al observar la gracia con que el colibrí mostraba su aleteo dando la espalda al telón que parecía haber sido puesto para él. El director general, los mimos, los estudiantes que habían llegado presurosos, Marcial que había seguido a los estudiantes con el propósito de vengar la muerte de su pony Mancerno, también se detuvieron frente a la enternecedora figura del colibrí; Maribella, detrás de Marcial y recién enterada de la muerte de su fiel acompañante, pareció olvidarlo y dirigió su mirada hacia el colibrí; los cuatro tragafuegos intoxicados y la temperamental Carmen, ya repuesta del desmayo, observaban al colibrí, solo en el escenario y sin más gestos que el aleteo constante de los colibríes.

Mientras tanto, parte del público que se encontraba en el foyer, dispuesto a partir, volvía a sus asientos en medio del silencio que imponían los presentes para no ahuyentar al colibrí que permanecía inmóvil, a excepción de sus alas que no cesaba de batir. Uno de los estudiantes, quizás el mismo que lo descubriera en el camarín de los payasos, sin poder contener la tentación, cargó su arco y con calculada precisión ensartó su última flecha en el cuerpo del colibrí, que casi inmediatamente cesó de aletear, para quedar aún más estático en medio de la furiosa ovación del público que se puso de pie para celebrar la curiosa muerte del colibrí. Ante esta reacción, el director salió a escena con todo su elenco haciendo una graciosa reverencia de gratitud. Después hubo de hacer cuatro salidas sucesivas para responder a los entusiastas aplausos del público.

*Adolfo Couve*

I

Es una falacia bien socorrida creer que reunir a la familia para un evento conmemorativo significa apoyo mutuo, postergación de los antagonismos, solución a nuestra condición solitaria y conflictiva.

Pero cuando se trata del cumpleaños del progenitor, no se piensa en tales cosas, y todos contribuyen a hacer feliz ese momento. Era el caso de Balande, Óscar Balande, que aquel día cumplía cincuenta y siete años. Sus hijos, todos casados, los cuñados y cuñadas, los hermanos, incluso una que otra tía sobreviviente de la generación anterior, y la totalidad de los nietos, se dieron cita en el departamento de los "viejos" para almorzar alrededor de una torta, que apenas podía contener esa enorme cantidad de velitas sobre su embetunada superficie.

El departamento era holgado y, a medida que los "niños" se fueron casando, los diferentes dormitorios que ocupaban adquirieron esa inutilidad, esa quietud, esa secreta aspiración a estar reservados a un hipotético retorno que nunca acontecería. Los cubrecamas estirados, los visillos corridos, la luz del sol como un manchón sobre la alfombra, el espejo del ropero duplicando a nadie.

Era un departamento con una ubicación privilegiada, el único

del edificio que tenía balcón a la calle, repleto de balaustres de cemento, sobre cuyos baldosines relucientes había dos escaños de hierro forjado, y una que otra jardinera que curiosamente nunca completaron con nada. Tal vez porque el inmueble estaba casi encima del Parque Forestal y daba la sensación de que todo ese jardín exótico y centenario les pertenecía.

Un toldo elegante a franjas blancas y amarillas impedía la resolana de la tarde frustrando la curiosidad de los vecinos de los pisos superiores.

A este balcón convergían el amplio salón, y separado por una puerta de correderas, el comedor. Los Balande eran demasiado tradicionales para juntar ambos ambientes, mezclando los trinchés con el piano, o la amplia mesa con el sofá. Preferían, a la antigua, merendar en un sector para luego dedicarse a la cháchara en el otro.

Amaban sobremanera los muebles, y en general mostraban en la decoración un gusto refinado. Desde luego, se hacía notar sobre el hermoso parquet una colección de alfombras persas de las más variadas dimensiones, todas con el sello aparentemente imperfecto que da la aplicada y lenta manufactura artesanal.

—Caminan solas —decía Balande al referirse a ellas, y de vez en cuando se levantaba en plena noche para contarlas, indicando a su esposa en voz alta:

—Julita, ¡a que no sabes cuántas alfombras persas tenemos!

En realidad había en demasía, incluso estaban montadas algunas encima de las otras. Esto en cuanto al piso, respecto a los muros, el atiborramiento era similar. Marcos y óleos iban desde el cielo raso al suelo. Y como suele hacer la burguesía, para cada cuadro tenían una anécdota, ya fuera de su adquisición en una comentada subasta, o simplemente de sus autores, verdaderos parias de los que sólo se admiraba lo que hacían, jamás lo que eran. Desde luego, aquella colección valiosa no se arriesgaba más allá de lo convencional, de ahí que desafortunadamente para sus dueños, el precio de compra iba desgastándose como aquellas firmas efímeras a lo largo del tiempo. Pero hacérselo entender a Balande eran palabras mayores. Presidía el salón, encima del sofá, una "escena gallega" de Fernando

Álvarez de Sotomayor, pintor de factura estridente, cuya muñeca dura traducía a la fuerza, por medio de empastes monótonos cuanto veía. Así, la mejilla de una aldeana tenía la consistencia del tazón de loza que intentaba alzar. Había una niña de "Brujas", otra zurciendo con la aguja suspendida a perpetuidad, enormes marejadas con olas que levantaban casi a la altura del marco a barcos de vela y vapor, cruzando el temible Cabo de Hornos, o arribando ufanos a Valparaíso. Pero aquel vaivén de transparencias se aquietaba ante otras vistas más bucólicas, como trillas a yegua, siesta bajo los sauces o rondas, entre mitológicas y folclóricas, de jovencitas atrapadas en su representación al óleo. No faltaba por allí la miniatura algo borrosa, ni el retrato de Julia, relegado a la oscuridad del vestíbulo. En traje de baile, las manos mal solucionadas, y del rostro, rescatado a la fuerza, un parecido dudoso.

Pero el conjunto impresionaba, ya que estos óleos y tapices estaban secundados por Dagobertos de terciopelo y pasamanería, cortinajes recogidos por borlas, muebles enchapados, cómodas pintadas a mano y firmadas, una que otra escultura de mármol y media docena de jarrones chinos de las dinastías más conocidas, los que mostraban su prosapia no sólo en el azul intenso de la ornamentación exterior, sino en la cantidad de uñas y garras de los dragones, que circundaban vivaces el fondo y las paredes interiores.

Había reflejos de estas preciosas lozas y mármoles sobre las bruñidas cubiertas, y el toldo de la terraza, cual prisma de paño filtraba la luz, cuya tonalidad suave en su paulatino avance iba destacando la urdimbre desigual de los tapices.

## II

Los negocios del señor Balande quedaban en la calle Herrera, cerca de San Pablo, a metros de la Plaza Yungay. Un cordón de almacenes sucios, con la verdura en la vereda, las yerbas en los mostradores y los toldos desvencijados y harapientos, donde la lluvia y el sol resbalan por igual. Allí frente a las cajoneras de abarrotes, con las poruñas enterradas en el arroz y los fideos, los escaparates

improvisados, las balanzas arcaicas y toda suerte de atrasos, se veía a Óscar Balande.

Llegada la hora del cierre, cuando chirriaban las cortinas metálicas ante la extendida sombra de los árboles de la plaza, que opacaban la cantidad de pedestales vacíos, y raídos cuadriláteros de pasto, Balande sacaba de la trastienda su terno impecable, se quitaba la cotona de trapo, tomaba el automóvil y enfilaba hacia el barrio alto, mezclándose en un tránsito cada vez más selecto, que lo acompañaba hasta su casa.

### III

En aquella ocasión el nerviosismo de Julia era manifiesto. Desde el momento mismo en que comenzaron a ingresar los invitados se la notó alterada. Y no debido a los pormenores del almuerzo, ya que éste había sido encomendado al Club, y dos garzones de impecable apariencia circulaban del repostero a la mesa.

Los primeros en llegar fueron los hermanos mayores de Julia: Edgardo y Emita, que vivían juntos hacía muchos años. Edgardo nunca se casó y Emita, viuda recién contraídas nupcias, no sopor-tando la soledad, decidió compartir una casa con su hermano. El tiempo los volvió una verdadera pareja, con sus mañas y avenencias, sin haber pasado por la experiencia del sexo. Exentos de aquel entrenamiento, alcanzaron, sin embargo, igual situación que la de las parejas normales.

—Mis hermanos acaban de llegar —se le oyó decir a Julia, mientras disponía un arreglo floral.

La sonora voz de Edgardo, que tenía por costumbre exagerar las situaciones cotidianas, hacía sonrojar a su hermana, quien siempre explicaba lo mismo desde otra perspectiva. Y en esta rectificación podía apreciarse el inmenso amor y orgullo que Emita sentía por él.

—Nunca me has dicho, Óscar, la procedencia de este Helsby. ¡Qué cuadro tan bonito, qué oficio, qué colorido y qué gracia en el movimiento de ese par de figuras!

Emita, en tanto, agitaba un montón de pulseras de oro que tintineaban en su muñeca.

—Todavía recuerdo cuando rematé el Sorolla —continuó aclarando...—. La mujer de Agustín Serrano hizo lo posible por arrebatármelo, pero fue inútil... y lo peor es que hasta con guiños me rogaba bajara la oferta.

Este parloteo de subastas y oportunidades llenaba el recinto en tanto ingresaba en él una tía abuela de Balande, del brazo de uno de los hijos. Como ésta era sorda, el muchacho narró el trayecto que efectuaron desde la casa de la anciana hasta allí.

—Pasó a la “botica”, como ella dice, y pidió un medicamento que hace cincuenta años no se fabrica, luego volteó el monedero sobre el mostrador, y, ¿creerán ustedes que había piezas del tiempo de Balmaceda? —explicaba el joven, en tanto Edgardo se volvía hacia el Álvarez de Sotomayor:

—Don Fernando Álvarez de Sotomayor, ¡qué muchacha tan natural!

Ya repletaban la puerta del salón varias personas de distintas edades. Se veía a Don Javier Peralta, la mirada perdida, del brazo de Teresa Balande. Tío Javier tenía avanzada arteriosclerosis, y no hacía mucho había lanzado al excusado las joyas de la familia. Durante unos minutos, vagó por las Smyrnas y Bokharas, sin saber dónde estaba.

Todo palideció de pronto, y el toldo de la terraza se opacó. Se nublaba el cielo. Elvira y su esposo hablaban de los niños, y tía Tere se sentó al piano, ensayando acordes y melodías pegajosas, con mucho humor. La rodearon personas jóvenes, para quienes se preparaba una mesa aparte de la grande. Tío Javier pasó frente a una vitrina rococó, de vidrio abombado, que guardaba miniaturas y reliquias únicas, dijes, juegos de las monjas Claras y camafeos de pelo. Unos dátiles tallados era lo máspreciado entre esos tesoros bajo llave. El rostro ido del tío Javier se duplicó fugazmente en el vidrio curvo y miró al interior, no comprendiendo ese encierro.

Óscar desapareció por un instante para reingresar disfrazado con una careta rosada que le dejaba descubierto el labio inferior. Era quien más celebraba su propia jugarreta. Uno de sus hijos,

Fernando, se divertía en sacar fotografías de la velada, colocando el fotómetro en todas las posturas imaginables.

Un hombre alto, grueso, panzón, bien vestido y perfumado, fumaba un habano en el balcón, en tanto otro de los hijos de Julia le narraba algo muy interesante. Se trataba del Almirante Costa-Vélez, casado con una hermana de Balande, Clarita, ya de cierta edad, carente de hijos. Ambos se dedicaban a viajar todos los inviernos. Mal lo habían pasado en la última gira que efectuaron a Londres. El obeso Almirante en retiro, sin darse cuenta, puso su enorme zapato en la cuna de Enrique VIII, expuesta en un museo, y fue multado en muchas libras esterlinas. Anglófilo empedernido, es posible que hasta sintiera orgullo por tal torpeza.

Julia intentaba escabullirse de los grupos que querían retenerla. Experimentó alivio cuando los invitados pasaron a la mesa. Había tarjetas en cada puesto. Los menores ocuparon la "del pellejo". Una jalea salada con incrustaciones de mariscos de un color nebuloso, en medio de escogidas hojas de lechuga, repletaba los platos.

Balande trajo personalmente de la bodega una botella sucia de vino de muchos años, relacrada hacía otros tantos.

—¡A lo mejor es puro corcho!

—Te diré, Emita, que el Romero de Torres que tiene Óscar es casi más interesante que el nuestro.

—El tuyo es precioso, Edgardo —acotó su hermana, haciendo una mueca ante la modestia de su conviviente.

—Cuando estuvimos en Nueva York, lo hice expertizar en Park Bennett.

—Prueba, prueba este mosto, paladéalo, tú sabes de esto...

—¡Señor Almirante!

—¿Doctor?

—¿Y la torta?

—Ah sí, se me olvidaba.

—¡Qué cantidad de velitas, si parece un cálifont!

—A ver, miren un segundo, acá sin moverse... eso, así, no te muevas mamá, dile a tía Mate que deje los merengues grandes.

—¿Quién trajo pasteles tan enormes?

- Yo no sabía.
- ¿Angelina, cómo está la Blanca?
- Trabajando en los dulces como siempre, pero es Leonardo prácticamente el que se los hace.
- ¿Me alcanzas la copa, quieres?
- La tía Mate es del tiempo de las máquinas de cajón... se ha comido dos pasteles de esos...
- ¡A ver los niños de la mesa del pellejo!
- ¡Tengo otro de estos vinos! ¿Sabes?
- Cuando con Clarita fuimos al Jubileo de Jorge V, vieras qué magnífico era el desfile de barcos por el Támesis.
- Javier, Javier, ¿quieres un pedazo de torta?
- No te entiende, dásela no más; y pensar que la tía Mate tiene su cabeza entera.
- ¿Y la chauchera con las monedas del tiempo de Balmaceda?
- Bueno, son noventa años, qué quieres, pero mírala como se atreve con otro de los empolvados.
- No debimos comer torta antes del almuerzo, ni pasteles.
- ¡Qué importa!
- Parece que Javier quiere ir al baño...
- Por aquí, Tere... Tú sabes el camino.
- Qué regio, todo listo del Club... Así da gusto.
- Nosotros no nos preocupamos de nada —aclaró Balande, descorchando la segunda botella de una cosecha de antaño.

La mesa se tranquilizó cuando Óscar sopló las cincuenta y siete velas. Las servilletas se caían, la parentela equivocaba los cubiertos y todos escanciaban el vino en copas de colores que no correspondían.

El toldo recobró su vibración y el sol tamizado dio de lleno en el salón vacío. Flotaba humo disperso y olor intenso a perfumes finos. Sobre los silloncitos capitonés y en el Dagoberto había cantidad de carteras. Las voces, las risas y los silencios venían ininterrumpidamente desde el comedor.

La mesa del pellejo permanecía silenciosa. La gente joven guardaba mejor la compostura que sus mayores. Todavía les asistía el pudor y no se envalentonaban con el brindis.

—¿Emita, no vas a competir este año con las calas amarillas?

—No sé, todo depende de la Juansa.

—¿Te inscribiste?

—¡Es que el Happy me arruina las papas, destroza todo!

—¡Me cargan los perros!

—Pregúntale a mi mamá qué sucedió con el aeromodelo.

Uno de los Balande, el más joven, era experto en la madera de balsa y el cortaplumas.

—¿Qué pasó, tía? —preguntó a Julia uno de sus sobrinos, conociendo de memoria el cuento. Julia, incómoda, desvió la mirada.

—Se sentó en el avión recién terminado, de puros palitos de fósforo y papel mantequilla.

—¡No te creo!

—¿No saben el último chiste, el de la señora que perdió el boleto...?

—En el remate de los Azócar, presencié lo que te digo... es para no creerlo... un Rigoberto Soler grande que había pertenecido...

Julia apretaba nerviosa una llave entre sus manos... simulaba entusiasmo... pero estaba apenada... hacía como que se integraba, pero no escuchaba lo que decían... Nadie advertía su hondo ensimismamiento, cuando la algarabía era muy intensa fijaba su vista en un punto muy distante, más allá de los invitados. Una vez en aquellas ensoñaciones lejanas, le era casi imposible retornar a la realidad circundante. Había que mencionar muchas veces su nombre para traerla al presente. De golpe, como quien despierta sobresaltada, acogía el llamado e intentaba interesarse. Mas, en tanto se descuidaban, volvía a caer en aquella ausencia profunda.

El racimo de globos se mecía blandamente, colgado de la lámpara de centro.

—¿Existen calas negras, no es cierto?

—Nosotros hemos cultivado.

—¿Has obtenido premios con ellas?

—No, sólo con las amarillas.

—Entonces, mi mamá, sin fijarse, se sentó sobre el avión recién terminado.

—¡No te creo!

—¿Es cierto, mamá? ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Madre! ¿Dónde te has metido?, eso hace mal —exclamó agitando la mano frente a sus ojos... ¡Madre! ¡Te has dormido despierta!

—Nosotros no teníamos idea de que allí en ese rincón estaba la cuna de Enrique VIII.

—Me costó un mundo dar con el baño. Javier no puede solo.

—¡Ah, las calas blancas no valen la pena!

—No creas, Emita, también sacan premio.

Julia oprimía con tal fuerza la llave en su mano, que ésta le dañaba. Aún era demasiado pronto para saber si era alivio lo que sentía o simplemente pena. Ojalá sea lo primero, pensaba, en tanto estimulaba a los invitados a que se entendieran entre ellos, y esto le permitiera imbuirse en las imágenes y sucesos que esa mañana había vivido. Serían los últimos de esa larga historia, prolongada servidumbre, dependencia insana, ¿podría definirla así, tan fríamente? ¿Acaso no fue aquella relación oculta la que le dio sentido a su pobre existencia? Se admiraba de haber sido capaz de cumplirla hasta el final, sin sucumbir. Esa satisfacción le restaba. Nunca sospechó que una tranquilidad tan grande comenzaría a invadirla. Tenía necesidad de estar a solas, con esas vivencias, pero al observar esa torta destrozada, repleta de velas consumidas, no le quedaba otra alternativa que el disimulo.

El señor Balande posaba para la máquina levantando una copa de champaña. No se debe contribuir con tanta liviandad a grabar una imagen cualquiera, para que ésta, luego, desde un marco, presida todo lo que viene... Ni una sola vez los esposos habían intercambiado palabra, ni siquiera una mirada. A causa, tal vez, de que ocupaban las cabeceras opuestas. Balande advirtiendo ese detalle se incorporó y con la copa siempre en alto acudió hasta el puesto de Julia, y besándola cariñoso en la frente, volvió a posar esta vez con ella. El flash los dejó en la inmovilidad. El sol afuera descoloraba otra vez el toldo. El tío Javier sentado solitario en uno de los escaños, mostraba un rostro de inteligencia derruida, en un envoltorio corporal que marchaba por su cuenta. ¿Cuánto

tardaría esa fortaleza física en alcanzar el deterioro de la mente? Ido, sin frío ni calor, menos cotizado que el más insignificante de los tapices persas, enfrentaba con su expresión impávida la caricia inútil del sol. Julia, que en ese momento salió al balcón, advirtió su imagen encorvada y sin poder impedirlo se sentó a su lado, tomando aquellas manos sin vida. Inofensiva presencia la de aquel hombre que había perdido para siempre la memoria, y ante este testigo inocuo, Julia observó la llave. Nunca otra vez la volvería a utilizar. Las lágrimas se la desdibujaron. El amor, tal vez no sea más que un encargo del recuerdo —pensó resignada.

—Tío Javier, volvamos al comedor... venga, yo lo ayudaré... no se quede aquí...

Al reingresar en aquella pieza, el ruido era ensordecedor. Al parecer el Almirante se peleaba con Balande por un antiguo litigio de un muro divisorio.

—Fueron cuatro ladrillos apenas los que cayeron en su sitio, Almirante.

—¿Cuatro ladrillos?, perdóneme usted, ¡fue la muralla entera!

Una copa se volcó sobre el mantel bordado, dejando una extensa mancha.

—¡Póngale sal! ¡Cuidado, que no alcance a la servilleta!

—No es nada, no te preocupes.

—¡Qué torpe he sido! ¡Qué torpe!

—No importa, no es nada.

Tía Mate se afanaba otra vez en masticar los dulces grandes y su placa subía y bajaba en abierto desencuentro con el ritmo de las mandíbulas.

El mozo iba correctamente sirviendo por el lado que correspondía...

Julia definitivamente abstraída ante esa concurrencia, se parecía al tío Javier... ninguno de los dos podía reingresar al presente... sólo en eso se asemejaban.

—¡Corina! —fue la exclamación generalizada de la mesa. El vano de la puerta enmarcó a una dama exuberante, de traje sastre negro, estola de marta y peinado a la moda.

—Me perdonan el atraso, me fue imposible llegar antes...

—Busquen una silla, hagan un hueco... —indicó Balande, en tanto besaba en las mejillas a esa enorme criatura vestida de oscuro.

Se quitó con elegancia las pieles y se sentó entre el Almirante y el tío Javier. Rehusó comer torta, sólo aceptó una copa de vino, rozando apenas el cristal con sus pintarrajeados labios.

En un comienzo, la concurrencia guardó silencio, pero pasada la expectación, todo volvió al desorden y a las frases hechas que cruzaban la mesa.

—Y tú, Julia, ¿cómo estás?

—¿Yo?, bien, como ves...

—Me alegro... ¡Salud! —repitió y volvió a untar la boca en el licor encendido.

—Hablabamos de aeromodelismo...

—Aero... ¿qué?... no comprendo —acotó Corina, haciendo un mohín de sorpresa.

—De aviones, madrina —explicó alguien.

—Ah... de aviones.

—De aviones de juguete, para armar.

—¡Qué interesante!

Julia se desentendió de ellos, para entrar en lo de los concursos de flores. Allí otra vez las calas amarillas aventajaban a las ordinarias.

—No hay flores ordinarias —recalcó alguien, como adivinando sus pensamientos.

La risa estridente de la recién llegada sobresalía de las restantes.

—¿Tu madre se sentó encima?

—¡Lo juro!

—No te creo.

—Tráele torta.

—¡Probarla solamente!

—¿A que no adivinas cuántas velas tenía? —inquirió Balande, en un intento de coquetería.

—Eso no se dice —respondió Corina, dejando caer sobre su pechera bizcocho y crema.

Los ojillos grises, fríos como el amanecer, del dueño de casa, de pronto volvieron en sí, recorriendo rápidamente el ruedo de sus invitados. Se habían salido aquel par de bolitas del circuito convenido, y ahora registraban por su cuenta lo que a su dueño no le convenía.

Fue así que se topó con la mirada de su mujer, quien rápidamente la esquivó. ¿Había sido descubierta? Cuando lo quiso comprobar encontró otra vez a su esposo zambullido en el merengue, los globos, los cuentos anodinos.

Acto seguido, se produjo un prolongado y significativo silencio como si todos se hubiesen puesto de acuerdo.

—Acaba de pasar un ángel... —acotó alguien.

Julia miró entonces en dirección a la ventana, y luego al cuadro de la niña que zurcía con la aguja suspendida a perpetuidad, y pensó para sus adentros que aún le faltaban pautas a su mapa secreto.

Poli Délano

—El caso no tiene explicación —dice el informe del Inspector Salinas—, si consideramos, por un lado, que los esposos Barrenechea nunca, desde que llegaron a este distrito hace varios años, mostraron un comportamiento que se apartara de lo normal y, por otro, que según sus vecinos, amigos y parientes, no se les conocían enemistades de ninguna índole. Los hechos parecen indicar que el doctor Barrenechea padeció un ataque repentino de cierto tipo de locura que lo llevó a comportarse de la forma en que lo hizo.

## I

Cuando tras un golpe de ventana el hombre alto se dejó caer, con un hacha en la mano, un morral colgando del hombro y una media de mujer cubriéndole toda la cabeza, el vaso whiskero del doctor Barrenechea se le soltó de los dedos y rodó por el suelo, esparciendo su contenido sobre la alfombra, a la vez que un agudo grito de Ritta Klein de Barrenechea perforó lo que hasta ese segundo había sido una tranquila velada hogareña.

—No se muevan —dijo el hombre alto—. Sé que están solos, ya conozco sus costumbres. Nadie vendrá esta noche, tendremos tiempo de sobra para lo que vamos a hacer. Usted, señora, siéntese acá, al lado de su marido. Ningún movimiento en falso: soy un maestro con el hacha.

—¿Qué desea? —preguntó ahogado el doctor Barrenechea.

—No se preocupe —dijo el hombre alto—. Ya lo sabrá. Podemos empezar por encender la televisión para que sus vecinos o alguien que pueda pasar, vean que todo marcha con absoluta normalidad.

—¿Y no es así? —dijo ella.

—¿Qué piensa usted...? No, la verdad es que no es así. Les aseguro, les puedo hasta jurar, que esta noche no será una noche como todas.

El fuego de la chimenea hacía crepitar los maderos y el repiqueteo de la lluvia contra los vidrios de la puerta del patio estaba disminuyendo. La voz del hombre alto se escuchaba enrarecida a través de la media, un tanto gangosa, quizás asordinada. Las formas de su cara no habrían podido distinguirse. Los gestos de la boca se distorsionaban cada vez que los labios se retorcían para pronunciar una palabra.

—¿Qué quiere? —volvió a decir el doctor Barrenechea después de complacer al hombre alto apretando un dígito de su control remoto para poner en funcionamiento el televisor.

—Nada muy especial. Conversar un poco, recordar viejos tiempos, ajustar quizás alguna cuenta impaga.

El hombre alto, sin soltar el hacha, tomó asiento en el sillón Morris que daba frente al sofá donde se agazapaba, desconcertada, la pareja.

—Cambie ese programa —dijo—. Muy ruidoso. Busque música. —Con su mano libre corrió el cierre del morral y sacó lo que podría ser un cuchillo carnicero, dejándolo sobre el pulido brazo del Morris. La señora Barrenechea se atragantó. Luego, con esa misma mano libre, el hombre se quitó la media y se desapelmazó con los dedos el cabello.

El doctor Barrenechea le clavó los ojos y por la totalidad de su expresión atravesó un destello desesperanzado, algo así como la intuición precisa de la muerte.

—Veo que aún me recuerda —dijo el hombre alto.

## II

La tarde avanza, el sol se va ocultando detrás de las colinas ensangrentando el valle, y ya varios huéspedes se han retirado. Celebramos los "tijerales" de la nueva casa que ha hecho construir papá para Cecilia, que se "nos casa", como él mismo dice a cada rato, sonriendo. Yo no le veo la gracia. Aunque sólo vengo al fundo durante los meses de verano, entre el último examen de la escuela y el primer día de clases, será aburrido, pienso, encontrar siempre al plomo de Ruperto, el "futuro" de mi hermana, que se quedará con mi padre a trabajar el fundo. Se han sacrificado varios corderos y la barbacoa ha sido regada con mucho vino, y con la chicha de manzana que trajeron los alemanes. Ya sólo vamos quedando cuatro. Ritta, la mayor de las alemancitas de la barraca que está en el bajo, donde los caminos de los montes entroncan con la carretera. Cuando se marchaban, ella le dijo al padre: "¿Me puedo quedar un rato más? Osquítar me acompaña luego a caballo". Osquítar soy yo, y siento que la sangre me hace cosquillas cuando ella dice eso. "Bueno" —concede el viejo, echándome encima su mirada bizca—. "Pero, cuidado, eh". Pronuncia "pero" como "perro" y no como "pero", lo que me resulta muy cargante y me da rabia, aunque en este preciso momento lo agarraría a besos al viejo. La Ritta es la mujer que más me ha gustado nunca y está como "lista para la foto" y cuando la lleve a su casa, haré que me ensillen un solo caballo.

Además de Ritta, quedan Álvaro Cuesta, mi compañero en el curso de Anatomía, el mejor amigo, que ha venido al fundo por un par de semanas, y el tío Ramiro, que está, como siempre, entre que se duerme y no se duerme, cansado y más que nada, algo borracho. Fuera de canturrear, contar algunos chistes, reír a destajo y sabrorear la barbacoa de cordero, hemos bebido bastante, tal vez más de lo que conviene. Está también Reynaldo Domínguez, el hijo del inquilino más viejo del fundo, con su infaltable Tigre, un perrazo que ya tiene como un siglo y al que adora como a ningún humano. El resto, es decir, mi padre, los novios, mi tía Chita, se han marchado a la casa grande; los maestros de la construcción

ya bajan a la carretera para alcanzar la última micro que los lleva al pueblo. Reynaldo sigue ocupado de la barbacoa, que parece un barril sin fondo, y de vaciar las garrafas en los jarros y de ahí el tinto a los vasos. Tigre se echa a sus pies, lo sigue, vuelve a echarse, va y viene.

—Ha sido muy buena fiesta —dice Ritta.

—Sí —digo yo, y bajando la voz—: lástima que a tu hermana no le haya gustado mi amigo.

—Lástima —dice—. Pero parece que tu amigo es medio pavo.

—No tanto —lo defiendo—. No le gustó y punto. A lo mejor, a él tampoco.

—No es como tú.

Me acerco más a ella. Apoyo la cabeza en su hombro. Ritta me da una especie de mordisco en la cabeza. Es medio salvaje.

—Buena fiesta —repite.

—Sí —repito yo—. Pero algo falta para un buen término, algo choro, emocionante, qué sé yo, un poco más de color.

—Prenderle fuego a la casa de los novios —ríe. Ella es medio salvaje.

—Ponerle un balde de vino como sombrero a tu tío, a ver si despierta —dice Álvaro, entreabriendo los ojos adormecidos.

—Capar a este huevón —se mete mi tío, acezante, señalando a mi amigo.

—Degollar a Tigre y echarlo a la barbacoa...

Antes del almuerzo, por la mañana, Álvaro y yo hemos visto degollar a uno de los corderos. Le ataron las patas de atrás y las de adelante, colgándolo luego de un gancho sujeto a la proyección de la liga mayor, con la cabeza hacia tierra; y sobre el suelo, justo debajo de su cabeza, colocaron un tiesto de greda. Luego le enterraron el cuchillo en el gáznate y lo pasearon eficientemente de lado a lado. La sangre cayó a borbotones en el tiesto. Reynaldo, el faenador, nos preguntó si queríamos probarla. Álvaro dijo que no. Yo la probé. Estaba tibia y no me produjo asco. Me gustó, diría.

—Y la sangre se la damos a Reynaldo —agregué.

Después de algunas rondas más de vino, ya casi de noche, Ritta me dice que le encantó la idea del perro. Que degollemos a Tigre. Me río, ella es medio salvaje. Reynaldo está ahí, le señalo, y no lo va a permitir.

—Estamos perdidos —dice ella, apretándose a mi cuerpo y hundiendo las yemas de sus dedos en mi pierna. Yo la abrazo y una de mis manos queda aprisionada dulcemente entre su pecho y el mío. Siento la blandura de sus senos y la sangre me fluye más de prisa, el corazón se me enciende como un horno.

—No —le aseguro, siguiendo el juego—. Perdidos no. Tendrás lo que quieres, tus deseos son órdenes para mí. Degollaremos a Tigre.

—Sí, qué rico —me grita ella, radiante—. ¡Y la sangre se la damos a Reynaldo!

Reynaldo nos mira sin celebrar el chiste. Mi tío se ha dormido de una vez por todas, y Álvaro parece presa de un estado cataléptico, muerto en vida. Me levanto y, antes de dar dos pasos, advierto que el vino me hace bambolear y que la tierra firme ya no es segura. Camino hasta el horno y le doy una palmada en el lomo a Reynaldo.

—Vamos a degollar a Tigre —le digo, sin evitar una risotada y pasándome un dedo por el cuello—. Igual que a los corderos de esta mañana.

El perro, echado casi a los pies del amo, mueve las orejas al oír su nombre.

—No, don Óscar —dice Reynaldo—. No me moleste a Tigre, que ya está viejito el pobre.

—Por eso mismo, Reynaldo —le insisto—. Justamente porque está viejito es que lo vamos a degollar. Y luego, tú te tomas su sangre, tú solo. La sangre es para ti.

Me encucillo y agarro a Tigre por el cuello, obligándolo a levantarse al son de su propio aullido.

—¡Ven, Ritta! —le grito a mi amiga.

—Déjelo, don Óscar —me dice Reynaldo, con un airecito amenazante que no me gusta.

—¡Córrete de ahí, huevón! —lo reto—. ¿A quién crees que puedes decirle lo que tiene que hacer?

Le doy otro tirón al perro, que vuelve a gemir. Entonces siento que la mano grande y potente de Reynaldo me toma del brazo y me remece.

—Ya, córtela, pues, don Óscar —dice, dándome un empujón que me lanza trastabillando algunos metros. Indio infeliz, pienso, quién se cree que es este indio infeliz. Corro hasta el horno, agarro con las dos manos las tenazas de la carne y, sin consultas a la conciencia, le doy a Reynaldo un fierrazo en plena cara, que lo tira al suelo, no se sabe si aturdido o si muerto.

—Indio infeliz —le digo. Ritta ha llegado hasta mí y se deja proteger por mi abrazo.

—¿Qué quería ese bruto? —pregunta.

—Pásame la soga —le digo, señalándosela, aún excitado por la violencia del golpe de tenazas.

Tigre es viejo y no se defiende. La faena resulta relativamente fácil. Después de despertar a mi tío y de sacar a Álvaro de su embrutecimiento catatónico para marcharnos hacia la casa grande, pongo con todo cuidado el tiesto donde se ha vaciado la sangre del perro junto a la cabeza de Reynaldo, para que sea lo primero que vean sus ojos cuando vuelva en sí.

### III

—Sí —dijo el doctor Barrenechea—. Sí te recuerdo. Y recuerdo por qué tienes un lado de la cara hundida. ¿Qué quieres?

—¿Usted también, señora, también se acuerda?

—Sí —dice la señora Barrenechea—. Me acuerdo de que Óscar te dio lo que te merecías. ¿Qué quieres?

—Jugar a las adivinanzas, eso es lo que quiero. Empiece usted, don Óscar, doctor Barrenechea, Osquítar.

—Mira, Reynaldo, es tarde, ¿qué pretendes, quieres dinero, qué mierda quieres?

—Empiece usted.

—¡Ándate a la mierda!

El hombre alto da un salto veloz desde el Morris al sofá, sin soltar el hacha, y le asesta al doctor Barrenechea una bofetada violenta en la cara.

—Aquí soy yo el que está dando las órdenes. ¡Empiece! ¡Empiece ya!

—“Una vieja larga y seca, que le corre la manteca” —dijo el doctor, casi desfalleciente de voz.

—Usted, ahora —le dijo el hombre alto a la señora.

—“Oro *no* es, plata *no* es; abre ese paquete y verás qué es.”

—Bien, bien, así me gusta. La vela... El plátano. A ver cuál de los dos adivina la que les voy a poner yo; aquí va: “¿Quién se irá a tomar primero, la sangre del cordero?”

El doctor y su esposa se estremecieron. El hombre alto siguió:

—Adivine, don Óscar, a ver, a ver, adivínelo usted, ¿a quién vamos a degollar entre usted y yo como a un cordero? Y usted, señora Ritta, adivine quién será el doctor que se va a tomar su sangre.

*La señora Barrenechea —sigue el Informe Salinas— desnuda, atada de pies y manos, colgaba desde la viga mayor del salón, degollada. Su cuerpo no presentaba magulladuras, aunque la condición de su maquillaje sugiere alguna señal de violencia. Las ropas estaban cuidadosamente dobladas sobre el sofá. El cadáver del doctor Barrenechea se hallaba tendido de espaldas a lo largo de la alfombra, a un metro de la chimenea. Sus ropas, también dobladas sobre el sofá. Tenía un cuchillo de carnicería clavado en el vientre, a la manera japonesa, y la cara toda salpicada de sangre del tiesto junto a su cabeza.*

Augusto D'Halmar

*La vie est vaine:  
Un peu d'amour,  
Un peu d'haine  
Et puis, bonjour*

*La vie est breve:  
Un peu d'espoir,  
Un peu de rêve,  
Et puis, bonsoir*

MAURIER

Tengo cincuenta y seis años y hace cuarenta que llevo la pluma tras de la oreja; pues bien, nunca supuse que pudiera servirme para algo que no fuese consignar partidas en el libro *Diario*, o transcribir cartas con encabezamiento inamovible:

“En contestación a su grata de fecha... del presente, tengo el gusto de comunicarle...”

Y es que, salido de mi pueblo a los dieciséis años, después de la muerte de mi madre, sin dejar afecciones tras de mí, viviendo desde entonces en este medio provinciano, donde todos nos entendemos verbalmente, no he tenido para qué escribir. A veces lo hubiera

deseado; me hubiera complacido que alguien, en el vasto mundo, recibiese mis confidencias, pero, ¿quién?

En cuanto a desahogarme con cualquiera, sería ridículo. La gente se forma una idea de uno y le duele modificarla. Yo soy, ante todo, un hombre gordo y calvo, y un empleado de comercio; Borja Guzmán, tenedor de libros en el Emporio Delfín. ¡Buena la haría saliendo ahora con revelaciones sentimentales! A cada cual se le asigna, o escoge cada cual su papel, en la farsa, pero precisa sostenerlo hasta la postre.

Debí casarme y dejé de hacerlo. ¿Por qué? No por falta de inclinaciones, pues, aquello mismo de que no hubiera disfrutado de un hogar a mis anchas, hacía que soñase con formarle. ¿Por qué entonces? ¡La vida! ¡Ah, la vida! El viejo Delfín me mantuvo un honorario que el heredero aumentó, pero que fue reducido apenas cambió la casa de dueño. Tres ha tenido y ni varió mi situación, ni mejoré de suerte. En tales condiciones se hace difícil el ahorro, sobre todo si no se sacrifica el estómago. El cerebro, los brazos, el corazón, todo trabaja para él; se descuida a Smiles y cuando uno quisiera establecerse no hay modo de hacerlo.

¿Es lo que me ha dejado soltero? Sí, hasta los treinta y un años, que de ahí en adelante no cuenta. Un suceso vino a clausurar a esa edad mi pasado, mi presente y mi porvenir, y ya no fui, ya no soy, sino un muerto que hojea su vida.

Aparte de esto, he tenido poco tiempo de aburrirme. Por la mañana, a las nueve, se abre el almacén; interrumpe su movimiento para el almuerzo y la comida, y al toque de retreta se cierra. Desde ésa, hasta esta hora, permanezco en mi piso giratorio, con los pies en el travesaño más alto y sobre el bufete los codos forrados en percalina; después de guardar los libros y apagar la lámpara que me corresponde, cruzo la plazoleta y, a una vuelta de llave, se franquea para mí una puerta; estoy en *mi* casa. Camino a tientas; cerca de la cómoda hago luz; allí, a la derecha, se halla siempre la bujía. Lo primero que veo es una fotografía, sobre el papel celeste de la habitación; después, la mancha blanca del techo, mi pobre lecho, que nunca sabe disponer Verónica, y que cada noche acondiciono de nuevo. Una cortina de cretona oculta la ventana que cae a la plaza.

Si no hace demasiado frío la retiro y abro los postigos, y si no tengo demasiado sueño saco mi flauta de su estuche y ajusto sus piezas con vendajes y ligaduras. Vieja, casi tanto como yo, el tubo malo, flojas las llaves, no regulariza ya sus suspiros y a lo mejor deja escapar el aire con desalentadora franqueza. De pie ante el alféizar, acometo una serie de trinados y variaciones para tomar la embocadura y en seguida doy comienzo a la elegía que le dedico a mis muertos. ¿Quién no tiene los suyos, esperanzas o recuerdos?

La pequeña ciudad duerme bajo el firmamento. Si hay luna puede distinguirse perfectamente el campanario de la parroquia, la cruz del cementerio o la silueta de alguna pareja que se ha refugiado entre las encinas de la plaza, aunque los enamorados prefieren mejor el campo, de donde llega el coro de las ranas con rumores y perfumes confusos. El viento difunde los gemidos de mi flauta y los lleva hasta las estrellas, las mismas que, hace años y hace siglos, amaron los que duermen en el polvo. Cuando una cruza el espacio, yo formulo un deseo invariable. En tantos años se han desprendido muchas, y mi deseo no se cumple.

Toco, toco. Son dos o tres motivos melancólicos. Tal vez supe más y pude aprender otros, pero éstos eran los que ella prefería, hace un cuarto de siglo, y con ellos me he quedado.

Toco, toco. Al pie de la ventana un grillo que se siente estimulado, se afina interminablemente. Los perros ladran a los ruidos y a las sombras. El reloj de una iglesia da una hora. En las casas menos austeras cubren los fuegos y hasta el viento que transita por las calles desiertas pretende apagar el alumbrado público.

Entonces, si penetra una mariposa a mi habitación, abandono la música y acudo para impedir que se precipite sobre la llama. ¿No es el deber de la experiencia? Además comenzaba a fatigarme. Es preciso soplar con fuerza para que la inválida flauta responda, y con mi volumen excesivo, yo quedo jadeante.

Cierro, pues, la ventana, me desvisto y, en gorro y zapatillas, con la palmatoria en la mano doy, antes de meterme en cama, una última ojeada al retrato. El rostro de Pedro es acariciador, pero en los ojos de ella hay tal altiveza, que me obliga a separar los míos. Cuatro lustros han pasado y se me figura verla. Así: así me miraba.

Ésta es mi existencia desde hace veinte años. Me ha bastado para llenarla, un retrato y algunos aires antiguos; pero está visto que, conforme envejecemos, nos tornamos exigentes. Ya no me bastan y recurro a la pluma.

¡Si alguien lo supiera! Si sorprendiese alguien mis memorias, la novela triste de un hombre alegre, *don Borja. El del Emporio Delfín*. ¡Si fuesen leídas...!, ¡pero no! Manuscritos como éste, que vienen en reemplazo del confidente que no se ha tenido, desaparecen con su autor. Él los destruye antes de embarcarse y algo debe prevenirnos cuándo. De otro modo no se comprende que, en un momento dado, no más particular que cualquiera, menos tal vez que muchos momentos anteriores, el hombre se deshaga de aquel *algo* comprometedor, pero querido, que todos ocultamos, y al hacerlo ni sufra ni tema arrepentirse. Es como el pasaje que, una vez tomado, nadie posterga su viaje.

¿O será que partimos, precisamente, porque ya nada nos retiene? ¡Las últimas amarras han caído..., el barco zarpa!

Fue, como dije hace veinte años; más, veinticinco, pues ello empezó cinco años antes. Yo no podía llamarme ya un joven y ya estaba calvo y bastante grueso; lo he sido siempre; las penas no hacen sino espesar mi tejido adiposo. Había fallecido mi primer patrón y el Emporio pasó a manos de su sobrino, que habitaba en la capital; nada sabía yo de él, ni siquiera le había visto nunca, pero no tardé en conocerle a fondo: duro y atrabiliario con sus dependientes, con su mujer se conducía como un perfecto enamorado, y cuéntese con que su unión databa de diez años. ¡Cómo parecían amarse, santo Dios! También conocí sus penas, aunque a la simple vista pudiera creérseles felices. A él le minaba el deseo de tener un hijo y aunque lo mantuviera secreto, algo había llegado a sospechar ella. A veces solía preguntarle: “¿qué echas de menos?”, y él le cubría la boca con sus besos. Pero ésta no era una respuesta, ¿no es cierto?

Me habían admitido en su intimidad desde que conocieron mis aficiones filarmónicas. “Debimos adivinarlo, tiene pulmones a propósito”, tal fue el elogio que él hizo de mí a su mujer, en nuestra primera velada.

¡Nuestra primera velada! ¿Cómo acerté delante de aquellos señores de la capital, yo que tocaba de oído y que no había tenido otro maestro que un músico de la banda? Ejecuté, me acuerdo, *El ensueño*, que esta noche acabo de repasar, *Lamentaciones de una joven* y *La golondrina y el prisionero* y sólo reparé en la belleza de la principala cuando descendió hasta mí para felicitar-me.

De allí dató la costumbre de reunirnos, apenas se cerraba el almacén, en la salita del piso bajo, la misma donde ahora se ve luz, pero que está ocupada por otras gentes. Pasábamos algunas horas embebidos en nuestro corto repertorio, que ella no me había permitido variar en lo más mínimo, y que llegó a conocer tan bien, que cualquiera nota falsa la impacientaba: otras veces me seguía tarareando, y por bajo que lo hiciera, se adivinaba en su garganta una voz cuya extensión ignoraría ella misma. ¿Por qué, a pesar de mis instancias, no consintió en cantar? ¡Ah! yo no ejercía sobre ella la menor influencia; por el contrario, a tal punto me imponía que, aunque muchas veces quise que charlásemos, nunca me atrevía. ¿No me admitía en su sociedad para oírme? ¡Era preciso tocar!

En los primeros tiempos, el marido asistía a los conciertos y, al arrullo de la música, se adormecía; pero acabó por dispensarse de ceremonias y siempre que estaba fatigado nos dejaba y se iba a su lecho. Algunas veces concurría uno que otro vecino, pero la cosa no debía de parecerles divertida y con más frecuencia, quedábamos solos. Así fue como una noche que me preparaba a pasar de un motivo a otro, Clara (se llamaba Clara) me detuvo con una pregunta a quemarropa:

—Borja, ¿ha notado usted su tristeza?

—¿De quién?, ¿del patrón? —pregunté bajando también la voz—. Parece preocupado, pero...

—¿No es cierto? —dijo clavándome sus ojos afiebrados.

Y, como si hablara consigo:

—Le roe el corazón, y no puede quitárselo. ¡Ah, Dios mío!

Me quedé perplejo y debo de haber permanecido mucho tiempo, hasta que su acento imperativo me sacudió.

—¿Qué hace usted ahí? ¡Toque, pues!

Desde entonces pareció más preocupada y como disgustada de mí. Se instalaba muy lejos, en la sombra, tal como si yo le causara un profundo desagrado; me hacía callar, para seguir mejor sus pensamientos y al volver a la realidad, como hallase la muda sumisión de mis ojos, a la espera de un mandato suyo, se irritaba sin causa.

—¿Qué hace usted así? ¡Toque, pues!

Otras veces me acusaba de apocado, estimulándome a que le confiara mi pasado y mis aventuras galantes; según ella, yo no podía haber sido eternamente razonable y alababa con ironía mi *reserva*, o se retorció en un acceso de incontenible hilaridad: “San Borja, tímido y discreto”. Bajo el fulgor ardiente de sus ojos, yo me sentía enrojecer más y más, por lo mismo que no perdía la conciencia de mi ridículo. En todos los momentos de mi vida mi calvicie y mi obesidad me han privado de la necesaria presencia de espíritu y ¡quién sabe si no son la causa de mi fracaso!

Transcurrió un año durante el cual sólo viví por las noches: cuando lo recuerdo me parece que la una se anudaba a la otra, sin que fuera sensible el tiempo que las separaba, a pesar de que, en aquel entonces, debe de haberseme hecho eterno... Un año, breve como una larga noche.

Llego a la parte culminante de mi vida. ¿Cómo relatarla para que pueda creerla yo mismo? ¡Es tan inexplicable, tan absurdo, tan inesperado!

Cierta ocasión en que estábamos solos, suspendido en mi música por un ademán suyo me dedicaba a adorarla, creyéndola abstraída, cuando, de pronto, la vi dar un salto y apagar la luz; instintivamente me puse en pie, pero en la obscuridad sentí dos brazos que se enlazaban a mi cuello, y el aliento entrecortado de una boca que buscaba la mía...

Salí tambaleándome. Ya en mi cuarto abrí la ventana y en ella pasé la noche. Todo el aire me era insuficiente. El corazón quería salirse del pecho, lo sentía en la garganta, ahogándome, ¡qué noche!

Esperé la siguiente con miedo. Creíame juguete de un sueño. El amo me reprendió un descuido y aunque lo hizo delante del personal, no sentí ira ni vergüenza.

En la noche él asistió a nuestra velada. Ella parecía profundamente abatida.

Y pasó otro día y otro sin que pudiéramos hallarnos solos; al tercero ocurrió; me precipité a sus plantas para cubrir sus manos de besos y lágrimas de gratitud, pero altiva y desdeñosa, me rechazó, y con su tono más frío, me rogó que tocara.

¡No, yo debía de haber soñado mi dicha!, ¿creeréis que nunca, nunca, nunca más volví a rozar con mis labios ni el extremo de sus dedos? La vez que, loco de pasión, quise hacer valer mis derechos de amante, me ordenó salir, en voz tan alta, que temí que hubiera despertado al amo, que dormía en el piso superior.

¡Qué martirio! Caminaron los meses y la melancolía de Clara parecía disiparse, pero no su enojo. ¿En qué podía haberla ofendido yo?, hasta que por fin, una noche que atravesaba la plaza con mi estuche bajo el brazo, el marido en persona me cerró el paso. Parecía extraordinariamente agitado y mientras hablaba mantuvo su mano sobre mi hombro, con una familiaridad inquietante:

—¡Nada de música! —me dijo—, la señora no tiene propicios los nervios y hay que empezar a respetarle éste y otros caprichos.

Yo no comprendía.

—¡Sí, hombre: venga al casino conmigo y brindaremos a la salud del futuro patroncito!

Nació. Desde mi bufete, entre los gritos de la parturienta, escuché su primer vagido, tan débil. ¡Cómo me palpitaba el corazón! ¡Mi hijo! ¡Porque era mío, no necesitaba ella decírmelo! ¡Mío!, ¡mío! ¡Yo, el solterón solitario, el hombre que no había conocido nunca una familia, a quien nadie dispensaba sus favores sino por dinero, tenía ahora un hijo, y de la mujer amada! ¿Por qué no morí cuando él nacía? Sobre el tapete verde del escritorio rompí a sollozar tan fuerte que la pantalla de la lámpara vibraba, y alguien que vino a consultarme algo se retiró en puntillas.

Sólo un mes después fui llevado a presencia del heredero: lo tenía en las rodillas su madre convaleciente, y lo mecía amorosa. Me

incliné, conmovido hasta la angustia y, temblando, con la punta de los dedos, alcé la gasa que le cubría y pude verlo; hubiese querido gritar ¡hijo!, pero al levantar los ojos encontré la mirada de Clara, tranquila, casi irónica.

—¡Cuidado! —me advertía.

Y en voz alta:

—No le vaya usted a despertar.

Su marido, que me acompañaba, la besó tras de la oreja, delicadamente.

—¡Mucho has debido sufrir, mi pobre enferma!

—¡No lo sabes bien! —repuso ella—, mas, ¡qué importa si te hice feliz!

Y ya, sin descanso, estuve sometido a la horrible expiación de que aquel hombre llamase *su* hijo al mío, a *mi* hijo. ¡Imbécil! Tentado estuve mil veces de gritarle la verdad, de hacerle reconocer mi superioridad sobre él, tan orgulloso y confiado, pero, ¿y las consecuencias, sobre todo para el inocente? Callé y en silencio me dediqué a amar, con todas las fuerzas de mi alma, a aquella criaturita, mi carne y mi sangre que aprendería a llamar *padre* a un extraño.

Entretanto la conducta de Clara se hacía cada vez más oscura. Las sesiones musicales, para qué decirlo, no volvieron a verificarse y con cualquier pretexto ni siquiera me recibió en su casa las veces que fui. Parecía obedecer a una resolución inquebrantable y hube de contentarme con ver a mi hijo cuando la niñera lo paseaba en la plaza. Entonces, los dos, el marido y yo, le seguíamos desde la ventana de la oficina y nuestras miradas, húmedas y gozosas, se encontraban y se entendían.

Pero andando esos tres años memorables y a medida que el niño iba creciendo, me fue más fácil verle, pues el amo, cada vez más chocho, lo llevaba al almacén y lo retenía a su lado hasta que venían en su busca.

Y en su busca vino Clara una mañana que yo le tenía en brazos, ¡nunca he visto arrebatado semejante!, como leona que recobra su cachorro, y lo que dijo, más bien me lo escupió al rostro.

—¿Por qué le besa usted de ese modo?, ¿qué pretende usted, canalla?

A mi entender ella vivía en la inquietud constante de que el niño se aficionase a mí, o de que yo hablara. A ratos estos temores sobrepujaban a los otros y para no exasperarme demasiado, dejaba que se me acercase, pero otras veces lo acaparaba, como si yo pudiera hacerle algún daño. ¡Mujer enigmática! ¡Jamás he comprendido qué fui para ella, capricho, juguete o instrumento!

Así las cosas, de la noche a la mañana llegó un extranjero, y medio día pasamos revisando libros y facturas. A la hora de almuerzo, el patrón me comunicó que acababa de firmar una escritura por la cual transfería el almacén; que estaba harto de negocios y de vida provinciana, y que probablemente volvería con su familia a la capital.

¿Para qué narrar las dolorosas impresiones de esos últimos días de mi vida? Harán por enero veinte años y todavía me trastorna recordarlas. ¡Dios mío!, ¡se iba cuanto había yo amado!, ¡un extraño se lo llevaba lejos, para gozar de ello en paz!, ¡me despojaba de todo lo mío! Ante esta idea tuve en los labios la confesión del adulterio. ¡Oh, destruir, siquiera, aquella feliz ignorancia en que viviría y moriría el ladrón! ¡Dios me perdone!

Se fueron. La última noche, por un capricho final, aquella que mató mi vida, pero que también le dio por un momento una intensidad a que yo no tenía derecho, aquella mujer, me hizo tocarle las tres piezas favoritas y, al concluir, me premió permitiendo que besara a mi hijo. Si la sugestión existe, en su alma debe de haber conservado la huella de aquel beso.

¡Se fueron! Ya en la estacioncita, donde acudí a despedirlos, él me entregó un pequeño paquete, diciendo que la noche anterior se le había olvidado. "Un recuerdo —me repitió—, para que piense en nosotros."

—¿Dónde les escribo? —grité, cuando ya el tren se ponía en movimiento.

Y él, desde la plataforma del coche.

—¡No sé! Mandaremos la dirección.

Parecía una consigna de reserva. En la ventanilla vi a mi hijo, con la nariz aplastada contra el cristal. Detrás su madre, de pie, grave, la vista perdida en el vacío.

Me volví al almacén, que continuaría bajo la razón social, sin ningún cambio aparente, y oculté el paquete, pero no lo abrí hasta la noche, en mi cuarto solitario.

Era una fotografía.

La misma que hoy me acompaña: un retrato de Clara, con su hijo en el regazo, apretado contra su seno, como para ocultarlo o defenderlo.

¡Y tan bien lo ha secuestrado a mi ternura, que, en veinte años, ni una sola vez he sabido de él y probablemente no volveré a verle en este mundo de Dios! Si vive debe de ser un hombre ya. ¿Es feliz? Tal vez a mi lado su porvenir habría sido estrecho. Se llama Pedro..., Pedro y el apellido del otro.

Cada noche tomo el retrato, lo beso y en el reverso leo la dedicatoria que escribieron por el niño:

“Pedro, a su amigo Borja”.

¡Su amigo Borja...! ¡Pedro se irá de la vida, sin saber que haya existido tal amigo!

*José Donoso*

Para Inés Figueroa

Desde mi primera infancia vi que en mi casa el asunto de los “hombrecitos” era problema serio. ¿Quién iba a encerar? ¿Quién se haría cargo de revisar las tejuelas de alerce y de darles una mano de aceite antes del invierno? ¿Quién lavaría los vidrios, limpiaría la chimenea, repararía el gallinero derribado a medias por el último ventarrón? La respuesta era invariable: el “hombrecito”.

Pero resultaba que los “hombrecitos” pertenecían a una raza elusiva, escasa, terriblemente imperfecta, de manera que las crisis eran tan frecuentes como premiosas. Mi madre, desesperándose más y más a medida que iba viendo acumularse tanta cosa urgente que hacer, acudía a mi padre para que la ayudara a solucionar sus problemas de “hombrecito”. Pero él, sin levantar la vista de su texto de medicina, murmuraba:

—¿Por qué no le dices a la María Salinas o a la Fanny que te presten sus “hombrecitos”? A ellas nunca les faltan...

—Tú vives en la Luna... —murmuraba mi madre.

Amurrada con el reproche entrevisto, subía a encerrarse en su cuarto, mientras mi padre, que la oyera apenas, se enfrascaba de nuevo en su tomo. Para su mujer todo el que no sufriera de lleno la angustia de los problemas domésticos vivía fuera de lo que llamaba “la realidad”, es decir, en la Luna.

Mi hermano menor y yo compartíamos la misma habitación.

En la noche, apagadas todas las luces, abríamos de par en par las persianas para asomar la cabeza entre la yedra que las enmarcaba. En el silencio de la noche veraniega y despejada se oía el chorro de la manguera con que alguien refrescaba el césped. O divisábamos a la "China", nuestra enorme perra overa, husmeando entre las flores desteñidas por la noche clara. Mi hermano decía distinguir en el rostro campechano de la luna llena color limón, encaramada allá encima del techo de la casa de enfrente, las facciones de nuestro padre. Yo, en cambio, aguardaba que hendiendo el aire del jardín se elevara como un brujo bonachón hacia el satélite benigno, donde, según mi madre, existía un hogar para todos los que no comprendieran cabalmente que la escasez de "hombrecitos" era una auténtica hecatombe doméstica.

Los "hombrecitos" rara vez duraban mucho en casa. Algunos parecían perfectos al comienzo, pero al descubrirse sin tardanza que no eran precisamente ejemplos de honradez ni de actividad, se les anunciaba que sus servicios ya no eran necesarios. Otros, los menos avisados, cometían la torpeza de enemistarse con la María Vallejos, nuestra vieja dictadora de la cocina, que entonces les servía tan menguado puchero y de tan mal modo, que por resolución propia no regresaban. Pero el mayor número de "hombrecitos" se perdía porque sí, en busca qué sé yo de qué imprecisos horizontes o libertades, reapareciendo por casa muy de tarde en tarde en busca de trabajo.

Muchísimos "hombrecitos" vinieron, trabajaron para nosotros intermitentemente y desaparecieron. Cucho, por ejemplo, con su ojo borroneado por una nube celeste. Y Ambrosio, que fuera sacristán y conservaba algo de untuoso y blanquecino. Y Juan el Tonto, apodado así para distinguirlo de otro del mismo nombre.

Pero más que a todos recuerdo a Juan Vizcarra, príncipe y modelo entre "hombrecitos", que tuvo el más largo aunque interrumpido reinado en nuestra casa.

Una tarde mi madre llegó radiante de satisfacción. Lanzó su sombrero en cualquier sitio, y después de alisarse brevemente la melena frente al espejo grande de la entrada y de contemplar de

rejo el volumen misterioso que su silueta iba tomando, besó a mi padre, que leía junto a la chimenea. Se sentó a su lado. Él la observó por el rabillo del ojo, adivinando que su mujer por fin había resuelto alguno de sus trágicos problemas domésticos. Dijo vagamente:

—Vienes contenta...

Yo tenía siete años. Pero como sabía que a mi madre le gustaba que le sonsacaran sus preocupaciones con ruegos y añuñúes, no me sorprendió oírle decir:

—Mm, sí, más o menos...

Mi padre siguió sumergido en la lectura, dejando pasar el tiempo hasta que su mujer ya no fuera capaz de contener su impaciencia por contarle todo. Como de costumbre, la mirada de mi madre recorría la sala en busca de algo que corregir, de alguna cosa que poner en orden. De pronto se fijó en mí. Recostado junto a la "China", cuyo vientre, igual que el de mi madre, se inflara tan prodigiosamente en los últimos meses, me entretenía en cortar ilustraciones de revistas viejas. Mis calcetines y zapatos estaban manchados con barro porque, eludiendo toda vigilancia, me había pasado la tarde lluviosa jugando solo en el jardín.

—¿Por qué estás tan sucio?

Como si tal cosa, seguí recortando ilustraciones.

—¿Por qué estás tan sucio? ¿No he dicho que no te dejen salir al jardín cuando está lloviendo? ¡Apenas salgo, la casa anda patas para arriba! ¡Yo no sé en qué piensan! ¡Todos viven en la Luna! Mira a tu papá, ¿crees que con la nariz metida en su libro se da cuenta de la realidad de las cosas?

Parpadeaba lista para llorar. Mi padre se sacó los anteojos y poniéndolos en la página que leía cerró el libro sobre ellos. Pasó un brazo en torno a su mujer y la atrajo hacia sí. Ella se resistió al comienzo, pero fue cediendo y quedaron muy próximos, hablando en voz baja. Mi padre escuchaba embelesado:

—... y por fin conseguí que la Teresa Barriga me prestara un "hombrecito" que tiene, pero vieras que me costó convencerla. Eso sí que es un chiquillo no más, pero de lo más bueno y trabajador dicen. Mañana va a venir a trabajar aquí...

Siguieron conversando, ahora de cosas que no comprendí. Yo ya no existía para ellos. La "China" roncaba hecha un ovillo desmesurado frente a la chimenea. Sin que nadie lo notara, reuní mis papeles y subí a mi cuarto en puntillas.

Juan Vizcarra hizo su aparición al día siguiente. Por aquel tiempo era un muchachote lozano y muy moreno, de unos diecisiete años, diez más que yo. Tenía las piernas más bien cortas, el cuello grueso y el tronco potente y carnoso. Su rostro despejado se abría de pronto en una sonrisa tan amplia que parecía comprometer a su persona entera.

Cuando llegué del kindergarten esa tarde, lo divisé parado en la canaleta del alero más elevado. Con admirable malicia y precisión iba silbando una tonadilla. Daba grandes zancadas seguras, como quien camina por tierra firme.

—Se va a caer —dije a la empleada que traía mi bolsón.

Juan se volvió, equilibrado como por arte de magia.

—¡Hola, chiquillo! —exclamó desde lo alto.

Viendo que acompañaba sus palabras con un ademán de baile, me acerqué a la empleada y repetí en voz un poco más débil:

—Se va a caer...

Juan bajó la escala no como todos, sino colgado de las manos de tramo en tramo, como un acróbata. Al llegar a tierra se inclinó en una reverencia circense tan expresiva que me hizo reír. La empleada me tomó de la mano y me metió a la casa porque el té ya estaba listo. Ella y las otras empleadas comenzaron a cloquear en torno mío sirviéndomelo, pero yo no era hoy el centro de sus atenciones: por sus comentarios comprendí que Juan Vizcarra las tenía fascinadas. La María Vallejos, oscura como una cucaracha, odiaba a la gente morena. Como para ella la mayor virtud del mundo, fuera de ser devoto de San Antonio de Padua, era tener la tez clara y el cabello rubio, me extrañó oírle decir a sus compañeras:

—Juan Vizcarra es negro, te diré, niña, pero simpático, de lo más simpático y trabajador...

Este entusiasmo era insólito, porque las tres mujeres que nos servían miraban con bastante recelo a los "hombrecitos". Tanto,

que éstos rara vez almorzaban con ellas en la cocina: su ración les era servida en los confines de la casa, detrás del frambuesal, en una especie de mediagua que llamábamos el lavadero. Además, las empleadas mantenían estrictísima vigilancia sobre los “hombrecitos” para delatar la más mínima infracción a la honradez o al celo en el trabajo. Pero por el almuerzo de Juan Vizcarra no temí: sin duda comería con ellas, obteniendo las presas más suculentas de la cazuela y tal vez un vaso del buen vino de mi padre.

Juan Vizcarra continuó viniendo a casa regularmente. Mi madre, a pesar de su parto inminente, tenía holgura para regocijarse de la existencia de tan perfecto “hombrecito”.

A nosotros nos contaron que el hermano que mi abuelita nos enviara de París se hallaba pronto a llegar. Pero a través de ciertas conversaciones adivinamos en la gordura superlativa de mi madre alguna misteriosa relación con la llegada del niño. Lo curioso era que otro tanto sucedía a la “China”, aunque jamás oímos decir que el envío de la abuela incluyera perritos. La relación era muy confusa.

Por la noche, en el dormitorio, nuestras conjeturas se trizaban de incertidumbre. Apagada la luz, el silencio pesaba como nunca. Lentamente, la respiración acompasada de mi hermano se desprendía del silencio, y de la oscuridad, la ola blanca de su sábana y su almohada.

—Oye —murmuró de pronto.

—¿Qué?

—Mañana nos van a mandar a la casa de la tía Teresa.

—¿Y por qué?

—Porque mañana llega el hermanito.

Callamos. Pronto oí sollozos apagados.

—¿Qué te pasa?

—Nada...

—Cállate entonces...

—Es que la “China” se estaba quejando y la María Vallejos dijo que se iba a morir. Y está gorda de las mismas partes que mi mamá...

—No seas tonto.

Al otro día nos enviaron temprano donde la tía Teresa Barriga, en la cuadra siguiente. Pero inmediatamente después del té, que esperamos porque siempre había pan de huevo, papayas confitadas y queques, huimos a casa. Juan Vizcarra nos abrió la reja.

—Se van a enojar con ustedes —nos advirtió—. El hermanito está naciendo.

No sabíamos qué hacer, qué preguntar. Aguardábamos las palabras o los hechos con que Juan Vizcarra seguramente aclararía el misterio que los grandes nos velaban. Él era el único en que se podía confiar.

—Vengan, los voy a esconder para que no los castiguen.

Nos tomó de la mano y nos condujo al lavadero. En lo más oscuro, la "China" yacía en un jergón. No se levantó meneando la cola como de costumbre, sino que, apoyando la cabezota en las patas, nos miró.

—¿Se va a morir? —preguntó mi hermano. Sus labios temblaban, todavía rodeados de migajas de queque.

Juan replicó que no. A punto de llorar pregunté si mi mamá se iba a morir. Juan rió diciendo que claro que no, que estaba muy bien.

—¿Y, entonces, por qué está enferma la "China"?

—Acérquense —murmuró—. Miren...

Los tres nos arrodillamos junto al jergón. Dos ovillos ciegos salpicados de blanco y negro se hallaban prendidos a las tetas de la perra. La "China" movió la cola débilmente. Después dejó de hacerlo y Juan Vizcarra se puso serio.

Conteniendo la respiración y sin parpadear, contemplamos las maniobras de nuestro "hombrecito" para ayudar al nacimiento del último perro. Yo poseía unas vagas nociones maliciosas, de modo que casi reí al ver lo que Juan estaba haciendo, pero un quejido muy delgado de la "China" me forzó a clavar la atención sobresaltada en lo que sucedía. El perro nació empapado, envuelto en una substancia café. Después de limpiarlo, su madre lo empujó una y otra vez con la punta de la nariz, con una pata, pero el perro

no se movió: estaba inerte, como un trapo. Mi hermano comenzó a lloriquear por lo bajo. Las lágrimas acudieron a mis ojos. Las contuve sólo porque yo era un año mayor. Juan contemplaba el perro con el ceño fruncido:

—Chit..., no llores, si va a vivir... —murmuró sin levantar la vista.

Y comenzó a pulsar las patas débiles, a presionar lentamente, rítmicamente el cuerpo del animalito entre sus grandes dedos colorados y sucios. Siguió haciéndolo durante lo que me pareció una eternidad, la cara transpirada, los ojos serios, la atención fija. El silencio había devorado la casa entera. El mundo se redujo al compás de las manos de Juan.

De pronto, bajo una de las presiones, la vida brotó en el cuerpo inerte. El cachorro se movió presa de un estremecimiento. Juan continuó presionando hasta que el ritmo de la vida se estableció seguro, y entonces colocó el perro junto a una teta de la "China".

—Ya... —masculló Juan.

Se relajó su tensión y al verlo sonreír se relajó también la nuestra. Sacó un pañuelo sucio y se enjugó la frente y las manos.

—Éste es mío —dije, tocando apenas al recién nacido con un dedo.

—Y éste es mío —dijo mi hermano.

Luego todas nuestras preguntas reprimidas se desataron sobre Juan Vizcarra. Respondió con tan transparente sencillez que nos dejó satisfechos por completo. Más tarde nos condujeron donde mi madre, fresca en su lecho, con un crío colorado y gritón a su lado.

—Miren —exclamó— el regalo que la abuelita les manda de París...

—¿De París?

Mi hermano iba a ofrecer lo recién descubierto para hacer frente al engaño, pero le di un codazo y calló. ¿Para qué decir nada? Los grandes nos escatimaban esa realidad tanto más mágica que las triviales leyendas urdidas por sus cortas imaginaciones. ¿Para qué hablar? Además, los grandes eran tan tontos que podían despedir a Juan...

Pero no lo despidieron. Durante muchos años Juan Vizcarra continuó siendo el “hombrecito” oficial de la casa. Todos lo adoraban y nosotros más que nadie: cuanto sus manazas romas tocaban adquiría vida, o se arreglaba como por ensalmo. No había cosa que no supiera hacer con admirable destreza, desde caponizar un pollo hasta arreglar de una vez y para siempre ese famoso despertador de la María Vallejos, su más preciada posesión y que hasta ahora pasara gran parte del tiempo donde el relojero. Juan Vizcarra a menudo venía a almorzar en casa los domingos y nos llevaba de excursión al cerro. Nos enseñó a hacer volantines y a encumbrarlos, nos enseñó a rastrear arañas y escarabajos y a tomarlos sin repugnancia, de manera que llegamos a poseer los insectarios más envidiados del colegio. Y Juan Vizcarra continuaba viniendo a casa por lo menos una vez a la semana para encerar, arreglar persianas, limpiar el gallinero, poner en orden los baúles del altillo.

Ignorábamos por completo cómo era la vida de nuestro “hombrecito” fuera de la casa. A veces se lo preguntábamos, pero generalmente se escabullía con alguna broma.

—Si este Juan no fuera tan orgulloso, se podría hacer algo por él —decía mi madre, porque ahora que éramos mayores, su pasatiempo favorito era hacer “algo” por la gente.

—Este cochino debe tener una mujer y una pila de huachos por ahí —opinaba la María Vallejos.

—¡Qué saben ustedes lo que le pasa a uno...! —murmuraba Juan, el rostro nublado un segundo. Pero pronto volvía a silbar su cancioncilla y a reír.

Era como si no tuviera casa ni familia ni amigos, tal como si su existencia comenzara en el momento en que entraba silbando a nuestro jardín, sin tocar el timbre, anunciado por las carreras y ladridos jubilosos de los perros. Le regalamos toda nuestra ropa usada, trajes, camisas, zapatos, y hubo un tiempo en que Juan Vizcarra fue espejo de “hombrecitos” en punto a elegancia. Pero más tarde ya no se ponía la ropa que le regalábamos y andaba bastante desastrado.

—¡Qué saben ustedes lo que le pasa a uno...!

Fue por esa época en que Juan Vizcarra comenzó a ausentarse,

al principio por períodos de dos o tres semanas. La primera vez dijo haber estado enfermo, y tras hurgarlo mucho y decirle que su salud era perfecta, mi padre le dio remedios porque en realidad no tenía buen semblante. Pero luego fue ofreciendo excusas más débiles. Más tarde ya no se le preguntaba y los nervios de mi madre —que estuviera tan segura de que las crisis de “hombrecito” eran cosas del pasado— comenzaron a descomponerse de nuevo.

A medida que mi hermano y yo fuimos creciendo, las desapariciones de Juan Vizcarra se hicieron más frecuentes y más y más largas. Ya no nos tuteaba: nos decía “don”. ¿Dónde diablos se metía? ¿Con quién se podía averiguar algo? Eran las preguntas que de continuo nos hacíamos, y que mi padre alguna vez planteó seriamente al propio Juan, encerrados los dos en su escritorio. Al salir, mi padre movió su cabeza, ya bastante calva: nada. Estaba preocupado porque, a pesar de tener poco contacto con Juan, también lo apreciaba. Debimos conformarnos con suplir las ausencias de Juan Vizcarra con las ineficiencias de otros “hombrecitos”.

—¡Qué saben ustedes lo que le pasa a uno!

En cierta época hacía casi diez meses que Juan Vizcarra no aparecía. Una tarde mi padre llegó desolado contándonos que nuestro “hombrecito” se hallaba en su sala de hospital, la pierna derecha cortada por un tranvía. Quedamos consternados. Pero cuando mi padre continuó diciendo que el estado de Juan era especialmente grave debido a su prolongada ebriedad, se hizo la luz para nosotros.

¡Juan Vizcarra era borracho!

¿Quién hubiera creído que ésa era la causa de sus ausencias? Era tan niño en sus cosas, tan despabilado y fresco, que costaba aceptar la realidad. Pero ahí estaba. ¿Qué hizo con tanta cosa que se le regalara? Claro, venderlas para emborracharse, y desaparecía para que nadie advirtiera su secreto.

Fui a visitarlo al hospital. Al ver esa cara hinchada que era sólo un remedo confuso de sus facciones de antes, y toda la alegría de sus ojos enrojecida, me costó borrar la máscara que mi imaginación guardaba de un Juan inmutable y siempre lozano, como aquella vez que lo vi bajando la escala colgado de los tramos. Sus brazos

estaban débiles, sus manos gruesas inertes sobre la sábana. ¡Era casi un viejo y tenía apenas diez años más que yo! ¿Qué misteriosa falla en el mundo miserable que sin duda era el suyo lo había llevado a esto?

—¡Qué saben ustedes lo que le pasa a uno!

La María Vallejos lloró mucho. Se levantaba de mal humor, con parches de papa en las sienes culpándonos de todo a nosotros, los ricos, según era su costumbre cuando algo sucedía. Vestirse para ir a ver a Juan al hospital era una ceremonia tan larga y compleja para nuestra vieja cocinera, que ese día no podíamos contar con el almuerzo. Mi madre llevó ropa al enfermo, dinero y uva, mientras que mi padre lo atendía con especial interés. Se restableció relativamente pronto y entre las familias para quienes trabajaba se hizo una colecta con el fin de comprarle una pierna ortopédica. Pero Juan Vizcarra ya nunca sería el "hombrecito" de antes.

Después de varias semanas, Juan Vizcarra volvió a nuestra casa, alegre, diestro, avencinado de firme en el lavadero, detrás del frambuesal. Pero su buen humor duró poco: al cabo de un tiempo se tornó gruñón y flojo. No salía de la casa ni siquiera los sábados y domingos. Yo solía verlo, muy bien aviado con la ropita dominiguera que logró comprar con sus ahorros de esa época, sentado al sol, mudo, con las manos cruzadas y con la vista fija en el aire. Juan Vizcarra ya no silbaba cancioncilla alguna y casi no respondía cuando le hablábamos.

—¡Qué saben ustedes lo que le pasa a uno!

—¿Se han fijado lo bien que está Juan Vizcarra? —exclamaba mi madre—. Es porque ya no toma. ¿Vieron la ropa nueva que se compró? ¿Y lo poco que se le nota la cojera? Yo quiero que ahora se compre una radio a plazos. Con lo que gana tiene de sobra. Al fin y al cabo algún gusto se tiene que dar el pobre hombre...

Pero Juan no compró radio. Un buen día, después de trabajar con menos entusiasmo que nunca, tomó su atado de ropa y partió sin despedirse de nadie. Desde la ventana de mi cuarto lo vi salir: iba con el ansia escrita en el rostro, pero después de tanto tiempo silbaba alegremente. Nadie llegó a comprender la causa de su descontento ni el porqué de su partida.

La tierra pareció tragárselo. Juan —otro Juan, al que llamábamos el Tonto— era un “hombrecillo” de la casa ahora. Pero la María Vallejos no perdía ocasión para decirle:

—¡Si hasta cojo y borracho Juan Vizcarra era mejor que tú!

Al cabo de diez meses una anciana increíblemente andrajosa y decrepita, con un anacrónico manto sobre la cabeza, pidió con voz casi oculta por la humildad hablar con alguien de la familia. Era una tía de Juan Vizcarra. Explicó que su sobrino había ingresado tiempo atrás y por voluntad propia a un sanatorio que hacía tratamiento para alcohólicos. Pero un mes después que lo dieron de alta había vendido su pierna ortopédica para volver a emborracharse.

Se le envió dinero para que comprara una pata de palo. Ésta, por lo menos, sería más difícil de vender. Y Juan, con su pata de palo, volvió a hacer su aparición por nuestra casa. Ya no estaba triste, sino muy alegre, casi como al principio, aunque ahora se le exigía poco trabajo.

—¡Borracho asqueroso! —le gritaba la María Vallejos. Pero la comida de Juan Vizcarra era servida con especial abundancia y esmero.

Dormía en casa. Junto a su colchón en el lavadero se veían por el suelo sus pertenencias: un cancionero viejo, algunos paquetes de los cigarrillos que fumaba, un cenicero de cobre que él mismo hiciera, quién sabe cómo. Nada más. Salía a trabajar donde las familias que aún lo solicitaban, y entregaba todo su dinero a la María Vallejos para que se lo guardara hasta el sábado. Ese día la vieja se lo entregaba y el bueno de Juan era despedido por las recomendaciones de la cocinera el sábado a las doce. Se quedaba afuera ese día, domingo y lunes. Regresaba el martes por la mañana, silbando, habitualmente algo contuso, pero sobrio y fresco.

Hasta que volvió a perderse. Esta vez para siempre. Su tía volvió a visitarnos, diciendo que Juan había vendido la pata de palo. Se le mandó recado que volviera.

Pero Juan Vizcarra no volvió nunca más.

A veces, al ver un juguete destrozado en las manos de su primera nieta, mi madre suele exclamar:

—¡Que Juan lo componga...!

Y al oírse, el silencio cae sobre su cabeza encanecida.

Las empleadas nunca han vuelto a soportar que un “hombrecito” trabaje en casa más de un par de veces: sus defectos son descubiertos sin demora y se les despide. La crisis de “hombrecito” es perpetua. Mi hermano y yo recordamos a Juan Vizcarra con cierta frecuencia, pero no, quizás no muy frecuentemente. Tenemos mucho que hacer y la casa con sus recuerdos ahora no es más que un puerto, un trozo bastante pequeño de nuestras vidas.

Una tarde iba yo apresurado por una calle en un barrio miserable. Al pasar frente a la puerta de una cantina di limosna a un pordiosero increíblemente harapiento. Muchas cuadras más allá me di cuenta de que aquel mendigo que me mirara con insistencia, pero sin hablarme, era Juan Vizcarra. ¡Era un anciano, y Juan Vizcarra era sólo diez años mayor que yo! Volví de carrera a la cantina, pero el mendigo ya no estaba allí... ¡Juan era tan orgulloso! Pero después de todo quizás no fuera Juan, quizás fuera sólo imaginación mía creer que ese limosnero cojo tumbado en un charco de suciedad a la puerta de una cantina era Juan Vizcarra.

A veces pienso que lo buscaré. No puedo olvidar la cancioncilla maliciosa que silbaba al entrar a casa en la mañana, ni la destreza con que esos dedos colorados y romos hicieron brotar la vida ante mis maravillados ojos de niño. Pienso buscarlo..., no sé para qué. Pero los años pasan. Ahora sólo muy de tarde en tarde llego a preguntarme:

“¿Qué será de Juan Vizcarra?”

Jorge Edwards

*Vous dont la bouche est faite à l'image de celle de Dieu  
Bouche qui est l'ordre même...*

APOLLINAIRE

Hubo antes, para ablandar el terreno, dos noches excesivas. La primera en Huelva, iniciada en el patio de La Rábida, continuada en bares de luz dudosa, clausurada en un recinto particular, con música de lambada y de salsa y con huevos revueltos, y la segunda en el Café de Ruiz, en la calle del mismo nombre, a la altura de la madrileña Glorieta de Bilbao, noche de interminables whiskies escoceses en un espacio neomodernista. Usted sostiene que bebo demasiado, sobre todo para mi edad, pero yo insisto en que mis mejores descubrimientos se producen en los días siguientes, en la fragilidad síquica y física de los días siguientes, mientras uno maldice contra sí mismo y jura y rejure no reincidir. Para qué tanto descubrimiento, dice usted. Por supuesto. ¡Qué otra cosa iba a decir!

En esa mañana siguiente fui a cobrar unas pesetas a la ventanilla de un banco, las pesetas precarias de los trabajos intelectuales, y decidí, cuando ya sentía el bulto de los billetes en uno de mis bolsillos, que necesitaba zapatos nuevos. Son necesidades que se deciden, como usted sabe. Tenía, por lo demás, la vaga sospecha de ser un aficionado a los zapatos, los masculinos y los femeninos, aun cuando nunca me había detenido a elaborar una teoría sobre el asunto. Al fin y al cabo, las teorías sobran, y lo que hace falta es un poco de aire fresco. ¡La verde rama del árbol de la vida!, para

citar al maestro Goethe. Miré, pues, tres o cuatro vitrinas, distraído, descontento, imposible de contentar, diría usted, y entré por fin a una tienda donde tuve la impresión de haber estado antes. Hasta me pareció reconocer al vendedor, un sujeto alto, de bigotes pequeños, casi ridículos, y de ojos azulinos, cándidamente comerciales, y éste, con un amago de familiaridad, dio a entender que también me había reconocido. O lo hizo para darme gusto, porque el cliente siempre tiene la razón. Yo quería los zapatos de la parte superior de la vitrina, los que estaban apoyados en un pedestal de felpa roja, de color marrón tirando a burdeos, sin cordones, rematados en una punta más o menos aguda. Tipo mocasín, como se decía en Chile en nuestros tiempos, en los suyos y los míos, y como no dije. Pues bien, me los probé y ocurrió que me torturaban los pies de una manera insoportable. El vendedor bajó y regresó con el medio número superior, pero sabía que me iba a quedar grande. De eso no me cupo duda. Lo sabía, y actuaba en esa forma para manejarme, para conseguir sus objetivos. Usted ya me habría sacado a empujones de la tienda, furiosa, si hubiera andado en compañía suya, pero yo, que según su propia observación soy misántropo, estaba deliciosamente solo. Probamos seis, ocho, doce modelos diferentes. El vendedor, con sus ojillos cándidos, bajaba al depósito y regresaba cargado de cajas hasta más arriba de su cabeza, con tenacidad digna de causas mejores. Yo decidí no dejarme enredar, cosa que usted habría aprobado, y dije que lo sentía mucho: ninguno de los pares de zapatos, que ya invadían el suelo y provocaban la discreta sorpresa de dos compradoras británicas, me gustaba. Ahora pienso que me demoré en partir, que me entretuve en mirar algún objeto, el muestrario de las corbatas o el de los cinturones, quizás, usted adivina ese ánimo difuso, y el vendedor, que ya había tratado de interesarme en unos zapatos que tenían una decoración de agujeros en la punta, volvió a la carga con otro modelo de ese estilo.

“¡Mire usted, yo no uso nunca zapatos con esos agujeros!”, protesté, con un énfasis que no era, ahora que lo recuerdo, normal. El vendedor se mostró sorprendido, cortésmente sorprendido. Comprendí que me consideraba un perfecto ignorante, un palurdo,

o algo todavía peor, un sudaca, pero que hacía un esfuerzo para mantener la calma y la sonrisa. “¿Sabe usted?”, me informó: “los jóvenes de ahora se vuelven locos por estos zapatos. Es la última moda.”

Sentí una irritación francamente desproporcionada. “A mí”, dije, y me quedé con la frase en suspenso, con la boca abierta, recordando esas estanterías superpuestas, ¿se acuerda usted?, hundidas en la sombra, en un aire saturado de polvo y de naftalina. La memoria, en una de sus jugarretas clásicas, me había transportado a la calle Almirante Barroso, a las hojas de los plátanos orientales asomadas a los balcones, a las penumbras, a las partículas suspendidas en el aire de ese caserón desaparecido.

“Lo que pasa”, añadí, y quizás qué me llevó a entrar en un tono tan confidencial, “es que son los zapatos que usaba mi padre. Me parecen del año cuarenta.”

Ya sé que ese diálogo, en presencia suya, habría sido imposible. Usted habría establecido una censura previa de carácter perentorio. Pero yo estaba solo, y la resaca de la noche anterior surtía su efecto. El vendedor levantó los zapatos y los puso contra la luz de la mañana, contra el sol rotundo del verano de Madrid, como si la debilidad de mi motivo, su carácter caprichoso, deleznable, no merecieran otro comentario.

“¿Por qué no se los prueba?”, dijo, y vi que el espigado sujeto se doblaba como si fuera de goma y me los ponía con manos cortesananas, expertas. Más bien, asistí a la escena, como si hubiera estado sentado junto a las dos inglesas erguidas, descalzas, de pies blancos y martirizados por las servidumbres del turismo, y la observara con el mismo desapego y atención que ellas.

“Le quedan perfectos”, opinó el vendedor, y yo caminé, seguido de reojo por las inglesas de tobillos huesudos; miré los zapatos en el espejo, sentí que mis pies, oprimidos hasta ese momento, respiraban, y me dije, en la fragilidad de mi situación, ¿por qué diablos no puedo usar los zapatos que usaba mi padre, quién me lo impide: él, desde la tumba, o yo mismo, desde recovecos que todavía ignoro, pero que he conseguido vislumbrar, al menos, en unas fracciones de segundo?

“¡Me los llevo!”, exclamé, con una sensación de privilegio injusto, de felicidad gratuita, no conquistada, y a los pocos segundos tenía que discutir con el infatigable vendedor, que trataba de colocarme otro par, un modelo que además de los agujeros coquetos tenía una hebilla, un arco de cuero y de metal que yo también recordaba en la sombra de esas estanterías.

“No me cabrían en la maleta”, agregué, y el vendedor, después de hacer el gesto de juntarlos, de plegarlos, de insertarlos en un espacio ínfimo con un golpecillo del canto de la mano derecha, prolongó sus razones con el silencio de sus ojos impávidos, apoyados sobre la línea recta de la nariz, sobre la base estrecha y algo curva, pero sólida, de los bigotitos.

Llegué a mi pequeño departamento del barrio de Argüelles, me miré en el espejo, impresionado por mi decisión de aceptar esos círculos de agujeros decorativos, y comprobé, entre asombrado y perplejo, algo que usted ya me había dicho y que atribuí, cada vez que me lo dijo, a su agresividad, a su gusto por el sarcasmo: que me había puesto igual a mi padre. Igual a una expresión y a unas facciones que no eran nada de lejanas. Y dispuesto a reconocer, por añadidura, que me gustaban los mismos zapatos. Lo vi parado encima de una alfombra persa de buena calidad, debajo de una lámpara de lágrimas, impartiendo instrucciones a los empleados. Era un director de orquesta, un administrador, un dictador que tenía la conciencia perfectamente tranquila, que no conocía ni de vista los sentimientos de culpa que nos habían agobiado a nosotros. Quiero decir, a mí y a mucha gente de mi tiempo, no a usted, que siempre fue inmune a esas cosas. Una salud mental envidiable, la de él y la suya, ¡una forma de simplicidad higiénica! Había sentido la tentación absurda de contarle al vendedor que viajaba a Chile, entre otros motivos, para celebrar en familia mis sesenta años, una conmemoración pesada, para decir lo menos, y por suerte me abstuve. Mi padre habría censurado esas confianzudeces, y usted, apenas con un matiz de diferencia, con el de los tiempos actuales, también. Lo vi, pues, de director de la orquesta familiar, bajo las luces reverberantes, que le hacían una aureola de Dios Padre en

versión rococó, y en seguida vi una escalera, en una casa típica del barrio alto, un espacio aséptico y unos pies que retrocedían, de espaldas, tanteando los peldaños en forma cautelosa. Cerca de los pies había unas manos gruesas, que temblaban debido al esfuerzo, y que sostenían un pesado bulto envuelto en unas sábanas.

La decadencia de mi padre, que había seguido una curva más bien lenta, se había precipitado cuando un ladrón lo asaltó en su propio dormitorio, a mano derecha de esa escalera. Él cruzaba la calle, algunos días más tarde, con la cabeza vendada, exhibiendo sus vendajes como un trofeo, y le daba la mano a uno de los jardineros municipales, uno que lo conocía bastante, por lo visto, puesto que lo trataba con soltura, con cierta bonhomía entre amistosa y burlona, de "don Ricardo". Mi padre, sin sentir la menor tentación igualitaria, era de esas personas capaces de hacer vida social con todo el barrio, estableciendo, eso sí, un complicado e historiado sistema de simpatías y enemistades. Yo dormía en esos días en su casa, de regreso de un viaje, pero esa noche me había quedado en algún lugar de la costa, en buena compañía. Usted se había quejado de que no me hospedara en la casa suya, pero más vale prevenir que curar, ¿no le parece?

"¡Te salvaste!", fue la primera exclamación de mi padre, cuando entré a su cuarto de la Clínica Alemana al día siguiente: "Si llegas a aparecer en ese corredor, te disparan al cuerpo y te matan". Lo que quiso decir es que me había salvado gracias a la distracción, al devaneo, esas debilidades que él condenaba en otras ocasiones, pero que ahora habían resultado providenciales. A él, en cambio, lo salvó la edad. El asaltante creyó que aturdirlo, silenciarlo, sería tarea fácil, y cuando disparó ya estaba nervioso, las luces del vecindario habían empezado a encenderse.

Veo la bajada de ese bulto grueso, agobiadoramente pesado, sostenido por manos y por piernas que se estremecían, y lo veo subir por esas mismas gradas con una agilidad decreciente. Usted solía ir detrás, o delante, hablando sin darle la cara, como si recitara un libreto bien aprendido. Usted ha conocido su libreto al dedillo, y desde muy chica. Después me pongo los zapatos y contemplo la

punta redondeada, con agujeros, durante minutos interminables. Salgo al balcón y permanezco un rato con la boca abierta, extasiado, idiotizado. Días atrás, desde ese mismo punto, había sorprendido la escena siguiente. Una camioneta de propaganda electoral, colocada a un costado de El Corte Inglés, en la calle de Alberto Aguilera, tocaba con estridencia, con sonidos chillones, el "Cara al sol". Un hombre de mediana edad, vestido con una chaqueta de tweed marrón, pelo oscuro más bien largo y peinado con esmero, bajo de estatura, de andar pausado, cansino, se detenía antes de cruzar, miraba en dirección al lugar de donde provenía la música, con emoción algo crispada, con el rostro pálido, y hacía, indiferente a la multitud, ensimismado, el saludo fascista. Me temo que ese gesto a usted le habría gustado. A mí me pareció entre cómico y extraño, incluso inquietante, y ahora, al evocarlo, recuerdo a mi padre en su cama, en la casa de Almirante Barroso, una mañana de domingo, en los años remotos de mi infancia y de la guerra de España, con un mapa desplegado encima de las sábanas, apoyado en sus rodillas, y con banderitas que señalaban el avance de las tropas nacionales.

En seguida lo veo sentado en su terraza, después del asalto y de regreso de la clínica, satisfecho con el enrejado inexpugnable que ha levantado un maestro soldador frente a sus ventanas y por encima de sus balcones. A su lado tiene una mesa con dos pistolas cargadas, destinadas a recibir a los asaltantes futuros, y me pregunta si entre mis amistades no habría alguien que le pudiera vender un fusil ametralladora.

"¡Tú que conoces a tanta gente...!"

Y habla de la recepción que tendrían los incautos asaltantes (a quienes imaginaba, supongo, agazapados detrás de los arbustos, en las sombras de los parques, debajo de los puentes): una lluvia de balas, una tormenta de acero, ¡pim!, ¡pam!, ¡paf! Repite sus interjecciones durante un buen rato como si así se desahogara, y me mira con una sonrisa burlona. A usted le tocaba esa sonrisa un poco menos que a mí. Llegué a pensar que lo hacía todo para provocarme, para sacarme de mis casillas. Yo partía a la costa en

perfumada, amable, adulterina compañía, me quedaba a dormir en cualquier sitio, como el más perfecto de los vagos, y él, en cambio, a sus ochenta y tantos, asumía la defensa de la fortaleza, de la torre sitiada, del orden amenazado.

Preferí cambiar de tema, hablarle de gastronomía o de canciones de moda, y al cabo de un rato, cuando lo noté más tranquilo, le dije con suavidad:

“¿No cree que esos pistolones pueden alarmar a sus visitas? ¿Sobre todo a sus visitas femeninas?”

“Tienes razón”, respondió: “Llévatelas. Pero no las dejes demasiado lejos. Déjalas encima de la cómoda, detrás del florero. Para que esta niña no las vea.”

La “niña”, que había dejado de serlo hacía bastante más de medio siglo, era una de sus visitas anunciadas. Antes de que tocaran el timbre, él se preocupaba de que ordenaran su habitación, de que pusieran toallas limpias en los cuartos de baño, de que en la cocina prepararan un buen pisco sauer y unos “sanguchitos” de queso caliente.

“Como sabes”, comentó, de paso, y mientras los tacones femeninos avanzaban desde la penumbra de su dormitorio, “todas estas mujeres son unas borrachas perdidas.”

Saludé a su amiga, que tenía el pelo blanco y una expresión severa, casi solemne, parecida de algún modo a la de usted, y no pude reprimir una sonrisa. Era verdad que bebería un pisco sauer detrás del otro, con la mayor naturalidad, sin el menor aspaviento, y que sus ojos, a medida que cayera la tarde, se volverían acuosos, levemente rojizos, pero no se le movería un pelo, no perdería ni por un segundo su rigidez de medallón antiguo, al menos mientras estuviera en presencia de terceras personas. Una de mis primas hermanas, la hija mayor de mi tío Alberto, Clotilde, los había sorprendido dándose besos apasionados, como en las películas de los años cuarenta, en uno de los sofás del living, y confieso que a mí, a pesar de que Clotilde, aficionada a esos descubrimientos, hablaba en serio, me costaba creerlo. Sospecho que a usted no le costó tanto, pero consideró, en cambio, que comentarlo era de pésimo gusto. Si el episodio no se contaba, dejaba de existir.

A diferencia de otras veces, no tuve la menor sensación de miedo cuando mi avión despegó del aeropuerto de Barajas. No era el whisky que había bebido antes de embarcarme, hacia la una de la madrugada, trago que no había engendrado euforia sino vagos malestares. Eran los venerables zapatos. Había tomado conciencia, de pronto, de la edad, quiero decir, de la gran edad. Me había sentido pesado, heredero de una tradición más o menos antigua, histórico, y la muerte en un accidente de aviación ya no me parecía una alternativa tan negra. Me había puesto a recitar en voz baja:

*Vous dont la bouche est faite à l'image de celle de Dieu  
Bouche qui est l'ordre même  
Soyez indulgents avec nous qui quetons partout l'aventure...*

Mi vecina de asiento, una monja pequeña, de hábito gris y de edad indefinida, me había mirado de reojo, sin que se le moviera, aparte de eso, un solo músculo, y yo le había hecho la venia más encantadora que había podido. Después pasé los nubarrones de una tormenta veraniega con la más insólita tranquilidad, recordando zapatos de todos los colores y las formas imaginables, viendo calcetines espléndidos, tobillos femeninos conmovedores, pantorrillas de un atractivo que hacía doler el pecho, y decidí sumergirme en la lectura que consistía, en ese momento, en una colección de historias de Raymond Carver.

Dejé el libro en el bolso del asiento, miré la noche densa, que iba a prolongarse durante seis horas más que las normales, puesto que las ganaríamos durante el viaje al hemisferio sur, y pensé en el tiempo, en las décadas que había necesitado para superar la aversión a esos zapatos, cuyo brillo de color burdeos oscuro, cuyos agujeros dispuestos en formas circulares, cuya punta gruesa y redondeada, no me cansaba ahora de contemplar con deleite. Pensé en esa cantidad de tiempo con horror, puesto que el veto no sólo se había extendido a un estilo de calzado, sino que había abarcado, sin duda, toda una porción del universo, ¿una porción que usted había optado por ignorar? Me habían colocado frente a un gran espacio,

un territorio variado, lleno de sorpresas, de promesas, de rincones delicados, y yo me había inventado unos límites, me había encerrado en una cárcel imaginaria. Me solté el cinturón de seguridad y me puse a dar grandes zancadas por el pasillo, no sé si hablando solo, supongo que sí: hablando solo y con cara de loco. Usted ya conoce esa cara. Había un caballero mayor, unas facciones conocidas, me imaginé que un amigo de mi padre de la hípica, que me miraba de reojo, con una mezcla abrumadoramente chilena de hipocresía y de sorna. Estaba dispuesto a lanzarle una impertinencia, cuando la azafata española, una mujer mayor, delgaducha, fatigada, pero amable, me preguntó si deseaba algo.

Acepté un whisky, a pesar de mi acidez, de mis flatulencias, y me dije que el incidente de los zapatos, con su nimiedad, con su insignificancia, estaba muy cerca de trastornarme. Poco había faltado para que le espetara una insolencia a un desconocido porque había supuesto que conocía a mi padre, en la hípica, para más señas, que me reconocía en mi condición de hijo suyo, y que me miraba de reojo, ¡y en son de burla! Regresé a mi asiento, agité los cubos de hielos, bebí un sorbo del whisky, le hice otra venia a la monja, y decidí que lo más sensato era tratar de dormir.

“¿Se acuerda de los zapatos de mi padre?” le pregunté a usted, que hace algunos años, desde que mi mujer se fue de la casa, ha tomado la costumbre de ir a recibirme al aeropuerto. Le mostré los que acababa de comprar en Madrid, y usted, que no entendió o no se interesó para nada en el detalle, se encogió de hombros. Hacía bastante frío, la cordillera estaba cubierta de nieve hasta los confines mismos de la ciudad, y noté, cosa que había olvidado durante mi viaje, que los pájaros cantaban con animación entre las ramas y revoloteaban encima de los potreros cercanos. A la altura de la Estación Central, ya los pájaros habían desaparecido, ahuyentados por la trepidación de los buses cascarrientos, que lanzaban enormes manchas de humo por sus chimeneas renegridas, en esta extraña aglomeración urbana donde hay más buses que pasajeros, pero el aire, gracias a los temporales recientes, estaba insólitamente limpio,

y hasta la fealdad atroz de los edificios, la irregularidad chillona de los carteles, de alguna manera se redimían.

Usted, insistente, animosa, "familiar" hasta la médula de los huesos, como si los vendavales de nuestra historia no le hubieran dejado más que esa adhesión segura y en el fondo mezquina, me hablaba de los preparativos de mi cumpleaños y yo, que abandonado a mi suerte no habría hecho ninguna celebración, salvo, quizás, emborracharme con alguien en algún restaurante de lujo, le indicaba: poca gente, nada de chimuchina, comida y trago de calidad, mujeres elegantes, buena música. No quería nada que me fuera contra el pelo, nada que contradijera mis deseos más íntimos, que no eran, después de todo, tan extravagantes. Al fin y al cabo, el Muro de Berlín se había derrumbado en forma estrepitosa. ¿Tenía que seguir invitando a mujeres desgrefñadas, feministas, pasadas a tabaco, a intelectuales vestidos de mezclilla y de zapatos de tenis?

Usted, que tiene una inteligencia normal, quizás ligeramente superior, si se la compara con las mujeres de su generación y de su clase, pero que es algo lenta en sus procesos mentales, me miró con sorpresa, sin comprender qué relación podía existir entre el Muro de Berlín y la elegancia de mis invitadas. Por mi parte, no estaba dispuesto a entrar en largas explicaciones. Agregué, tan sólo, que deseaba ingresar a la sesentena bailando hasta desgañitarme, y que me importaría un pepino hacer el ridículo.

"Eso nunca le ha importado mucho", dijo usted, con su boca fruncida, de católica observante y militante, y yo murmuré para mis adentros que el agnosticismo libertino del siglo XVIII no había perdido un ápice de su vigencia. En el centro de la Alameda, un hombre viejo, enjuto, chaleco brillante, sombrero raído, zapatos rotos, tiraba un carro de dos ruedas altas, cargado hasta reventar de objetos indescritibles, mantas viejas, colchones inmundos, un velador, un espejo de cuerpo entero atravesado por una trizadura oblicua, una bacínica mellada.

"Todavía existen estas cosas", dije, y usted, esta vez, entendió, pero cambió de tema, o replicó, más bien, que le habían comentado que la imagen de Chile en Europa era extraordinaria, que el país

entero iba a despegar rumbo a las nubes, o que iba a cortar sus amarras, mejor dicho, con el desastroso continente sudamericano, para poner la proa en dirección a los lagos de Suiza o a los principados de Alemania.

“Soñar no cuesta nada”, murmuré, y usted, otra vez fruncida, tamborileó en el manubrio japonés con dedos exasperados, que debajo de las falanges habían empezado a ponerse fofos. Fuimos un rato a su casa, escondida en un recoveco del barrio Condell y de la plaza Bernarda Morín, y yo pregunté, como quien no quiere la cosa, si se habrían conservado los zapatos de mi padre. Usted caminaba con tranco firme, le daba órdenes a la cocinera, pedía que le recordaran a su marido que esa tarde tenían entradas para la ópera, y me dijo, después de haberle repetido la pregunta, que no, que se habían repartido, unos al encerador, otros a Rogelio, el mozo fiel, el dueño de esas piernas que temblaban a causa del esfuerzo de bajar el bulto, los demás al Hogar de Cristo. Yo recordé modelos de dos colores, dignos de un museo de la vestimenta, o de la extravagancia, y en seguida, no sé por qué, por esos caprichos de la memoria, la más caprichosa e imprevisible de nuestras facultades, recordé ojotas que se hundían en un barro espeso, allá por el sur, mientras se escuchaba el chasquido de una pala.

Usted me dejó en mi departamento del Parque Forestal. Había tomado medidas para que la empleada que hace el aseo en las mañanas se quedara y me sirviera el almuerzo, pero no podía acompañarme.

“Ya es bastante que haya ido al aeropuerto”, dije, y usted no respondió, y le ordenó a la empleada, antes de salir, que pusiera un mantel limpio en mi mesa, que abriera la botella de vino y la dejara oxigenarse, que sacara el pollo del horno dentro de quince minutos. General Pinochet, pensé, pero no quise comenzar tan pronto con la temporada de las pesadeces. A partir de ahora, tenía que aprender a no sulfurarme nunca, a no alterarme por leseras, ¡por huevadas!, para ser más claro. Mientras almorzaba permanecí callado, atormentado, incapaz de contestar los comentarios de la Lucinda, la empleada, que tenía el defecto de hablar como una tarabilla, y por

eso habría preferido que dejara la comida preparada y se fuera, pero, ¿quién puede contradecir los designios suyos, hermana? Dormí una siesta sobresaltada, llena de sueños que empezaban a armarse y se interrumpían, a pesar de lo mal que había dormido en el avión. Usted, antes de retirarse, con su letra de las monjas inglesas, me había dejado una lista de invitados encima del velador, y yo la revisé en la oscuridad prematura del invierno, temblando, recordando los fríos insidiosos, penetrantes, permanentes, que uno podía llegar a padecer en Santiago de Nueva Extremadura.

Le comuniqué a usted en mi departamento, en la tarde siguiente, que la mitad de nuestra lista de invitados estaba con gripe, y con razones más que justificadas. Entre los interiores mal calefaccionados, y las corrientes de aire, y la contaminación callejera (las fumarolas negras de los buses habían vuelto a prevalecer desde esa mañana), sobrevivir se convertía en un verdadero milagro cotidiano. Usted, que estaba aferrada al teléfono, con el pucho entre los labios, y que exigía que le trajeran a la casa la torta de mil hojas, de lo contrario no la habría encargado, ¡qué se habían creído!, trató de rebatirme, y yo le dije que no exageraba nada. Eran ellos, ¡ustedes!, detrás de la cordillera de los Andes, aislados del mundo, los que habían perdido la noción de la realidad. Vivían en un hongo de humo venenoso, boqueaban como los pescados que acaban de ser sacados del mar, y no se daban ni cuenta.

Cuando sonaron las campanadas de las doce de la noche, en presencia de la mitad de esa lista de invitados, lista que yo jamás habría confeccionado de ese modo, pero había llegado de regreso de Madrid demasiado tarde, descorchamos champagne nacional, yo apagué un velón grueso que coronaba la famosa torta, entre los cantos rituales que son siempre odiosos y vergonzosos, ¡Happy birthday to you!, ¡Cumpleaños feliz!, como traducen ahora, para colmo y di la señal de comenzar el baile. Me parecía claro que a los sesenta, para no echarse a morir, había que continuar bailando. Bailé con Mañuca, su hija segunda que es mi regalona, y con una señora alta y gorda que era la mujer de un compañero de trabajo del marido de Mañuca, miembro de la especie nefasta

de los publicistas, gente a quien veía por primera vez en la vida. Otros también bailaron, con más resolución que animación, y yo ensayé unos ritmos de lambada sin demasiado éxito, con un súbito tirón muscular de la pantorrilla izquierda que pareció un llamado perentorio y doloroso al orden.

“¡Qué mierda!”, exclamé, y le dije a mi sobrina Mañuca en voz alta, para que su vecina, la señora gorda, escuchara, que me había bajado el sueño, iba a desaparecer sin decirle a nadie, que siguieran ellos la fiesta.

“¡Qué roto más grande!”, exclamó usted, que andaba cerca, con su estilo inconfundible (su marido no se había dignado a venir, tenía que atender asuntos “de negocios”), y la señora gorda me miró con los ojos capotudos, con una sonrisa meliflua, y dijo que me hallaba toda la razón: si quería dormir, pues que durmiera, para eso era mi fiesta, y mi casa. En vez de irme a dormir, toqué las mejillas de la señora gorda, y después la tomé de las caderas, con fuerza, y pasé mi mano derecha por su nalga enorme, con la mayor impudicia, como si fuera la cosa más natural del mundo. Ya eran las dos de la madrugada. La música resonaba en mi departamento en forma atronadora, perturbando, me imagino, a todo el vecindario. La gente gritaba, bebía, se reía a carcajadas, y la sonrisa de la señora corpulenta parecía desintegrarse, mientras clavaba en mí unos ojos que eran brasas de un resplandor aterciopelado.

Fue el peor de los comienzos de una década de mi edad, como quizás correspondía. Por no hacerle caso a la señora gorda y retirarme, en realidad, a dormir. Ella habría sido voluntaria, a lo mejor, para cantarme canciones de cuna. En lugar de eso, seguí bailando como un energúmeno, con las ventanas del salón de par en par abiertas, sin querer comprender el peligro de los enfriamientos nocturnos y alcohólicos. Para resumir, terminé en el hospital, con calambres agudos, con un pie enyesado, que no podrá calzar los zapatos con agujeros durante largas semanas, y con un principio muy serio de neumonía.

A veces leo un pedazo de la *Promenade dans Rome* del señor de Stendhal (“He visto demasiado temprano la belleza perfecta”,

responde Mercurio en palabras shakespearianas), pero he perdido, junto con la salud, toda capacidad de concentración, y le he dicho a la enfermera, en un estado de reblandecimiento consciente, casi baboso, que coloque los zapatos de color burdeos, bien lustraditos, con que usted me trasladó hasta aquí, donde pueda contemplarlos con toda tranquilidad, con calma voluptuosa.

“Este problema de los zapatos era mucho más complejo de lo que usted se imagina”, le he dicho, con la entonación precisa que tuvo que emplear Hamlet para dirigirse a su amigo Horacio, y usted, que en hospitales, en manicomios, en cementerios se siente tan a gusto, me ha mirado con expresión francamente alarmada, como si creyera que en verdad he comenzado a volverme loco. Le aseguro que no haré ningún esfuerzo para sosegarla. Yo mismo sospecho que estoy poseído, desde hace tres o cuatro semanas, por un estado de locura pacífica, subliminal (pero no sublime). Veo la sonrisa descompuesta de la señora gorda, sus ojos brillantes y fijos que flotan sobre los techos del barrio bajo de Santiago, hacia el sector de Estación Mapocho y de Recoleta, entre ropa colgada, muros ciegos, el crucifijo chueco de la torre de una iglesia, el ladrido de un par de quiltros, y me vuelven las tercianas. Me pongo a tocar el timbre como un condenado. Después me acuerdo de una frase de los curas jesuitas, *post festum, pestum*, después de la fiesta, la peste, y me da risa.

“¿De qué se ríe?”, me pregunta usted, que había salido a estirar las piernas al pasillo, pero que sigue ahí.

“Estaba pensando. ¡Qué absurdo morirse por celebrar un cumpleaños! ¿No le parece?”

“Mañana van a darlo de alta”, contesta: “Para que no siga pensando leseras.”

Yo abro la boca, saco la lengua, y recibo de sus manos eficientes, que ahora se parecen a las manos de mi madre en sus años finales, una píldora antiinflamatoria. La recibo con unción religiosa, como si comulgara. Y con resignación, con docilidad de guagua.

Es que tú no me vai a creer, huevona, te juro por Dios, si apenas lo creo yo, así que imagínate. No hay caso, no puedo entenderlo, cómo hay gente que puede cambiar tanto, ¿cachái?... Si mi vieja tiene razón: cuando la gente nace loca, nace loca. Cuestión genética. Pero lo que yo no cacho es cómo alguien que nace decente, de buena familia, tú sabís, como nosotras, mejor incluso, puede volverse tan... no sé, tú cachái, cómo esta comadre de la que te estaba diciendo, esta amiga mía, pudo cambiar tanto, ciento cincuenta por ciento, una cosa impresionante que no se explica, como lo que te dije el otro día, pero tú no sabís nada, no alcancé a contarte, con lo del sábado lo supe todo y hasta me puse a averiguar si todo era verdad, revisé los diarios, te juro, a la hora del almuerzo, lo leí cagada de miedo, pero déjame seguir...

...Bueno ya, pidamos otros dos, pero no tan secos, capaz que nos curemos, mira que con esto de recortar diarios no he almorzado nada, he estado súper preocupada, te digo. Incluso don Edmundo me preguntó si tenía algo, me sentí más mal, última, imagínate, averigua algo, puede pasar cualquier cosa, quedaría como chaleco de mono y... oye, no es por pelar, galla, pero fijate que esas comadres que recién entraron, seguro son putas, yo no sé cómo las dejan entrar, ese tipo de minas les baja el nivel. Observa a la del buzo de cuerina, se parece a la Nelly, la de contabilidad, ¿no encontrái?, chula

de mierda. Para mí que se tira a este gallo nuevo, de finanzas, que antes estaba en la sucursal de Coquimbo. Pero mira a ésta, fijate en las uñas: azules. Lo peor. Típico de minoca de villa rasca. Después las huevonas se creen la raja por andar metidas acá arriba, cuafas de mierda, lo único a que vienen es a buscar ejecutivos lateados. Me sacan de quicio, arribistas calentadoras de huevas. Yo no entiendo cómo la Rocío se metía con gallada como ésta, incluso más última porque por lo menos estas chulas se arreglan y no cachan nada de nada, sólo leen la *Vanidades*, esa onda, en cambio estos tipos andaban con ponchos y huevás chilotas con olor a oveja y vino caliente, recitando manifiestos todo el día, leyendo libros rusos, de esos que se desarman, enfermo de densos y puntudos. Realmente me repelen...

...¿A ver?, ¿qué hora es? Descueve, después tomamos un taxi, yo pago, pero déjame contarte, huevona, que si no, reviento. Este tipo de cosas no suceden siempre. Además, a ti te encantan los cahuines, soi la reina del pelambre en la oficina, no te vengái a hacer la desinteresada ahora, yo te cacho, no podís ser tan mala amiga, no podís ser tan maricona...

Veamos... Pásame otro pucho. Se supone que lo iba a dejar pero nunca, pelar sin fumarse un cigarrillo es como imposible, ¿no creís?, como que nada que ver... Bueno, la cuestión, galla, es que el sábado me llamó una amiga, la Marisol Lagos, tú no la conocís, me hice amiga de ella en un Pre, en el Ceaci, pero igual no me dio el puntaje, total, media huevá, gano el doble que todas esas huevonas de mis compañeras de curso que entraron a la universidad, se sacaron cresta y media y ahora están muertas de hambre, andando en micro, haciendo el ridículo más grande... Bueno, hay para todo, ¿no?, digo yo, cada uno cava su propia tumba... Bueno, déjame contarte de esta galla, la Marisol Lagos, más loca que una cabra. Tampoco entró a la universidad, así que se dedicó al arte, a puro huevear, a pintar poleras y diseñar abrigos y cuestiones así, moda, que vende cualquier cantidad. Después se metió a teatro de puro loca, pantomima, esa onda. Ahora trabaja en una galería en Bellavista, lo pasa la raja, de miedo, conoce a todo el mundo, la

cachá de gente conocida, famosa. Incluso la Raquel Argandoña es amiga suya, siempre le va a comprar. A quién no conoce esta galla, ubica a la gente más extraña de este país, que es más de la que te imaginái. La Marisol lo pasa regio, ni trabaja, puros cócteles, exposiciones, premieres, festivales, qué sé yo. La cuestión es que me llamó esta galla para invitarme a una cita a ciegas, a un carrete new wave, una huevá de pintores, una especie de inauguración de cuadros con fiesta y música, de un grupo más raro que la chucha, como de la onda argentina, supongo, para bailar. Yo le dije que sí, tú sabís, para que después me llame este huevón del Hernán y nos descueremos por teléfono, no valía la pena. Así que me traté de vestir lo más loca posible, onda punk, taquilla, cualquier cosa para no parecer fuera de foco, un look como lo que vende la Paula Zobeck. Le pedí a mi hermano chico, que se jura Soda Stereo, su gel. El pendejo me la vendió, pero igual se la saqué gratis y me hice un peinado para cagarse de la risa, como espinudo, aunque con el calor que hacía se me deshizo y llegué a la casa con pinta de bataclana barata. Lamentable, pero bueno...

La Marisol es más loca que un tiro, mucha careta y esa onda para caer bien. Saludó a todo Chile y a varios huevones de la tele. Coqueteó firme con ene tipos y eso que se está afilando a otro huevón, un productor musical el descueve, súper rico el compadre, como mezcla de intelectual y boxeador, con una cola de caballo atrás. El tipo que se suponía era para mí, era más que extraño, te juro que te cagái en tres tiempos. Onda marciano, maraco, drogadicto, yo no caché. No era feo, pero tenía todo el maquillaje corrido y empezó a jalar coca ahí mismo, sacó una cucharita y me convidó. Súper exótico el compadre, ¿no encontrái?, pero como que me urgí la muy huevona, no tengo idea por qué, total, todo el mundo jala, cosa de ir al Oliver, pero bueno, qué querís, así soy yo, conservadora. El gallo este, olvídate cómo se vestía, una jardinera naranja, sin nada debajo, te juro, se agachaba y se le veían todas las huevas, pero le daba lo mismo porque dicen que todos estos artistas van a una playa nudista y se meten todos con todos, hombres con hombres, mujeres con mujeres, da lo mismo y pintan las rocas

con cómics y tonteras. El huevón ni me pescó, partió a juntarse con un uruguayo que bailaba hecho una loca, y “querido” pa’ acá y pa’ allá y yo al medio, sintiéndome como el forro, parando el dedo, así que atiné, di una vuelta por el galpón, y me dediqué a mirar las pinturas, paredes enteras rayadas, cuestiones como de cabro chico, no entendí ni pico, unos mamarrachos súper raros. Atiné, entonces, a cachar la onda que se estaba tejiendo: la decadencia misma. Ni en Nueva York. Estaba esta tipa nueva, la que hace de mala en la teleserie, reventada hasta decir basta. Chata, tirada en el suelo. Se veía última de carreteada. Y todo el mundo en el mismo volón: piteando, tomando, unos punks medios rascas quebraban botellas, otros se empujaban y pegaban, cualquier onda, como de película, galla. Por suerte empezó el show y salieron unos huevones rajados de cocidos —o inyectados, no sé—, unos pendejos esqueléticos, rapados, todos sucios, llamados los Pinochet Boys, que le escupían al público. Todos pedían más. Después del grupito este, que ni se sabían las letras de las canciones, apareció este otro gupo: Degeneración Espontánea. Ahí no más. Pero cuando voy cachando que el que toca el bajo, así medio escondido, con una camisa llena de figuras, de esas que venden en Fiorucci, ¿las ubicái?, es un huevón que conozco. ¿Adivina quién?

Me trae dos traguitos más, porfa... un millón, gracias... Como te decía, resulta que el compadre este, con el pelo corto como milico a un lado, crespo y largo al otro, es —o era— el marido de la Rocío Patiño, esta superamiga mía del colegio, esta huevona de la que yo te he hablado. Así que de ahí que te podís andar imaginando la impresión, galla; estaba más cachuda que la cresta por saber qué hacía este huevón, Ismael se llama, en una parada como ésa y con ese corte de pelo. Ahora, para qué te cuento cuando el compadre se largó a hablar... Si eso que la vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida, es verdad. Te juro. No puede ser más cierto, cosa de fijarse en la Rocío Patiño no más.

Pero déjame empezar de cero... No puedo ser tan mariconá, si esto es súper serio, trágico, te juro. No me hagái reír. Después vas a ver que tengo razón... No voy a demorar demasiado, tres o

cuatro puchitos más... Si aún es temprano, falta ene para el toque. Además, igual no tenís mucho que hacer, así que qué te importa. Déjame seguir: bueno, como ya sabís, con la Rocío éramos amigas, pero amigas desde el colegio, poto-y-calzón, amigas de toda la vida. Si hasta nuestros padres se conocían desde siempre, hasta del club porque la Rocío —mira la bruta con suerte— vivía en una casa que no te la creerías, fabulosa es poco, como para Vivienda y Decoración, una cuadra entera en Los Dominicos.

En esa época, te hablo del 78-79, ponte tú, como en Primero cuando ya éramos amigas porque, ¿a ver?, yo entré en Sexto, y después en Séptimo, sí, claro, ya en Primero Medio íntimas que rato, inseparables. Me acuerdo que en ese tiempo había toque, bueno, igual que ahora no más, una lata, mucho peor, pero igual nos arreglábamos para pasarlo bien, salir con chiquillos —encuentro tan cuma esa palabra—, con gallos, carretear, vida nocturna. Típico íbamos al cine, a patinar al Shopping, ¿dime que nunca fuiste?, ¿te acordái? Era la papa, iba todo el mundo; no como ahora, súper pasado de moda, una lata. Todavía no pololeábamos y nadie manejaba aún —creo que ella nunca aprendió; bien huevona, teniendo tantos autos, digo yo—, así que dependíamos de los viejos para que nos fueran a buscar. No nos dejaban andar con tipos en taxis. Menos en micros. Súper cartuchos, tan huevones los viejos, que no lleguen tarde, tempranito en la casa, mijita, cuando no saben acaso que los hoteles abren de día y que si uno quiere echarse una cacha —dime que no, galla— puede ser a las tres de la tarde, cagada de la risa, sin ningún problema. Además, tanto cuidado, tan urgidos, si al final el tiro le salió por la culata... Siempre preocupados de las amistades, de qué nivel eran, si eran GCU, de colegios privados. A todo control. Pobre que saliéramos con algún hijo de un empleado público. Éramos más fijadas. Así nos criaron, los tipos debían ser del Verbo Divino para arriba. Mi hermano, pobre jetón, en cambio, por hacerse el rebelde, terminó casándose apurado con esa chula de la Valeria —se casaron de ocho meses, cara de raja— y allá lo tenís viviendo en no sé qué mierda de paradero de Santa Rosa. Claro

que esto fue hace diez años porque la Rocío con lo clasista que era ni saludaba a la Valeria. La miraba en menos. Después, puchas la sorpresita que nos vino a dar.

La Rocío en esa época viajaba a cada rato, onda todos los veranos. Su viejo era dueño de una empresa importadora y traía tragos, chocolates, equipos de música. Tenían cualquier plata. Bueno, en esa época todos teníamos. Así que siempre traía cualquier cantidad de cosas de Estados Unidos, cuestiones que aún no llegaban a Chile, revistas, cuadernos con la Farrah Fawcett en la portada, cigarrillos. Era el tiempo de la Donna Summer y los Bee Gees, se compraba todos los álbumes de moda, *Gracias a Dios que es viernes*, *Grease* y ropa súper taquillera para ir a bailar onda disco. Como ella tenía ene ropa, me prestaba y salíamos a bailar. Nos veíamos el descueve, dejábamos la tendalada...

¿Querís otro? Yo pago. Sí, en realidad, esperemos un rato más, yo también estoy medio curada..., increíble..., bueno, como te decía, la papa era la Disco Hollywood. Quedaba en Irrazaval, si sé, no es culpa mía. Por eso fuimos sólo dos veces. Después la Rocío se puso a pololear y Juan Luis encontraba de rotos la onda disco, como de portorriqueños, de latinos. No dejaba de tener razón, te digo, porque la verdad es que se chacreó, se llenó de chulos con brillos, el huachaca look, así que decidimos refinarnos y filo con la Hollywood y nos saltamos el furor de la salsa que, por suerte, duró repoco.

Sabís que me acuerdo de una vez, hablando con la Rocío —creo que estábamos en el Giratorio, tomando unos tragos como ahora, lateadas—, y ella me dijo que resentía no haber sido más loca, más reventada, porque por mucho que una se pueda arrepentir después —si es que uno se arrepiente—, igual eso no se quita, ¿me entendís?, onda “lo comido y lo bailado”, porque para qué vamos a andar con huevás, entre pasarlo bien y pasarlo mal, mucho mejor bien, ¿no encontrái? Claro que eso fue antes de Juan Luis, meses antes. No sé, de repente creo que por eso hizo todo, para probarlo todo, ver qué pasaba y después ver, rebelarse por la mala suerte que tuvo, no sé, quizás se agarró muy fuerte no más, se autoconvenció.

A lo mejor... como que nada que ver que te cuente todo esto, no sé, como que no puedo dejar de hablar, de recordar... no puedo ser tan peladora, galla, tan re-con-cha-de-mi-ma-dre, o sea, mal que mal, somos —fuimos— amigas, súper amigas, yuntas y todo, ¿tú sabís?, pero las cuestiones cambian, se ponen distintas...

Necesito otro más, ¿qué te parecen unos gin tonics? Además hace un calor asqueroso. Ahí viene el compadre... Sí, dos gin tonics y unas cositas para picar, ¿tenís maní o nueces?

Perfecto. Gracias... Me perdí... ¡Ah, ya!... Lo que pasa es que del grupo de mujeres del curso éramos las más fomes, te juro, si yo era más tranquila que una foto, aunque te parezca increíble. No éramos gansas sino más bien, cómo te digo, no sé, “sanas”, tranquiléin, ¿tú cachái?, como la Marcela Gutiérrez, de finanzas, así, de esa onda, pero menos gordas. Atracábamos súper poco y eso que no nos faltaban oportunidades. En realidad, la que atracaba era yo —todavía no se me quita el hábito, huevona—, ella sólo tuvo una caída con el Javier Hamilton en un retiro en Punta de Tralca, pero después volvieron al colegio y nada. Una pena porque era bien bueno el Hamilton, onda rebelde, pasaba todo el invierno esquiendo. No iba nunca a clases, se juntaba con gallos del Marshall. Me acuerdo que se amarraba un pañuelo rojo en el pelo, a lo indio. Se veía el descueve. Además tenía un toque intelectual, lo que lo hacía aún más atractivo. Siempre se leía los best sellers de moda y me subrayaba las partes calientes para que así yo no tuviera que mamarme todo el libro. A mí, te digo, me trastornaba. Como que nadie podía agarrarlo, así que me dio un ataque al pelo cuando la Rocío se metió con él. No le hablé durante una semana. Estaba más choreada que la mierda; no podía creerlo. Aparte de ese atraque con el Javier Hamilton, que a todo esto vive en Brasil, se apestó de Chile, de lo chico que es y se fue para allá y se dedica a dar clases de windsurf en un club mediterráneo. Me lo contó una amiga que estuvo ahí para su luna de miel. Incluso hace de gigoló con las gringas que le pagan cualquier plata para que se las tire. Yo también pagaría, te digo. Me encantaría verlo de nuevo. Ahora me acostaría con él, ni tonta. Siempre quise, pero nunca me atreví. Claro que el huevón nunca me lo pidió...

Aparte de este mino, entonces, pololeó primero con el Hugo Vaccaro, éste que se está por casar con la Virginia Artaza, la que salía en ese réclame de zapatos. Si sé, es última, no sé cómo la contrataron. Las feas siempre tienen más suerte. Con el Vaccaro pololeó en primer año, como tres meses, nada serio. Además, cómo tener algo serio con ese tipo, tan blanco, parecía tuberculoso, no sé, me daba asco. Me carga la gente tan blanca. Se me imagina que nunca veranea. Después de esta cosa anduvo tranquila. Sólo ese atraque en las dunas con el huevón del Javier Hamilton. Hasta que el Juan Luis llegó a su life.

Me acuerdo que eso me cagó la siquis. Me la cagó hartito, especialmente cuando caché que eso iba en serio y que yo tendría que quedarme sola no más, tocando el violín, sin tener a nadie serio. Tú que eres sola, galla, me entendís. Rápidamente capté la movida y me di cuenta de que el Juan Luis era su hombre y que eran tal para cual. Si el tipo se juraba perfecto, el hijo que toda madre desea: todo compuesto, chalecos abotonados, viajes a Europa, fundo, estudiante de Derecho, beato, de la onda de comulgar en la misa de doce. El Juan Luis, si tú quieres, me la arrebató. Me quitó a mi mejor amiga. Nunca tanto pero algo así. O sea, igual nos seguimos viendo esos dos años que aún quedaban de colegio; pero nunca de la misma forma.

Fue bien penca. Yo estaba más que choreada, quedándome los sábados en la casa viendo *Noche de Gigantes*, esa parada, imagínate, no quería saber nada de nada. O sea, lo que se llama estar parqueada. Atroz. Así que decidí salir un par de veces con un amigo de Juan Luis, que también era polero, para airearme un poco y cachar la onda de la Rocío. El compadre que me tocó —si las citas a ciegas son lo peor, deberían prohibirlas— era una bosta. Para variar. Todo apretado como sacando pecho, entrando la guata, mostrando el poto y el paquete. No, si te digo, cada huevada que me ha tocado. Y para más remate era colorín, le transpiraban las manos, ¿sabís lo que es eso?, me pescaba la mano en el cine, ponte tú, y parecían gualetas mojadas, no sé, unas cosas frías, como pescados. Para buitrear. Por suerte no atraqué con él. Se llamaba Iván. Claro. Iván Chadwick,

pariente de estos gallos gobiernistas, súper de derecha. Mi viejo estaba chocho. Una vez salimos los cuatro al cine, vimos *Gente como uno* me acuerdo, título más que adecuado, y después pasamos al Otto Schop y el Juan Luis con el Iván se largaron a hablar de política, que los milicos y la oposición, dale que dale, como cuatro horas, no sé para qué hablaban tanto si los dos tenían las mismas ideas y no había que convencer a nadie, pero tú sabes cómo son estos gallos de derecha, de alguna manera tienen que sacar sus represiones para afuera, y comenzaron a tirarle mierda a la decé y a los comunistas, qué sé yo, no cachaba ni una, estaba más lateada. Lo que más me sorprendió fue que la Rocío se metió en la conversa y se lanzó contra Frei como si hubiera sido profesor suyo y chuchadas contra la UP y hablaron ene de la nueva Constitución y del plebiscito ese, ¿te acordái?, yo ni voté, no tenía edad. Igual hubiera votado que sí, yo cacho, no tengo nada contra el gobierno, en realidad no lo peso, pero, a decir verdad, a mí Pinocho no me ha hecho nada, así que nada que ver que yo vote contra él o me ponga a alegar como los huevones de contabilidad que son unos rotos resentidos sociales. Lo que me sorprendió en todo caso fue que la Rocío hablaba del Pinochet como si fuera ya lo máximo, onda Pinochet o nada, que si no hubiera sido por el golpe estaríamos todos plantando arroz por Colchagua y usando ojotas, que el país se salvó así por tan poco, que seríamos peor que Cuba, que el 11 de septiembre iban a matar a todos los momios, que eso estaba comprobado. Escuchándola hablar como hablaba caché que ya no era de mi onda, que se había pasado al bando intelectual y que el Juan Luis se la había engrupido bien engrupida y ya no había nada que hacer.

Y así pasaron esos dos años, todo el día juntas en el colegio, estudiando para las pruebas, medidas en los mismos grupos de Biología o Castellano, pero después de la hora de once todo era Juan Luis, que a todo esto era como un genio porque apenas tenía un año más que nosotras pero ya estaba en tercer año de Derecho cuando la Rocío entró a la universidad. A la Universidad de Chile para su desgracia y la de sus viejos porque justo ese año hubo demasiados

buenos puntajes y eso que ella tenía uno súper bueno, mucho más que 700, pero no hubo caso. O la Chile o nada. Se matriculó en la Chile. No le quedaba otra.

La graduación, que no fue tan mala como dicen, la hicimos en el Sheraton y todo. Yo fui con un gallo bien estupendo, holandés, hijo del agregado cultural de la embajada, amigo de mi viejo, así que todas me miraban cagadas de envidia. Además, andaba con un vestido la raja, súper rebajado. Me veía estupenda.

Después de la fiesta, que duró toda la noche, partimos a la playa. En caravana hasta llegar a Santo Domingo, a la casa de una compañera de curso. Yo con este gallo Horst nos metimos al mar en calzoncillos —yo en sostén, obvio— y eso escandalizó a todos. A mí eso me calentó más que la cresta y como andaba con ene trago, la Rocío me retó. Me dijo que las estaba cagando, que por favor me ubicara, que Juan Luis estaba furia, y eso me emputeció. Desubicada de mierda. Todo porque el imbécil de Juan Luis no la tocaba, era más virgen que la chucha, pura paja, seguro. Armó medio escándalo y la manga de huevones se acercaron a ver qué pasaba. Yo, verde, te digo. Si nada que ver tanto hueveo, si uno se gradúa una sola vez, media cuestión que me bañe en calzones. Además, puchas, éramos amigas, ella me cachaba, si antes cada locura era festejada, nos cagábamos de la risa por todo, ¿cachái? Imagínate que a ella le vino su primer período en mi casa. A ese nivel de intimidad, puh, galla. Yo la consolé y le expliqué todo porque a la cartucha de su vieja le daba vergüenza ese tipo de cosas y nunca le dijo nada. Yo supe de su primer beso y ella igual, onda que nos prometimos una hermandad eterna: fue un domingo, a mí ya me había llegado la regla, así que estábamos chochas de ser mujeres por fin, y como mis viejos andaban en el campo saqué champaña de la bodega y celebramos y bailamos en sostenes y después nos empelotamos para mirarnos al espejo, nos pintamos como putas y hacíamos poses frente al espejo, a lo *Playboy* y nos tomábamos polaroids que después quemábamos y de puro reventadas agarrábamos las almohadas y nos imaginábamos que eran compañeros de curso...

...Fue súper loco... ninguna de las dos éramos calientes ni nada por el estilo, trece años, galla, y después nunca tanto, pero

ese día —puta que ha pasado el tiempo— decidimos que nuestra niñez ya estaba finalizada, que las Barbies y los Ken eran cosa del pasado, así que decidimos juntar todas las muñecas que teníamos, toda esa ropa en miniatura, y regalársela a una prima de la Rocío. Nos había llegado la hora en que uno se pone a llorar por los gallos, hace diarios de vida, corazones en los cuadernos, llama por teléfono y cuelga. A mí ya me gustaban como tres compañeros de curso y como ocho de los de Tercero Medio, huevones de diecisiete que uno juraba eran los tipos más maduros del mundo. Éramos más tontas, más gansas. Coleccionábamos recortes de revistas, pósters de la revista *19*, fotos de los Bee Gees, del Peter Frampton, del de barba de Abba, qué sé yo, Shawn Cassidy, ese tipo de gallos. Esa noche de la curadera nos juramos ser amigas para siempre, no criticarnos, por eso ese día en Santo Domingo, yo toda mojada y la Rocío histérica, cambiada, con ataque de moral, hecha una furia porque me bañaba en calzones frente a todos, con un extranjero todavía que apenas conocía, qué iba a pensar de las chilenas, que éramos unas putas igual a las europeas, ella conocía Holanda y la juventud era un asco, toda drogada y punk, galla, y eso me sacó de quicio, me pareció una falta de respeto y la mandé a la misma chucha, le dije que estaba enferma, que el Juan Luis le había lavado el cerebro, que lo que a ella le hacía falta era una buena cacha y listo. La Rocío se dio media vuelta, me dijo: “Dios sabrá qué futuro te espera; me das pena”, y yo partí de vuelta a la playa, pesqué al Horst, me lo atraqué en la arena como una ninfómana, urgida a cagar, nos fumamos unos buenos huiros y nos metimos a la casa, nos encerramos en una pieza y me culeó. Fue mi primera encamada y no sé si me gustó, sólo quería ver si yo era capaz, pero lo único que hice mientras el huevón estaba arriba mío sudando como un animal fue pensar en la Rocío, que ojalá hubiera estado ahí mirando y que el Juan Luis fuera el huevón que estuviera metiéndolo y sacándolo.

Por qué no me pasái otro pucho porfa..., como que lo necesito... Pídete dos gins más, total yo pago. No puedo cortar el cuento ahora, tengo que seguir contándote. Déjame seguir.

Bueno, después de eso, como que se levantó una muralla, no nos llamábamos por teléfono, aunque cada una se moría por hablar, esperando al lado de él viendo si sonaba. Y cuando llamaba hacía que la empleada contestara y tomara el recado. Le devolví la llamada varios días después. A todo esto, el Horst estaba más caliente conmigo y a mí francamente me apataba. Me hacía recordar todo lo que pasó. Igual pasé un Año Nuevo con él, metida en la Gente, que recién se había inaugurado. No sé por qué tenía la tincada de que me iba a encontrar con la Rocío y su tropa de amistades nuevas. Después de la primera encamada, sólo lo hice una vez más con el Horst, en un motel con una feroz tina, bien de puta por Vicuña Mackenna abajo, pero fue bien como las huevas. No sentí nada. Nunca lo volví a ver. Por suerte.

La Rocío finalmente me llamó —creo que obligada por su mamá, que es súper gente, amiga de mis viejos y de mi tío, que siempre compraba cosas de Hong Kong en la oficina de los Patiño— para convidarme a veranear unos días a la casa que habían arrendado en Cachagua. No sé por qué, pero fui. Fue el fin del fin. Todo muy diplomático, ¿cachái?, pero cero comunicación. Nada. Primero, estaba con su lindo. Piezas separadas, of course. Juan Luis me odiaba. Eso estaba más que claro. Segundo, nadie me pescaba. Toda su gente y sus amistades me hacían el vacío, apenas me saludaban. Todos se creían franceses veraneando en Mónaco, millonarios a cagar los culeados. Así que te podís imaginar esas dos semanas. Sola, en la playa, al lado de esta parejita que ni se miraban mucho para no correr peligro. Leí como loca ese verano. No había más que hacer. Si ni hay discotheque en esa playa: caminar, andar a caballo, jugar naipes. Horror. Leí ene, incluso cosas densas como Lafourcade o el Pablo Huneus. Para más remate ya habían salido los puntajes de la Prueba de Aptitud y a mí, para más remate, me había ido como el forro, último, y la Rocío medio ni qué puntaje y hablaba por los poros que iba a estudiar Sicología, tener su consulta privada, que le gustaría tener como pacientes a científicos y hombres de negocios que están sometidos a mucha

presión. Yo mutis. Todos juraban que yo era una imbécil. Media huevá. Me da lo mismo lo que piensen de mí. Total, yo siempre pienso algo peor sobre ellos.

Por fin pude regresar a Santiago —metí la chiva de que estaba con fiebre y de que tenía que buscar un lugar para estudiar alguna carrera “no profesional”— y, te digo, nunca esta ciudad apestosa me pareció tan fabulosa y eso que hacía cualquier calor y las calles estaban vacías.

Así pasó el tiempo, yo entré al Manpower y ella —aquí comienza lo bueno—, por una jugada del destino, de pura mala suerte —o buena, nunca se podrá saber— queda en Sicología, pero en la Chile. Horror en la familia, Juan Luis mudo, nadie quería aceptarlo. Lo importante, como le dijo su tía a mi vieja, era que no se pervirtiera, que eligiera a sus amistades con pinzas.

La vi después para su cumpleaños, en su casa, fui con un naval que conocí un fin de semana en Viña y poco menos que el Juan Luis se enamoró de él porque hablaron toda la noche de seguridad, de armamentos, sobre la guerra de las Malvinas que estaba de moda, si era verdad que Chile ayudó a Inglaterra. La reunión estuvo como fome, los típicos amigos de Juan Luis, como tres amigas de Sicología: una galla argentina, una tipa bien pecosa y una rubia súper tímida que me dijo que su escuela estaba plagada de comunistas y que lo único que hacían era redactar cartas y denuncias, que no estudiaban nada y después los muy frescos les pedían sus cuadernos para fotocopiarlos. Al final terminaban sacando mejor nota que estas minas mateas. La rubia me contó que nadie quería al grupo de la Rocío y las otras gallas bien, que las miraban en menos, las tildaban de “Fachas Shopping Group” y se reían de sus prejuicios burgueses. La más odiada era la Rocío que ni los saludaba y que se negaba a ir a los paseos a Cartagena, a los malones que duraban toda la noche y a esas peñas horribles con vino caliente y canciones de sangre y fusil. Incluso me contó que la Rocío tenía serios problemas con la comandante del curso, una tal Lía, que usaba una trenza a lo guerrillera y tenía como 30 años, antigua exiliada en Suecia que se metió a la mala a Chile y

que dominaba toda la Facultad de Filosofía. El problema fue que la Rocío organizó un grupo de gente para que no votaran por ella y se metieran a la FECECH, que era como la FEUC, pero peor, ya que la izquierda decía que eran puros fachos pagados por el gobierno para sapear, lo que era falso, pero igual quedó marcada. La rubia esta, que se llamaba Daisy y que era igual a la Inés Freire de compras, estaba enferma con la universidad y encontraba súper injusto que por ser pinochetistas las trataran de fascistas, que una cosa no implicaba la otra.

Yo ese año me junté con el grupito de la Claudia Bascuñán que ahora está en el BHIF, secretaria de relaciones públicas; se acuesta con su jefe, lo pasa regio. Ese año, además, conocí a Tomás, en unas clases nocturnas de inglés en el Norteamericano, así que mientras pololeaba con él —estaba súper enamorada, bueno, eso creía, él estaba mucho más interesado en su financiera— ni me preocupé de la Rocío. La vi sólo un par de veces. Una vez nos topamos en una premiere, se juntaba plata para el Cema o algo así, nos encontramos y me acuerdo que la Rocío me dijo en el baño: “Te felicito, bien estupendo tu Tomás”.

Mi mamá fue la que me contó lo de la repetición de la Rocío. La madre de ella se lo dijo y le confesó que lo lamentaba hartito porque la Rocío se había esforzado muchísimo, pero que el ramo era colador y como su promedio no era bueno, se puso súper nerviosa en el examen y cagó. Pero lo que la tenía emputecida era que un profesor de un ramo chico, optativo, la había hecho repetir por el solo hecho de ser de derecha, que era un amargado de oposición que de puro milagro estaba haciendo clases cuando lo que correspondía era que estuviera exiliado como el resto de los upelientos.

Por si eso fuera poco, el acabose era que no sólo debía repetir, sino que no podía pasar a segundo año hasta no tener aprobados esos famosos ramos. O sea, galla, iba a estar todo el próximo año parando el dedo con esos dos cursos. Y ahí cayó la bomba: la mamá de la Rocío le confidenció a la mía que la Pascua la tenía enferma de los nervios porque, aparte de lo de la Rocío, el cabro chico estaba con hepatitis y no tenían un peso. La empresa iba de mal en

peor, el boom se estaba acabando y con lo de la subida del dólar sus deudas aumentaban al doble, ya no había plata, nadie compraba cosas importadas, no había derecho, prometieron que se mantendría fijo para incentivar la economía, el nuevo local de Providencia les había costado una fortuna, y quién sabe qué iba a pasar.

A la vuelta de Tongoy, donde terminé con Tomás, mi mamá me puso al día: la Magdalena Aldunate la había invitado a tomar once y hasta se puso a llorar.

Emilio, el papá de la Rocío, se había arrancado del país, se cerraba el negocio, se declaraba en quiebra e iban a rematar todos los equipos estéreos que tenían acachados.

La huevía económica se fue agrandando hasta que les quitaron la casa —que estaba a nombre del viejo—, así que se tuvieron que ir a las casas de los hermanos de la tía, repartirse como gitanos. Yo no vi a la Rocío, sólo supe que lo había tomado con ene madurez, ayudando a su vieja con el negocio de ropa de guagua que iniciaron en la casa de su tía Delita. También supe que la Rocío fue a hablar con la asistente social y que le dieron almuerzo gratis, le conseguían crédito fiscal para el próximo año, qué sé yo.

Un tiempo después me llamó la Virginia Adriasola, que también fue compañera de curso de la Rocío. Me dijo que la había visto con un tipo barbudo, de chaqueta de cotelé, atracando en el cine Normandie mientras veían una película europea súper rara de una pareja que lo único que hace es hablar y deprimirse. La Virginia es medio intelectual pero ni tanto, nunca para andar con un gallo sólo por su interior, pero estudia teatro y taquillea por Bellavista y esos lugares raros y sigue tan peladora como en el colegio. La cuestión es que la Rocío salió del cine con un feroz grupo entre lana e izquierdista, típica onda humanista, y partieron a El Castillo, un bar ultra bohemio y artesa que queda en Plaza Italia, lleno de putas y marihuaneros, de esos poetas que te tratan de vender sus versos impresos a cambio de un café. No podía creerlo. Se lo conté a mi vieja, y ésta, con su sutileza acostumbrada, llamó a la mamá de la Rocío haciéndose que la llamaba para saludarla y como que la tía se pasó de chivera: que estaban mejor, que el tío vivía en Buenos

Aires, le estaba yendo superbién, que los piluchos se vendían ene en Estados Unidos, exportaban y que Rocío estaba regio, cada día más hacendosa, tenía regias notas en esos dos ramos tontos, además estudiaba francés, ayudaba en un colegio de niños retardados y leía textos de sicología para ir adelantando.

Yo, por mi parte, caché que había gato encerrado. Me puse a averiguar y llamé a este colizón con que había salido —Iván—, que ahora trabaja con su viejo en la fábrica de la familia, y le saqué que el Juan Luis y la Rocío andaban como las huevas, que a ella le había afectado demasiado la quiebra y el desparramo de la familia, se moría de vergüenza y no quería saber de su pasado, se negaba a frecuentar los círculos sociales.

Yo en esa época entré en la oficina junto con la Tere Román. Claro que ella ahora gana el doble que yo. Anda a saber tú qué hizo para tener ese sueldazo. Mal que mal, es la secretaria del gerente de personal no más. Así que me metí firmeza a la oficina, tú sabís, empecé a andar con este argentino del que te conté. Incluso me fui con él tres semanas a Pichidangui. Me olvidé de todo por ene tiempo, más de un año te diría. Mi vieja me ponía al día con lo de la familia de la Rocío de tanto en tanto, aunque tampoco sabía mucho. Era como si la tierra se la hubiera tragado. Lo único que pudo averiguar era que estaban bien pobres, no muertos de hambre, pero lo suficientemente cagados para tener que decirles chao a los restoranes franceses, a Cachagua, a comprarse la ropita en General Holley.

Después no supe nada más. Incluso se me olvidó. Hasta que fui al matrimonio de la Chichi Illanes, una amiga de toda la vida, que se casó regio, con un turco que la adora y que no es tan picante como todos dicen. A la salida de la iglesia me encontré con el Juan Luis, quien andaba con una tipa que nunca había visto. Y de la mano. Lo saludé medio irónica y lo obligué a hacerse a un lado y decirme qué mierda estaba sucediendo. “Mira”, me dijo, “la huevá se acabó; la Rocío se transformó en una furia, en una puta, se atracó a todo su curso y se cree artesa, comunista, no tengo idea ni me interesa, la huevá se acabó y punto. Supongo que ahora estarás contenta”. Y se fue, sin despedirse. Quedé más cachuda que la cresta.

Como nadie sabía nada, ni querían opinar al respecto, un día me arranqué un poco antes de la colación y partí a la escuela de Sicología en metro. Para qué te digo, estaba cagada de miedo, llena de chivas y excusas para justificar qué hacía ahí. Entré al lugar, que es último, todo rayado, lleno de afiches anunciando recitales, convocatorias a paro, a protestas. Ya se habían desatado los primeros boches, habían matado al general Urzúa, ¿te acordái?, al lado del Tavelli, así que imagínate el ambiente, parecía como en las películas de guerra, lleno de pósters con el martillo y la hoz, fotos del Che, banderas de Nicaragua, unos dibujos del tío Sam degollado. Le pregunté a un portero si había clases. Me dijo que no, que hasta mañana, sólo quedaba poca gente en la biblioteca. Fui a mirar por siaca, pero no estaba, sólo una galla rubia, esta misma galla que una vez había conversado conmigo en el cumpleaños de la Rocío. Me acerqué y le dije que si se acordaba de mí. “Pero claro”, me dijo, “tú eres la amiga de la Rocío Patiño”. Exacto. Se llamaba Daisy, Daisy Bennett. Me convidó al casino a tomarme un café. Después me invitó una cerveza.

“Así que no sabes nada”, me dijo. “Ven, sígueme un poco. Me llevó hasta el diario mural del casino. No podía creerlo; había una foto —un afiche más bien, fotocopiado— de la Rocío con el pelo súper largo y escarmenado con una bufanda tejida al cuello. Lo peor era la leyenda debajo de la foto: BASTA DE DESVARIÓS. NECESITAMOS A ROCÍO. CANDIDATA MDP A VOCAL.

Es que no te lo podís imaginar. Estaba lela, no cachaba ni una. La Rocío candidata para el centro de alumnos y por la izquierda todavía, si tanta chuchada que les tiraba a los de la UP, yo la había visto, si Juan Luis y ella siempre decían que el error de los milicos había sido no matarlos a todos.

Resumo, galla: la Rocío no sólo estaba en la campaña electoral sino que ya había estado presa varias veces por hacer barricadas y tirarles piedras a los pacos. Ya no vivía con sus tíos, sino con un grupo de compañeros de la escuela, en una casa destartalada por allá por Independencia, en la calle Maruri. Según la Daisy, ya nunca saludaba, despreciaba a la gente que antes había sido como ella, se

veía súper artesa, con chalecos chilotes que se trajo de su mochileo por el sur con un gallo de Sicología, dirigente del Mapu. La Rocío, para dárselas de moderna o revolucionaria, se acostó con cada miembro de la Jota que había en la facultad, pero eso no quitaba que pololeara con un tipo súper tranquilo, campesino, socialista o algo así, no militante, más de la onda del Florcita Motuda, no sé bien, que no mataba una mosca pero era seco para los discursos y para citar escritores y ensayistas. Este pololo además era menor —como tres años— y vivía con ella y un montón de gente más en esa casa que siempre estaba helada. La Daisy me contó que lo más insólito de todo era que este cabro Ismael, el pololo, en el fondo era tradicional, más bien moralista como buen político, pero aceptaba que la Rocío anduviera de uno en otro a pesar de estar embarazada de él.

Eso es ponerse al día, ¿no creís? Este tipo, el padre de la guagua, Ismael, es el mismo que vi el otro día, el cantante punk. ¡Cáchate! Explicate ésa. Harto cambio para un chico que vino desde Maullín. Sign of the times, tú sabes. Bueno, resulta que pasaron unos ocho meses y a la Rocío, que por muy roja que estuviera seguía siendo una Patiño Aldunate, le bajó su crianza burguesa, la fue a ver su mamá, le llevó piluchos y todo, y se casó con el Ismael. A mí me cuesta creer que haya cambiado, yo no creo todo lo que dicen, imposible cambiar tanto, para mí efectivamente se trata de una maniobra, no sé, no entiendo. No estuve cerca cuando cambió. Todo lo he sabido por otros. Es raro.

Decidí ir a verla cuando nació la guagua. Un niño. Le puso Víctor, por el cantante ese que dicen que le cortaron las manos antes de matarlo. Llamé a varias compañeras de curso. Le fuimos a llevar regalos para el niño. La casa era como de campo, toda de adobe, y la Rocío se veía horrible, blanca y pecosa, sucia, como si no se hubiera lavado la cara al despertar. Andaba con una túnica hindú, me acuerdo. Había varios amigos suyos, tipos de la peor calaña, con unas pintas de vagos y drogadictos que no se la podían. Eran como esos gallos que venden pulseras frente al Coppelia. Ese

toque. La Rocío estaba sobre su cama —un colchón en el suelo—, con la guagua en sus brazos, dándole de mamar delante de todos. El cabro era súper rico, eso sí, súper vivo, como que se reía y me acuerdo que pensé “de qué se reirá el pobrecito”.

Mis amigas estaban verdes de impresión. Un tipo con una barba rala nos ofreció un sorbo de mate pero nos dio asco. Hacía un frío, eso sí, espantoso. El viento se colaba por las ventanas. Tenía ganas de tomar algo caliente pero no me atreví. Lo que sí había era pisco. O grapa. La Rocío fue amable pero distante. Nunca trató de incorporarnos al grupo, lo que por un lado estuvo bien porque se cachaba que nosotras les parecíamos un chiste a todos esos comprometidos. Pronto empezaron a hablar de política, de la dictadura. Nosotras mudas. Me fijé en un feroz póster que había sobre su cabecera, de esta cuestión de los desaparecidos, unas cien caras —ojos— mirándome, unos rostros en blanco y negro enojados, rabiosos, y me dije a mí misma que la Rocío era realmente otra persona, lo opuesto a la que conocí, capaz de dormir, de hacer el amor, de criar a su hijo bajo esos ojos que la acechan noche y día, que no la dejan tranquila, que le claman justicia y venganza las veinticuatro horas.

Nos despedimos fríamente. Nos agradeció los regalos e Ismael salió a dejarnos a la puerta y me habló bastante, que la Rocío siempre le había conversado sobre mí, que gracias por todo, los regalos le venían como anillo al dedo ya que estaban sin un peso. Este gallo, Ismael, se veía tan tierno e inocente con el niño en sus brazos, parecía como de quince años, parecía más su hermano que su hijo. No podía creer que fuera rojo, que odiara la burguesía, que viviera en ese refugio de terroristas. Era tan amable, con una sonrisa enferma de sana, ingenua. Le dije que cualquier cosa me llamara y le dejé mi tarjeta. Lo felicité por el niño.

Ésa fue la última vez que vi a la Rocío con vida.

A veces pienso que uno hace las cosas que tiene que hacer en ese momento y le parece bien, que es lo correcto, pero tiempo después uno se da cuenta que las cagó, que jamás debió hacerlo, pero que ya es tarde para echarse para atrás porque ya no hay nada que

hacerle, lo pasado, pasado. Pero hiciste lo que tuviste que hacer. Si no lo hubieras hecho, hubierai sido una cobarde, te hubierai traicionado a ti misma y todavía estarías arrepintiéndote. Da lo mismo que eso era una huevá con patas. Como cuando me acosté con el Horst. Una estupidez que tuvo cero trascendencia. Quizás ahora me arrepienta un poco, pero tuve que hacerlo justo ese día a esa hora. No otro. ¿Cachái? De repente creo que una onda así le sucedió a la Rocío: se metió en un rollo ajeno. Ella creyó que eso era lo que tenía que hacer para no reventar y así lo hizo. Por eso, a pesar de todo, la respeto.

¿Has leído eso que salió en los diarios?, ¿lo de la bomba de la municipalidad de Peñalolén? Ésa que mató a varias personas, incluyendo a la que la puso. ¿Te acordái? ¿Adivina? Exacto. Fue ella.

Mira, tengo todos los recortes en la cartera. Rocío Patiño, 24 años. Ismael me lo contó todo. Pero él no cree. O sea, yo tampoco; es decir, creemos que es ella la muerta, pero no se ha comprobado. No quedó nada, ni un hueso; sólo su carnet. Lo que es raro, ¿no te parece? Que hasta los huesos estallen y el carnet no. Mira, esto es como bien confidencial, tú sabís que yo no creo cualquier cosa y sé que está lleno de terroristas, cosa de ver los apagones, las bombas, pero no sé, de repente tanta cosa que se dice. Esos muertos... ¿realmente caen en los enfrentamientos? Si no hubiera tanta violencia quizás no sería tan..., no sé, no pasaría todo esto y la Rocío quizás estaría aquí... No puedo entender, digan lo que digan, la razón de por qué, por qué la Rocío abandonó la escuela, al Ismael y al Víctor, partió no más. Así, se fue y no le dijo nada a nadie, dejó al niño con su madre unos días antes y después no se supo más. Cinco meses desaparecida. Averiguaron con los pacos, con los tiras, con la CNI. Nunca dijeron nada. Tú sabes, nunca dicen nada, sólo anotan, se supone que es secreto de Estado. Ismael, a todo esto, estaba deshecho, dejó la universidad, se viró de la política cuando el partido le dijo que no averiguara tanto. Ahí sospechó algo. No recuerdo mucho, me habló tanto el otro día, se puso a llorar, andaba con ácido, creo. Por suerte su hijo está bien, con la tía Magdalena. Ismael supo ene rumores sobre la Rocío, no

sabía qué creer: que estaba fuera de Chile —ojalá, te digo, ojalá—, pero también que la vieron en Valparaíso, en una población arriba de un cerro, que estaba presa en San Miguel, en la calle Dieciocho, que la interrogaron y delató a sus camaradas, que compañeros de la Facultad habían sido allanados, secuestrados, que la vieron en un sótano, unas amigas que fueron torturadas la vieron, que estaba en Argentina trabajando para la guerrilla, estuvo con gente del comando de mártires, que se les fue en la picana, que tuvo otro hijo, que tomó cursos de explosivos, que puso la bomba, que la amarraron en el baño, que era una asesina, que la asesinaron, alguien colocó el carnet, que siempre había sido una informante, que unos agentes le pagaban por hacerse la roja, que con esa plata mantenía a su familia, que ahora vive en Brasil con otro nombre y otra cara, trabaja para la Embajada de Paraguay, que era del MIR, del Frente, que fue una traidora, una sapa, una mártir, que realmente murió, que murió por la causa, que no murió.

¿Y tú, galla, qué creís?

Federico Gana

A Antonio Bórquez Solar

Hacía ya tres horas que galopaba sin descanso, seguido de mi mozo, por aquel camino que se me hacía interminable. El polvo, un sol de tres de la tarde en todo el rigor de enero, el mismo sudor que inundaba a mi fatigado caballo, me producían un ansia devoradora de llegar, llegar pronto.

Me volví impaciente hacia el muchacho que me acompañaba, diciéndole:

—Pero al fin, ¿dónde está ese tal don Daniel Rubio?

—Es allí cerquita, a la vuelta de aquella alameda —me constestó, haciendo un lento signo con la mano y sin dejar de galopar.

A ambos lados del camino se extendían grandes potreros sin agua, cubiertos de un pastillo blanco que hería la vista, y donde los rayos de sol reverberaban con fuerza. A lo lejos, la enorme mole violácea de los Andes, despojada de sus nieves, emergía con violenta claridad sobre un cielo sin nubes, pálido y brillante.

Y yo, inclinado sobre mi caballo, pensaba con desaliento en que ese viaje se convertía en un verdadero sacrificio.

En aquella época, mi padre, aprovechando mis ocios de vacaciones, ocupábame, de cuando en cuando, en contratarle bueyes para el trabajo de la próxima siembra. Y yo cumplía tales comisiones con placer, porque ellas me permitían emprender largas correrías a caballo por los alrededores. Muchos de estos viajes me

proporcionaron la oportunidad de hacer más de una visita bien agradable para mis ilusiones de veinte años; varias veces regresé de estas peregrinaciones sintiendo no sé qué dulce nostalgia en el corazón, a la que tal vez no era extraña cierta cabellera negra o rubia que divisara, a la despedida, en el corredor, a través de la reja y los naranjos de una casa de campo... Según las informaciones que había tomado la víspera, don Daniel Rubio, a cuyo fundo me dirigía, era soltero y en su casa nada había que pudiera halagar mis expectativas sentimentales.

De esta certidumbre provenían tal vez mi cansancio y mi mal humor.

A medida que avanzaba, el paisaje principiaba a variar. Añosos álamos y sauces daban sombra al camino; divisaba verdura, chácaras, pastales de trébol, animales vacunos, aguas corrientes... De cuando en cuando, tras la alameda, asomaban algunos humeantes ranchos de inquilinos.

—Ya estamos en lo de don Daniel —me dijo el mozo.

Y yo me interesaba, contemplando el buen cultivo de la tierra, la excelencia de los cierros, mil pequeños detalles que revelaban la vigilancia y el trabajo de una mano avezada a las labores de la agricultura.

—¿Cuántas cuadras tiene el fundo? —pregunté al mozo.

—Trescientas cuadras regadas. Principió arrendando y ahora con su trabajo ha comprado estas tierras —me contestó.

Llegábamos ya al fin de la alameda y un instante después tenía ante mí una reja de madera pintada de blanco, a través de la cual se divisaba una huerta de hortalizas y un edificio con esa arquitectura sencilla y primitiva, peculiar en nuestras antiguas construcciones campesinas: enorme techo de tejas, bajas murallas, anchos y sombríos corredores.

—Aquí es —me dijo el mozo, y pasando frente a la casa entramos por una ancha puerta de golpe que daba a un caminito bordeado de acacias.

En el fondo de este camino, bajo la sombra de una ramada, al lado de un caballo ensillado, veíase un hombre con la cabeza inclinada, ocupado, al parecer, en arreglar una correa de la brida.

A pesar de los furiosos ladridos de un perro que salió a recibirnos y que mi mozo se esforzaba en espantar, el hombre continuaba afanado en su trabajo.

—Don Daniel Rubio, ¿está en casa? —pregunté con voz fuerte. El hombre alzó la cabeza, fijó en nosotros una mirada tranquila y me contestó sosegadamente, con cierta reticencia:

—Con él habla...

Quien así me respondía era un individuo alto, obeso, poderosamente constituido. Representaba de cuarenta y cinco a cincuenta años, vestía el traje común a nuestros mayordomos de haciendas: pequeña manta listada, chaqueta corta, pantalones bombachos de diablo fuerte, enormes espuelas y sombrero de paja de anchas alas. Su rostro cobrizo, de facciones gruesas y duras, singularizábase por el estrabismo y la inmovilidad de una de sus negras pupilas, que parecía cristalizada, mientras la otra tenía un brillo y una vivacidad extraña. Contemplando esta fisonomía, involuntariamente me pasó por la cabeza esta frase vulgar: "No me gustaría encontrarme con este sujeto por un camino solitario".

—Nos han dado noticias de que tenía bueyes —le dije.

—Sí, hay algunos —me contestó con indiferencia, volviendo el rostro a un lado.

—¿Podríamos verlos? —agregué.

Por toda respuesta tomó las riendas del caballo que a su lado estaba, subió rápidamente y, seguido de nosotros, se dirigió al interior del fundo.

Durante nuestra excursión por los potreros, tuve ocasión de observar que mi acompañante era una persona inteligente en todo lo que a campo se refería, y esto lo demostró más de una vez en el curso de la conversación que sostuvimos con motivo del negocio de los bueyes. Sus modales eran rudos, como de hombre de pocas letras; sus palabras, breves y terminantes; pero, a través de toda esta exterioridad poco agradable, había en su persona no sé qué aire de honradez y de seriedad que, insensiblemente, inspiraba respeto, ya que no simpatía.

Por fin el negocio se arregló satisfactoriamente y la noche caía ya en el horizonte cuando regresamos a la casa.

—Todo lo que usted ha visto lo he formado yo con estas manos —dijo don Daniel, respondiendo a mis felicitaciones por el buen pie en que se veía su hacienda.

—Usted se quedará a alojar —agregó, e interrumpiendo mis excusas, llamó a un trabajador que por ahí andaba, ordenándole que desensillara los caballos.

Y después me dijo:

—No se apure, que hay donde tender los huesos. Pero antes que todo, vamos a mascar algo, que ya es hora —y nos dirigimos a la casa.

Después de atravesar el oscuro corredor, entramos a una pieza que daba al pasadizo y que servía de comedor.

La lámpara estaba encendida y la sopa humeaba sobre una pequeña mesa, puesta con gran decencia y limpieza. No parecía aquél un comedor de soltero. Aquí y allá, sobre el mantel immaculado, había maceteros con flores frescas y hojas verdes; las servilletas tenían cierto arreglo peculiar; el vino brillaba en las garrafas de vidrio y en las paredes vi diferentes estampas de santos que no dejaron de llamarme la atención.

A una indicación de don Daniel, me senté, sin cumplimiento, a la mesa; pero luego tuve que ponerme de pie precipitadamente, porque frente a mí se abrió una puerta y entró una persona. Era una anciana de cabellos blancos y elevada estatura, vestida de negro.

Me hizo una ceremoniosa reverencia, mientras don Daniel nos presentaba:

—La señora Carmen Mancilla; el señor...

En seguida ella se sentó a la cabecera de la mesa.

Yo observaba con interés a la recién venida.

En su rostro, extenuado y pálido, con esa palidez luminosa de algunas personas extremadamente ancianas; en su hundida boca, en su fina nariz aguileña, en sus grandes ojos claros, vagaba una expresión de dulce tranquilidad. Parecía sonreír a cierto alegre pensamiento interior, mientras servía trabajosamente la sopa con sus largas manos temblorosas, donde resaltaban las venas y los nervios.

Se detuvo un instante, contemplándome curiosamente, como si buscara un tema de conversación, y, por fin, me dijo con una vocecita cansada:

—El señor, si no he oído mal, se llama (aquí dijo mi nombre), y debe ser pariente de los señores... (nombró a unos tíos abuelos míos, enterrados antes de mi nacimiento).

Al escuchar mi respuesta afirmativa, continuó con gran animación:

—Yo los conocí mucho cuando eran solteros... Venían siempre a casa de mi marido. Entonces recibíamos a mucha gente. ¡Qué alegres eran! Daniel, ¿te acuerdas del baile que dio el Gobernador? Pero, es verdad, tú no estabas con nosotros todavía. Bailamos hasta el amanecer y en el corredor quemaban voladores. Recuerdo que a mí me hicieron bailar cueca. Pero entonces los jóvenes eran muy corteses... Sus tíos, siempre que venían a vernos, nos traían grandes regalos...

Mientras la señora hablaba así, don Daniel la contemplaba con aire cohibido y obsecuente, echándose en silencio los bocados y sirviéndose, a cada instante, grandes vasos de vino. La única pupila que podía mover estaba inquieta, húmeda y brillante y parecía decirme: "Escúchela con atención, que vale la pena".

Y ella, al mismo tiempo que continuaba su charla con alegre volubilidad, me servía los platos con toda clase de miramientos, dirigiéndome signos de inteligencia, como indicándome que esa conversación sólo nosotros podíamos comprenderla.

De repente me dijo:

—¿Qué ha sido de esos jóvenes, de sus tíos? Sé que uno se casó en Santiago y que ha tenido muchos hijos.

—¡Han muerto todos, señora, hace muchos años!

Al escuchar estas palabras, me contempló estupefacta, suspiró hondamente, se puso la palma de la mano en la barba, inclinó su cabeza blanca y pareció abismarse en sus reflexiones.

A medida que la comida llegaba a su fin, hacía-se más notable el contraste que formaban los modales finos, insinuantes, casi aristocráticos de esa viejecita, con los desmañados y selváticos de mi huésped. Observé que el rostro de éste estaba encendido por

las frecuentes libaciones y que poco a poco salía de su mutismo hablando de diferentes tópicos.

Por fin, la anciana se levantó de su asiento y me tendió su fría y descarnada mano, diciéndome:

—Usted se queda esta noche aquí. Voy a arreglar algo allá adentro.

En seguida volvióse hacia mi huésped e inclinándose a su oído le dijo en voz baja:

—No bebas mucho. Cuidado con las enfermedades...

Cuando ella salió, el tosco y moreno semblante de don Daniel parecía iluminarse con una sonrisa, sus pupilas se velaban dulcemente y sus gruesos labios temblaban, como si deseara decirme algo.

Comprendí que el vino principiaba a hacer su efecto.

Al fin, rompí el silencio diciéndole:

—¿La señora no es su madre?

—No.

—¿Su parienta, tal vez? Y perdone...

Don Daniel aproximó en silencio una botella, llenó hasta los bordes los vasos, bebió el suyo de un sorbo y, limpiándose los labios, contestó:

—No, señor, la persona que usted ha visto no es mi madre, ni mi parienta: es la señora, la señora de esta casa —concluyó con un acento en que vibraba cierto orgullo indefinible, dando un ligero golpe sobre la mesa.

Después se pasó la mano por la cabeza, como indeciso, y mirándome fijamente, con aire resuelto, siguió diciendo:

—Como usted lo ha de saber al fin, si es que ya no lo sabe, voy a contarle lo que hay en esto. Y para principiar, le diré que yo, aquí donde usted me ve, no he conocido padre ni madre; soy de éstos que nacen en cualquier parte, sin saber cómo. Hasta la edad de siete años, lo he pasado por ahí, como los perros sin amo. Un día vino esta señora, me recogió y me llevó a su casa. Allí he crecido, señor, sirviéndole a ella y a sus hijos; y no me avergüenzo... Ella me puso la cartilla en la mano, ella me enseñó lo poco que sé y me mandó a la escuela, porque era una señora como ahora no las hay. Después yo salí a buscar la vida y trabajé en lo que me vino a

mano: ¿Se necesitaba un albañil? Allí estaba yo. ¿Se necesitaba un herrero?, pues a buscarme, y así fui formando mi capitalito. Eso sí, no me he casado nunca, porque las mujeres... en fin, no hablemos de ellas. Pasaron los años y los años, y yo siempre iba a ver a mi señora, llevándole cualquier regalito. Al fin su marido murió y sus hijos se casaron. El caballero había sido gastador, como caballero que era, y no dejó casi nada. Después, los pleitos, los tinterillos y todo lo demás que usted sabe, fueron llevándose lo poco que quedaba, y aquí tiene usted a mi señora sin tener un mal pan que llevar a la boca. Yo, que estaba arrendando entonces este fundo que después fue mío, sabiendo que ella estaba en casa de una amiga, digamos, como de limosna, me fui allá, me presenté y le dije:

—Señora, no permito que usted ande sufriendo. Véngase a su casa, a la casa de su chino, que ahí nada le faltará. Usted será la señora, como siempre lo ha sido. No me desprecie.

Y ella se levantó, la pobre vieja, y vino y me abrazó llorando, y aquí tengo a mi viejecita, hasta que se muera: ella es mi madre, todo lo que tengo en el mundo... Y si yo trabajo y gano algo, ¡es para dárselo a ella!

Al teminar ese relato, don Daniel inclinó su gruesa cabeza gris y se cubrió la frente con las manos.

Después se levantó bruscamente, me dirigió una mirada torva y murmuró entre dientes:

—Usted estará cansado y ya es hora de dormir.

Y en silencio fue a indicarme la pieza que se me había preparado.

Al día siguiente desperté temprano. En el corredor oía ruido de espuelas. Me vestí con presteza y salí de mi habitación. Allí estaba don Daniel, paseándose.

Tomamos el desayuno hablando de cosas indiferentes. Por fin, me despedí y monté a caballo.

Alegremente cantaban los pájaros. El aire fresco de la mañana parecía infundirme una vida, una fuerza extraña.

Y pensaba vagamente en que tal vez esa alegría que sentía desbordar en mí con los primeros rayos de sol, la debía a haber estrechado la mano de ese hombre de cuya casa partía.

*Claudio Giaconi*

Para mi sobrino Andrés

*Dès qu'un homme cherche le mot décisif,  
la folie n'est pas loin.  
La condition humaine est plus humble et il  
n'y a pas de mot décisif*  
ANDRÉ MAUROIS, *Heinrich von Kleist*

La conferencia estaba anunciada para las siete. Por tratarse de un tema demasiado extenso —el Período Romántico Alemán—, habíase acordado dividirla en dos partes. La primera conferencia estaba a punto de empezar. Eran ya las siete pasadas y el conferenciante, Franz Müller —joven poeta alemán, según rezaba el anuncio—, permanecía aún en uno de los pasillos laterales de la sala, conversando en medio de un pequeño grupo de personas; parecían ser componentes de la familia.

El grupo gesticulaba a grandes voces. En medio de él se destacaba una gran pluma de faisán, rígida y señera como una antena: era la señora Müller, esposa del conferenciante, una dulce mujercita de unos veinticinco años, apocada y silenciosa. Acaso por contraste, o por atraer sobre sí las miradas de la gente, había tenido la ocurrencia de ensartar en su sombrero una pluma tal. Era bajita de estatura y mostraba una expresión, a la vez que cavilosa, algo despabilada, hecho que provenía, probablemente, del esfuerzo constante que debía hacer para que no se escapara de su atención —no muy concentrada, por cierto— todo lo que allí se hablaba. Con sistemática regularidad lanzaba nerviosas miradas a su reloj pulsera; acto seguido, dirigía los ojos hacia su esposo. No podía disimular su inquietud. Entre sus manos estrujaba un par de guantes, mientras su pensamiento se fraccionaba en tres cosas que ejercían

sobre ella una atracción magnética: la puerta de entrada, su esposo y el reloj pulsera que marcaba ya las siete y media.

Bien. ¿Y por qué no iniciar la conferencia? Pues, por una razón sencilla: la sala estaba vacía, desierta, no se aventuraba a entrar nadie.

El conferenciante, hasta ese momento, había conservado cierto aplomo, pero no pudo sujetar por más tiempo sus nervios tensos, y dijo, a guisa de disculpa, dirigiéndose a una dama del grupo:

—Poco público tenemos. Debe ser porque el Salón de Honor me está robando toda la gente. Allí hay una conferencia de ésas, usted sabe —hizo un gesto despectivo—, que atraen mucho público.

Estaba en ascuas. De nada le valía disimularlo. Empezó a dirigir sus inquietas miradas hacia la puerta de entrada. Ensayó una sonrisa indiferente, despreocupada, pero no tuvo éxito. La verdad es que dentro de él hervía una rabia sorda contra “todas aquellas gentes analfabetas que no vienen a estas conferencias tan interesantes”.

De pronto, asomó por la puerta una tímida figura; un joven que, para suplicio del conferenciante, vacilaba atrozmente en pasar. El conferenciante clavó en él una mirada en la que era perceptible un asomo de súplica. La persona, en la puerta, sin sospechar remotamente el interés que despertaba, hizo un ademán de irse; paseó por la sala una mirada distraída, viéndola casi vacía, a excepción de tres personas sentadas muy distantes unas de otras y que parecían dispersas manchas de color caídas al descuido.

Los cuatro componentes del grupo quedaron clavados en su sitio: clavados los ojos en la figura de la puerta. El joven, cuando parecía ya dispuesto a irse, resolvió por una repentina decisión lo contrario, y entró con pasos cautelosos, cual si quisiera pasar inadvertido en la sala. El conferenciante exhaló un suspiro de alivio. En un gesto escapado al control de su voluntad, se pasó una mano por la frente, y luego de hacerlo, su rostro cambió casi por completo. En el grupo pareció desinflarse algo: nueva vida lo animaba.

La dama era quien daba mayores muestras de seguridad en sí misma. De inmediato, haciendo lo posible por aparentar que nada

había ocurrido, reanudó su conversación con un caballero gordo. Hablaba rápidamente, con voz nasal, levantando de continuo el dedo índice (en el gesto típico de ciertas personas que siempre están convencidas de que no se les sigue ni se les comprende bien). Su propósito era distraer por todos los medios posibles al pobre poeta alemán, con el objeto de aliviar su penosa situación. Pero éste se había envalentonado, pues el joven que acababa de entrar (aún no terminaba de acomodarse y de bostezar, mirando al techo), le había devuelto algo de la perdida confianza en sí mismo.

Franz Müller se abotonó la chaqueta con manos nerviosas, pero su nerviosidad no era la misma de antes: era la de un hombre que ha tomado una resolución, disponiéndose a seguirla. En efecto, una feliz ocurrencia pasó por su mente.

—Quizás cerrando la puerta llegue más público. ¿No creen ustedes? De este modo les entrará la prisa... En fin... Ustedes saben lo mal enseñada que está la gente. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Es tan caprichoso el monstruo de cien cabezas! Ustedes saben... Sí, porque... Ustedes saben...

La señora Müller acudió presurosa a cerrar la puerta. En ese momento entraba a la sala una nueva persona. Al cruzarse con ella, poco faltó para que tomara sus manos, expresándole efusivamente: “¡Gracias!”.

El conferenciante, alisando sus cabellos, pasaba revista a las personas ya reunidas. Se sobaba las manos; no se estaba quieto un momento, y como no le era posible pasearse, daba pequeños saltitos en el suelo. El caballero gordo reía con estrépito: mostraba a las claras que la conferencia lo tenía muy sin cuidado. La dama también daba muestras de haberse olvidado del conferenciante, a juzgar por la animada charla que mantenía con el caballero gordo, quien a cada segundo se tomaba la barriga, echaba todo su cuerpo para atrás y exclamaba: “¡Ay, Dios!”.

La feliz ocurrencia del conferenciante era probable que diese buenos resultados, pues al poco rato la puerta se abrió. Se asomó un muchacho famélico, pero al ver que allí no había ninguna conferencia, o cosa parecida, creyó que sólo se estaban contando chistes; en ese momento el caballero gordo exclamaba, ya en el paroxismo:

—¡Ay, Dios! Si usted, señora, me va a hacer reventar de risa... Sea indulgente, tenga un poco de compasión... ¡Ay, Dios!

Pero su hilaridad cesó en forma brusca al coger al vuelo la mirada del conferenciante, y ésta era, en verdad, como para fulminarlo. “¡Cómo puede estar riendo este bellaco, mientras yo no me tengo de nervioso!” Pero no dijo nada de esto. Muy al contrario. Se esforzó por apropiarse ademanes desenvueltos: quería mostrarse tranquilo. El caballero gordo permaneció perplejo por un momento. ¿Qué hacer o qué decir? No atinaba a nada. Después de revolver sus ojos vacuos, bajó la cabeza, avergonzado; la levantó, por último, para mirar interrogativamente al conferenciante.

—Ya es hora de empezar —anunció éste, con firmeza.

¿Pero podía darse curso a una conferencia sin público, es decir, una conferencia sin ese complemento tan necesario a toda manifestación del intelecto? ¡Sólo una docena de personas en una sala con capacidad para trescientas!... Era, ciertamente, para quedar perplejo.

La señora Müller hizo una tentativa de persuadir a su esposo. Al momento desistió de su idea por temor a embrollarlo todo más aún. También era probable que el conferenciante se diese, de pronto, a la razón, comprendiendo la conveniencia de aplazar su charla.

Nada de esto: la conferencia se inició.

El grupo fue disolviéndose. La marcha fue iniciada por la señora Müller, seguida por la dama y por el caballero gordo, que la cerraba. Procedieron a acomodarse en primera fila.

El conferenciante, junto con ajustarse el chaleco, se aclaró la voz y, después de extraer de uno de los bolsillos interiores un legajo de papeles primorosamente cuidados, caminó hacia la tarima. Más que un hombre de letras dispuesto a plantear un interesante punto de vista parecía un ser al que hubiesen sorprendido en delito. Se dirigió hacia el centro del entarimado con los hombros caídos y el paso tardo. Hacía pensar, más bien, en un hombre conducido al patíbulo.

Situado al centro del entarimado se veía como un hombre bajo de estatura, algo regordete. Acaso para procurarse un aspecto singular,

usaba una barbita de chivo, un tanto mefistofélica, incongruente con su apariencia tímida y encogida. Llevaba el cabello a la usanza del día: melena cuidadosamente peinada.

—Señoras y señores... —empezó con voz quebradiza. Sus manos y el legajo de papeles temblaban de horrible manera.

Buscó con sus ojos la mirada de su esposa. Parecía próximo a desmayarse.

Se entregó entonces a la lectura, con voz plana, ausente de matices, arrastrando consigo una monotonía insufrible. Se apresuró desde un comienzo, cual si no tuviese otro propósito que terminar con aquello lo antes posible. Después de referirse a Goethe, a Herder y a la génesis del Romanticismo, pasando por Kleist, se detuvo disquisitoriamente en la figura de Novalis. Hablaba tanto y en forma tan entusiasta del poeta de los *Himnos a la noche* que, olvidando por un momento aquel recalcitrante entarimado, su lectura tomó un discreto grado de fervor, ciertamente más a tono con la ocasión.

En la sala, exceptuando el grupito de la señora Müller, reinaba absoluto desinterés. Habían llegado, entre tanto, otras tres o cuatro personas, cuya presencia se anunció de manera inequívoca por el crujir de las tablas. El conferenciante, en un gesto beatífico, había levantado los ojos de sus papeles para mirar a los recién llegados con una expresión agradecida. Y no era para menos. ¡Cada nuevo auditor era tan bienvenido...! No obstante, ninguno de los presentes sospechaba siquiera que su presencia valía, allí, más que el oro de todo el mundo.

¡Qué decir cuando empezó a irse la gente, calladita, en puntillas, perseguida por la mirada terrible —como la de un pastor cuidadoso de su rebaño— del conferenciante! Se iban no más, tal como habían llegado, sin pararse a considerar que por una simple confabulación de circunstancias adquirirían en medio de esa sala una tan soberana importancia como, con seguridad, no la habrían soñado en su vida entera. Esto ocurría, claro está, antes de producirse los extraños sucesos que terminarían por dejarlos petrificados en las sillas. Pero Franz Müller, después de tomar contacto con la

mirada de su esposa, continuaba su monótona lectura. Parecía ésta un interminable monólogo sin razón ni oficio.

En un momento, de manera súbita, se pudo advertir en la atmósfera de la sala una tensión extraordinaria. Esta brusca tirantez era como el presagio de algo terrible que estaba a punto de estallar. Innumerables gotitas de sudor perlaban la frente del conferenciante. Un soplo enrarecido vagaba a través de su lectura, como resultado del choque entre las serenas palabras del texto y la condición de ánimo en que eran dichas. Sus ojos se desorbitaban; las venillas de sus sienes se veían próximas a un colapso. En un segundo, todo estuvo listo, sin esperanza alguna, para que el conferenciante tirase lejos el legajo de papeles y saliese corriendo y gritando: "¿Por qué estoy metido aquí? ¿Qué hago aquí parado como un fantoche ridículo? ¡Oh, Dios, quién me ha traído a este odioso lugar!".

Pero no ocurrió nada de esto. La señora Müller, en un precipitado movimiento, murmuró algo al oído de la dama. El resto de la sala escuchaba impasible, incluyendo al caballero gordo; éste hacía esfuerzos sobrehumanos para no quedarse dormido. El conferenciante, como alguien que ha atravesado por un gran peligro, tambaleándose sobre los pies, continuó su lectura, ahora con voz menos vacilante, después de haber vencido el temporal. En ese momento se refería a los hermanos Schlegel. Leía:

"Friedrich, al contrario de su hermano, era un ser apacible, contemplativo. Amó toda su vida sin esperanzas —y dio en este punto una mirada inexplicable a su mujer—. Tenía una portentosa inteligencia, pero siempre a la sombra de la brillantez intelectual de su hermano, había ido afinando su sensibilidad hasta un grado doloroso. Sus padecimientos terminaron por enseñarle una gran resignación".

Al pronunciar la última palabra diríase que la desgranó; la saboreó sílaba por sílaba, modulándola entre sus labios casi con voluptuosidad. Elevando los ojos al cielo raso dejó escapar un leve suspiro. Era evidente: la fortaleza moral de Friedrich Schlegel llegaba a socorrerlo; en su lectura se extendió sobre este tema con aire de triunfo. A no ser por unas tortuosas arrugas en el entrecejo, su aspecto podría haber sido radiante.

De pronto, ocurrió algo cruel.

Las luces se apagaron. La sala se sumió en las tinieblas. Reinó —aunque reprimido— un caótico desorden, mientras se levantaba un murmullo general en todo el ámbito de la sala. De la concurrencia brotaron inquietos cuchicheos y hasta algunas risitas contenidas. La señora Müller lanzó un grito bajo, pero desgarrador. Hasta el caballero gordo se conmovió. La dama, invadida por un sentimiento de honda conmiseración, inclinó la cabeza hacia adelante, pendiente hasta de los menores movimientos de Franz, en un esfuerzo por demostrarle que él no estaba solo, que alguien compartía su difícil situación. La señora Müller, cubriéndose la cara con las manos, se sacudía en estremecimientos convulsivos.

Franz Müller, apenas iluminado por un débil haz de luz que penetraba por una ventana alta, se tambaleó como si hubiera recibido un feroz bofetón en pleno rostro. Tuvo sólo unos segundos de vacilación; se retorció desesperado. No tenía cólera; esto se lo impedía su timidez natural: parecía sólo un animal herido. Algunos principios de honor intelectual entrechocaban furiosamente en su interior: ¿Seguir o no seguir? ¡No! ¡Ya es demasiado tarde para detenerse! ¿Qué hacer...? ¿Tirar los papeles con rabia y exclamar, con impotente dignidad: "Aquí es imposible hacer nada"? ¿O bien, tomarlo con serenidad, con algo de frívola indiferencia? Si era un intelectual, ¿no podría entonces servirse de ello para una ocasión práctica, ensartando algunas ingeniosidades? ¿Y si soltara algún alarido, o una humorada? Pero... ¿y el deber? "¿Cómo saldría Bernard Shaw del paso?", se le ocurrió pensar.

¡Lástima era! Bernard Shaw guardaba silencio. No podía ayudarlo en nada.

El bullicio iba disminuyendo rápidamente hasta ser reemplazado por una solidaria exclamación de estupor, a medida que los ojos volvían a posarse en el conferenciante. Hasta los más insensibles sintieron una corriente de frío por la espalda. La sala permanecía en la más completa penumbra. Era grotesco ese implacable haz de luz, que iluminaba al conferenciante como si fuera un personaje trágico en medio del escenario de un teatro. Entonces —esta agitada

escena habíase desarrollado apenas en un par de segundos— sucedió algo inverosímil, tal vez lo que estaba más lejos de esperarse.

Franz Müller no echó a correr: una rabia ciega y violenta lo hizo encararse con el legajo de papeles. Al parecer, se hallaba empeñado en arrancarle un secreto. Dio un paso hacia un lado para tener más estabilidad en el suelo; dobló su cuerpo casi en un ángulo recto, y con furia salvaje puso los papeles —crispados entre sus dedos impacientes— casi en sus mismos ojos. Para seguir leyendo en la oscuridad, literalmente tenía que tragarse los papeles, pero... ¡no abandonó la lectura! Lo curioso era que su voz no guardaba relación con su desasosiego interior. Su voz era la de antes, igualmente monótona, y ahora, por efecto de la oscuridad, habíase atenuado a tal punto que parecía surgir desde el centro de la tierra.

Todo esto empezaba a dar cierto sopor en la sala. Los oyentes no contaban con verse, de improviso, metidos en algo semejante a un rito sagrado. El caballero gordo ya no disimulaba sus ronquidos. A su lado, la dama le daba frecuentemente codazos. El caballero, entonces, en medio de un sobresalto, se revolvía de manera quejumbrosa y se quedaba mirando a todas partes con ojos asustados. Acto seguido, como si aquella sala a oscuras, con ese fatídico haz de luz, fuese la cosa más natural del mundo, y acaso por ser estimulante, volvía a cabecear y a entrar en somnolencia.

Todos los asistentes, hasta los más torpes, comprendieron que en ese momento extraño entraban a una especie de aventura subjetiva, a parejas con el conferenciante. Éste se encontraba ya desfalleciente. Gruesas gotas de un sudor helado anegaban sus mejillas. Su voz, perdida en la oscuridad, se hacía cada vez más débil. En ese momento, él mismo, quizás, iba adentrándose en un viaje infinito del que, probablemente, no iría a volver. Las palabras del texto, delicadas y casi complacientes, parecían dichas por otra persona, a la que él sólo servía de ventrílocuo.

—¡Oh, Dios mío! ¡Esto no puede continuar!... ¡Hay que sacarlo de aquí! —murmuró la señora Müller al oído de la dama y, animada de pronto por una idea feliz, se levantó de su asiento, subiendo casi a tientas al entarimado.

Los concurrentes se alzaron de sus asientos, fijos los ojos en la mujer del conferenciante. Pero ésta, sin vacilar, encaminó sus pasos hacia la lámpara que había sobre la mesa, la cual se ocupaba en muy raras ocasiones, pues la araña del centro y las luces laterales eran más que suficientes... Siempre que funcionaran. La señora Müller la encendió sin el menor titubeo. Así, al menos —se dijo— su marido podría leer con menos dificultad. Pero el efecto fue penoso. No consiguió sino dejar en descubierto una figura grotescamente retorcida. Pese a todo, el conferenciante no olvidó un digno gesto de gratitud, y después de comunicarse con su público, por medio de una tímida sonrisa de justificación, reanudó su lectura. La señora Müller bajó del entarimado, precipitándose casi a la carrera a refugiarse en su asiento.

—¡No! ¡No! ¡No es posible...! —exclamó.

En ese momento, unos pasos presurosos en los altos de la sala, ahogaron, por completo, la voz del conferenciante. Era un empleado del establecimiento. Había subido a restablecer la luz, pues no se explicaba de otro modo su presencia allí. Sin embargo, la luz tardaba en llegar y al fin, no llegó. El empleado salió dando tropezones y haciendo un increíble estruendo. Todos esperaron ver alguna reacción definitiva en el conferenciante, pero, al parecer, éste no oía nada; diríase que ya no le interesaba hablar para nadie, ni siquiera para sí mismo. Con seguridad, no había notado la batahola que el electricista dejara como recuerdo de su paso. No interrumpió su lectura. Quién sabe si él no se enfrentaba ahora con el público, y sí con algo dentro de él mismo, inmovilizado por ese mágico haz de luz. Cándido sería quien pensara lo contrario...

Sobre la pared del fondo se proyectaba, alargada, la sombra de su cuerpo, en una forma inquietante, de efecto casi macabro. Era la réplica de su desquiciada figura. La sombra tenía más vida que el cuerpo: se movía con soltura, amenazaba, insinuaba, hacía elegantes contorsiones, a ratos parecía tener vida propia...

Pero, después de unos minutos que se hicieron eternos, la luz —la luz eléctrica— llegó.

A todos los concurrentes, excepto a las dos mujeres de la primera fila y al caballero gordo, que roncaba, se les escapó un dilatado suspiro de alivio, gozando la misma sensación experimentada al llegar de pronto a espacio libre después de atravesar un túnel que haya parecido interminable. Sin embargo, ya nadie hacía ademán de irse. Todos estaban tensos en sus asientos, como clavados a ellos.

El conferenciante, después de hablar, con ésa su voz prestada, en forma muy exhaustiva del poeta Heinrich Heine, leyó:

“Hemos llegado al término de nuestra primera jornada romántica. En nuestra segunda conferencia nos ocuparemos de Schopenhauer y de Richard Wagner, o sea, del fin de este gran período romántico que dominó el panorama artístico durante casi todo el siglo pasado y que llega a su coronación perfecta en la personalidad creadora de estas dos figuras colosales”.

Había terminado.

En un comienzo, en la sala reinó un silencio de muerte. Fue sustituyéndose por un alboroto general, el que tomó cuerpo en forma incontrolada, hasta convertirse en una explosión de alegría loca e irrefrenable.

—¡Terminó! ¡Terminó...! —gritaban algunos asistentes, batiendo palmas. Otros, con aire de poseídos, sacaban sus pañuelos para enjugarse la frente. El caballero gordo miraba a todos lados con ojos muy abiertos. Había despertado en medio de un gran sobresalto y preguntaba: “¿Qué pasó? ¿Qué pasó?”. Y no ocurriéndole otra cosa, después de haber examinado la sala: “Pues si está claro... ¡Ay, Dios...! ¿No lo decía yo? La conferencia de nuestro Franz ha sido un éxito... ¡Ay, Dios...! ¡Qué digo! ¡Ha sido un triunfo, un triunfo *apoteósico*...! ¿No lo decía yo...?”.

La dama era una esfinge. Mostraba una expresión nueva, desconocida; a su lado, la señora Müller, con el rostro cubierto, sollozaba mudamente. Sobre su cabeza se erguía airosa aquella ridícula pluma de faisán.

En lo que se refiere a los concurrentes, bueno... ninguna descripción, por completa que fuese, podría dar una idea de sus sentimientos. Estaban sencillamente frenéticos. Hasta saltaban. Algunos

de ellos comprendían que habían sido actores de un hecho inaudito. Los menos, se sentían como cómplices de una aventura extraña en la que —aún resistiéndose— habíanse visto comprometidos y lanzados a ella, irremediamente. Nunca el término de una travesía sembrada de los peores peligros, ha reservado para el final un alborozo semejante. Sólo la llegada de un explorador polar al punto fijado podía ser comparable a aquella verdadera locura, en la que una fibra de subconsciencia colectiva parecía haberse desatado.

Pero el hombre, al bajar del entarimado, no era el mismo que subiera apenas una hora antes.

Estaba irreconocible. En su mano derecha traía el legajo de papeles y su brazo izquierdo colgaba ausente de vida. Su palidez era fantasmal. Los ojos, fijos en un punto lejano, no miraban ni veían nada: los traía muy abiertos, inexpresivos como los de un ciego. Sólo sus labios mostraban algo de vida: vagaba en ellos una débil sonrisa demencial.

Sin lugar a discusión, con la conferencia algo quedó demostrado en forma incontestable. Era que Franz Müller, joven poeta alemán, tenía un gran sentido del deber.

*José Santos González Vera*

A Hernán Covarrubias Pallamar

—Estoy tan sola. Mi marido no se ocupa de mí. Mentiría si dijera que es malo, qué va a serlo, si es un pan. Se lo pasa en el piano. Apenas anochece come y parte a tocar. Usted sabe que está en una orquesta y lo consideran mucho. Suelo estar dormida cuando regresa y entonces quiere contarme cómo le ha ido. “¡Déjame dormir, por favor!”, le digo.

De día ando sin saber qué hacer, no tengo quién me acompañe al teatro. Pierdo las mejores películas, los conciertos y para qué hablar de ir al parque. Una vida así, como la mía, no tiene asunto. Y ahora que está el tiempo tan bonito —y miró los árboles dorados a través de los cristales—.

Era una rubia en camino hacia el otoño, de rostro serio y formas expansivas. Fuera, con la brisa, crujían las hojas.

Hallábase en el café con un profesor reposado, de bigote, que la miraba con atención, pero sin recoger la sugerencia. Conocía a la pareja desde que llegó del extranjero con otros refugiados. El pianista era algo más que cincuentón, ensimismado, de carácter dulce. Ella tenía hermosa piel y buen porte; era espontánea, graciosa a ratos, pero únicamente proyectada al exterior. El marido vino al café, a diario, en las primeras semanas de su arribo. No bien le contrataron, desapareció.

La rubia necesitaba divertirse con los ojos, bailar, tal vez conocer a otros varones por si entre éstos, extraviado, surgía ese gran

amador con que sueña cada mujer, de sin par encanto varonil, que le traería joyas, bombones y flores (¿qué mujer, aunque more en una caverna, no adora las flores?); que le construiría una casa con ventana al mar; varón que la llevaría a una comida suntuosa en que el escote es obligatorio; que insiste en ver sólo con ella tal drama o sainete; hombre afortunado que acierta en la lotería y la lleva a otros mundos, sin reparar en gastos; que le dice con voz y palabras diversas que la ama, no, que la idolatra; que la siente crecer en belleza cada día; que si ella dejara de quererlo sucumbiría de pesar; varón atento a su capricho que, no bien ella exclama: "¡qué hermoso vestido!", a la fuerza la introduce en la tienda, y el vestido, en una caja preciosa, los espera en casa a la llegada.

El profesor, pasajeramente, se sintió atraído por su lindo cutis y por la piel de su cuello y de sus brazos. Sospechaba que la oculta no desmerecería. Sin ánimo de contárselo a ser viviente, ansió besarla en contorno. Era indudable que, de favorecerlo con esta merced, ella la condicionaría. Podía ocurrir que la rubia, cumplida la prueba pasional, resultara un clavo. Una bonita figura satisface al ojo, y ella apenas lo es, pero si el espíritu no juega entre mirada y mirada y entre labio y labio, lo que se recibe en un día, en ciento o en mil, es dulzura insípida, humo. Su lejano origen lo hacía sospechar que jamás sería suya del todo, aun en el caso hipotético de enamorarse de ella. La rubia dejó raíces en un lugar remoto y desconocido para él. En cambio, con Isabelita, su amiga, a la cual seguramente se uniría, aunque oriunda de un extremo del país, no había cosa, idea o parecer de uno que resultara ininteligible para el otro. Un país posee una atmósfera absoluta. Cada paisano, sea del rincón que sea, la expresa, la refleja, la representa.

Apenas pudo varió la conversación y con miradas de soslayo se despedía de su tez suave, con la tristeza del que por seguir un camino pierde el fruto de los demás.

El profesor venía al café, con amigos, a menudo. Hallaba a la rubia conversando con algún prójimo, y si éste no era de apariencia inicua, quejábase de abandono.

Un químico, también conocedor de la pareja, manifestó al profesor:

—Comprendo que el marido de esta señora anhele ser un buen ejecutante, un virtuoso. ¿Así se dice? Ensayando una y más veces halla placer. Es algo que nadie le podrá arrebatarse. Sin embargo, por ser casado, tiene la responsabilidad de otra persona, ¿no es cierto?

—Así es —intervino el profesor— pero a la rubia nada le falta. Viste bien, fuma, tiene para gastos de calle y dispone de su tiempo. Es un poco superficial, ¡no me lo negarás!, no sabe entretenerse sola. ¡Esto es evidente! Tampoco es una niña para pasarse con ella de la mañana a la noche. Otras recuerdan hechos. Tú sabes lo fina y profunda que es en las mujeres la memoria emotiva. Algunas imaginan que pudieron ser distintas, que su vida pudo desenvolverse de otra manera y la desarrollan en ese plano ideal, disfrutando horas y horas con tal ensoñación. Esto es lo que en prosa se llama tener vida interior. La afortunada que la posee no estará nunca sola, porque así, con su fantasía, crea su felicidad.

—Nos apartamos —replica el químico, hombre huesudo, de mirar serio—. Si tú eres casado, es mi caso, tu señora puede ser anodina, con tal o cual defecto. No es razón para que te desentendas. Te gustará a morir la música, el dibujo o la invención, pero llegada cierta hora hay que dejarlo todo y salir con ella al cine, acompañarla a una visita, invitarla a un restaurante. Queramos o no, nos debemos, no sólo a la mujer, sino a muchos parientes, amigos y conocidos. A extraños también. La gracia es hacer por alguien lo que hasta pudiera sernos penoso.

—Considera que la rubia también se debe a su marido. Ella, ¿le compondrá la ropa, tendrá la casa como se debe, lo apoyará? Acepta que alguien recoja su insinuación y la lleve al baile, al teatro o a un lugar boscoso. Estará feliz con la animación o con la belleza, ¿cómo dudar?, pero debe condescender con su invitante. Empieza el lío o el nudo. ¿Cómo procede, rompe con el nuevo, sigue con su esposo, quién gana, quién pierde? ¡Sépalos Dios!

—¡Diablos! —exclamó el químico mirando su reloj—. Me espera mi señora, y con lo impaciente que es... ¡Paga tú! —y se alejó a largos pasos.

Mientras, la rubia se lamentaba ante un varsoviano joven y vigoroso, comisionista de suerte, también refugiado. Éste la estuvo

mirando a los ojos unos instantes y se puso de pie, ¿quería irse? Decidido la invitó:

—¿Por qué no te vienes conmigo? Gano lo suficiente, tengo dos cuartos, soy solo, me gusta salir. ¿No nos entenderíamos? —y seguidamente miró su cuello, su busto, sus ojazos y la hora.

—¡Pero Michal! Tendría que hablar con mi marido, esperar unos días. ¿Cómo dejarlo tan de repente? Además, necesito llevarme la ropa.

—¡Qué marido ni qué ropa! Te vienes conmigo, te compro lo necesario y se acabó. ¡Decídetes! —y remiró su reloj.

Ella vio ante sí un abismo y en torno el caos. Su esposo era bueno. Le apenaba abandonarlo de sopetón. ¿Y si cambiara? No, no habría fuerza que lo alejase del piano. Michal sí que era resuelto y estaba segura de que lo quería. Copiosos lagrimones se escurrieron por sus tersas mejillas. El enérgico polonés seguía erguido, a punto de mirar nuevamente su reloj. La rubia enjugó sus lágrimas y se cogió del brazo fuerte.

No se les vio más en el café.

Al mes, inesperadamente, porque hubiera evitado el encuentro, ella tropieza con su marido y queda sin saber qué decir ni cómo irse. ¿La mataría?

El pianista, que caminaba con paso macilento, como buscando, ¿qué?, no bien la vio, cogiolo de una mano con desesperación, y mirándola enojado, no furioso, habló a borbotones, a gritos, gesticulando con su otro brazo.

—¡Qué porquería de persona eres tú! Abandonas tu casa, dejas a tu esposo sin aviso. ¿Crees que es conducta de gente? Eres un animal, te vas como un perro o un gato, no, éstos son más fieles. No debería mirarte. ¿No te avergüenza tu proceder? ¡Contesta! ¿Tienes que reprocharme algo, te faltó pan, te faltó ropa, te faltó dinero, te faltó cama, te maltraté? ¡Contesta! Tú debes comprender el apego que ahora puedo tenerle a la casa, abandonado el día entero. ¡Matarte sería poco! —le soltó la mano. Su voz se transformó en dolorida—: Ni siquiera puedo estudiar tranquilo; salgo a vagar. Estuve enfermo una semana. ¡Es terrible! —se quedó unos segundos mirando al

suelo y, en seguida, con tono forzadamente plácido, que procuró fuera acariciador, agregó—: ¿Cuándo te vienes?

La rubia respiró profundamente, agradeciendo al Creador no recibir ninguna bofetada, aunque las dio por seguras.

—Pero, ¿cómo podría hacerlo si vivo con Michal?

—No veo la dificultad. ¡Te vienes con él!

Ella quedó en suspenso. Antes de responder lo miró hasta el fondo de los ojos, más adentro aún. Cuando al fin comprendió tuvo pena:

—Debo consultar a Michal y luego te diré lo que acordemos.

El músico había conocido a la rubia temprano, cuando ésta dejaba la adolescencia. Él era joven. No le cabía duda de ser famoso con los años. Empezaba su afición a la música. De la rubia sabía acaso tanto como de sí. Considerábala prolongación suya, imprescindible como sus manos o sus piernas. Le tenía confianza, pese a sus defectos. Sus nuevos amigos, si atentos, le resultaban a menudo incomprensibles. El idioma adquirido lo entendía por fuera, pero los matices se le escapaban, de modo que sin la rubia su soledad era pavorosa.

Desde hacía años hallaba placer únicamente en interpretar a sus compositores predilectos. Los sonidos lo adentraban en una zona sin contrariedades, protectora, de dicha permanente, que le ofrecería novedad aunque viviera tanto como los hombres de la Biblia.

Sin embargo, al ser abandonado por su mujer, comprendió que ésta también lo protegía con sólo caminar por las habitaciones, con su canturreo. Es verdad que apenas se hablaban. No obstante, al decir “ha cambiado el tiempo” estaba cierto de que ella sentía cuál era su ánimo: si alegre, triste o cansado. Suficiente le era esta comunicación indirecta, pues seguro estaba de que ella, en caso extremo, haría por él cuanto pudiese.

El mal quizás consistiera en que él tenía una razón personal para vivir: el piano, las posibilidades sin fin que éste le ofrecía, mientras la rubia, por carecer de un interés propio y duradero, pues no era soñadora ni inclinada a la religión, tenía que vivir de alguien o para alguien.

Es evidente que mi conducta —pensó el músico— se aparta

de las normas comunes, y aún de las más particulares que todo individuo elabora para no perderse en los caminos del mundo; pero, desde la profundidad de su ser, lo urgente era la compañía, la compañía de la rubia. Con sólo tenerla al alcance de su voz, volvería a integrarse.

La rubia apareció al subsiguiente día. Miró el hogar como si recién empezara a verlo y su esposo le fuese vagamente conocido. Todo se hallaba en mediano desorden, sin excluir la vestimenta del músico.

—Conversé con Michal. Al principio se negó. Exclamaba una y otra vez: ¿qué pensaría la gente? Michal es muy delicado. Dijo, al fin, que no podemos venirnos sin una razón. Distinto sería, son sus palabras, si tuviéramos algo nuestro en tu casa. ¿No nos podrías vender los muebles?

—Qué más da. Será como ustedes quieran. Con tal de tenerte cerca acepto cualquier solución. ¡Vénganse al momento! ¿Los espero a comer? Es mi día libre.

El músico se reservó dos piezas, las últimas. Con las demás se quedó la pareja. La rubia manejaba la casa cantando a ratos. El piano oíase distante, a horas regulares. Ella se defendía con una radio que le obsequiara Michal. Solían verse los tres al mediodía. Si Michal no llegaba, almorzaban los dos. Al músico gustábale entonces recordar lo vivido por ambos. Uno y otro se referían a hechos gratos. Habían entrado en un encanto que no querían alterar.

Como Michal era callejero, el músico alguna vez lo veía abriendo la puerta, a medianoche, y cambiaban breves impresiones de aliados inevitables, porque si Michal dejara de sentirse bien allí, él perdía a la rubia. Sin esfuerzo le fluía al músico una reflexión tierna que, en los recovecos de su espíritu valía por ¡no te vayas!

Carlos Iturra

*Olvidando que las reglas del  
juego estaban falseadas  
desde largo tiempo...*

BENJAMÍN SUBERCASEAUX, *Santa Matería*

Según las cuentas que saco, mis papás se casaron cuando yo venía en camino; eran súper jóvenes, mi papá tenía dieciocho años, la mamá diecinueve. Ella lo adoraba, estaba encaprichada con él, estaba un poco loca por él, y siguió adorándolo a través de años.

Pero ese amor empezó a transformarse, y bruscamente llegó a ser odio. Nunca lo ha reconocido así, con todas sus letras, pero no cabe ninguna duda de que lo odió, de que todavía lo odia, pese a que está muerto. A veces creo que sus sentimientos hacia él volverán a cambiar, y que con el paso del tiempo terminará por desaparecer esta nube negra y lo querrá de nuevo. Pero quizás no, quizás pase del odio de ahora, que yo deduzco, al olvido, al simple olvido. Y quizás ni siquiera eso. Mi mamá tiene sus limitaciones; bien podría ser que nunca consiguiera asimilar las desgracias que nos han tocado. Ella es joven, y lo mejor que podría ocurrirle, se lo deseo de corazón, es que conozca más adelante, algún día ojalá no muy lejano, al hombre que quería que fuera mi papá, y que tú, papá, no eras, y ojalá ese hombre le dé lo que parece no recibió de ti; no hasta el final. Por ahora, con mi papá recién muerto, creo que ella está demasiado llena de rencor, de orgullo herido, de amor propio hecho pedazos y de malos sentimientos de toda clase como para poder esperarse que sienta compasión por él, por su recuerdo. O siquiera por nosotras.

Últimamente a nosotras ya no nos abrumba con sus lamentos, pero como mi papá decía, yo tengo capacidad suficiente para darme cuenta de las cosas. Mi papá tenía muchas esperanzas de que yo fuera capaz de comprender, y confío en no defraudarlo, no ahora que lo extraño tanto y que lo veo como la persona que más me quería en el mundo, y a quien yo más quería. Confío además en que también mis hermanas serán lo bastante habilosas —o un poco menos tontas que la mamá, aunque ella está en otra posición y no es lo mismo en su caso—, como para conservar siempre de ti el mejor de los recuerdos, el real.

Cierto que después de tu muerte fuimos a parar todas al siquiatra, mi mamá varias veces, y cada una de mis hermanas tres, y yo dos, pero tú sabes, papá, que tuvimos que ir porque ella lo dispuso, y que, aun sin haber ido, yo habría estado bien. No me refiero a esta pena horrible de que no estés más, que no se me pasa y no se me va a pasar nunca, ni tampoco a la forma en que has muerto, sino a que yo no he tenido jamás ningún reproche que hacerte. Algo que la mamá no entendería. Me bastaron dos sesiones para terminar con las mínimas dudas o preocupaciones que quedaban en mí, y que habrían desaparecido igual sin las palabras del doctor Cifuentes; no niego que él me ayudó en eso, pero aun así te aclaro que mis dudas y preocupaciones no se referían a ti, exactamente, o a todo lo tuyo, sino más bien a la manera en que yo tendría que enfrentar el asunto ante los demás. El siquiatra me ayudó a ordenar mis ideas en eso.

En todo el resto yo no necesitaba ayuda.

Ya sabía que si te habías casado con la mamá era porque ella se empecinó, porque ella te amaba de una manera obsesiva, porque se las arregló para quedar embarazada, y no porque tú hubieras deseado casarte o porque hubiera estado en tus planes y menos todavía porque hubiera sido tu decisión. El hecho de que fueras tan joven, menor que ella incluso, te hace menos responsable aún; si es que la juventud fuera algo que pueda disculparnos, y todos dicen que sí.

Tampoco la culpo a ella, porque también ella era joven, apenas tenía un año más de los que yo tengo ahora. Pero sé que era ella

la enamorada, no tú; yo sé, yo siento, cuando veo tu expresión y tu mirada mientras recorro los álbumes de fotos, que eras un chiquillo despistado que no tenía nada claro, y que cayó en las manos de una muchacha enérgica decidida a quedarse contigo; eras un adolescente ingenuo que se dejó arrastrar por la corriente y que a lo mejor creyó que estaba enamorado de verdad, que aquello que le pasaba era amor. No tengo sobre eso ni las dudas ni las certezas de la mamá.

Si hubieras podido identificar y asumir oportunamente tus sentimientos, y con tanta precisión y valentía como lo conseguiste hace pocos años, no te habrías casado. Habrías preferido causarle entonces a la mamá el dolor o la pena de dejarla, permitiéndole así que diera con un hombre más parecido al que buscaba, en vez de causarle ahora el sufrimiento mucho mayor del desengaño y de la frustración, ese sentimiento (como te dijo una vez que discutieron y que todos tuvimos que escuchar), ese sufrimiento ensuciado por el asco y la repugnancia, palabras que tú no te merecías, que no tenían nada que ver contigo; pero que estaban en ella.

Y sin embargo, cuando me acuerdo de los tiempos en que todavía éramos una familia unida, comprendo que a pesar de todo, del desenlace que por el momento está teniendo todo, no fue un error que ustedes se casaran.

Me acuerdo, por ejemplo, de cuando la Anita María estaba recién nacida, que creo fueron las últimas veces que lo pasamos bien, antes de que empezaras —como diría la mamá— a echar a perder nuestras vidas, o como diría yo, y como me decía el doctor, antes de que empezaras a vivir la vida para la cual habías nacido, de que empezaras a retomar la senda que apenas habías divisado en tu juventud y que abandonaste por la mamá y por nosotras. Teníamos esa renoleta rojiza, en la que me enseñaste a manejar, y nos subíamos los ocho, mi mamá con la niña en brazos, al lado tuyo, y las otras cinco repartidas en el asiento trasero y en la parte de la carga, metiendo una bulla fenomenal, y partíamos de paseo, a la casa de la abuelita, al zoológico, al circo, a hacer picnic, o a misa, los domingos.

—¡Bendito yo entre todas mis mujeres! —era lo que siempre decías, con una sonrisa de satisfacción, el único hombre entre tu mujer y tus hijas.

Yo era muy feliz en esos tiempos, ahora me doy cuenta, ahora que están convertidos en recuerdos. No es que hoy no lo sea, relativamente, pese a tu ausencia, y a que la mamá no termina de darle vueltas al disco rayado de su histeria fanática, sino que parece que raras veces la gente se percata de su felicidad en el momento en que la vive; he leído una buena explicación de esta idea en alguna parte, pero no puedo recordar dónde; como leo todo el día, y toda la noche, tengo un revoltijo de lecturas. Preparábamos el paseo, salíamos de la casa, nos subíamos a la renoleta y hacíamos todo el trayecto gritando como malas de la cabeza, muertas de la risa, con la mamá tratando de mantenernos en orden y contigo estimulándonos a la chacota y diciéndonos cosas divertidas. Recuerdo que cuando llegábamos a la iglesia, por lo general cuando la misa ya había empezado, seguíamos chacoteando y tirándonos el pelo unas a otras y haciendo un barullo que molestaba a todos los que nos rodeaban, la mamá diciendo “¡Niñas, por favor, no me hagan pasar vergüenza, quédense quietas!”, y tú mirándonos con una cara de reprobación que era más bien de complicidad y que nos daba más risa, y me acuerdo muy bien de ese domingo espantoso en que el cura tuvo que suspender su prédica para pedirnos respeto, desde el altar, a nosotras, que estábamos de pie allá al fondo de la iglesia. Fue espantoso porque la vergüenza que siempre sentía la mamá, y sólo ella, la sentimos todos esa vez, ya que la iglesia entera se dio vuelta para mirarnos. No hace diez años de eso, unos siete quizás, así que lo recuerdo como si fuera ayer. Y sé que, avergonzados y todo, era una vergüenza feliz la que nos puso colorados y la que nos hizo estallar en carcajadas apenas terminó la misa y salimos a la calle.

Por esos tiempos fue que empezaron los primeros problemas serios, ¿no?, las primeras angustias y miedos, las primeras sospechas de que no todo en la vida era ni iba a ser miel sobre hojuelas como hasta ese momento, sino que también habría peleas, gritos, malas

caras, lágrimas, indirectas y portazos, pero yo tenía ya ocho o nueve años, y habían sido ocho o nueve años de perfecta paz, tranquilos, ...felices, no existe otra palabra. Así que puedo decir lo que a muchas de mis amigas y compañeras, con sus padres "felizmente" casados, les costaría mucho decir, y que en realidad a algunos les sería totalmente imposible decir: fui una niña feliz. Una niña muy feliz. He visto que eso es hartito menos frecuente de lo que parece. Y también en ese sentido pienso que estuvo bien el matrimonio de ustedes, que nada de lo que vino después podrá opacar nunca el resplandor de esos años.

Por lo demás, si ustedes no se hubieran conocido y casado ninguna de nosotras habría llegado a este mundo, y yo sinceramente prefiero haber nacido, y creo que mis hermanas también prefieren haber nacido, aun con lo que nos ha pasado, y con lo que nos vaya a pasar. Ninguna de nosotras puede imaginarse lo que la espera en el futuro; pero nadie puede; así que no tenemos, para pensar en el valor de esta vida en la que nos encontramos, otra cosa que el hecho de estar vivas, de haber nacido. Muchas veces pienso al respecto: si no hubiéramos nacido, es claro que no lo podríamos lamentar, pero ya nacidas, qué bueno, qué bien que tú y la mamá se casaran, qué bien incluso que la mamá te arrastrara al matrimonio.

¿Es egoísta pensar así?

¿Acaso no habrías sido tú más feliz, y también la mamá, si cada uno hubiera hecho "su" vida, o por lo menos "otra" vida, aunque nosotras no hubiéramos nacido?

¿Cómo saberlo? ¿Podría alguien saberlo?

Supongo que la mamá piensa que habría sido más feliz con otro, pero frente a la alternativa de no habernos tenido a nosotras como hijas creo que vacilaría, porque nos quiere, y de la manera enfermiza que tú bien conoces. Casada con otro, seguramente también habría sido madre y también habría querido a los hijos que hubiera tenido con ese otro, a lo mejor hasta habría tenido el hijo hombre que tanto quería tener y que tanto persiguió. Ella no nos ha dicho algo así, pero quién sabe si no lo piensa. No sé. Curiosamente la mamá me resulta mucho más misteriosa, más incomprendible que

tú. La cosa es que sus hijas ya hemos sido nosotras, y nos quiere terriblemente, somos lo que más quiere, me parece, y perder a cualquiera de nosotras sería para ella una tragedia sólo comparable a la de haberte perdido a ti. No a la de que hayas muerto, sino a la de que la hayas dejado antes de morir.

En cuanto a ti, sé que preferías las cosas tal como se dieron. No sólo porque tú mismo me lo dijiste, sino porque habiéndote conocido y habiendo recibido tu invariable amor desde que tengo memoria, sé que estabas muy contento y orgulloso de haber engendrado "seis chiquillas preciosas y talentosas", como decías, y porque además pensabas que a los treinta y cinco que tenías al separarte definitivamente de la mamá, bien podías empezar todavía, lleno de posibilidades, una nueva vida que te diera lo que no habías podido encontrar en ella. No habías perdido tu juventud, porque aún eras joven; no se había perdido *nada*. Y tenías razón al pensar así, porque eras un tipo estupendo, padre, eras un hombre estupendo, más que atractivo, además gracioso, simpatiquísimo, y al lado de cualquiera de mis compañeros no parecías mi padre, sino su hermano mayor, con la ventaja de ser mejor en cualquier sentido.

¿Cómo podías saber que por ese camino encontrarías la muerte, y que nos dejarías sin ti?

Y por otra parte, ¿acaso habrías dejado de tomar tu camino, aun sabiendo lo que te aguardaba, a escasos cinco años?

¿No fue tu vida la que te tomó a ti, casi al margen de tu voluntad, la que inevitablemente se te atravesó en el camino, te atrajo, te succionó, te obligó a ir con ella?

¿No habría sido peor muerte languidecer lejos de quien amabas, en una vida que no era la tuya, junto a una mujer que apreciabas con el alma, pero que no te inspiraba amor?

¿Quién podría atribuirse el derecho de impedirte que conocieras y disfrutaras el amor, o al menos que lo intentaras? No a tu edad, ¿verdad? Nadie podría pretender que un hombre joven, que se da cuenta de que no ha conocido el amor, se prive de querer hallarlo y vivirlo. La mamá ya lo había vivido. Ahora era tu turno.

Dejar a la mamá tampoco fue dejarnos a nosotras, y reconocer que no la amabas como ella quería que la amaras no fue dejar de

amarnos a nosotras. En la práctica seguiste a cargo de nuestras cosas, preocupado como siempre de la casa y de cada una de tus hijas. Ni siquiera disminuyó tu cariño por la Francisca, que se fue poniendo del lado de la mamá de una manera que no entiendo, salvo que ella siempre fue, tampoco veo el motivo, la favorita de la mamá, y a la cual tú sí eras capaz de entender y hasta de tolerar en sus impertinencias. O tal vez tampoco entendías por qué se convirtió hasta ese punto en tu enemiga, pero igual seguías queriéndola como a todas nosotras, y no me extrañaría que hubieras pasado a quererla incluso más; como si hubiera sido una oveja negra. A la propia mamá seguiste queriéndola, de una forma parecida a como querías a tus hijas, como si fuera otra de tus hijas, o como si fuera una hermana tuya, tu única hermana, aunque sé que en ese cariño ya se había dejado caer un poco de compasión. Sin entenderla, también acepto la actitud que tomó la Francisca, porque en eso, lo mismo que en muchas otras cosas, quisiera seguir tu ejemplo, pero además porque recién tiene catorce años y porque su cercanía con la mamá la obligaba a solidarizar con ella, algo que no nos ocurrió a las demás, que fuimos imparciales, o que más bien tendíamos a pensar que no había para qué hacer tanto escándalo; tendíamos a comprenderte a ti y tu explicación, tan sencilla y tan completa como que el amor que le tenías a la mamá era una cosa y el que estabas sintiendo por esa otra persona que iba inundando tu vida otra muy distinta, compatibles las dos dentro de un mismo corazón, ya que no dentro de una misma casa.

Además, papá, tú bien sabes que la Francisca, en quien no parece haber hecho mayor efecto la gran sabiduría del doctor Cifuentes, empezó a caer y caer por un pozo lleno de amargura desde el mismo instante en que recibimos la mala noticia, la peor noticia que hemos recibido nunca, y que desde entonces no para de consumirse en un combate inútil, más que contra el dolor, contra el remordimiento de haber peleado contigo, de haberse metido donde no tenía por qué meterse; hoy día es tal vez la que más necesita consuelo, y la que más se niega a recibirlo, porque es la única en la cual la pena se multiplica por el sentimiento de culpa de todas aquellas cosas

irreparables: ni yo, que pretendo en silencio ser la que más te quiero, he llorado la cantidad de lágrimas invisibles y visibles que llora ella, y que va a seguir llorando por mucho tiempo. Si esto fuera una especie de castigo, padre, ojalá tú pudieras hacer algo por ella, porque ya está castigada. Tú sabías que la mamá trató de influir en nosotras por todos los medios a su alcance, que recurrió a métodos increíbles para apartarnos de tu lado y ponernos del suyo. Pero ahora la Francisca no es la misma de antes; ni siquiera se lleva bien con la mamá, se ha separado mucho de ella, siente que fue utilizada por ella, y aunque no dice nada, se nota que la responsabiliza de haberse distanciado de ti y enojado contigo. Estaría de más pedirte que comprendas a cualquiera de las dos, porque tú siempre fuiste el más comprensivo en esta casa, pero igual me gustaría explicarte que las cosas que te gritó la Francisca aquella vez no eran cosas pensadas por ella, eran cosas que le dictaba la mamá, quien sí las pensaba, como te consta. Y para serte franca, hasta yo llegué a pensarlas, o a considerarlas, en algún momento.

Sí. Dondequiera que ahora estés, padre —y tiene que ser en el cielo o en un lugar parecido, porque Dios no puede ser injusto—, tu capacidad de comprensión ha de ser total, así que no voy a mentir, no en estas hojas que escribo por recomendación del médico pero que de todas maneras estaría pensando aun sin escribirlas, lo que se supone deberá ayudarme a entender y a entenderme mejor, y en las que sería absurdo que me propusiera contarme un cuento; de modo que te confieso algo que obviamente tú sabes, lo mismo que los demás: y es que yo también llegué a pensar que en todo esto podía haber una gran "culpa", y que esa culpa, la de lo que había ocurrido con nuestra familia, la tuvieras tú, podía ser que la tuvieras tú.

Ya no pienso así —si es que de veras llegué a pensar así, y sólo por algunos momentos. Pero es probable que la mamá lo haga; en realidad estoy segura de que sigue pensando así, y de que seguirá en la misma quién sabe si hasta el fin de su vida. Pero ella te amaba. Ella...

No lo sé, padre.

No deja de ser curioso que todos los males que nos han venido fueran causados por el amor. Por el que te tenía la mamá, por el que tú le tomaste a esa persona, por el que esa persona te tomó a ti, por el que todos nos teníamos unos con otros.

En el fondo, lo que quiero decirte, lo que quiero hacer, es defender un poco a la mamá, porque también para ella se precisa un poco de comprensión, ¿no te parece? Y no es que debas comprenderla tú, porque una vez más sé que eres comprensivo —¿más inteligente?— que cualquiera de nosotras, que la Margarita incluso, que es la que más te ha defendido y la que más firmemente ha sido tu partidaria, más probablemente de lo que tú mismo habrías querido; la verdad es que quien necesita ser un poco más tolerante con la mamá soy yo, y es a mí a la que hablo en estos momentos.

No hay más que una explicación para cuanto ha dicho y hecho la mamá, y es el amor que te tenía: te quería para ella, y cuando tú te convenciste de que las cosas no podían seguir, ella sintió que su mundo se venía abajo, se terminaba, y pienso que en realidad se le terminaba. Era tu compañía la que la hacía dichosa, estaba enamorada de ti, te admiraba, te necesitaba, para su espíritu y también para mantener la imagen de familia perfectamente constituida que proyectábamos ante los parientes, los amigos, los conocidos, los vecinos... Saber que tú ya no la querías, que tal vez no la habías querido nunca de la forma en que ella esperaba que la quisieras, de la forma en que de seguro cualquier mujer debe esperar que la quiera su marido, y saber más encima que no sólo la dejabas, sino que te ibas a vivir con ese amigo tuyo, bueno, papá, qué puedo decirte, cualquiera que no tenga mucho, muchísimo carácter, fe, entereza, criterio amplio, etcétera, pues se derrumba.

La mamá se derrumbó, y era esperable, pero además se puso a decir cosas terribles, y a tirarse los pelos y a envenenarnos la mente y la vida, y eso ya es un poco menos comprensible, supongo, aunque tampoco quiero convertirme en juez de ella, tal como no quise ni pude convertirme en tu juez. Si se hubiera contentado con sufrir yo habría estado con ella, es decir, el sufrimiento es algo que yo habría tenido que aceptar y compadecer y apoyar y ayudar a supe-

rar, pero por desgracia para la mamá, y no sólo para ella, el asunto era mucho más que puro sufrimiento y dolor, era también, como te decía, orgullo herido, vergüenza —pareciera ser su sentimiento predilecto— y otra cantidad de cosas con las que ya era difícil y hasta imposible solidarizar porque se traducían en algo muy parecido a la rabia, a la maldad. Me pregunto qué habría hecho yo si la mamá se hubiera portado bien en todo esto, si hubiera reaccionado como habría sido el ideal, con resignación, con nobleza, o con humor, y te insisto, no es que le reproche no haber actuado así, porque quién sabe cómo reaccionaría yo misma en una situación similar, quién sabe si no reaccionaría mucho peor, así que no le reprocho nada, pero el caso es que ante una reacción como la de ella a mí me resultaba natural ponerme de parte tuya.

Tú estabas procediendo lo mejor que podías. No es cierto ni justo decir que al irte “destrozaras” la familia, para usar una vez más las palabras de la mamá. Fuiste lo bastante honesto como para revelarnos las cosas de un modo tan sencillo y tan íntegro que no nos permitía poner en duda tu amor por nosotras, ni el afán de rectitud que había en tu comportamiento, la necesidad de que hicieras lo que hiciste, el derecho que tenías de hacerlo, pese a que tenías al mismo tiempo la delicadeza —a la que nos habías habituado, por lo demás— de no entrar en detalles que correspondían a tu privacidad, que no nos habrían ayudado a entender y que seguramente nos habrían confundido aún más, pero que yo era capaz de descifrar, pues hasta en eso fuiste honesto, padre, ya que nos dejaste entrever, por lo menos a las mayores, el trasfondo de lo que pasaba contigo, en lo cual fuiste honesto y además precavido, porque sabías que a la larga igual nos íbamos a enterar de la verdad completa y para entonces sería mejor que tú mismo nos la hubieras adelantado, discretamente, finamente. Como siempre hiciste.

No nos detallaste que había un Daniel, pero tampoco nos mentiste nunca hablando de una Daniela; siempre te referiste a “una persona” las veces que fue indispensable.

Eso me sirvió cuando la mamá nos lo dijo todo, a todas, a gritos, ese día de la pelea, apenas saliste de la casa. Pero tú bien

sabes, ahora que estás en otro plano de la vida, que no sólo tus conversaciones con nosotras me habían dejado entrever la verdad, sino que una vez, yo, sin querer, te había visto... lo siento, papá, sí, te había visto; pues bien, te vi, los vi, hace mucho tiempo, a ti y a esa persona besándose —¿sería la misma persona, me pregunto?—, y pese a que se besaban como nunca te había visto besar a la mamá, un beso como los de las películas, yo era todavía demasiado chica para que me quedara claro qué era lo que había visto, y pensé que debería tratarse de un amigo al que querías mucho, o que te quería mucho, porque fue él quien tomó tu cara y acercó sus labios a los tuyos; pensé que era por puro cariño, porque tú eras cariñoso con todo el mundo, y que si bien yo no conocía a esa persona, ni nunca la había visto, tendría que ser alguien a quien tú sí conocías quizás desde que eran niños, y a quien debías querer mucho, o con quien debías tener mucha confianza; pero tampoco dije nada ni te pregunté nada, de lo cual deduzco que en cierta medida presentí que había visto algo que no era para verse; sin embargo aquello no me chocó como ahora pienso que pudo chocarme, o como tal vez le hubiera chocado a otra niña, tal vez a cualquiera de mis hermanas, porque de alguna forma eso encajaba contigo, con lo que yo conocía, sabía y percibía de ti; de alguna forma ese beso resultaba natural entre tú y esa persona, no sé si solamente por tu manera de ser o si además porque ustedes eran atractivos ambos, de edades parecidas, y parecían buenos camaradas, e incluso se parecían físicamente, y yo podía verlos como dos personas capaces de quererse —amarse, imagino ahora que es la palabra correcta.

Haber visto aquel beso, algo que nunca supo nadie, ni siquiera Cifuentes, y que hoy cuento —te cuento— por primera vez, me sirvió para que no me tomara totalmente por sorpresa lo que vino más tarde ni lo que nos lanzó a la cara la mamá, en medio de un ataque de nervios. Aquel beso olvidado rebrotó entonces en mi memoria con un nuevo sentido, y comprendí que la realidad me había llegado de a poco, lo que no ocurrió con el resto de la familia. Puedo imaginar en mí una reacción como la de la mamá si en vez de sorprenderlos besándose los hubiera sorprendido en algo todavía

más íntimo (cosa que agradezco a Dios no haber visto, por ti, por respeto a ti, no por lo que hubiera podido producir en mí); pero afortunadamente un beso es hermoso en cualquier circunstancia.

Tengo la esperanza de que ningún gesto mío reveló, a ti menos que a nadie, que yo sabía lo que sabía, aunque también me he preguntado a menudo, después de tu muerte, si no habría sido bueno que te lo contara, o te lo diera a entender. Podría haber estrechado los lazos que nos ligaban, podría haberte dado cierta tranquilidad el que alguien de tu mayor confianza te ayudara a cargar con tu secreto, pero a la vez pienso que es mejor que no te lo haya dicho hasta ahora, ya que por mucha amistad, camaradería y confianza que hayamos tenido tú y yo, por muy cómplices que hayamos sido en tantas cosas, seguíamos siendo padre e hija, y quién sabe si decírtelo no te hubiera incomodado al punto de interponer entre nosotros una valla de pudor o de quizás qué sentimiento que nos inhibiera. Habría tenido que explicarte —pero ese no habría sido el problema— que fue sin querer; que había entrado al baño de al lado, cuando teníamos ese negocio en la feria artesanal en la que trabajábamos para las navidades, y que ustedes tomaron las precauciones del caso, pero que yo me escondí con más precauciones todavía porque estaba en paños menores...

Sabes, padre, ojalá que no te parezca pretencioso ni nada por el estilo esto que voy a decir, pero a veces me produce un poco de culpabilidad ser inteligente, como parece que soy. Suena feo, me imagino, pero qué le voy a hacer. Tú tenías razón, soy una chica inteligente. Y también puede haber tenido razón el siquiatra cuando me dijo algo así como “usted es dueña de un admirable cerebro y no le queda bien tratar de fingir que hay cosas que no comprende”. No sé si me irá a servir para algo, para vivir bien la vida, no sé si acaso no irá a ser incluso un impedimento para lograr una vida mejor que la que ha tenido la mamá, por ejemplo, pero ya me ha servido al menos para mantener presente lo que una vez me dijo la abuela: “Tú eres muy inteligente, Javierita, y ésa es una gran ventaja... con tal de que no la uses para ser inteligentemente tonta. La única manera de ser inteligentemente inteligente es entender que lo más

inteligente es lo bueno". Le he dado muchas vueltas a esta idea; me lo dijo cuando le conté que me las había arreglado para que en vez de a mí, mandaran a una compañera a hacer un trabajo que tendría que haber hecho yo. No fue que planeara ninguna intriga para conseguirlo, sino simplemente le dije algo a la profesora y algo a mi compañera, nada falso, pero sí lo preciso, y la cosa se dio como yo quería. Y cada vez que las cosas se dan como quiero, gracias a haber actuado con alguna inteligencia, me quedo con la desconfianza de si no habré hecho algo incorrecto, es decir, algo malo, es decir, algo tonto, porque he llegado a la misma conclusión de la abuela, que lo único en verdad inteligente es lo bueno, entender que lo bueno es lo mejor. A lo que quiero llegar... Te digo esto porque siempre estoy previendo, para cada caso, todas las alternativas posibles, y el problema está en que a veces no sé distinguir cuál de todas ellas es la más buena —será que ahí se encuentran precisamente los límites de esta inteligencia, ¿no es así?

Hay veces en que veo con toda nitidez la posición de la mamá.

Cuando decía, entre tantas otras cosas en tu contra, nosotras escuchándola espantadas, que deberías haber hecho un sacrificio por la familia, yo, que estaba de parte tuya, pensaba que no era necesario hablar de sacrificios, que ella no tenía por qué esperar sacrificios de nadie, que tú no los habrías esperado de ella, que ya habías hecho un sacrificio bien grande al posponer por años tu realidad auténtica, y también a la persona que amabas, y que el sacrificio hay que reservarlo para casos de vida o muerte, pero lo cierto es que también lo veía, o he llegado a verlo, como una posibilidad verdadera: ¿qué habría pasado si tú hubieras dicho: me aguanto no más, y me mantengo junto a este grupo de seres humanos, ya que su felicidad depende de mí? Seguro que de los millones de maridos que estarán ahora mismo viviendo una situación como la que tú viviste, la inmensa mayoría resiste y prefiere mantener la familia, o la farsa, o como quieras llamarlo. Créeme, papá, no es que a mí me importe que Daniel no fuera Daniela, al fin y al cabo creo que da lo mismo, a mí me da lo mismo —hasta

lo encuentro *especial*, para serte franca—; es sólo que para la mamá, y no logro explicarme bien por qué, ese detalle, que para mí es un detalle, resultaba lo más insoportable de todo. ¿Se puede creer que le hubiera dolido menos si te hubieras ido con una de sus amigas? Parece que eso habría sido mejor, para ella y para muchas otras personas; si lo analizo bien, para casi todo el mundo, descontadas apenas algunas de nosotras, tus hijas y algunos de los amigos que alcanzaste a hacer en tu nueva vida. A la Jimenita una imbécil de su curso le preguntó, con cara de verídica curiosidad, “¿Qué se siente tener un papá...?” y la Jimenita, antes de que terminara, le contestó: “Piensa en tu propio papá antes de preguntar por el mío”. Le celebré la respuesta, que no se me habría ocurrido a mí, que soy diez años mayor; pero me dio una inmensa pena que después de contestar saliera corriendo de la sala, llorando, y que se negara a volver al colegio. Mis compañeros de universidad son lo bastante grandes como para no decir esas cosas, pero más de alguno me las ha dado a entender con sus miradas; por fortuna, soy más fuerte que la Jimenita.

La forma en que has muerto, y que llegó a hacer que la mamá se enfermara adrede para no ir a tus funerales, aunque de lo único que estaba enferma era de vergüenza y rabia y despecho, es una de las cosas que podrían haberse evitado si mi padre hubiera tenido el coraje de preferir hundirse con el barco, el barco que era nuestra familia, es decir, si hubieras decidido, como un buen capitán, que te mantendrías a bordo no obstante tus ganas de subirte a un bote salvavidas para poder seguir tu propio rumbo y no tener que seguir el de un barco que parecía irse a pique y que quizás después de todo no se hubiera ido a pique. A lo mejor habría sido posible incluso lo que no es posible para un capitán de verdad: mantenerse a bordo oficialmente, y a la vez tomar el bote salvavidas... ¿No habría sido posible que, así como lo vi besarse con esa persona, sin que la mamá lo supiera, y quizás desde cuándo se besaban, hubiera seguido haciéndolo, con la misma cautela, sin tener que dejarnos? ¿Habría sido demasiado difícil, no digo que abandonara o dejara de ver a esa persona, porque parto de la base de que se necesitaban,

pero sí, al menos, que continuara viéndola en secreto, como tantos hombres o mujeres que mantienen por años un amante sin que nadie se entere? Al doctor Cifuentes no se le presenta esta duda, porque para él es indiscutible el deber de cada ser humano de hacer su propia vida, y de corregir la que hubiera estado llevando equivocadamente, pero a mí sí se me presenta, no sé si en el corazón o solamente en la cabeza; pero se me presenta. Ni siquiera en relación con mi padre, sino en general. ¿Qué tiene que hacer una persona cuando le corresponde elegir entre sus deseos, sus derechos, sus aspiraciones, y los de otros, los de su familia, por ejemplo? Al revés de Cifuentes, hay gente, como mi mamá, que no vacila en decir que hay que sacrificarse y dejarlo todo por los demás. Lo que equivale a decir que cuando alguien comete un error con su vida, está condenado por el resto de ella a seguir cometiéndolo.

Para hacer lo que hiciste también se necesita un gran coraje, no creas que no me doy cuenta; acaso tu partida era más difícil que quedarse, acaso la verdad es siempre, en cualquier circunstancia, más valiosa que la mentira. Tú optaste por la verdad, y eso te debe haber costado y dolido tanto como a nosotras; con la diferencia de que tenías un consuelo, puesto que ibas al encuentro de alguien que te amaba. La mamá se quedaba sola.

Pero no; se quedaba con nosotras, mientras que tú nos perdías...

Y de pensar en cada uno de estos pros y contras de cada aspecto de la cuestión, lo único que saco en limpio es que el enredo es muy angustiante, pero además muy grande; si vuelvo a ver al doctor Cifuentes voy a decirle que su idea de que escribiera para aclararme, sirvió más bien para oscurecerme. El pensamiento no me da para abarcar todo lo que pasa, y tal vez sólo debería guiarme por los sentimientos... En fin.

Que la mamá se haya hecho la enferma para quedarse en la casa el día de tus funerales (actitud inútil, porque la muerte de mi padre apareció en todos los diarios, hasta en los titulares de primera página de algunos, y no hubo nadie que no se informara sobre los detalles más personales y escabrosos), que se quedara una semana

metida en la cama, demuestra que tampoco ella es muy capaz de sacrificarse por los demás; porque resulta que las seis hermanas, las seis huérfanas, tuvimos que recibir solas los pésames de gente que nos tomaba la mano mirando el suelo, y tuvimos que caminar junto al ataúd en el que iba nuestro padre transportado por unas pocas personas que no conocíamos y que presumimos eran de sus nuevas amistades —porque de las antiguas sólo tres se aparecieron en la iglesia, y de ahí no las vimos más—, y después tuvimos que seguirlo por la calle y luego por los senderos húmedos del cementerio, tras el carrito en el que no había una sola corona, algunas llorando como idiotas, todas con los ojos hinchados, mudas con nuestros ramos de flores entre los brazos, yo además haciéndome la heroica, pero al mismo tiempo tratando de echarme a llorar como mis hermanas para ver si un gran sollozo podía servirme de algo, la hermana mayor y la jefe de familia, sabiendo que nadie ahí, ni en el mundo entero, ni yo misma, era capaz de medir el dolor que tenía en el alma y en el estómago... No digo que si hubiera estado la mamá mi pena hubiera sido menor, aunque quién sabe; pero sí digo que la mamá no hizo por nosotras ese pequeño "sacrificio" que estuvo en sus manos hacer.

Siempre fue una buena madre, pero no le costaba serlo, porque éramos una familia feliz, porque nunca nos faltó nada, porque nosotros fuimos sanas y jamás le dimos mayores problemas y porque mi papá era un hombre complaciente, de buen carácter, trabajador, afectuoso, de una voluntad que quizá sólo se mantuvo firme por una sola vez, la última...

Si en vez de pensar tanto acerca de estas cosas me concentrara en escuchar lo que creo que siento, se diría que quiero más al papá..., y si mis pensamientos llegan a la misma conclusión que mis sentimientos será entonces porque son los sentimientos los que deciden qué es lo que se piensa. Lo que menos me interesa es sacar cuentas de a quién quiero más y a quién quiero menos; pero parece que estas cuentas se imponen solas.

Cuando era chica —y puedo acordarme hasta de cuando tenía unos tres años y medio, cuando nació la Francisca—, vivíamos con

las platas al justo; ellos se casaron tan jóvenes que tuvieron que interrumpir sus estudios y dedicarse a trabajar, primero los dos, pero después, cuando ya éramos varias hijas, mi mamá debió empezar a quedarse en la casa, y aunque la abuela nos ayudó siempre, con plata y hasta prestándonos la empleada, hubo épocas en las que el papá tenía que salir casi de madrugada y volvía tarde en la noche, muerto de cansancio, y aun así se daba un minuto para despertarnos, bromear con nosotras, oírnos y mirarnos con atención y con una sonrisa y darnos el beso de buenas noches. Trabajando con esa tenacidad no es raro que nuestra situación fuera mejorando de año en año, y eso contribuía a que todas, pero más que nadie la mamá, estuviéramos bien y no tuviéramos nada, absolutamente nada que echar de menos o de lo cual quejarnos. Si lo veo desde esta perspectiva, el papá sí que se sacrificó por nosotras, ya que al parecer la generalidad de las personas considera que trabajar duro es un sacrificio. Aunque él había sido criado y educado con las comodidades típicas de un hijo único, no creo que lo considerara un sacrificio, creo que lo veía... sin verlo, como algo natural, como lo que le correspondía hacer; además de que, duro y todo, el trabajo, los trabajos que desarrolló, por mucho que no fueran precisamente los que él habría preferido, le resultaban casi de su agrado, como fue cobrar arriendos y tasar y mostrar propiedades en una empresa de corretajes (de la cual sólo uno de sus compañeros fue a sus funerales, y donde cumplía un horario incluso los fines de semana, y después del cual partía a digitar números en la computadora de una oficina de contadores), o instalar ese pequeño negocio de almuerzos para empresas, gracias a la ayuda de la abuela, en el que no le fue muy bien que digamos, o atender para las navidades un puesto de regalos en una feria donde todas lo ayudábamos, o lo acompañábamos, mejor dicho, y lo pasábamos fenomenal, o por último, salir a repartir mercaderías en el auto cuando le dejaban tiempo sus otras actividades...

Aparte del sacrificio de parirnos, en cambio, la mamá sólo ahora tuvo una ocasión de sacrificarse realmente por nosotras, y ni siquiera demasiado, acompañándonos al funeral, y no lo hizo. Así

que su autoridad para reprocharte a ti, padre, que no hicieras lo que desde alguna perspectiva podría haber esperado que hicieras, es una autoridad muy relativa.

Cifuentes me dijo que pusiera por escrito, lo más francamente que pudiera, todo lo que siento. Y eso trato de hacer. Usted que piensa ser escritora, me dijo, ahí tiene una oportunidad, pero no haga literatura, sino historia, diga lo que no se atrevería a decirle personalmente a su papá ni a su mamá, grite, llore, patalee por escrito, y así se va a ayudar a usted misma, sacándose lo que tenga adentro sin herir a nadie, y una vez que lo haya sacado y lo lea y lo arregle hasta que quede conforme, va a ver más claro, y más encima se va a haber dado el gusto de escribir. Escribo esto, que es lo que puedo escribir, pero a Cifuentes no le gustaría, y a mí me aclara muy poco; lo que él querría es que hablara mal de todos, que me lamentara, insultara, despotricara, que me volviera loca tirándole mierda a medio mundo, al papá, a la mamá, a mis hermanas, y dijera que nos han dejado abandonadas sin un apoyo, que destruyeron de un día para otro todo aquello a lo cual nos acostumbraron y en lo que nos hicieron creer, que no tuvieron la generosidad suficiente como para darnos una vida que mereciera vivirse y que por eso los detesto y los desprecio, porque la mamá es una bruja egoísta, rencorosa, capaz de tomar a las hijas como aliadas, como escudos y como armas sin siquiera preguntarles cuáles eran sus sentimientos o su opinión, y de ponerlas contra el padre sin pensar que con eso podía estar arruinándoles el resto de la vida más a ellas que a él, y porque el papá, bueno, porque tuve la mala suerte de tener un papá raro, distinto a la mayoría de los papás, un padre que cambió la familia por la cama de un tipo que era su amante, y que si se casó y tuvo hijas fue nada más que para fabricarse una pantalla; eso querría Cifuentes que dijera, y que mis hermanitas son una tropa de pobres lloronas cobardes, apocadas, incapaces, y que yo no sé qué hacer entre tanta cosa que no entiendo, porque si algo queda claro es que no entiendo nada de nada...

Tal vez algún día vuelva donde Cifuentes —como él me aconsejó que hiciera, porque según él podía serme útil—; le llevaría estos

papeles, y las próximas versiones que escriba y también las que ya están escritas. No creo que vuelva, porque no se me ocurre en qué podría servirme, pero en caso de hacerlo deberé explicarle que si no hay tantos berrinches como a él le gustaría es porque no tengo cómo hacer berrinches. Para mí todo esto es mala suerte; mala suerte es la del que nace con una joroba, mala suerte es el que nació sin brazos, mala suerte es haber nacido aquí, en estas circunstancias, donde ya nada se puede cambiar, y que la única vida que yo iba a tener haya sido precisamente ésta, y que haya llegado a vivirla en un medio o en unas condiciones como las que me tocaron. Eso es mala suerte. Y nadie hace berrinches por tener mala suerte; es algo mucho peor que un martillazo en un dedo; por un martillazo en un dedo uno hace un berrinche, pero por mala suerte no tiene sentido hacer ni eso ni ninguna otra cosa. Entre la mamá y el papá y las hermanas está todo repartido, lo bueno, lo malo y la duda, y es imposible sacar un resultado de todo este desastre, que no termina.

Si yo he preferido hablar contigo, padre, es porque no estás aquí. Y te extraño tanto, tanto, tanto, tanto, tanto, tanto, tanto, papá, mi buen amigo; no hay un sólo momento del día en que no esté pensando en ti, acordándome de ti, ni hay día en el que no me pregunte con espanto qué sentirías en el minuto final, cuán terrible fue, ni hay día en que no me quede observando mentalmente tu lápida, con los ojos llenos de lágrimas, o en que no piense que la última conversación no la tuvimos, que algo muy importante se nos quedó eternamente inconcluso.

No quiero hacer balances, ni tengo derecho a hacer balances, quién sabe..., pero si alguna culpa hubiera en la raíz de esto, una culpa básica y originaria, sería de la mamá; la culpa de haberse sentido autorizada a apoderarse de tu persona y de tu vida, de haberte obligado al matrimonio, de haberse cegado, de no haberse detenido un instante a considerar que no bastaba con que ella te amara. De haberse impuesto sobre un hombre que, a la larga, no tendría más remedio que liberarse.

Cuando ahora, no hace mucho tiempo, tomándose la cabeza a dos manos, murmuraba que no podía perdonarte, yo pensaba para

mis adentros que en esto del perdón habría tanto que decir... ¿Qué tendría ella que perdonarte? ¿Y nosotras, tus hijas, qué tendríamos que perdonarte? ¿Tu maravillosa presencia durante todos esos años demasiado rápidos? ¿Tu cariño, tu calor, el don de tu alegría, el tesoro de tu mirada divertida y bondadosa?

En lo que a mí respecta, padre querido, no te perdono por una razón muy sencilla; porque no tengo nada que perdonar. Si estás en algún lugar, y si estas palabras llegan a donde estás —si fuera realidad el milagro de que no estoy hablando sola—, quiero que lo sepas.

La vida, eso ya es otro asunto; pero de ti todos son buenos recuerdos, papá. Todo es gratitud.

Venía todas las tardes. Apenas oscurecía entraba en el café. Todavía duraba el resplandor difuso de la puesta de sol, cuando se encendían las luces afuera; después llegaba él, justo a la hora de la completa oscuridad. Aparecía en el umbral y atravesaba la puerta. Sólo en ese momento la camarera advertía que las luces en la calle ya habían sido encendidas. Desde detrás del mesón, por encima de sus hombros, veía correr la cinta blanca del neón del aviso.

Ni demasiado grande ni demasiado pequeño, el café se abría en una esquina sobre dos calles céntricas. Sus muros vidriados permitían ver el continuo trajín de los transeúntes. Encerrando a las camareras y las máquinas, se alzaba al centro el mesón oval, estrecho y alto. Junto a las paredes de vidrio grueso y transparente, en no más de cuatro o cinco mesas redondas pintadas de color crema pálido, rodeadas de sillas forradas en cuero de idéntico tono, se cambiaba incesantemente el público.

Las puertas eran de batiente y ella ahora conocía la forma en que él sujetaba la hoja para impedir que quedase bamboleando. Nunca la empujaba con todo el cuerpo como otros. Y a la camarera le agradaba su manera quieta y silenciosa de abrir, cerrando con cuidado, medio vuelto, medio inclinado hacia la puerta. Siempre, al entrar, llevaba el periódico doblado bajo el brazo derecho y la mano metida en el bolsillo del abrigo. A la misma y exacta hora

cada día, enfundado en un abrigo cáscara, tosco, pesado y peludo, con grandes carteras sobrepuestas, franqueaba la puerta y ocupaba su mesa habitual. Cada vez que sucedía, retenía el aliento, turbada y sobrecogida, como si no creyese, como si le pareciera imposible que se pudiese repetir el milagro de su venida. Sucedió y se aflojaba. Luego una sensación cálida, no sentida, nueva, la cubría inundándola y, por algunos segundos, las voces, el trajín, le parecían venir desde lejos, rebotando en ella como en corcho. Para la camarera, esta emoción cálida e íntima, violenta y dulce, no probada, que irrumpía en su ser desmadejándolo, adquiriría, renovadamente, el valor de un rito sólo posible en su presencia. Tardaba en recobrase lo que él en trasponer el espacio hasta su sitio cotidiano.

Generalmente encontraba la mesa vacía. Ajeno, indiferente, leyendo su periódico, bebía su café. Sostenía el diario como si fuese un muro entre los otros y él mismo. Cada tanto volvía la página fijando la vista en alguien; pero, por su manera de mirar, se colegía que pensaba en sus propias cosas. A veces, algún cliente le pedía permiso para sentarse o para retirar una silla. Asentía ensimismado.

Afuera castigaba el invierno. La luz dura, implacable, escocía los ojos, o la niebla densa rodeaba la ciudad. Llovía. De todos modos, al atardecer, hacía un frío intenso. No era otra la razón, con seguridad, que impulsaba a todos a mirar cuando alguno entraba en el café: obligarlo a cerrar la puerta. Si llovía, esparcían aserrín por el piso y venían también menos clientes. Pero él acudía lo mismo. Leía su periódico, bebía su café y se marchaba.

Todo el día y aun por la noche, antes de dormirse, pensaba en él. En la noche le resultaba siempre más grato. Acaso no lo supiese, pero le servía en su casa para aislarse de los otros, en especial de su madre. Su madre diariamente permanecía sola, aunque con ella vivía también su nieto, el huérfano de su hijo muerto el año anterior. Sin embargo, a la abuela el muchacho no le servía. En el día asistía a la escuela y a su regreso parecía ausente. En cambio, en la escuela o por la calle se tornaba comunicativo, despierto y alegre. Tenía doce años y ojos grandes, oscuros y húmedos. Jamás sonreía en casa. Menos todavía sonreía la abuela, tal vez en años.

Como una costumbre existía en ella la tristeza. Por ningún motivo la camarera quería acoger la tristeza; tampoco el muchacho; a pesar de que para ellos, por causa de la abuela, las cosas más alegres se trocaban en penosas.

Vivían en Recoleta en un segundo piso. Toda la noche se sentían rodar los tranvías y el estrépito de sus barquinazos. El nieto y la abuela se acostaban temprano. Alrededor de las ocho, ya comidos, apagaban todas las luces y se metían en la cama. Debían ahorrar, decía la abuela. Muy tarde, cerca de las tres, llegaba la camarera. En la cocina pululaban las baratas. Su cena la encontraba fría en la cacerola sobre la mesa. No la recalentaba. Se sentía demasiado cansada para hacerlo, para tener ganas de hacerlo. Además, la promesa íntima del lecho la apremiaba.

Se desnudaba sin luz para no oír el rezongo desapacible, agrio de su madre. En camisón, sentada dentro de la cama, se rizaba el pelo. Con destreza y al tacto, lo enrollaba en tiras de papel retorcido. Sabía que se veía cómica. Y pensaba que si se fuese a acostar con él, por ningún motivo se haría los rulos... *Además, él sería inmensamente rico, y ella, desde que se casaran, cada mañana, cerca de las once, iría en su automóvil a peinarse donde su peluquero...* Invariablemente, en el momento en que sonaba la campana de la iglesia vecina, terminaba con el último cachirulo. Enrosándose como un gato entre las sábanas, desaparecía friolenta bajo las frazadas.

Resultaba grato pensar en él por la noche. Mejor que en el día. Nadie venía a interrumpir su sueño. Incluso la cama se tornaba más acogedora, más tibia, más blanda. Resultaba tan bueno pensar en él, que podía aun no sentir los pies hinchados y adoloridos. Pensando en él conseguía olvidar cualquier cosa. Nada la hería. No acontecían desdichas. Se sentía afortunada, feliz si pensaba en él. Jamás experimentó antes una sensación similar.

Tañía la campana de la iglesia y se largaba: *...Nada tan bello como el sur. El lugar más hermoso del mundo. Estaba segura. ¡Cómo amaba su casa de piedra y troncos! Troncos descortezados, lisos, pintados al aceite. Llovía mucho en el sur. Cortinas de agua que le hacían sentirse hogareña, melancólica, dulce. Quién sabe si por eso amaba la lluvia.*

*Le placía escucharla tocando con sigilo los troncos de su casa y las tejas de alerce; como si con sus dedos —se le ocurría— la palpara a ella en forma secreta, asordinada. Al día siguiente, no obstante prevalecer en su piel la impresión, los troncos amarillos, lavados, relucían al sol de la mañana y también el follaje verde y las montañas. Amaba las montañas circundantes, apretadas de árboles: las rocas pardas y la nieve que refulgía en la cima de los montes y ventisqueros. Amaba el río Blanco y amaba asimismo su rumor. Todavía más, amaba las flores silvestres que recogía en el bosque o a la orilla del río entre las piedras o en las cercanías del lago. Las tomaba con cuidado para no desprenderles las raíces y en seguida las llevaba a su casa para replantarlas en su jardín. Pero, por sobre todo, amaba su figura, la de su marido: alto y bronceado, y su voz baja y cálida, tierna sólo para ella.*

Todo el tiempo, en cada momento pensaba en él: al levantarse en la mañana, mientras se lavaba, en el tranvía o en el microbús, en su trabajo. No se levantaba jamás en Recoleta, sino en su casa de la montaña.

Su sueño, como la casa de la montaña que construyó para albergarlo, quedó cimentado al concluir el otoño, defendido del invierno, como si se amurallase en él contra la luz cruda, inhumana, hosca, invernal. Ahora, los hechos más importantes, su noviazgo, las indecisiones, pertenecían al pasado. De improviso se casó. De camarera se convirtió en la esposa de un agricultor del sur.

Sucedió así: un día (no porque él la mirase, de hecho no reparaba en ella) lo decidió. Quizá primó, obligándola, su propia soledad; tal vez, la voz desapacible de la madre gravitando sobre ella; o las esquinas con su casi perenne llovizna en derredor de los faroles. ¿Quién sabe? Lo cierto es que, como puede determinarse cualquier cosa y aun sin la participación de él, resolvió hacerlo; posiblemente no ella, no su consciente voluntad, sino más bien la sensación cálida que sentía al verlo, la dulzura tibia que la inundaba. ¿Quién sabe...?

Una tarde cualquiera se casó. Se casó ahí, en el café, y se marchó con la primera lluvia de ese año, que caía fina y densa, y tomó el tren hacia el sur.

La lluvia resbalaba en los vidrios, goteaba. Y afuera, en los campos, se extendía la bruma azul, mágica, la bruma: deshecha, sutil, semejante a humo desflechado borrando el paisaje. Entretanto, la camarera proseguía sirviendo el café humeante dentro del pequeño espacio encerrado por el mesón oval. Él ya se había ido. La puerta oscilaba aún. El humo de su cigarrillo se esparcía, invisible. Sin embargo, no era esto lo que la preocupaba. No lo que él involuntariamente se llevaba de ella. No. Eran las puertas del invierno abiertas, la silla vacía hasta el día siguiente, las veinticuatro horas que nadie ni nada podían llenar; más aún, su regreso a casa, la lobreguez inhóspita, la humedad de las sábanas. El hastío, evidente hasta el cansancio, que se acrecentaba y repetía como si estuviese ligado a los peldaños de la escalera de su casa de Recoleta, todos los días, noche a noche, ineludible, igual. La angustiosa soledad como un pájaro muerto entre sus manos. Eso fue. Eso. Lo que la impulsó a tomar el tren con él, justo cuando él ya no se encontraba en el local.

Afuera, la lluvia, densa, caía rebotando sobre el pavimento.

Para ella, la lluvia no castigaba la calle; emblanquecía otro paisaje: de colinas redondas, moteadas de avellanos, rojizas, otoñales. Las veía. Un paisaje nostálgico. Se sentía despedazar. Y entre el vapor de las máquinas de café corría el tren, aullando, enroscándose en la noche, en ella, en las colinas, rompiéndolas, rompiéndola.

Si pensaba (pero no pensaba)..., vivía soñando desde que murió su padre. En aquel tiempo todo era diverso.

Su padre trabajaba de camarero en un restaurante de lujo y ganaba bastante. Sin embargo, recordaba a su madre quejándose siempre. Jamás supieron por qué. Tal vez —sospechaba—, nunca existió una verdadera razón.

Corría el invierno.

La cara enflaquecida del padre reflejaba cansancio. Por las mañanas se le veía macilento, terroso. Terminaba de trabajar entrada el alba, y cuando llegaba a su casa y se metía en la cama, su mujer, despierta, comenzaba a revolverse y a toser; después, a lamentarse de él, de sus hijos, de su pobre y triste vida. Al fin la

mujer se levantaba. Torturado e insomne, no conseguía ya ni dormir ni desentristecerse. Hasta su cama, ineludible, lo alcanzaba el ruido áspero que hacía ella rastrillando el gallinero. Cada golpe de pala, cada rascar del rastrillo, lo fustigaban como si estuviesen al lado suyo, acosándole, su voz, su queja. También los hijos oían el rastrillar como una protesta, como una querrela permanente entre ella misma, la vida y todos. Ninguno lograba volver a dormirse.

No vivían en Recoleta en ese tiempo. Arrendaban una casa antigua en los extramuros de Ñuñoa, con un jardín sombrío delante y atrás un huerto y un gallinero. Era una gloria vivir allí. Con árboles floridos, flores y hierbas por donde se mirase. Poseía entonces largas trenzas rubias, quince años y senos nacientes y duros que le gustaba tocar. Comúnmente (un muchacho la esperaba en la esquina), salía a la calle dos veces al día; temprano para las compras diarias del almacén y verduras, y otra por las tardes para buscar algo que olvidara a propósito en la mañana. Su madre la reñía siempre, pero ella pensaba en él aguardándola y los gritos le resbalaban como lluvia sobre vidrios. No le sucedía igual al padre. Corrido, cansado, se refugiaba en la galería. Allí permanecía acurrucado, con el aire de un perseguido, oculto tras su periódico. Si se dormía y la muchacha se daba cuenta, venía silenciosa a cerrarle la puerta.

Fue para el casamiento del hermano cuando el padre se enfermó. No volvió a levantarse. Parecía casi contento del forzoso descanso; dormía y dormitaba, y ni la voz de su mujer lograba, ahora, arrancarle del sueño. Durmió y se durmió para siempre ese mismo invierno. A los pocos meses, la madre y la hija se mudaron a Recoleta. Recomendada por el patrón de su padre, comenzó a trabajar de mucama en un hotel de tercera categoría. Pronto, en muy pocos años, el cansancio y la sordidez devastaron su juventud, asomándose a su cara, colgándose de sus senos.

Se sucedió, sin sosiego desde entonces, entre los gritos agrios de su madre y el cansancio sin esperanza de su trabajo, un largo deambular por hoteles y restaurantes de ínfima categoría y fuentes de soda sucias de borrachera y moscas.

En ocasiones, la camarera llegó a pensar que ella a nadie le importaba un bledo. Evidenciaba esto casi siempre después de un

día agobiado o cuando debía pagar alguna cuenta de importancia. También solían provocarle desconsuelo: la noche, la lluvia pertinaz empapándola en alguna esquina mientras aguardaba el tranvía a su regreso a casa, o el frío chicoteándola en las bocacalles. Pero, sin duda, lo que le producía mayor sentimiento de soledad y abandono era el ruido rasante y efímero, fugaz, de las gomas de los automóviles alejándose sobre el pavimento mojado. Lo sentía, inasible, como si se llevase, antes que ella pudiese siquiera alcanzarlas, todas sus esperanzas, el calor humano que necesitaba. De haber podido subir, alejarse en uno de esos coches, hubiera sido para la camarera como caminar más allá de sí misma, semejante a contemplar su propio y desolado bulto, desamparado bajo el farol de la esquina.

Es posible que debido a estas experiencias, junto con acercarse el invierno, descubriera pensar en él. Sin saber encontró la fórmula que le permitía evadirse del desaliento. Comprendiéndolo o no, se entregó por completo a su sueño. Su cara se transformó. Una expresión ilusionada, de íntimo recogimiento y dulzura, modificó sus rasgos. Parecía otra. Algo sutil se desprendía de ella: los hombres comenzaron a mirarla. Sin embargo, la madre fue la primera en notarlo. Y cuando la camarera apareció con un vestido de lanilla azul y adquirió a crédito un abrigo nuevo granate y zapatos de charol de taco alto, hurgó centímetro a centímetro, en forma concienzuda, en el cuarto de la hija. "Llevaría la foto consigo en su cartera", dedujo al no encontrarla.

Dos o tres veces por semana, desde que poseía vestido nuevo, iba al cinematógrafo. Formaba parte de su rito. Le resultaba agradable sentarse y permanecer sola, sumida en la obscuridad, en el ambiente poblado y tibio de la sala. Elegía una butaca aislada y abrigaba la secreta esperanza, no enunciada, de que él, viniendo por casualidad, se sentara junto a ella, y se engañaba a sí misma diciéndose que las voces contiguas la distraían. Escogía películas románticas y algunas las llegó a ver hasta dos o más veces. Por lo general, apenas comenzaba la función, alguien se sentaba a su lado. Si era mujer, pareja o un señor viejo, o además de viejo, gordo, se trasladaba de sitio. En cambio, si el recién llegado se ajustaba aun-

que fuese en forma aproximada a él, no sólo admitía su presencia, sino que, conducida por el espectáculo y por su propio sueño que vivía, inconscientemente se arrimaba buscando la realidad ilusoria del contacto varonil y humano. Salía de la sala con los ojos brillantes y húmedos, sintiéndose lánguida y vulnerable.

Durante todo el invierno jugó su juego.

Antes de que aparecieran las primeras yemas, a comienzos de agosto, la sorprendió una mañana un hálito tenue que se colaba por la ventana abierta de su dormitorio. Brincó igual a un pájaro dentro de su jaula. No obstante, el invierno persistió aún quince o veinte días. Imperceptiblemente la luz alargaba los crepúsculos, suavizándolos. La brisa a menudo volvía en forma inesperada; ligeras rachas fugaces, repentinos aleteos que suscitaban en el corazón de la camarera vagas inquietudes. Dejó de ir al cine. Precisaba caminar, sentir las mañanas soleadas. De improviso comprendió una tarde, mirándolo en el café, que eran su entraña, su sangre, su necesidad de tocarlo y sentirlo, de ser tocada, lo que la angustiaba. No lo pensó. Fue un deseo agudo, inopinado, presente en ella misma y en su piel, irrazonado, violento.

Casi ya no podía morar en su casa de la montaña. No la envolvían las noches. Las noches largas, pesadas, lentas. Sentía ahora el parpadeo vivo de las estrellas latir en la atmósfera, liviano, claro, atravesando la transparencia del aire nítido. Latente y latiente hasta hacerle daño. Su sueño, agotado, denso de invierno, pedía algo que ella no sabía darle. Los tranvías, demasiado evidentes, apagaban el fragor lejano del río, el susurro bisbiseante de los árboles. No llovía. Temprano el sol inundaba su cuarto, privándolo de intimidad. No se quedaba dormitando. No podía. Un sentimiento alegre, de esperanza renacida, la impulsaba a cantar como un pájaro. Luego se lanzaba a la calle. Ignoraba en pos de qué.

Así transcurrió la última parte de agosto.

En esas tardes más claras, el local parecía bullente, pleno de vida. Incesante, la gente se renovaba, se batían las puertas y hasta el vapor de las máquinas se tornaba diferente, dinámico.

Él, ella observó, ya no leía el periódico, aunque lo guardaba doblado en el bolsillo de su chaqueta. Ocupaba siempre su mesa

habitual, pero se sentaba ahora vuelto hacia la calle. Con frecuencia giraba su mirada escrutando a los clientes. En la medida en que las tardes se alargaban, descubrió con inquietud, él acortaba su permanencia en el café.

Súbitamente no concurrió.

Ante los ojos incrédulos de la camarera cayó la tarde como una golondrina muerta. Esa noche, sin saber por qué, lloró. Larga y desconsoladamente lloró, silenciosa, mientras se enroscaba el cabello en tiras de papel. El llanto le hizo tanto bien como la lluvia a la tierra reseca. Al día siguiente —los tejados fulgían al sol—, renovada, henchida de esperanza, gorjeaba como un mirlo regando sus pequeños maceteros en el balcón.

No existía ninguna razón para llorar: él volvería. Ni lo decía ni lo consideraba. Era una especie de seguridad irrazonable que le transfería la mañana radiante, plena de sol. En el aire resplandeciente gravitaba algo suspendido, bueno. Casi lo sentía tremolar, como si estuviese por acaecer un milagro, contenido, rumoroso. Perpleja, expectante, escuchaba crecer esta promesa en su sangre apercebida, este latir cósmico expresado en ella, en la atmósfera, en las yemas hinchadas, en la luz. Ya no se sentía estéril, solitaria. Algo fecundo, universal, tomándola en su engranaje, se había puesto en movimiento, incorporándola a la vida, pulsando con su mismo latido, al unísono, en un común inconmensurable, no individual. Lo sentía pulular dentro y fuera de sí; semejante a una fuerza adormecida, despertar, licuarse y crecer. Casi podía oírlo, escuchándolo escucharse, como si ella misma fuese parte integral de un todo: de la noche, de la atmósfera, de las estrellas, del mundo animal y vegetal. Escucharlo y percibirlo del mismo modo, igual a como sentía en un musiteo bajo, casi subterráneo, como si los árboles hablasen. Un susurro, un rumor continuo que le era transmitido por todas y cada cosa viva y que ella misma, de igual modo, transmitía.

Intuía en forma vaga lo que le acontecía sin tratar de entenderlo. Presentía, sin siquiera llegar a preguntarse, que algo cambiaba en ella y en las cosas, de igual manera a como variaba la luz prolongándose y verdecían y florecían los árboles.

De súbito vislumbró una tarde que también él parecía diferente. Escasamente demoraba una hora larga como antes. A veces ni se sentaba. Si lo hacía, permanecía sin leer, distraído e intranquilo. Tardaba apenas un rato y luego se iba de prisa como si tuviese determinado quehacer. La camarera atribuyó el cambio a que encontraba ocupada su mesa habitual. Comenzó a odiar entonces a quien se sentaba allí.

Algunas veces, cuando pedía su café en el mesón, le tocaba a ella atenderlo. Si sucedía, se ponía roja de vergüenza y no osaba levantar la vista. Azorada y sin mirarlo, colocaba delante de él el platillo, la cucharilla y el azúcar. Se le ocurría que todos notarían el temblor de sus manos. Nunca llenaba demasiado la taza y antes que a nadie le servía a él, olvidándose por completo de los demás clientes. Lo ejecutaba en un estado de superexcitación, sonámbula, y luego se retiraba al rincón más apartado que le permitía el espacio encerrado por el mesón. Desde ahí lo atisbaba. Metía aparte, en otro bolsillo, su propina para no confundirla. Las monedas la conmovían. Le parecía, haciéndolas tintinear, que era casi como tocarlo. Las escondía en su casa en una cajita de lata oculta entre su ropa interior, para conservarlas.

Una de aquellas tardes, por casualidad, él la miró en forma distraída. No llegó a verla. Más bien tropezó con ella al azar. El corazón de la camarera dio un vuelco. Creyó desvanecerse. Luego enrojeció y se inundó de calor como si él hubiese acariciado su piel.

No volvió a ocurrir. Ella tampoco lo deseaba. Su instinto le advertía que cualquier contacto real, una aventura, lo destruiría todo. Y precisaba su imagen intacta, distanciada y posible, como es indispensable y sirve un billete de lotería para fantasear con él.

Durante casi un mes todavía concurrió en forma regular. Ya las puertas del café se mantenían día y noche abiertas y fijas. Constante, igual a un desfile de hormigas, entraba y salía el público. Los hombres, con extraña y misteriosa prisa que los llevaba y traía dentro y fuera del café; las mujeres, semejantes a grandes y multicolores mariposas de cintura estrecha y amplias faldas pintadas, parecían revolotear en el ambiente con cierto apercibimiento audaz, para terminar posándose

un instante en el mesón. Caras recientes, no invernales, aparecían. Él vestía ahora un traje gris de tela liviana y ya no usaba abrigo ni sombrero. Un día —lo contemplaba desde su rincón— descubrió que tenía las orejas velludas. Descubrir esto le provocó risa. En seguida un sentimiento de ternura e intimidad prevaleció. Ya por la noche, acostada, discurrió que con seguridad tendría también el pecho cubierto de vellos. Se los imaginaba tupidos y crespos, cenicientos como el cabello. Pensando en ello se desveló.

Despertó tarde a la mañana siguiente. Sentíase laxa, no enervada. Una sensación de bienestar, de tranquila energía, un sosiego dulce la invadían. Presente en su epidermis y en las yemas de sus dedos, percibía el escozor áspero que conocía, el contacto duro, similar a virutilla de alambre de sus vellos. No abrió los ojos.

Afuera reverberaba el sol.

Cerca de una semana la acompañó de manera vívida y real, por calles y parques, la emoción familiar, el picor íntimo de sus vellos. Albos y rosas, los pétalos mustios cubrían el césped verde y la fronda exhalaba ya un frescor quieto. Nadie hubiese podido columbrar siquiera, al verla sentada en una de las bancas del parque, mansa y apacible, qué secretos hilos movía para trocar lo ilusorio en verdadero, lo inexistente en real. Flotante, como una boya a la deriva, entraba y salía de su casa de la montaña, mientras los dedos, estáticos (ya no usaba el vestido de lanilla azul sino una pollera terracota, acampanada y ligera), mantenían la impresión alucinada y necesaria, el tacto áspero y recóndito. Envuelta en su nimbo mágico se dirigía más tarde hacia el café. Servía como una autómata.

Aproximadamente a la hora en que solía llegar él, acudía en la actualidad un hombre de edad mediana, portador de un abultado cartapacio que depositaba encima de la mesa. Absorto, ajeno al odio que despertaba en la camarera, se sentaba ahí, con un café delante, y tarjaba y tarjaba, cubriendo de anotaciones su libreta. Su tranquilidad la irritaba. Por la forma de arrellanarse, acomodando sus cosas sobre la mesa, era fácil comprender que no se marcharía tan pronto.

No lo vio entrar. Justo cuando se volvía para dejar la taza colmada sobre el mesón, lo descubrió, de pie junto al hombre del cartapacio. Parecía indeciso, dispuesto a irse. Abstraído el otro, sin percatarse, escribía y tarjaba. Atenta, llena de aprensión, lo observó consultar por dos veces seguidas el reloj. Breves segundos permaneció irresoluto próximo a la mesa y luego se dirigió a la caja para comprar su vale. Aliviada respiró. Oía, distante, como si viniese de una playa lejana, el rumor envolvente, airado de los parroquianos. De repente, él cambió de idea: con el vale en la mano (ella lo distinguía girando entre sus dedos) se paró un instante en la puerta, inseguro, y acto seguido se lanzó a la calle.

Se quedó estupefacta.

Presentía que algo irreparable comenzaba a suceder. Como el punto que se escapa de un tejido o de una media de seda, rápido se desplazaba en ella un sentimiento de vacío. Se tocó las yemas de los dedos y con una impresión de asombro y pérdida se volvió para coger las tazas de café: notando que desatendía al público, se acercaba al mesón el dueño del local. Nada le dijo. Frío y cortante, la midió con una ojeada que no admitía dudas.

Aferrada a su esperanza, sin salir de su estupor continuó trabajando en forma maquinal. Como si se burlase, el hombre del cartapacio seguía pegado a la silla. Satisfecho, cerró por fin la libreta. Fumaba. Dos tazas vacías resaltaban sobre la mesa. Lo miró con rabia. A nadie sino a él podía culpar. Comenzó, desde ese instante, a odiarlo intensamente. Llevada por su encono, no lograba quitarle la vista de encima. Hubiera querido fulminarlo.

Noche a noche se repetía que su ausencia no podía durar. Buscando consuelo, procuraba evocarlo. Ostensiblemente la memoria frágil de sus dedos olvidaba la sensación áspera. Dejó de hacerlo: obsesiva, se anteponía a cualquier recuerdo la figura del individuo del cartapacio. Cansada, concluía, pueril, prometiéndose a sí misma que, sin duda, vendría al día siguiente. Así se dormía.

Llena de zozobra irrumpía, antes de su turno, en el café. Ocupada o vacía, la mesa parecía en ese momento consolidar su ilusión. La sentía cómplice, perseverando, el único nexo auténtico

que le restaba ligándola a su sueño. Luego, su angustia contaba los minutos. Irascible, nerviosa, atendía mal. Continuamente se equivocaba, sirviendo café *corto* a quien se lo pedía *largo*, caliente a quien lo deseaba frío.

Con exactitud cronométrica, a la hora establecida por él, aparecía en su lugar, defraudándola, el hombre del cartapacio. Derecho, sin titubear, se dirigía a la mesa. Negándose a creerlo (en su irrazonable razón), lo veía abrir el portafolio y sacar su libreta. Palmoteaba fuerte las manos para pedir su café. Efectuaba su entrada y ocupaba su sitio, a ella se le antojaba, en forma triunfal y posesiva. Desde que el individuo se instalaba, no sabía por qué, desvaneciase su esperanza. Pasmada y odiándolo, seguía sus movimientos. Debía contenerse para no gritar.

Eludía mirarlo. Sospechaba que, cada vez que sus ojos lo encontraban, algo se destruía trizándose dentro de ella. Sentía como si hasta la mesa se tornase odiosa. Le parecía como si una cuerda tirante los uniese amarrándolos, ahorcándola a ella, a su ilusión, poco a poco. Decidió, en presencia del hombre, ignorar su sueño. Inevitable, como una vela blanca en medio del océano, él atraía su vista. Al tocarlo, su mirada se refractaba veloz, huyendo como si rozase algo candente, instintiva y semejante a la pupila de un gato. Llegó a aborrecerlo.

Sutil, concentrado e invisible, convertido en hilo transmisor tendido entre ambos, su odio, como un puente, llegó hasta el hombre. Leves golpes telegráficos, insistentes, lo obligaron a alzar la vista. Él mismo no hubiese sabido explicar por qué o qué indagaba. Desprevenido, inocente, detuvo su mirada en la camarera. Una mueca de incontenible desprecio le respondió. Molesto, se reintegró a su labor y a sus papeles. La señal persistía inquietándolo. Como si una fuerza oculta y poderosa lo llamase, cada tanto rato se sorprendía a sí mismo mirándola. A ella esto la exasperaba; a él, por el contrario, sus gestos lo divertían. Dejó de ocuparse de su libreta.

Iguales se sucedían los días. Exacerbábanla su incertidumbre y la lucha sorda entablada con el individuo del cartapacio. Nunca

antes, ni siquiera durante el invierno, se sintió tan sola. Perdido su refugio, ya no la herían, la acosaban, desgarrándola, los lamentos inútiles de la madre. Los ojos tristes y dulces del sobrino, sus pequeñas esperanzas tímidas, su confianza inexpresada que presumía puesta en ella, lacerándola y empujándola, la forzaban y sostenían. Creía que jamás ya encontraría tregua. Latiendo grávidas, indiferentes, a un compás disímil al suyo, las estrellas le parecían ahora distantes, no frías. La noche, la luz, la savia de los vegetales, antes rumorosas y compañeras, hablaban un lenguaje desconocido, inexplicable. Concebía, sin razonar —pesaba en ella más bien como una sensación—, la naturaleza germinada, vuelta hacia sí misma, que se hinchaba creciendo, generando su propia vida, alimentándose en su propia fuerza, escuchando su propio murmullo. Un mundo sordo a lo exterior, vedado a lo estéril, volcado, atento a su entraña. Roto el mecanismo de su ensueño, presentía que marchaba ineluctable hacia su fin. Semejante a un fruto pasmado que cae del árbol pletórico y fecundo, desacoplada, quedaba fuera del engranaje universal.

Inesperadamente volvió. Tampoco esta vez lo vio llegar. Vuelta hacia la máquina, llenaba las tazas de café. Al girar, lo vio de repente, parado ahí mismo, frente a ella. Jamás antes lo contempló tan de cerca. Fue casi, casi como si la mirase dentro de sí misma. Atónita, no lograba discernir si tenía delante su figura real o ilusoria. Nunca entendió cómo se escurrieron de sus manos las tazas llenas de café. Puede que las soltara o que, creyendo posarlas en el mármol, lo hiciera simplemente en el aire. Lo cierto es que, rebotando en el mesón, cayeron sobre el pavimento, rompiéndose con estrépito. Nada percibió. En su sorpresa no oyó siquiera las voces airadas del público que la rodeaba. Sólo él, silencioso, consternado, se miró las puntas de las mangas, los pantalones chorreados, y sin alharaca alguna se marchó. Alelada, sin recobrase de su estupor, lo contempló irse. Casi en seguida salió ella, para siempre, despedida del café.

Anonadada, vacía, caminó sin dirección. Un sentimiento de catástrofe la abrumaba. No podía, no debía a esa hora insólita regresar a su casa. El rezongo acre interminable de la madre, anticipándose, repercutía en sus oídos. Vencida, se sentó en una de

las bancas del parque. Secándose con el borde del pañuelo los ojos humedecidos, pensó que él, aun sin desearlo, mientras quitaba las manchas de su traje, aunque fuese para maldecirla, debería forzosamente recordarla.

*Fernando Josseau*

Los acontecimientos sucedieron en 1723, al noroeste de la costa de Escocia, en una caleta llamada Sadex, sobre cuyos acantilados las olas rompían violentas, levantando gigantescos espirales de espuma que se elevaban majestuosamente hasta quince y veinte metros de altura.

La región era arcillosa, de una aridez alucinante. Los escasos pobladores de Sadex vivían de la pesca en alta mar. El tiempo era por lo general borrascoso, de tal modo que alguien que hubiese estado de paso en el pueblo o vivido en él, difícilmente pudiera imaginarlo sin sus lentas, espesas y oscuras nubes siempre amenazantes como un fondo perenne.

Aquel año, Osvald Heckel fue acusado de asesinato en el mes de noviembre. La supuesta víctima de Osvald era una viuda de treinta y cinco años, quien tenía relaciones con él. El arma del asesinato fue una afilada hacha de acero. El móvil, hurto en dinero efectivo. Según declaraciones de algunos parientes, la viuda guardaba sus ahorros (heredados de su esposo) en un lugar de la casa, un pequeño edificio de piedra vuelto hacia la bahía de Sadex, al finalizar el camino principal del poblado. Si bien es cierto que las pruebas no fueron del todo claras, Osvald Heckel fue la última persona con quien había estado la víctima aquel domingo en la mañana. Para ella realizaba pequeños menesteres; cortaba

leña y efectuaba diversos trabajos humildes. Osvald era pescador y trabajaba con su hermano, quien, después del crimen, abandonó la caleta definitivamente.

Cuando fue sentenciado a cadena perpetua, Osvald tenía veinticinco años. Como en Sadex existía sólo una insignificante cárcel provisoria, el joven Heckel fue trasladado al penal de Sutton, pueblo vecino con más de seis mil habitantes en esa época.

En la ciudad de Sutton nadie conocía a Heckel, de modo que el hombre fue prontamente olvidado. En Sadex los comentarios sobrevivieron sólo algún tiempo, luego los años pasaron y el nombre de Heckel se desvaneció en la memoria de todos. Su hermano desapareció, devorado por las olas —durante una faena de pesca en alta mar— en un violento temporal, siete años después.

De este modo, Osvald Heckel fue sepultado en vida en la oscura, húmeda y rancia cárcel de Sutton, un siniestro edificio de cantera y adobes próximo a la bulliciosa plaza del mercado.

Osvald fue un prisionero dócil y apacible. (Nadie, nunca, pudo saber a ciencia cierta qué pensaba realmente de su destino y de la sentencia a la que había sido condenado.)

Desde su estrecha celda, podía contemplar un trozo del cielo gris y borrascoso de Sutton; una vez al día le era permitido caminar algunos minutos por el patio central.

No fumaba. Tampoco leía (no sabía leer ni escribir).

El alcaide experimentaba compasión por aquel hombre alto, enteco, de amplia frente, ojos grandes y luminosos que si bien miraban con extraña mansedumbre, igualmente traslucían una desconcertante pureza y destellos de inteligencia e, incluso, el alcaide abrigaba la íntima convicción de que Heckel era inocente; se atuvo al reglamento ordenado por la sentencia y las rígidas normas de la cárcel; pero, sin embargo, alimentaba bien al prisionero y en muchas ocasiones, cuando había días de sol, le permitía caminar en el patio algunas horas “para que Heckel calentara sus huesos”. Estas pequeñas atenciones aliviaron presumiblemente los primeros años de Osvald en aquel horrible lugar. Alguna vez se le sugirió la posibilidad de realizar una labor manual con la intención de que

ganase un poco de dinero. Sólo después de haber permanecido cinco años en la cárcel de Sutton, Heckel aceptó el ofrecimiento del alcaide: comenzó a modelar pequeñas figuras de greda (trabajo para el cual no necesitaba herramienta alguna, ya que estaba prohibido usar instrumentos cortantes o afilados).

El alcaide murió a los diecisiete años de haber entrado Heckel en la prisión.

Cuando le informaron la noticia, Heckel no pronunció una sola palabra, pero los gendarmes pudieron advertir que sus ojos se humedecían ligeramente, velados por una sombra de pesimismo. Sin lugar a dudas, aquel hombre tenía reservado un sitio exclusivo en el corazón de Osvald: él había sido humano y comprensivo, no era culpable de su sentencia y sólo se había visto en la necesidad de cumplir con su deber. Jamás le había maltratado; en cambio, tuvo muchas pequeñas deferencias con él.

El silencio de Heckel se hizo más sombrío a partir de entonces e incluso, abandonó su trabajo con las figuras de greda.

Las horas transcurrían en la cárcel de Sutton pesadas y lentas tanto para los guardias como para Heckel.

Muchos gendarmes desfilaron por el interior del recinto, muchos murieron en tanto el prisionero continuaba ocupando, silencioso y ausente, su lúgubre rincón de la celda. Aquel hombre que no pronunciaba una sola palabra, de modales lentos y graves, de mirada exenta de rencor, pasaba casi inadvertido en la prisión de Sutton. En comparación con los problemas suscitados por el resto de los presos, la permanencia de Osvald era un alivio para el personal, un alivio que lindaba en la inexistencia.

Así su silencio y su inactividad formaron un distanciamiento visible entre él y el resto de los prisioneros.

Ni siquiera en el interior mismo de la prisión se hablaba de Heckel: era como un perro o un animal doméstico al cual sólo había que echarle un hueso cada día para que sobreviviera.

Cosa extraña, tampoco Heckel proporcionó a la enfermería la oportunidad de intervenir, pues daba la impresión de poseer una salud casi sobrenatural; numerosos penados, hombres corpulen-

tos y recios, de fuertes contexturas, eran víctimas de la humedad, la falta de sol y la miserable alimentación de la cárcel, y caían abatidos por fulminantes pulmonías, o, incluso, por la puñalada de alguno de sus compañeros... Heckel permanecía al margen de esos acontecimientos, más allá del bien y del mal: en una palabra, Heckel no existía.

El segundo alcaide falleció a los nueve años de dirigir el penal: fue un alcaide mediocre, no se comportó bien ni mal con los condenados; un simple funcionario, un burócrata anodino carente de personalidad.

Con su muerte, la historia personal de Heckel se disolvió, también, dentro del penal. Muchos creían que era mudo y otros que cumplía una cadena perpetua; todos ignoraban el motivo y las causas de su encierro. Nadie, al parecer, se interesaba en conocerlas. Heckel tenía a la sazón cuarenta y nueve años. Nadie sabía a ciencia cierta cuándo había llegado allí.

Muchos acontecimientos sucedieron afuera, en el mundo, mientras Heckel permaneció en el presidio: una mañana, en pleno invierno, cierto abogado de nombre Douglas fue a visitar el penal por razones profesionales. Un cliente suyo se había visto envuelto en una reyerta que culminó en un crimen. El abogado era de Edimburgo y tuvo que viajar expresamente para atenderlo.

Douglas era un hombre pequeño, huesudo y nervioso, de movimientos breves y certeros. Sin embargo, sus ojos profundos y penetrantes reflejaban una extraña calma interior. Se retiraba ya del penal cuando, al pasar frente a la celda, le llamó poderosamente la atención el singular rostro de Heckel; el tiempo había transcurrido misteriosamente sobre su piel, curtiéndola en forma peculiar: infinitas arrugas, diminutas y finas, resquebrajaban aquella epidermis, de modo que se tornaban imperceptibles a la distancia. El cuerpo se había encorvado un tanto, la suave mirada conservaba su luminosa pureza y una fuerza tan extraña se desprendía de ella, que hizo al abogado experimentar un escalofrío.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó.

El gendarme replicó con un movimiento de hombros.

—¡Oh, Heckel...! es la mascota de la cárcel.

Y prorrumpió en una estruendosa risotada celebrando su propio chiste.

El abogado se aproximó a Heckel y lo observó por entre los barrotes: comprendió que se trataba de un anciano. Instintivamente, el visitante retrocedió y, entonces, el rostro de Heckel pareció rejuvenecer: podía observarlo —ahora— con cierta nitidez, pues un rayo de luz, el único débil rayo de sol que penetraba en la celda, bañaba suavemente su rostro.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

El gendarme le miró imperturbable.

—No sé —dijo—. Tengo entendido que se trata de cadena perpetua. Estaba aquí cuando yo ingresé al penal.

El abogado Douglas se retiró profundamente impresionado. Se dirigió a la oficina del alcaide (era el séptimo desde que Heckel llegara a Sutton).

—Quisiera, señor alcaide, que tuviese usted la gentileza de informarme sobre el presidiario Heckel, el de la celda 43.

El alcaide lo miró lleno de asombro: hacía cinco años que dirigía aquella cárcel y nadie, jamás, le había formulado una sola pregunta con respecto a Heckel. Nadie se había tomado la molestia de hablar sobre aquel hombre, ni para bien ni para mal. Nadie, nunca, se había interesado en su persona, ni siquiera sus compañeros de cárcel.

—¿Heckel...? —repitió lleno de asombro—. ¿Se refiere usted a...? ¿Cómo es su nombre de pila...?

—El de la celda 43 —puntualizó el abogado—. Según tengo entendido, cumple una condena a perpetuidad.

—Ah, sí... —agregó el alcaide ambigualmente, como dándose tiempo—. Un hombre inofensivo. Hace mucho tiempo que está aquí.

—¿Cuándo fue condenado y por qué?

—Si usted desea informes completos, deberemos buscar su expediente en los archivos de los tribunales. El caso es muy antiguo y necesitaríamos algunos días.

—¿Días...? —preguntó el abogado—. Salgo esta misma tarde para Edimburgo.

—En ese caso —agregó el alcaide—, revisaré la ficha en nuestros archivos; pero le advierto que los datos que nosotros poseemos son muy escuetos.

—No importa —agregó el abogado—. Quisiera conocerlos.

El alcaide ordenó la búsqueda de la ficha del prisionero Heckel. La operación tardó cerca de dos horas... Por fin, en una sección abandonada del antiquísimo archivo —una pieza húmeda donde se respiraba el aire rancio y espeso— fueron halladas algunas fichas incoloras y tan roídas por la humedad, que prácticamente era imposible leerlas. Todas correspondían a presidiarios desaparecidos, muertos o ejecutados. En una de aquellas fichas pudieron leer un nombre: sólo era legible parte de la palabra Osvald..., las tres últimas letras y el comienzo del apellido Heckel... La palabra "homicidio", en cambio, se conservaba íntegra, pero la fecha de su ingreso al penal estaba deteriorada; luego de ser observada minuciosamente a través de una poderosa lupa pudieron comprobar que pertenecía al año 1723.

El abogado alzó la vista y miró lleno de estupor al alcaide.

—¡1723!... ¡No puede ser! ¡Debe haber un error!

El alcaide guardó silencio por unos segundos, reflexionando.

—Esta ficha no ha sido utilizada..., me refiero a la que corresponde a Heckel. Nadie le ha venido a ver. No tiene parientes... Nunca, antes, ningún abogado u otra persona ha intercedido por él... Pero no cabe la menor duda de que es ésta... Mire usted, el final de su nombre es aún visible "vald" y todo el comienzo del apellido.

—¡Entonces llevaría más de 140 años en la cárcel! ¡Eso es absurdo!

—Tiene que haber un error en el año de ingreso.

El alcaide volvió a observar con atención la ficha. Por fin, miró al abogado gravemente:

—Es obvio —agregó—. Tiene que haber un error.

—¿Podría interrogar al presidiario?

—Es mudo —replicó el alcaide—. Nunca ha pronunciado una sola palabra.

—¿Y no sabe escribir?

—No... Permanece absolutamente incomunicado con el resto de sus semejantes y no porque nosotros lo hayamos querido, sino debido a su carácter singular. Me da la impresión, a veces, de que si Heckel pudiese hablar, no diría tampoco palabra alguna. No concibo a ese hombre de otra manera que sumido en el más absoluto silencio.

El abogado escrutó fijamente el rostro del alcaide.

—¿Alguno de los antiguos gendarmes del penal podrá tener informes sobre el caso de Heckel?

—No sé. Es posible —dijo el alcaide un tanto sorprendido por el interés del abogado en la persona de Heckel—. Si usted lo desea, puedo hacer averiguaciones.

—Se lo agradeceré mucho. Volveré a verle a usted la próxima semana... Este asunto me intriga.

El alcaide guardó silencio: la actitud del abogado parecía reflejar un acto de tácita censura hacia su persona, por estar tan desprovisto de informaciones con respecto a los delincuentes alojados allí.

El abogado Douglas regresó una semana más tarde. El alcaide tenía unos vagos informes, todos provenientes de viejos empleados de los tribunales...

—Si su año de ingreso no es exactamente el de 1723..., en todo caso, tiene que ser muy antiguo. El expediente no está en los archivos de los tribunales. Cada setenta años son quemados, pues es imposible guardar tanto papel. Se calcula esa cifra, como una cantidad prudente de tiempo para que un presidiario condenado a cadena perpetua haya muerto... La vida, en el interior de las cárceles, no suele ser muy larga.

—Pero, ¿qué se sabe de ese hombre? ¿Quién es? ¿De qué homicidio fue acusado?

—Todo es muy vago —dijo el alcaide—. Los recuerdos de esos viejos empleados son muy similares a los nuestros: la imagen de un hombre apacible y silencioso, sin edad, un hombre que cum-

ple cadena perpetua desde un larguísimo tiempo como si hubiese nacido en esta cárcel. Nadie sabe más.

El abogado reflexionó un momento.

—¿Me permitiría usted hacerlo examinar por un médico...? Me interesa profundamente conocer su estado físico y una opinión aproximada de su posible edad.

El alcaide accedió.

La escena en que el médico examinó a Heckel fue insólita y conmovedora: era emocionante observar a aquel hombre sometién-dose a un inusitado experimento. No opuso resistencia.

El médico, bajo la luz de la lámpara de aceite que ardía en la enfermería, examinó los ojos del prisionero, sus dientes aún no gravemente deteriorados, su garganta y su lengua.

Concluido el examen y una vez que Heckel fue llevado nuevamente a su celda, bajo la mirada expectante del alcaide y del abogado, el médico dijo:

—Aunque en realidad no lo aparenta, es un hombre de edad extremadamente avanzada. Me lo han confirmado, sobre todo, sus manos. Su organismo actual, sin ser fuerte, se ha endurecido...

—Pero... ¿qué edad puede tener? —le interrumpió impaciente el abogado.

—¿Qué edad? —repitió el médico, como dándose tiempo—. Es muy difícil precisarlo... Noventa..., noventa y cinco años quizá... o...

—¿O... ciento sesenta y tres años? —concluyó el abogado Douglas.

El médico lo miró al fondo de los ojos. Meditó un instante, desplazó en seguida su mirada hacia el rostro estupefacto del alcaide y dijo:

—Después de cumplidos los noventa años, no es fácil determinar la edad de un anciano... ¿Ciento sesenta años? Es muy improbable... pero no es absurdo. He conocido hombres de ciento veinte años. En realidad, sus condiciones generales no eran muy diferentes de las de uno de noventa o noventa y cinco años...

—No hay huellas o lesiones externas aparentes. Sería necesario realizarle un examen meticuloso y completo para hacer una evaluación exacta.

El abogado retornó a su ciudad e inició, de inmediato, trámites para obtener la libertad de Heckel.

El hombre tenía dos razones para su petición: una, el excelente comportamiento del prisionero en el penal durante ciento cuarenta años; dos, "cadena perpetua" era una sentencia cuyo sentido jurídico podía ser interpretado dentro de los promedios normales de la existencia humana. Obviamente, la prolongación de una vida hasta esos extremos implicaba un castigo sin precedentes para un delito (en el caso de que la sentencia hubiese sido realmente justa) de homicidio común. Ciento cuarenta años de cárcel equivalían, según argumentó el abogado en sus apelaciones, a dos sentencias de cadena perpetua para un hombre de salud resistente... Aquel desdichado estaba sufriendo, prácticamente, una doble condena no contemplada por la ley debido a un crimen cometido hacía ya tantos años que ni siquiera existían los expedientes y documentos para verificar su trascendencia o gravedad.

Jueces y colegas escucharon atentamente los puntos de vista del abogado, manifestando profunda sorpresa por lo insólito del caso, algunos expresaron sus dudas aduciendo que se trataba obviamente de un error, otros argumentaban que eran simples argucias del abogado Douglas, que se movía impulsado sólo por el deseo de adquirir notoriedad con recursos de dudoso gusto.

El asunto llegó, finalmente, a los periódicos.

La noticia trascendió en la ciudad de Sutton. Todo el mundo, ahora, comenzó a hablar de Heckel... El prisionero silencioso y anónimo, el hombre insignificante y sin pasado se transformaba, de súbito, en un personaje singular.

Surgieron algunos testigos. Ancianos que habían oído la historia de Heckel de labios de parientes cuyos orígenes provenían del pueblito de Sadex; todos estos testigos, extrañamente, habían escuchado comentarios que poseían una característica común: Heckel era inocente, había sido víctima de un crimen que él no había cometido.

Se inició una investigación en Sadex, pero los informes resultaron vagos, confusos y contradictorios.

El sentimiento popular comenzaba a florecer en el sentido de convertir a Heckel en un mártir. Las conclusiones eran eminentemente sentimentales: Heckel había sido condenado injustamente. Dios le había permitido sobrevivir a las inenarrables miserias del penal ciento cuarenta y tres años. Se trataba, sin duda, de un milagro. (Un penal donde ninguno de los sentenciados a cadena perpetua había vivido más de veinticinco años.)

Multitudes de humildes labriegos y pescadores visitaron el penal; se realizaron manifestaciones en pro de la libertad de Heckel.

En las iglesias, muchos fieles rogaron por el alma de aquel extraño ser.

En la capital, la justicia estudió el caso una y otra vez: se expusieron argumentos, se formularon teorías, surgieron réplicas y contrarréplicas, se estudiaron nuevamente los códigos, se habló de "sentido jurídico", se trajo a colación "el espíritu de la ley", se murmuraba acerca de la rigidez de la justicia, se habló de "errores conceptuales", etc.

Alguien manifestó, incluso, sus dudas en el sentido de que si Heckel era puesto en libertad habría de sobrellevar una vida que a sus años y en sus condiciones físicas carecería de todo incentivo.

El abogado llevó el expediente, por fin, hasta el Ministerio de Justicia. Predominaba un espíritu favorable a conceder la libertad a Heckel. Pero el caso, desde el punto de vista estrictamente legal, no era tan fácil para los solemnes ministros de la Corte Suprema. Era sentar un precedente, sentar jurisprudencia. La ley era clara y terminante. "Cadena perpetua" no era una sentencia simbólica; su concreción implicaba una sola respuesta: el acusado debía morir en la cárcel de muerte natural. Si Heckel no había muerto, no era un problema que incumbía a los tribunales.

Igualmente, se plantearon dudas sobre la veracidad del caso: parecía muy improbable que fuera el mismo Heckel condenado en Sadex hacía ciento cuarenta y tres años... Se trataba de una confusión... Entonces, ¿qué crimen había cometido para que permaneciera en la cárcel de Sutton condenado a cadena perpetua?

Fueron revisados los archivos de Sadex una y otra vez, pero surgía siempre un solo documento: la rancia, polvorienta y descolorida ficha del penal, con los datos brumosos de Heckel casi ininteligibles.

Por otra parte, se intentó hacer hablar a Heckel en innumerables ocasiones (de muy buenas maneras, es cierto). Pero el prisionero no emitió una sola palabra; sus labios permanecían sellados por una mudez y una obstinación misteriosa. Sólo los ojos del prisionero parecían testimoniar la acusación de que en su inofensiva persona se había cometido una injusticia terrible.

En los expedientes de la penitenciaria existían informes sobre la conducta de muchos presidiarios (vivos y desaparecidos); igualmente en la enfermería había constancia de enfermedades, intervenciones quirúrgicas, fallecimientos inesperados. Pero no existía una sola palabra sobre el prisionero Heckel.

Pasaron algunos años y el interés por el caso Heckel pareció desvanecerse. Nadie tomaba una resolución definitiva. Heckel, en cambio, prosiguió su monótona y misteriosa vida dentro del penal.

El abogado de Heckel falleció la noche del 4 de julio de 1856 de un derrame cerebral.

El correcto abogado murió sin la alegría de ver en libertad a Heckel.

Pero había sembrado la semilla.

Sorpresivamente, el 9 de mayo de 1861, llegó por fin la orden al penal de poner en libertad a Heckel por su extraordinaria conducta. El decreto había sido firmado por el Primer Ministro.

Para Sutton fue un día de júbilo.

El párroco de la iglesia, situada frente a la plaza del penal, había ofrecido alojar, alimentar y cuidar a Heckel cuando éste fuese puesto en libertad.

El 9 de mayo fue un día de sol, un claro y luminoso día de primavera, luminoso y claro como pocas veces se había visto en Sutton (¿era una misteriosa premonición?), aunque una brisa helada sacudía los escasos árboles.

La multitud se apiñó en la plaza. Miles de ojos expectantes, ansiosos, conmovidos hasta las lágrimas, aguardaban la salida del prisionero.

Eran las cinco de la tarde cuando se abrió la puerta de la prisión. Sobre el marco ennegrecido por las sombras, la alta y desgarrada silueta de Heckel apareció lentamente, bañada ahora por

los claros rayos de sol. Heckel surgió como una aparición casi sobrenatural, envuelto en una irradiación invisible. La multitud se estremeció. Un escalofrío pareció sacudir a aquellos ansiosos espectadores. Reinaba un profundo silencio.

El párroco acompañaba a Heckel, quien, pausadamente, con una especie de mansedumbre abstracta, cruzó la vasta plaza de piedra; la multitud fue abriéndole paso. Algunas mujeres cayeron de rodillas intentando besar las manos de Heckel.

Por fin, éste llegó junto a la sacristía y el párroco, con suavidad, abrió la pesada puerta invitándolo a entrar.

La multitud, afuera, guardó silencio durante un largo instante, inmóvil y absorta. Muchas mujeres rezaban quedamente. Algunos ancianos no pudieron contener las lágrimas.

En el interior de la sacristía, el párroco había encendido un buen fuego en la chimenea. Le sirvieron a Heckel un tazón de chocolate, pan negro, queso y mermelada.

Heckel comió lentamente, en silencio. Desgranaba las migas de pan con sus dedos finos y lentos.

Después, el párroco le ofreció asiento frente a la chimenea y cubrió sus largas piernas con una espesa manta.

Heckel permaneció inmóvil, con la vista fija en el fuego que ardía silenciosamente.

Afuera, transcurridas dos horas, la multitud comenzó a dispersarse. El cielo se nubló y comenzó a caer una fina llovizna.

La plaza estaba desierta.

Heckel permaneció mirando el fuego de la chimenea el resto de aquella larga y melancólica tarde. Llegada la noche, se le dio de cenar frugalmente y en seguida se acostó a dormir en una limpia cama con sábanas blancas de hilo, en la habitación contigua a la del párroco: el sacerdote oró con solemnidad un largo instante junto a él antes de retirarse a su cuarto. Después le dio su bendición, apagó la luz y salió cerrando quedamente la puerta.

Osvald Heckel falleció aquella misma noche, entre las veintitrés y veinticuatro horas.

En el día intemporal de la muerte de tanta Eva: Eva de Perón, Ave Eva Dalí, Eva Braun (María) y otras, sería justo nombrar a una Eva viva. Haré, si puedo, el epitafio de su inmortalidad sobre una nueva lápida. La de Alcides Lima Busch, mi único amigo. Su muerte sería otra de sus obras inéditas si no lo hubiera, como se dice, sorprendido. Me pregunto si Eva estará informada de ese óbito. A menos que esta mala nueva no haya conseguido martillar el yunque en los oídos de una anciana seguramente incapaz de retener ya un dato más de la vida social en su memoria agotada.

Dicen que Eva está algo ciega y medio sorda. Empezaría a familiarizarse, gagá y filosofante, con el silencio. No está bien que lo rompa. Voy a hablar en su nombre, instigado por una revista de moda. Pensábamos que el gusto de la figuración iba a ser el último en quitársele. Probabilidad inquietante: por muy extraordinaria que a algunos le pareciera pensarla, siempre fue —es al menos mi opinión— una cabeza de pájaro.

Que el recuerdo del artista no sea, pues, maculado con las declaraciones de su musa a la prensa. Y que él encuentre aquí, en estas líneas, un último refugio contra la segunda muerte. La del nombre.

Aconsejo retener este acertijo: Alcides Lima. Tiene que tener algún sentido. Con él desaparece un precursor chileno del body-art. Autor de una obra escasa, demasiado incorporada a su cuerpo

como para sobrevivirlo. Profusa, en cambio, en desechos verbales y en documentos fotográficos que esperamos sean debidamente evaluados, con el tiempo y la pelecha, por una institución seria. De preferencia extranjera.

Vengo del Cementerio General donde, después de una tensa espera, me fue entregada —por la voluntad escrita del difunto— la urna que contiene sus cenizas. Ésta. Pero es horrible pensar lo que debo hacer con las sales alcalinas y térreas: espolvorearlas sobre la cabeza de Eva. Bañarla con ellas a mansalva, si nuestra común amiga se me resiste. ¿Qué será preferible: luchar con ella o descansar en su complicidad? En tal caso tendría que untar su cuerpo desnudo del residuo grisáceo de la combustión del cuerpo del artista mezclado con una crema de base. Emplasto de Adán: restitución a Eva, a través del maquillaje, de esa carne que quiso ser parte de la suya, en una común consagración a la diosa del barro original, la Afrodita Barbuda.

Yo no soy más que jefe de producción de lo imposible. La tarea inhibe mi pensamiento. Me toca trazar la línea divisoria entre el crepúsculo y el anochecer, a la caída de la tarde, con un poco de humo. Constituirme, por la persuasión o la violencia, en el representante de un muerto ante una moribunda, untando de piel la ceniza y de ceniza la piel. Sospecho que voy a limitarme a la labor de punto de la memoria. No se me pida más. También yo soy un candidato seguro a la ancianidad.

Recuerdo. Eva Montes de Ramírez y Alcides Lima se conocieron en casa de mi familia hace cosa de medio siglo. Con oportunidad del estreno en sociedad de mi hermana Consuelo. Fue entonces cuando dataron una alianza que no se expondría a las congestiones del pololeo; que no pasaría por el misticismo del noviazgo ni terminaría en la novela conyugal, en el realismo crítico.

Hasta ese día Alcides había cortejado a Consuelo con una sospechosa indolencia. Durante la fiesta, apenas vio por primera vez a Eva, olvidó ese rol hasta la descortesía. Él, que era tan british para sus cosas. Se pasó la noche entera en el ángulo menos frecuentado de la terraza, el mejor alumbrado, en lo que parecía un

estado de éxtasis, junto a su nueva amiga. Con su smoking blanco él, y ella como un témpano de raso y piqué. Una espiral de nieve. Un helado de caramelo.

Por ese entonces le llamaban el loco Lima. Su conducta en la Deutsche Schule, en el estadio alemán, en la Universidad, no dejaba nada que desear.

Como otros muchos jóvenes de su generación, había recibido con amargura la noticia de la caída del Canciller de Hierro. Estudiaba Derecho y era uno de los primeros santiaguinos iniciados en el conocimiento de las artes marciales. Lo habían tomado por cobarde en el colegio, pero se hizo temer, desafiando la autoridad de los maestros ocultos, al actuar como guerrero en dos o tres ocasiones contra pobres matones profanos que lo habían puesto fuera de sí y de las reglas del juego iniciático, terrible herencia de los japoneses.

Muy luego se vio que no despilfarraría la fortuna de su padre, representante en Chile de una fábrica americana de chocolates. Pero que sus estudios no le ayudarían a incrementarla. El amor al arte lo desterró a París, desde donde se escribió, por espacio de siete años, sólo con Evita María y conmigo. Pero no regresó para pedir su mano. Tampoco para hacerse cargo de la herencia. Su padre, casi centenario, lo sobrevive. A la vuelta de esa difícil juventud teníamos entre nosotros a un hombre que podía hablar en cualquier salón de todo, aterciopelada, imperiosamente, en tres idiomas.

En cuanto arquitecto regresó decepcionado del triunfo de los constructores de ciudades. De su paso por la Escuela de Vasarely, conservaba el gusto por los efectos bidimensionales de espacialidad. Prefería obtenerlos del natural y no en la tela, haciendo trabajar sobre un telón la sombra de los espectadores, el desconcierto o el aburrimiento de esos fantasmas que entraban y salían de la pantalla en una como respiración del espacio, dejando o trayendo estelas.

Y pasaron años.

Cuando cumplía los treinta y tres, la noche del día en que —según los más—, cansada de esperarlo, Eva consintió en casarse con Paco Ramírez, Alcides me comunicó su determinación de pensarla

“con el cuerpo y el alma”. Fueron sus primeras palabras. Luego se apoyó desaprensivamente en la autoridad de Stéphane Mallarmé. Lo citaba en una carta:

“Desde hace tiempo muerta, una antigua idea se ve tal cual es, iluminada por la luz de la quimera en que agonizó su sueño; se reconoce por el inmemorial gesto vacante con que se invita, para terminar con el antagonismo de ese sueño polar, a entregarse con él y la claridad quimérica y el texto nuevamente cerrado, al Caos de la sombra abortada y de la palabra que absolutizó la Medianoche.”

Creo que quería lucirse conmigo. Su proyecto era complicado, pero de otra manera. Tengo una hipótesis: quería ser Eva y prohibírselo a la vez. A eso le llamaba *pensarla*. Todo el mundo había esperado que se casara con ella, no que la pensara. Sólo muy lentamente algunos sospecharon años después que ese matrimonio se había consumado a su modo. Únicamente yo supe de esa unión conyugal abstracta que pretendía ser, según Alcides, un triunfo de la voluntad contra lo posible y que se fue convirtiendo en su obra maestra desconocida.

La noche en que me hizo su primera comunicación la obra estaba en pañales. A mí me pareció que se me podría haber insinuado en otra forma. Pero, al mismo tiempo y para desgracia del precursor a quien tomé, en ese entonces, por un vulgar travesti, la inocencia de su performance —inocencia a la que renunciaría por los teoremas— habría sido en el día de hoy su mérito mayor.

Vestido esa noche del cincuenta y ocho, en la semipenumbra de la casa abandonada, en el fundo materno, con el traje que Eva Montes había lucido trece años antes en el baile de mi hermana, se adelantaba a muchas de las acciones de arte que tendrían lugar un cuarto de siglo más tarde. Es bueno que lo sepan los imitadores que lo ignoran. Yo puedo confesar mi perplejidad de antaño, pues tampoco ahora me las doy de artista. Soy restaurador —algunos dicen falsificador— de la pintura chilena.

—Eva María —dije, avanzando hacia esa Eurídice. Se había convertido en estatua por mirar, sin pestañear, en mis ojos, el pa-

sado. Los suyos, recién bañados en lágrimas, brillaban por cuatro. Se pusieron incandescentes.

—No soy Eva Montes de Ramírez —retrucó—. Soy su soporte y ella es mi idea.

Ni el tono ni el timbre de la voz; fueron el estilo del pensamiento y la sintaxis las que me hicieron reconocer —a tanto llegaba la eficacia del simulacro— en Eva a mi amigo, su pensador.

De esa noche en que, ay, éramos muy jóvenes todavía, data nuestro pacto. A lo mejor fui timorato. Le hice jurar que no iría, en suma, tan lejos con los demás como conmigo. Mantendría el secreto de su obra mientras no la perfeccionara en la oscuridad, librándola de todas las impurezas que se prestaran a malos entendidos por parte del público. A cambio de ello acepté ser el testigo solitario de su desarrollo.

En esas horas de aparente inteligencia mutua, creo que, en realidad, me esforzaba por evitarle el escándalo y lo creía chiflado. Años después tuve motivos para creer que, temiendo a ese escándalo tanto como yo, había jugado con mi credulidad para tenerme a su disposición. Hoy acepto que, en arte, jugarse el todo por el todo es lo único razonable, y la locura el cumplimiento de una condición básica para lograr aunque sea el más módico resultado.

Así, por ejemplo, volviendo a la urna, acabo de arrancarle a Eva María por interpósita voz, telefónicamente, la resignada promesa de recibirme en su villa en una fecha que fijamos, sobre la que pareció inclinarse llena de dudas, estertorando... ¿no?

El retrato de Eva hecho de Alcides y no de materiales inertes fue un trabajo que ejecutó su autor de modo intermitente. Sus numerosos viajes al extranjero nada tenían que ver con el tema. Al regresar, me apremiaba: "Bueno, veamos dónde estábamos".

No sé si su distanciamiento de la sociedad local fue algo querido de su parte, una exigencia del proyecto o, más simplemente, el resultado casual del desprecio que le inspirábamos todos. Aunque seguía escribiéndose con su modelo, dejó de verla el día en que me mostró su primera prueba de artista. Necesitaba de la cháchara actualizada de ella y mía sobre ella —decía— para activar el sufri-

miento creador. Nuestra información negativa lo confirmaba en la creencia de que la verdadera Eva había existido sólo para él, gracias a él, no para el mundo, una noche de verano del cuarenta y ocho. Debía restituirla a la realidad pero como obra de arte, bajo la especie de una imago de carne y hueso. Él sería el autor de ese fantasma y su reencarnación. Eva tal cual él la había visto, completada por su propia mirada como un valor incorporado.

Según una precisión ulterior la obra pertenecía, modestamente (en esto no era visionaria), al género del retrato. Remitía de la noche en cuestión a los minutos que había demorado Alcides en concebirla. Mucho menos que los años que demoraría en concluirla o pensar que esto hacía con unos toques de ceniza final.

Supongo que, dado el género de la obra, su autor podía prescindir de las actualidades de Eva: una existencia que iba de Ceca en Meca. Prefería el saber a la evidencia de los sentidos. Evitaba un tête a tête con su corresponsal, defraudándola cada vez que ella intentaba salvar la distancia de la escritura.

Eva se cansó, por otra parte, de mis mentiras. No quiso creer en la verdad cuando, jugándome el todo por el todo, decidí decírsela y exorcizar así una ruptura inminente. Estaba al tanto de mis encuentros con Alcides en los últimos quince años, de los días y lugares precisos; pero cuando le hablé de la obra, me negó la entrada a su casa. Conseguí que derogara este decreto una sola vez, ofreciéndole, a cambio, la lectura de algunas de las cartas que mi amigo me había escrito, en los últimos dieciocho años, desde París, de puño y letra de la interesada, firmadas incluso por Eva Montes, y ciertas fotografías de la misma tomadas en su ausencia en la Costa Azul.

Ella reconoció su propia letra, pero declaró que yo le había sustraído esas cartas a mi hermana Consuelo. Eran las que ella, Eva, le había escrito a mi hermana diez años antes, mientras recorría Europa en un viaje de juventud. En cuanto a las fotografías, y estaba en la razón, sólo con una voluntad de oro se podía aceptar que en ellas apareciera alguien y no una mancha con faldas.

Así dejamos de vernos, malgré moi, creo que en el 63.

En cambio, Alcides me permitió que le mintiera. A él la verdad lo tenía sin cuidado. Fue coherente. Únicamente me necesitaba para mostrarme sus resultados que no se atrevía a editar. Admitía que yo le diera noticias de segunda o tercera mano, puro copuqueo social. Y material me sobraba. Eva había roto el pacto de clase. Por el solo hecho de tener amantes se sentía en la obligación de desacreditar escandalosamente el matrimonio.

Se declaraba orgullosa de tener hijos de tres padres distintos y aún —decían— de un amigo íntimo.

Alcides se las ingeniaba para que coincidiera el escándalo con la performance con una precisión tal, que llegué a creer que entre unos y otros había una relación de implicación mutua.

Para la primera ruptura matrimonial, en 1957, me pidió que le retransmitiera telepáticamente lo que veía ante mí y le dije: te veo.

—Ves a quién —insistió—.

Tuve el lapsus de su deseo, porque se me confundió la mirada.  
—A Eva María —le dije.

Para la segunda ruptura, me dijo:

—¿Y quién soy ahora que estoy en tu casa?

—Eva María —repetí.

—Mira bien —insistió—, sabes muy bien que soy tu amigo Alcides. —Había desistido, en esa época, de toda imitación material.

—Lo sé muy bien —le dije—, pero la veo a ella.

Tales fueron los mejores momentos de su arte. Es claro, un gran maestro no se habría valido de las proezas telepáticas y de las ilusiones ópticas. Pero cierta insuficiencia de la obra las justificaba. Después de todo, ¿era tan grave el que yo lo confundiera, de tarde en tarde, lisa y llanamente con ella?

La copia debía desalojar al modelo de la realidad y la obra ser *a la vez* una mujer y una idea. Olvidé a la Eva de carne y hueso; pero la idea de esa tipa, en lugar de elevarme a la fascinación me hundía en la repulsión, casi en el terror. Alcides y yo nos encontrábamos en relación a ella en los polos opuestos. Mala manera de encontrarnos.

Durante dos decenios he sido complaciente en recopilar los episodios penosos de ese detestable novelón que ha sido la vida de

Eva. Menos por encargo de mi amigo que por iniciativa propia. Se me ocurre que la detesto porque sólo Dios sabe cómo me hubiera gustado verlo casado con mi hermana Consuelo; dedicado, en mi taller, a la restauración, la copia o el plagio de antiguos retratos, antes que perdido en Europa en la fabricación de la prótesis, con su propio cuerpo, de un fantasma artificial.

Una vida contrariada y airada. Prostituida no, como lo sugieren sus enemigos, algunos matones rencorosos. Para no ser menos que ellos, Eva, la viperina, se abstuvo de echar tierra al rumor. Hasta el día de hoy hay gente que cree que el bello Alcides trabajó como bailarina en un café de Alejandría, rebajándose hasta el pedigüeño en los fumadores de opio.

Prefiero no discutir estas invenciones con otras, atenerme a lo que se sabe y a lo que el conocimiento permite conjeturar. No triunfó en el extranjero. El fracaso lo empujó al alcohol y a las drogas. Pudo ocurrir a la inversa. Para el caso es lo mismo.

La última vez que estuvo en Chile, poco después de su matrimonio con Ludmila Koppf, coreógrafa de Pink and Green Ballet de Londres, Alcides se veía muy envejecido y el maquillaje lo traicionaba. Tanto como a Eva el suyo, si no es demasiado decir. Se emborrachó en mi casa junto con su mujer y algunos andróginos e insistió en exhibir, por primera vez, su retrato de Eva. Fue desastroso. Hizo concesiones al público, que no entendía nada. El maduro galán se puso el traje viejo de Eva. No hizo más que caricaturizar a una meritante de la sociedad chilena de los años cincuenta.

Era la liquidación, a vil precio, de la obra. Terminó llorando a moco tendido. No lo volví a ver nunca más. Al día subsiguiente —mientras él volaba a Europa— recibí los desechos de su trabajo, más la cláusula testamentaria que me obligaba a continuarlo como ya lo he indicado. Y ocho años después —ayer— la noticia de su muerte.

La urna. Me corresponde ahora simular que actúo, terminando mi relato en el presente del indicativo. Como si en lugar de escribirlo estuviera ahora forcejeando con Eva en su boudoir en el cumplimiento —amigo mío— de tu última voluntad. Daré, mejor, el episodio por concluido y lo narraré en pasado.

A Alcides no le importaba ponerme en una situación imposible. Se limitó a imaginarla sin ninguna concesión a la realidad. Pensó que yo podría encontrarme a solas con Eva como en el laboratorio subterráneo de un castillo gótico abandonado. Y que ella, inmovilizada sobre su lecho clínico, se encontraría voluntaria o involuntariamente a mi disposición.

Ni él ni yo pensamos que tocaría a la puerta de una gran casa llena de gente bien educada: el último de los amigos de Eva, dos de sus maridos y algunos hijos mayores de todos los matrimonios, prósperos profesionales jóvenes. Un hogar feliz, en suma.

A pesar de lo ocupada que está como dueña de casa, Eva me hace entrar a sus habitaciones de agonizante y coge, como si tratara de anidarla entre las suyas, la mano que le tiendo.

Rodean el lecho los solícitos varones de la casa. Uno de ellos quiere desembarazarme del vaso como si fuera un paraguas. A todos parece ponerlos en estado de alerta mi negativa a desprenderme del extraño objeto.

Trato de decirle a Eva algo al oído, y le deslizo el nombre de Alcides. Uno de los individuos me advierte, con cara de palo, que la mujer está sorda. Ella pregunta con una ternura afectada por mi hermana Consuelo. Destapo el vaso y alcanzo a levantarlo sobre la cabeza de Eva —un brindis por el dios desconocido—. Ella se sienta en la cama como para auxiliarme con su perplejidad. Ellos me cogen por la espalda, de los brazos y de la cintura, y me arrastran fuera de esta pieza. Dejo en el suelo un reguero de cenizas. La única señal de tu paso por la tierra, Alcides.

La extracción de un caballo en la mina, acontecimiento no muy frecuente, había agrupado alrededor del pique a los obreros que volcaban las carretillas en la cancha y a los encargados de retornar las vacías y colocarlas en las jaulas.

Todos eran viejos, inútiles para los trabajos del interior de la mina, y aquel caballo que después de diez años de arrastrar allá abajo los trenes de mineral era devuelto a la claridad del sol, inspirábase la honda simpatía que se experimenta por un viejo y leal amigo con el que se han compartido las fatigas de una penosa jornada.

A muchos les traía aquella bestia el recuerdo de mejores días, cuando en la estrecha cantera con brazo entonces vigoroso hundían de un solo golpe en el escondido filón el diente acerado de la piqueta del barretero. Todos conocían a Diamante, el generoso bruto, que dócil e infatigable trotaba con su tren de vagonetas, desde la mañana hasta la noche, en las sinuosas galerías de arrastre. Y cuando la fatiga abrumadora de aquella faena sobrehumana paralizaba el impulso de sus brazos, la vista del caballo que pasaba blanco de espuma les infundía nuevos alientos para proseguir esa tarea de hormigas perforadoras con el tesón inquebrantable de la ola que desmenuza grano por grano la roca incommovible que desafía sus furores.

Todos esperaban silenciosos la aparición del caballo, inutilizado por incurable cojera para cualquier trabajo dentro o fuera

de la mina y cuya última etapa sería el estéril llano donde sólo se percibían a trechos escuetos matorrales cubiertos de polvo, sin que una brizna de yerba, ni un árbol interrumpiera el gris uniforme y monótono del paisaje.

Nada más tétrico que esa desolada llanura, reseca y polvorienta, sembrada de pequeños montículos de arena tan gruesa y pesada que los vientos arrastraban difícilmente a través del suelo desnudo, ávido de humedad.

En una pequeña elevación del terreno alzábanse la cabria, las chimeneas y los ahumados galpones de la mina. El caserío de los mineros estaba situado a la derecha en una pequeña hondonada. Sobre él una densa masa de humo negro flotaba pesadamente en el aire enrarecido, haciendo más sombrío el aspecto de aquel paraje inhospitalario.

Un calor sofocante subía de la tierra calcinada, y el polvo de carbón sutil e impalpable adheríase a los rostros sudorosos de los obreros que apoyados en sus carretillas saboreaban en silencio el breve descanso que aquella maniobra les deparaba.

Tras los golpes reglamentarios, las grandes poleas en lo alto de la cabria empezaron a girar con lentitud, desliziéndose por sus ranuras los delgados hilos de metal que iba enrollando en el gran tambor, carrete gigantesco, la potente máquina. Pasaron algunos instantes y de pronto una masa oscura chorreando agua surgió rápida del negro pozo y se detuvo a algunos metros por encima del brocal. Suspendido en una red de gruesas cuerdas sujeta debajo de la jaula balanceábase sobre el abismo, con las patas abiertas y tiesas, un caballo negro. Mirado desde abajo en aquella grotesca postura asemejábase a una monstruosa araña recogida en el centro de su tela. Después de columpiarse un instante en el aire descendió suavemente al nivel de la plataforma. Los obreros se precipitaron sobre aquella especie de saco, desviándolo de la abertura del pique, y Diamante libre en un momento de sus ligaduras se alzó tembloroso sobre sus patas y se quedó inmóvil, resoplando fatigosamente.

Como todos los que se emplean en las minas, era un animal de pequeña alzada. La piel que antes fue suave, lustrosa y negra como el azabache había perdido su brillo acribillada por cicatrices sin

cuento. Grandes grietas y heridas en supuración señalaban el sitio de los arreos de tiro, y los corvejones ostentaban viejos esparavanes que deformaban los finos remos de otro tiempo. Ventrudo, de largo cuello y huesudas ancas, no conservaba ni un resto de la gallardía y esbeltez pasadas, y las crines de la cola habían casi desaparecido arrancadas por el látigo cuya sangrienta huella se veía aún fresca en el hundido lomo.

Los obreros lo miraban con sorpresa dolorosa. ¡Qué cambio se había operado en el brioso bruto que ellos habían conocido! Aquello era sólo un pingajo de carne nauseabunda buena para pasto de buitres y gallinazos. Y mientras el caballo cegado por la luz del mediodía permanecía con la cabeza baja e inmóvil, el más viejo de los mineros, enderezando el anguloso cuerpo, paseó una mirada investigadora a su alrededor. En su rostro marchito, pero de líneas firmes y correctas, había una expresión de gravedad soñadora y sus ojos, donde parecía haberse refugiado la vida, iban y venían del caballo al grupo silencioso de sus camaradas, ruinas vivientes que, como máquinas inútiles, la mina lanzaba de cuando en cuando, desde sus hondas profundidades.

Los viejos miraban con curiosidad a su compañero aguardando uno de esos discursos extraños e incomprensibles que brotaban a veces de los labios del minero a quien consideraban como poseedor de una gran cultura intelectual, pues siempre había en los bolsillos de su blusa algún libro desencuadernado y sucio cuya lectura absorbía sus horas de reposo y del cual tomaba aquellas frases y términos ininteligibles para sus oyentes.

Su semblante de ordinario resignado y dulce se trasfiguraba al comentar las torturas e ignominias de los pobres y su palabra adquiría entonces la entonación del inspirado y del apóstol.

El anciano permaneció un instante en actitud reflexiva y luego, pasando el brazo por el cuello del inválido jamelgo, con voz grave y vibrante como si arengase a una muchedumbre exclamó:

—¡Pobre viejo, te echan porque ya no sirves! Lo mismo nos pasa a todos. Allí abajo no se hace distinción entre el hombre y las bestias. Agotadas las fuerzas, la mina nos arroja como la araña

arroja fuera de su tela el cuerpo exangüe de la mosca que le sirvió de alimento. ¡Camaradas, este bruto es la imagen de nuestra vida! ¡Como él callamos, sufriendo resignados nuestro destino! Y, sin embargo, nuestra fuerza y poder son tan inmensos que nada bajo el sol resistiría su empuje. Si todos los oprimidos con las manos atadas a la espalda marchásemos contra nuestros opresores, cuán presto quebrantaríamos el orgullo de los que hoy beben nuestra sangre y chupan hasta la médula de nuestros huesos. Los aventaríamos, en la primera embestida, como un puñado de paja que dispersa el huracán. ¡Son tan pocos, es su hueste tan mezquina ante el ejército innumerable de nuestros hermanos que pueblan los talleres, las campiñas y las entrañas de la tierra!

A medida que hablaba animábase el rostro caduco del minero, sus ojos lanzaban llamas y su cuerpo temblaba presa de intensa excitación. Con la cabeza echada atrás y la mirada perdida en el vacío, parecía divisar allá en lontananza la gigantesca ola humana, avanzando a través de los campos con la desatentada carrera del mar que hubiera traspasado sus barreras seculares. Como ante el océano que arrastra el grano de arena y derriba las montañas, todo se derrumbaba al choque formidable de aquellas famélicas legiones que tremolando el harapo como bandera de exterminio, reducían a cenizas los palacios y los templos, esas moradas donde el egoísmo y la soberbía han dictado las inicuas leyes que han hecho de la inmensa mayoría de los hombres seres semejantes a las bestias: Sísifos condenados a una tarea eterna los miserables bregan y se agitan sin que una chispa de luz intelectual rasgue las tinieblas de sus cerebros esclavos donde la idea, esa simiente divina, no germinará jamás.

Los obreros clavaban en el anciano sus inquietas pupilas en las que brillaba la desconfianza temerosa de la bestia que se aventura en una senda desconocida. Para esas almas muertas, cada idea nueva era una blasfemia contra el credo de servidumbre que les habían legado sus abuelos, y en aquel camarada cuyas palabras entusiasmaban a la gente joven de la mina, sólo veían un espíritu inquieto y temerario, un desequilibrado que osaba rebelarse contra las leyes inmutables del destino.

Y cuando la silueta del capataz se destacó, viniendo hacia ellos, en el extremo de la cancha, cada cual se apresuró a empujar su carretilla mezclándose el crujir de las secas articulaciones al estirar los cansados miembros con el chirrido de las ruedas que resbalaban sobre los rieles.

El viejo, con los ojos húmedos y brillantes, vio alejarse ese rebaño miserable y luego tomando entre sus manos la descarnada cabeza del caballo acariciole las escasas crines, murmurando a media voz:

—Adiós, amigo, nada tienes que envidiarnos. Como tú caminamos agobiados por una carga que una leve sacudida haría deslizarse de nuestros hombros, pero que nos obstinamos en sostener hasta la muerte.

Y encorvándose sobre su carretilla se alejó pausadamente economizando sus fuerzas de luchador vencido por el trabajo y la vejez.

El caballo permaneció en el mismo sitio, inmóvil, sin cambiar de postura. El acompasado y lánguido vaivén de sus orejas y el movimiento de los párpados eran los únicos signos de vida de aquel cuerpo lleno de lacras y protuberancias asquerosas. Deslumbrado y ciego por la vívida claridad que la transparencia del aire hacía más radiante e intensa, agachó la cabeza, buscando entre sus patas delanteras un refugio contra las luminosas saetas que herían sus pupilas de nictálope, incapaces de soportar otra luz que la débil y mortecina de las lámparas de seguridad.

Pero aquel resplandor estaba en todas partes y penetraba victorioso a través de sus caídos párpados, cegándolo cada vez más; atontado dio algunos pasos hacia adelante, y su cabeza chocó contra la valla de tablas que limitaba la plataforma. Pareció sorprendido ante el obstáculo y enderezando las orejas olfateó el muro, lanzando breves resoplidos de inquietud; retrocedió buscando una salida, y nuevos obstáculos se interpusieron a su paso; iba y venía entre las pilas de madera, las vagonetas y las vigas de la cabria como un ciego que ha perdido su lazarillo. Al andar levantaba los cascos doblando los jarretes como si caminase aún entre las traviesas de la vía de

un túnel de arrastre; y un enjambre de moscas que zumbaban a su alrededor sin inquietarse de las bruscas contracciones de la piel y el febril volteo del desnudo rabo, acosábalo encarnizadamente, multiplicando sus feroces ataques.

Por su cerebro de bestia debía cruzar la vaga idea de que estaba en un rincón de la mina que aún no conocía y donde un impenetrable velo rojo ocultaba los objetos que le eran familiares.

Su estadía allí terminó bien pronto: un caballerizo se presentó con un rollo de cuerdas debajo del brazo y yendo en derechura hacia él, lo ató por el cuello y, tirando del ronzal, tomó seguido del caballo la carretera cuya negra cinta iba a perderse en la abrasada llanura que dilataba por todas partes su árida superficie hasta el límite del horizonte.

Diamante cojeaba atrozmente, y por su vieja y oscura piel corría un estremecimiento doloroso producido por el contacto de los rayos del sol, que desde la comba azulada de los cielos parecía complacerse en alumbrar aquel andrajo de carne palpitante para que pudieran sin duda distinguirlo los voraces buitres que, como puntos casi imperceptibles perdidos en el vacío, acechaban ya aquella presa que les deparaba su buena estrella.

El conductor se detuvo al borde de una depresión del terreno. Deshizo el nudo que oprimía el flácido cuello del prisionero y dándole una fuerte palmada en el anca para obligarlo a continuar adelante, dio media vuelta y se marchó por donde había venido.

Aquella hondonada era cubierta por una capa de agua en la época de las lluvias, pero los calores del estío la evaporaban rápidamente. En las partes bajas conservábase algún resto de humedad donde crecían pequeños arbustos espinosos y uno que otro manojito de yerba reseca y polvorienta. En sitios ocultos había diminutas charcas de agua cenagosa, pero inaccesibles para cualquier animal por ágil y vigoroso que fuese.

Diamante, acosado por el hambre y la sed, anduvo un corto trecho, aspirando el aire ruidosamente. De vez en cuando ponía los belfos en contacto con la arena y resoplaba con fuerza, levantando nubes de polvo blanquecino a través de las capas inferiores del aire que sobre aquel suelo de fuego parecían estar en ebullición.

Su ceguera no disminuía y sus pupilas contraídas bajo sus párpados sólo percibían aquella intensa llama roja que había sustituido en su cerebro a la visión ya lejana de las sombras de la mina.

De súbito rasgó el aire un penetrante zumbido al que siguió inmediatamente un relincho de dolor, y el mísero rocín dando bruscos saltos se puso a correr con la celeridad que sus deformes patas y débiles fuerzas le permitían a través de los matorrales y depresiones del terreno. Encima de él revoloteaban una decena de grandes tábanos de las arenas.

Aquellos feroces enemigos no le daban tregua y muy pronto tropezó en una ancha grieta y su cuerpo quedó como incrustado en la hendidura. Hizo algunos inútiles esfuerzos para levantarse, y convencido de su impotencia estiró el cuello y se resignó con la pasividad del bruto a que la muerte pusiese fin a los dolores de su carne atormentada.

Los tábanos, hartos de sangre, cesaron en sus ataques y lanzando de sus alas y coseletes destellos de pedrería hendieron la cálida atmósfera y desaparecieron como flechas de oro en el azul espléndido del cielo cuya nítida transparencia no empañaba el más tenue jirón de bruma.

Algunas sombras, deslizándose a ras de suelo, empezaron a trazar círculos concéntricos en derredor del caído. Allá arriba cerníase en el aire una veintena de grandes aves negras, destacándose del pesado aletear de los gallinazos el porte majestuoso de los buitres que con las alas abiertas e inmóviles describían inmensas espirales que iban estrechando lentamente en torno al cuerpo exánime del caballo.

Por todos los puntos del horizonte aparecían manchas oscuras: eran rezagados que acudían a todo batir de alas al festín que les esperaba.

Entre tanto el sol marchaba rápidamente a su ocaso. El gris de la llanura tomaba a cada instante tintes más opacos y sombríos. En la mina habían cesado las faenas y los mineros como esclavos de la ergástula abandonaban sus lóbregos agujeros. Allá abajo se amontonaban en el ascensor formando una masa compacta, un nudo de cabezas, de piernas y de brazos entrelazados que fuera

del pique se deshacía trabajosamente, convirtiéndose en una larga columna que caminaba silenciosa por la carretera en dirección a las lejanas habitaciones.

El anciano carretillero, sentado en su vagoneta, contemplaba desde la cancha el desfile de los obreros cuyos torsos encorvados parecían sentir aún el roce aplastador de la roca en las bajísimas galerías. De pronto se levantó y mientras el toque de retiro de la campana de señales resbalaba claro y vibrante en la serena atmósfera de la campiña desierta, el viejo, con pesado y lento andar, fue a engrosar las filas de aquellos galeotes cuyas vidas tienen menos valor para sus explotadores que uno solo de los trozos de ese mineral que, como un negro río, fluye inagotable del corazón del venero.

En la mina todo era paz y silencio, no se sentía otro rumor que el sordo y acompasado de los pasos de los obreros que se alejaban. La oscuridad crecía, y allá arriba en la inmensa cúpula brotaban millares de estrellas cuyos blancos, opalinos y pupúreos resplandores, lucían con creciente intensidad en el crepúsculo que envolvía la tierra, sumergida ya en las sombras precursoras de las tinieblas de la noche.

## I

Cantaba con aguda voz de falsete, desde la mañana a la noche, canciones tristes, cuyas estrofas hablaban de ilusiones y esperanzas, también de ausencias y abandonos.

Entregada a los quehaceres que le imponía el negocio, moviéndose diligentemente detrás del sucio mostrador, únicamente interrumpía sus cantos para responder a las observaciones de los clientes o para castigar con rudo epíteto —en esta ocasión su voz tornábase agria y destemplada— las exigencias de los consumidores fastidiosos.

Su negocio —más propiamente dicho el negocio de su marido— era una especie de almacén-cantina, situado en la esquina formada por dos callejas suburbanas. Sobre una de sus puertas decía en letras azules:

“LA RRAMA DE OLIBO”.

“Probisiones para familias”.

y como pleca final, el rústico artista había diseñado un ave azul que, en alado movimiento, parecía arrancarse del muro, llevando en el prolongado pico una rama cubierta de hojas, también de

un azul intenso. Sobre la otra puerta decía simplemente *Cantina*, especificándose en descuidadas letras la jerarquía de la patente y asegurándose de encontrarse allí licores surtidos.

El interior era una sala mal entablada, dividida por el mostrador. Un tabique de madera separaba la parte destinada al expendio de *provisiones para familias* de aquella en que se vendía licor. Barriles, damajuanas, empolvadas filas de botellas, vasos y copas en este lado; abigarrado conjunto de cuanto puede adquirir la gente poblana para su diaria alimentación y uso, en el otro. Todo hacinado, revuelto, sucio, expuesto al aire terroso que venía de afuera.

Eran contados los instantes en que la patrona abandonaba el mostrador. Momentos de calma y de silencio en que triunfaba el zumbido de las moscas innumerables... La entrada de un cliente interrumpía de pronto aquella quietud. Entonces, surgiendo de apartado rincón, alzándose una figura de mujer, larga y esquelética, envuelta en obscuro pañolón. Alargaba el cuello y orientando su voz hacia la puertecilla de comunicación, abierta en el fondo, llamaba:

—Eloísa, Eloísa, buscan...

Sobrevenía la patrona, ladeándose para cruzar la estrecha puertecilla. Despachaba al comprador, poniendo oído propicio a las quejas, a las solicitudes de crédito. Y quedábase, por fin, mirando a la calle soleada y polvorosa.

—Supongo que no le pedirás a Feliciano que les fie... Supongo que... —empezaba a informarse el acento que antes la llamara.

—Yo sé lo que hago y a usted no le importa —respondía Eloísa, fastidiada.

—Todo lo que es de mi hijo tiene que importarme —insistía la cascada voz.

Eloísa terminaba por desentenderse de las murmuraciones de su suegra, y echándose sobre el mostrador, perdida la mirada, entregada al ritmo de sus imaginaciones, cantaba:

...Y recuerdo también que dijiste,  
al mirarme a la luz de la luna...

Era una mujer de carnes abultadas y toscas hechuras. Su rostro amplio, lleno, semejava una masa informe, en donde los ojos se perdían como dos negros abalorios; aparecía diminuta la nariz y como una herida sangrienta la boca de labios delgados. Todo el cuidado de su persona lo había concentrado en su rostro deforme. Y así era que su cara empolvada, sus labios encendidos por el carmín, su cabellera siempre húmeda y adornada con peinetas incrustadas de metal, contrastaban con aquel cuerpo tosco que cubrían vestidos sucios, chaquetillas que, en iguales circunstancias, amenazaban romperse bajo el peso de los pechos temblones.

Y de aquel cuerpo, y de aquel rostro, emitidas por una aguda voz de falsete, emergían de la mañana a la noche tristes canciones de amor.

—Canta, canta no más. ¡Como si en la casa no hubiera qué hacer! —refunfuñaba todo el día una voz hueca, molestándola, fastidiándola. Mas ella concluía por sobreponerse a todo y, perdida en sus interiores afanes, continuaba entonando su canción...

*...yo no puedo querer a ninguno,  
yo no puedo querer más que a ti...*

A las diez de la noche había cesado en el barrio todo tráfico, y entonces La Rama de Olivo cerraba sus puertas. Recogidos en sus habitaciones, en ese instante empezaba para sus moradores la vida del hogar.

Se agrupaban en torno de la mesa del comedorcito, entregándose cada cual a sus preocupaciones. El propietario echaba cuentas, hacía cálculos, se quejaba de los malos negocios, fundaba esperanzas en otros. Era un hombre enjuto, alto, entrado en años. Junto a él, su madre lo contemplaba en silencio, alargando el cuello cuando él insistía en que se posesionara de lo que estaba haciendo.

Más lejos, Eloísa se absorbía en la lectura de un libro, cuyas hojas amarillentas, medio destrozadas, relataban la historia de dos célebres amantes. La luz de la lámpara caía sobre ella, poniendo lustrosas reverberaciones sobre su tez.

En la sombra, en la obscura penumbra, inmóvil, alejada y sola, la sirvienta —una muchachita espigada y andrajosa— dormitaba, humillando y alzando la despeinada testa.

...Y un silencio pesado, penoso, una calma de prisión se apoderaba del recinto.

De pronto:

—Eloísa, ¿trajeron los barrenos?

—Sí...

—Dámelos entonces.

—Tomasa, anda a traerlos —ordenaba ella a su turno, sin alzar la cabeza de su libro.

La muchacha se levantaba restregándose los ojos, y arrastrando los pies entraba en el cuarto vecino.

—Costumbre que tienes la de no hacer nunca lo que te piden —refunfuñaba el marido.

Entonces, como si aquel denuesto hubiera colmado su paciencia, exasperada al fin, Eloísa gritaba colérica:

—Pero, ¿qué se han figurado todos aquí? No me dejan un momento tranquila... Todo el día se lo pasa una trabajando como una bestia, y ahora me vienes con que no hago nada. Aquí soy yo la ociosa, y sin embargo, los demás pueden pasarse con los brazos cruzados... Es mucha esclavitud ya... Si las cosas siguen así, yo sabré lo que tengo que hacer...

Airada, lo amenazaba con la voz y con el gesto, y su mano, agitada con violencia, golpeaba sobre la mesa, haciendo temblar los platos.

El hombre alzaba los ojos, movía la cabeza, dando muestras de pesar y terminaba por volver a sus cálculos, resignado, sin una palabra de protesta. Era la madre quien parecía sufrir, aguardando del hijo una rebeldía, un rasgo de autoridad que fuera a imponerse a Eloísa, haciéndole sentir que allí el amo era el hombre y no podía ser una intrusa su madre.

Mas aguardaba en vano. Y el maligno y esperanzado destello que apuntaba en sus hundidos ojos se apagaba al compás de un leve oscilar de la canosa testa.

Solía insinuar en voz baja, cuando la altivez de Eloísa la había aludido por grosero modo.

—¡Feliciano, por Dios! ¿Cuándo van a terminar estas cosas? ¿Hasta cuándo vas a seguir así? Pon de una vez por todas las cosas como deben ser... Si yo soy aquí una forastera, me iré... Prefiero irme antes de seguir viendo lo que veo...

En otras ocasiones le afirmaba:

—Esa mujer es tu desgracia... porque no te quiere ni te considera...

—Déjese usted también, señora. No me desesperen tanto —declaraba el hombre irritado.

Y se alzaba de su asiento mascullando torpes propósitos de conducta para después, para en adelante. Mientras tanto pasaba al cuarto vecino... Hasta los oídos de la vieja llegaban entonces frases de ruego, explicaciones serviles formuladas por un acento de hombre.

Como si todo aquello la desesperara, la vieja tornábase de mal humor. Su mansedumbre de todo el día se trocaba en agria cólera que iba a caer sobre Tomasa. Incredpábala duramente por el hecho de estarse allí, en su rincón, sin hacer nada. La muchacha la escuchaba decir, casi sin darse cuenta, con los ojos cargados de sueño. Replicaba a veces, vacilante. Entonces la vieja alzábase amenazadora y huía la muchacha hacia el patio, arrastrando sus zapatos, perseguida por un acento cavernoso, que la llamaba:

—¡Bruta... bruta!...

—Cállese por favor, y deje a la chiquilla —gritaban desde adentro.

La vieja se silenciaba, volvía a su asiento y ahí inmóvil, hierática, bajo la luz de la lámpara, parecía meditar, agitando sus labios como si formulara una oración...

## II

Con mano prolija concluyó Eloísa de atar el paquetito. Llamó:

—¡Tomasa!

Y cuando la muchacha se encontró en su presencia, le dio el recado, repitiéndoselo una y otra vez.

—De mi parte... ¿Entiendes? Y que no se le olvide que el domingo lo esperamos a almorzar... Anda; y no te demores.

Salió la muchacha con andar lento. Eloísa le previno impaciente:

—Te digo que vayas ligero.

Entonces la voz de su suegra expresó con sorna:

—Para eso sí que te apuras. En tratándose de ese ocioso te vuelves azogue...

—Y, ¿a usted qué le importa?

—A mí, nada... Aunque la gente diga lo que diga...

—¿Y qué tiene que decir la gente? —exclamó Eloísa súbitamente fuera de sí—. ¡Ya es mucho! Hartas atenciones le debemos a Aníbal y, además, es amigo de Feliciano...

—¡Amigo, amigo...! Di mejor que Feliciano está ciego...

Una vez más entre las dos mujeres surgía disputa acerca de la misma cuestión, y una vez más, también recurrió Eloísa a un golpe de audacia para detener a su suegra en el camino de aquellas suposiciones.

—Si está ciego, ¿por qué no se lo dice usted? —insinuó con depreciativo acento—. Vaya, dígaselo, cuénteles todos los pensamientos malos que a usted se le ocurren...

—¿Para qué, pues? Tarde o temprano comprenderá sin que se lo digan... Entonces...

—Pero de una vez por todas, ¿quiere decirme lo que se está creyendo?

Y como no le contestaran, salió del mostrador y fue hasta el rincón en donde estaba su suegra. Repitió amenazante:

—¿Quiere decírmelo?

—Vaya, niña, toma un palo y pégame...

El insulto partió como un balazo. Y tras ése, muchos otros salieron atropellándose de la boca temblorosa de la mujer. La vieja se había puesto de pie, sorprendida por aquella inusitada exaltación. Permanecía muda, pestañeándole los hundidos ojos. A su turno,

rehecha de su asombro, se excitó; con rápido ademán cogió una botella y blandiéndola en la descarnada diestra, previno a su nuera, con voz trapajosa:

—Si no te callas, te... ¡Qué te has figurado... indecente!

—¡Tírela! ¿Qué hace que no la tira? Tir...

La botella fue a estrellarse con violencia contra el pecho de la mujer, arrancándole un alarido de dolor. Acto continuo se abalanzó sobre su suegra, tendiendo a ella sus ávidas manos... Rodaron por el suelo, pegándose, desgarrándose los vestidos, aullando de dolor o de rabia...

En aquel instante Tomasa entró en el negocio. Y al ver lo que pasaba lanzó un chillido de miedo.

—¡Señorita, por Dios! ¡Por Dios!

Se separaron prestamente; roja Eloísa, pálida la vieja...

Le ordenaron que saliera y se callara, y Tomasa salió del recinto, mirando a las dos mujeres, sin comprender.

No se dijeron una palabra. En silencio, evitando el mirarse, se dieron a ordenar sus vestimentas. Después de un rato, la voz de la vieja expresó temblando:

—Esto... esto te va a costar... muy caro...

Eloísa no le respondió. Se oprimía con las dos manos el seno dolorido, suspirando. Algo angustioso le oprimía la garganta y una infinita tristeza se abatió sobre ella. Hizo esfuerzos por sobreponerse, por parecer tranquila, indiferente. Pero no lo consiguió. Y sintiendo que los sollozos la ahogaban, entró en las habitaciones, llorando desesperadamente.

Al atardecer, impuesto de lo ocurrido, Feliciano tuvo para con su madre severas frases de excusa. Él comprendía que *aquello* no habría pasado a no mediar la animadversión que la señora parecía sentir por su nuera. Y así no era posible seguir viviendo. De una vez por todas, ella, la madre, debía comprender que su mujer era su mujer, la dueña de casa... También Eloísa no debía olvidar que la señora era su madre...

Eloísa, que esperaba de su marido un justo estallido de cólera, se sorprendió de verlo tranquilo. Era la primera vez que aquella

enemistad había llegado a un tal extremo, y al advertir la indiferencia de Feliciano por lo sucedido, al notar que sus reproches se dirigían a la madre más que a ella, no fue descanso el que sintió, sino una gran lástima hacia la vieja. Y la pesadumbre que la había atenaceado durante todo el día, se acentuó.

Comieron en silencio. Tomasa les servía, moviéndose despacio, como si temiera hacer ruido. Eloísa hacía los platos, y dos veces, por propia mano, colocó delante de la vieja el que le pertenecía. No le habló, pero sus actitudes revelaron deferencia, y aunque la suegra mostrose terca, ella supo desentenderse, sobreponerse a su rencor, para mostrarse amable, sintiendo que aquella humildad la aliviaba.

Fue corta la velada. El silencio hizo pesadas las horas. La señora —contra su costumbre— se alzó apenas terminada la comida y se marchó a su pieza sin decir palabra. Eloísa y Feliciano entraron en su dormitorio. Y en el silencio de la pieza, sumida en sombras, sólo se escuchó durante largo rato la respiración de Tomasa, dormida en su rincón...

—¿No te acuestas?

—Sí, sí... Ya voy...

El hombre se desnudó de prisa y se metió en cama, suspirando descansado. Ella permanecía indecisa, como si algo la preocupara, y fue muy lentamente desabrochando su chaquetilla.

—Y, ¿qué le hiciste? —interrogó el marido.

—No sé... No me preguntes nada, por favor... Quisiera ir a verla...

—Déjate de lástimas... Eso debieron las dos pensarlo antes... Y, ¿cómo empezó?

—Pero figúrate, Feliciano, que ella piensa que Aníbal...

Sinceramente se lo contó todo: las suposiciones de su suegra respecto de que aquella amistad con el vecino tenían *su por qué*, sus frases malévolas, sus insultos...

Le habló con apesadumbrado tono, sintiendo que de su corazón una desconocida ternura se desbordaba, aliviándola. Y pareciéndole, tal vez, que en aquella hora de intimidad en que todo

se le antojaba muy dulce, nada debía callarse y todo se podía decir, prolongó su confidencia:

—¿Me agrada Aníbal? Cierto es que me agrada; pero no por amor, sino porque es delicado y cumplido... Yo no puedo ver que me traten mal... Usted, Feliciano, lo sabe. Cuando me dijo que me viniera con usted, yo le respondí que bueno, porque me supo tratar... ¿Qué le he exigido? ¿Le he exigido algo alguna vez? Cariño, cariño, nada más... Buenas palabras. Las palabras finas parece que se entraran en el corazón y una se siente tan dichosa...

Desnuda ya, aun sin querer meterse en cama, movía su cabeza con acompasado y melancólico movimiento. Y era grotesco su aspecto. Por fin se metió en cama, dio un soplo a la luz y se estrechó contra su marido, musitando:

—Es tan dulce el amor...

Le temblaba la voz y fue con el acento de quien solicita una limosna, como lo pidió:

—Hábleme como entonces...

Repetía:

—Buenas palabras... ¿Qué cuestan las buenas palabras? Nada, nada más que decirlas... Usted fue el primer hombre que me trató bien y por eso...

Los sobresaltos de su cuerpo pesado despertaron al dormido. Una mano torpe acarició su cuerpo y la hizo callarse. Ni una súplica, ni un amoroso acento halagaron sus ávidos oídos...

...Más tarde, Feliciano sonrió en la sombra, y como término de un pensar que se le antojaba imposible, dijo:

—¿De dónde se le habrá ocurrido tal cosa? ¿Aníbal y tú? ¡Tch! Hay cosas que no pueden ser...

Y se revolvió entre las sábanas, buscando una cómoda postura para el sueño.

Un rato, largo rato permaneció Eloísa despierta, con los ojos abiertos a la sombra. Su ternura ansiosa se había disipado tan vivamente como la sobrecogiera. Ahora, aplacada su tristeza por el roce brutal, se dio a imaginar que...

—No puede ser... —se repetía.

Y a cada instante antojábasele más hiriente aquella desprecia-  
tiva confianza de su marido. Cuando era niña, también lo decían sus  
hermanas, tratándose de los peligros que acechan a las jóvenes:

—Con Eloísa no puede ser...

¿Por qué? Su alma de mujer se rebelaba contra aquella segu-  
ridad que adivinaba como una ofensa. ¡No puede ser! Y si todos  
supieran que...

Se durmió imaginando muchas cosas. El sueño descansó su  
corazón y evaporó sus lágrimas.

En la mañana la despertó su marido para recomendarle al-  
gunos quehaceres. Ella lo escuchó sin replicar y durante un rato  
lo miró vestirse. Aún permaneció en cama pretextando dolor de  
cabeza. Después se vistió de prisa, trajinó por toda la casa, se en-  
cerró en el dormitorio...

Y en la tarde abandonó el hogar...

### III

La Rama de Olivo bamboleó durante algún tiempo, soste-  
niéndose al crédito. Cuando, merced a préstamos y prodigios de  
habilidad comercial por parte del propietario, pudo decirse que  
ya no cerraba sus puertas ni debían abrigarse temores de quiebra,  
respiró Feliciano descansando, libre, al fin, de tanta pesadumbre.

El golpe había sido rudo, casi imposible de resistir, y al recor-  
darlo, era satisfacción la que experimentaba el hombre, midiendo  
toda la destreza y serenidad desplegadas para sobrellevarlo. Lo  
demás, lo demás, acaso nunca le inquietó. Ni entonces, en los días  
de ansiedad mortal, ni ahora, cuando podía entregarse al sueño sin  
la angustia de preocupaciones y de afanes.

Eloísa se había marchado, llevándose el total de sus ahorros,  
más las sumas acumuladas para el vencimiento de sus pagos. De  
seguro que había preparado el golpe desde largo tiempo; era una  
mujer de mala sangre —expresaba la suegra— y éstas están siempre  
meditando una maldad...

Y la situación de La Rama de Olivo se normalizó. Se tomó una  
muchachita para la cocina y Tomasa fue ascendida hasta la venta.

Guiada por la señora, supo desempeñarse en forma de no hacer necesaria otra presencia detrás del mostrador. La falta de golpes y buen trato le habían dado cierto agradable desparpajo y soltura que hacía exclamar a Feliciano:

—Mire, mire no más mi ventura ésta. ¡No lo hace mal! —y sus ojos complacidos seguían a la niña en sus trajines.

Quiso el hombre que vistiera mejor y vistió mejor. Más tarde la exoneró de la venta de licores, prefiriendo atender él mismo a los clientes varones, no siempre recatados para tratar a las jóvenes. Y llegó un día en que, para mejor servir a la mesa, se sentó junto a sus amos.

En el rincón que ella ocupara otro tiempo, dormitaba otra muchachita andrajosa.

Para los conocidos, para la clientela preguntona, ávida de noticias, Eloísa había partido al campo, enferma, no volvería hasta... en fin, se trataba de una larga, muy larga temporada.

—¡Muchos cambios encontrará cuando vuelva! —decían las comadres, echando ojeadas maliciosas a la joven Tomasa.

—¿Muchos? ¿Por qué...?

Y Feliciano paseaba la vista en torno suyo, sin comprender, sin querer comprender, pareciéndole que nada había cambiado. Más aún, que todo debió ser siempre así. Su madre mostrábase igualmente complacida: ahora había quien acatará sus caprichos y se humillara a su voluntad.

¡Cuando vuelva! Y seguros de que La Rama de Olivo no volvería a ver a la ausente, sus moradores sonreían, escuchando las observaciones de la clientela...

Pero Eloísa volvió.

Una mañana los clientes la advirteron detrás del mostrador y tuvieron para ella amables frases de bienvenida, sinceros votos por un pronto restablecimiento.

—Era lo mejor que podía hacer, venirse. Aquí hacía falta su presencia, en todo caso, mejor atendida estará en su casa...

—La hemos echado mucho de menos y siempre preguntábamos por usted...

—Y nadie dijo que iba a llegar, nadie lo había dicho. Que se mejore y ojalá que no tenga por qué sufrir...

Así le dijeron.

Bien se advertía que la temporada de campo no había hecho gran cosa en pro de su salud. Tenía los ojos hundidos, terroso el color, plegados los labios por amargo gesto. Y la sonrisa con que pretendía pagar el interés que la gente mostrara por su arribo, se hubiera dicho que se le escurría del enflaquecido rostro.

Había llegado durante la noche anterior acompañada de su marido. Encerrados en el dormitorio, tuvieron los dos una larga y silenciosa conferencia. Más tarde vino a saludar a su suegra, miró a Tomasa, observó a la nueva criadita y se sentó junto a ella sin decir palabra. Feliciano y su madre conversaron y Tomasa tomó parte en la conversación. Los tres rehuyeron dirigirse a la recién llegada y ella nada hizo por inmiscuirse en sus charlas.

Fue todo.

Y a la mañana siguiente, se colocó —como en otro tiempo— en el sitio de siempre, detrás del mostrador. Pero su marido le advirtió que prefería que hiciera Tomasa la venta de las *provisiones para familia* y ella se ocupara de los quehaceres de la cantina.

Durante medio día algo impreciso pareció embarazar a los moradores de La Rama de Olivo; pero al llegar la tarde, sin esfuerzo, sin violencias, naturalmente, fatalmente, recobraron la quietud de sus espíritus y cada cual tuvo conciencia de su futura conducta.

Durante las horas de trabajo, los afanes y trajines impidieron entre ellos íntimo contacto. Tomasa vendía, esforzándose por mostrar el dominio que tenía de su tarea y el conocimiento adquirido de las existencias y nuevas disposiciones del almacén. A través del tabique que la separaba de su ama, dos o tres veces la informó, con deferente respeto, de los cambios efectuados en la venta de licores.

La suegra, sentada en su rincón de otro tiempo, charlaba con Tomasa, y cuando una cliente preguntaba por “la señora Eloísa”, con lisonjero movimiento de cabeza se la indicaba, diciendo:

—Está en otro lado ahora...

A la hora de comer, Feliciano fue a llamarla.

—Ahora cerramos temprano la cantina —le dijo—. El almacén está abierto hasta las diez, y mientras se come, la chiquilla se queda para avisar cuando buscan... Vamos a comer.

Se sentaron a la mesa. La nueva sirvientita trajo las viandas y Tomasa dispuso sobre el mantel platos y cubiertos. Permanecía indecisa, dudando. Preguntó por fin, Eloísa:

—¿Va a servir usted?

Pero la suegra le ordenó:

—Sirve tú no más...

Y ella hizo los platos y se sentó a la mesa, echando rápidas miradas a Eloísa, que comió en silencio.

Más tarde, Eloísa salió al patio y estuvo de pie junto al pilón del agua. En la noche primaveral constelada de estrellas, llena de paz y de silencio, una gota de agua caía isócrona y triste. Durante largo rato la mujer la escuchó golpear sobre las húmedas piedras. Suspiraba, suspiraba, y sus ojos se abrían con ansias a las sombras del huerto, en donde el viento nocturno cantaba entre los ramajes.

Le pareció que en el cuarto vecino —allí donde antes hubo un saloncito— hablaba alguien. Un acento de hombre, anheloso, parecía ordenar algo inentendible...

—No, no... No me atrevo. Ahora no, ahora no... —respondía una voz débil, vacilando.

Y aquellas voces no le causaron a la mujer impresión alguna. Las escuchó apagarse sin atenderlas, obsesionada por el musical rumor de la gota de agua que golpeaba en las piedras...

Poco antes de que llegara la hora del descanso, y advirtiendo que su marido iba a acostarse, quiso Eloísa pasar al saloncito, pero él se lo impidió:

—¿Adónde vas?, ¿qué quieres?

—Nada, iba a estarme un momento allí...

—Es que ahora duerme en esa pieza Tomasa...

—¡Ah...!

Y fue a sentarse en la cama que le habían hecho, frente a la de su marido. Buscó algo en la caja de su ropa... Se pasó un largo rato... Feliciano ya en su lecho, se revolvió entre las sábanas y se durmió...

Eloísa lo miró dormir, escuchó su acompasada respiración, después apagó la luz.

Y junto con las sombras —en aquella casa en que todos dormían— sintió la mujer que un gran silencio angustioso, pesado, inacabable, se abatía sobre ella como una lápida...

■ *Germán Marín*

*Y la muerte parecía estar  
tan lejos como siempre*

J. CONRAD

Y una vez más, como siempre, se volvió a la memoria, echando rápida mirada a Elona, que creció en silencio.  
Más tarde, Elona salió al patio y estuvo de pie junto al borde del agua. En la noche primaveral constelada de estrellas, llana de  
El 19 de marzo de 1965, Ernesto Inchaurraga se excitó en la penumbra del cine Marconi cuando la heroína fue violada sin compasión, sin amor ni tampoco con deseo, simplemente por un hombre que caía sobre ella, una fuerza inexorable, fría, dominante, que parecía agotar con dicha escena el término de la película. Él hubiera hecho lo mismo. Reflexionó, entonces, de manera súbita, mordiéndose los labios para no gritar ante la pantalla, se lo merece ésa, Blanche derrotada bajo la boca jadeante del polaco Kowalski, que deseaba aprovechar, sin importarle el desorden mental de la visita, la noche de verano de Nueva Orleans cargada de luna, humedad y calor, pronto a transformarse la estación en un recuerdo como lo demostraban las primeras brisas. Sin embargo, después de esto, el interés de Ernesto Inchaurraga comenzó de manera paulatina a decaer. Todo parecía haber sido expuesto durante la sucesión de los hechos ocurridos, empero quería conocer el final de la película por una razón muy sencilla, las historias violentas le atraían. Cuando veía una cinta de Robert Mitchum o de Humphrey Bogart, se sentía partícipe de esa confusa oposición ante la tranquilidad del mundo, en que éste cuando se abría lleno de indiferencia mostraba el doblez de su corazón. De ahí que le gustaba del cine la dura ley de los hechos consumados pues, si pensaba en otras entretenciones, en los libros por ejemplo, ellos no le decían casi

nada, envueltos muchos en un apretado silencio inserto de palabras, como quedaba de manifiesto tras recorrer las páginas de uno u otro autor, en que arribaba a la conclusión de que sólo había participado del vacío. Leer era inferior al hecho de estar frente a la pantalla, una imagen que sin cesar se convertía en otra en la oscuridad poblada de expectativas. Bajo el ojo cambiante y omnipotente del cine, prefería alimentarse de esas vidas descritas que trataba de hacer propias, pues cada aventura constituía una especie de lección que la experiencia personal casi nunca otorgaba. Esa tarde había visto primeramente la historia escalofriante de Gok. Tal era el nombre de ese monstruo contemporáneo que emergía a la superficie, formado de metal y de carne, luego de unas experiencias nucleares en el medio del Sahara efectuadas por cierto comando nazi sobreviviente de la última guerra que, durante años de desaparición cruzando subrepticamente los mares, huía de la historia escondido en un submarino fantasma. Se mostraba a través de los arrebatados colores en la pantalla, en torno a las explosiones sucesivas, cómo el cielo y la arena podían crecer rojos al igual que la sangre de una herida que bañaba los ojos. Ahora prestaba atención a la música que estaba despidiendo a Blanche Du Bois de vuelta al manicomio, hasta que apareció la palabra fin tapando parcialmente la figura del brutal Kowalski, mientras las notas de jazz escapaban del vecindario negro mezcladas con la rotura de unas botellas de cerveza arrojadas quizás contra el pavimento. La palabra clásica venía de muy lejos y al avanzar surgió además, por una ventana que recibía la brisa, como lo demostraba el movimiento de la cortina, la perspectiva en picado de una calle misérrima, término de la película que llevó a Ernesto Inchaurreaga hacia sí mismo. El encuentro fue algo parecido a despertar en otra realidad, en que las luces estallaron crudas y amarillas al igual que el resplandor de un día extraño, mostrando las butacas de la sala casi vacía de espectadores. Oyó a sus espaldas cómo chocaban las argollas de las pesadas cortinas que había delante de las puertas de salida, arrastradas de seguro por la mano del acomodador. Divisó entre las filas al levantarse uno que otro racimo de gente, perdido

bajo esa tristeza santiaguina que exhalan los cines de barrio, más aun cuando era un día de semana, diversas parejas modestas y cohibidas que seguramente sabían aprovechar la oscuridad haciendo el amor con las manos y que, a la espera de asistir también a la sesión siguiente, cuchicheaban ahora entre sí. El silencio de la platea permitía oír el rumor que venía del exterior creado de fragmentos de sonidos, a veces de volumen diferente, semejantes de pronto a unas salpicaduras débiles y opacas, a unos ruidos más definidos en otros momentos, tales como los bocinazos que llegaban de la avenida Providencia. Comenzó luego a proyectarse una serie de anuncios comerciales y el silencio pareció crecer, abarcar el dudoso claroscuro de las paredes, dejando que las palabras flotaran solitariamente como unos pájaros amarillos encima de esas cabezas. Conocía de memoria las diapositivas de propaganda de los negocios del barrio y, como recién a las siete de la tarde tenía que hacer, decidió ir al baño porque se quedaría un rato a la nueva función ya que al menos proseguiría sentado. Existía un calificativo que lo explicaba todo en ese instante, cabreado, eso era pensó él, un vago malestar que había crecido sin una causa visible. En el sucio espejo, encima del lavabo, descubrió unas venillas que nadaban en sus ojos y, tras apretar los párpados, volvió a abrirlos mirándose fijamente. Nada lo conminaba, aunque rondaba en el retrete un silencio expectante, al igual que si esperara algo, el nacimiento de un alarido, lo hice le había dicho, pero después entró con más fuerza, con más odio, lo he hecho muchas veces papá. Había dormido sólo un par de horas la noche anterior por culpa de aquello al ser descubierto. La mirada en el espejo reflejaba el nervioso parpadeo doblemente real y, al desviar la atención hacia otro lado, observó en la soledad del baño las puertas abiertas de los excusados. No se puede vivir solo de sus historias, ¿me entiendes?, luego le agregó. Ocurría que a ciertos fulanos les gustaba estampar allí sus porquerías, esas calladas obsesiones que secretas se guardaban para expresarlas en el anonimato y clavó otra vez la vista ante sus ojos irritados. Éstos continuaron al acecho en el mismo lugar, hasta que exclamó en voz alta, deshaciendo la mira-

da, qué podrido estoy. Abrió el grifo a objeto de refrescarse la cara encontrando en el espejo, mientras el chorro de agua fría escapaba por entre sus dedos, esas mejillas sombrías que por negligencia nunca llevaba bien afeitadas. Se inclinó sobre el lavabo para mojarse y repitió la operación dos veces, enjuagándose la boca reseca debido a la cerveza bebida en exceso la noche anterior. Como todo malestar se había gestado en un momento impreciso que tal vez podía haber comenzado al observar la tristeza de la platea casi desierta, rodeado ahora por el olor de las pastillas de creolina depositadas en el fondo de cada uno de los urinarios. He estado vendiendo algunas cosas para obtener dinero y, respecto a dónde las llevo, es fácil de imaginar, a cualquiera parte en que paguen mejor le contestó. Al incorporarse para sacar el pañuelo con que se secaría, advirtió por el espejo los jirones de un afiche, un poco desteñido ya, donde leyó en letras rojas, Frei, como así también más abajo, en azul, la frase revolución en libertad. Se sentía mejor ahora y apretó el nudo de su corbata que, perdida en un tono gris, caía sobre la camisa blanca, gastada ligeramente por el cepillo de lavar que usaba la María. El timbre estaba resonando en el vestíbulo. El sonido insistente y perentorio se parecía a la campanilla eléctrica que escuchaba en el Internado Barros Arana que, de improviso, en una asociación, había relacionado con el patio llamado La Siberia. La chicharra al soltarse estrepitosamente se mezclaba con el seco y pesado batir de las alas de las palomas que huían en desbandada, en una nube de plumas, para luego regresar calmas a las polvorientas techumbres, casi todas de tejas, ennegrecidas por el paso del tiempo. Ernesto Inchaurreaga debía juntarse a las siete con Kurth en los billares de la calle Ahumada. Melo a veces también iba y, llevado por una vocación de escritor que a nadie le preocupaba mucho, solía hablar de una novela que estaba preparando, aunque en algunas oportunidades, al enlazar su libro con la política, se refería a la impotencia de los comunistas de hacer la revolución verdadera. Constituía una fuerza insurgente que sólo era capaz de alcanzar el poder y luego perseverar. La amistad con Kurth resultaba más fácil ya que con él había asuntos comunes,

tales como, por ejemplo, la morenita de nombre Fanny, vendedora en la tienda Ville de Nice, cuyos favores ambos compartían fraternalmente sin rivalidad alguna. Esas gruesas letras decían Frei y el año anterior el país estaba a punto de estallar, perderemos lo único que nos va quedando, hijo, le había murmurado con angustia, al igual como sucedió en la Cuba de Fidel Castro a partir del año 1959, pero Melo señalaba que aquí no sucedería nada de eso. El país respiraba una complacencia generalizada que, al arbitrio de la ley del gallinero, chorreaba de arriba abajo una blandura que untaba a todos, pues nadie en Chile se salvaba de ser cómplice de algo. El timbre del foyer había cesado bruscamente y el silencio pareció regresar, a pesar de la caída automática del agua que bañaba los urinarios, a esas paredes blanqueadas de cal. Acechó otra vez las puertas de los inodoros, tatuadas a punta de lápiz y de cortaplumas, debido a esa misteriosa necesidad que se les creaba a algunos mientras aliviaban el cuerpo, determinada por una comunicación hostil y taciturna celebrada de macho a macho en que los pantalones permanecían caídos en los tobillos y las piernas se mantenían desnudas. Las paredes del vestíbulo estaban cubiertas de fotografías engrapadas. Se escuchaba venir de la caseta de proyección, al igual que unos ecos cansados, el zumbido monocorde de la máquina, como si hamacara la oscuridad que reinaba en la sala. Entre tanto, el muchacho que cortaba las entradas, proseguía distraído mirando hacia la calle, teñida por el último sol de la tarde, donde pasó en ese momento en dirección a la avenida cierto sedán negro que dejó en el aire un polvo cernido por la luz. Al lado de los escupitines llenos de arena, en las esquinas del recibo, perseveraban los afiches de las películas que exhibirían durante las semanas siguientes, unos títulos en reposición que se darían a falta de novedades, atiborrados de cortes, rollos cambiados, fallas de sonido, ante los que el público sabría responder con pifias y bostezos, ya pues cojo, cojo, cojo. Observó ahora la fotografía de Marilyn Monroe, rutilante como siempre, cubierta con una estola de visón, más allá había otra con Brigitte Bardot, seguida por la de Elizabeth Taylor, donde ésta aparecía en el papel de Cleopatra, adorna-

da su cabeza por una diadema. Entiéndalo, veterano, la eternidad hace mucho rato que no existe, le había gritado la noche anterior, mientras el padre, desesperada y lentamente, acariciaba la manta escocesa que cubría sus piernas, qué sacamos con retener esas antiguallas perdidas en los cajones. La tarde que moría estaba más opaca mientras las primeras luces se encendían bajo el cielo algo-donoso, hacia donde levantó la cabeza sin desafío, llevado por el hecho escueto de observar cómo la tarde había avanzado y las nubes se deshacían al rodar. Ernesto Inchaurraga se sentía informe después de volver de las dos películas gracias a las cuales, transportado por la imaginación, había recorrido el vasto Sahara con el comando nazi y luego habitado en un barrio popular de Nueva Orleáns. Al observar ahora en el quiosco, ubicado cerca del paradero, la fotografía de un asesinato en la portada de *Clarín*, percibía con claridad y, a la vez, con un poco de miedo, que se podía matar por la simple circunstancia de estar saturado, lleno, cansado por haber tenido tanta conformidad. Dentro de la sensación aceitosa que lo envolvía, daban ganas de hacer eso para sentirse de pronto irrefutable, como el puño del personaje Kowalski que golpeaba sobre la mesa del comedor. Permanecía con las manos en los bolsillos ante ese torrente de vehículos que, cuando se detenía frente a la luz roja del semáforo de Providencia, arrojaba unas pegajosas ráfagas de aire caliente, a la espera del bus más o menos desocupado que lo condujera al centro por Alameda. Comenzaba a ser una hora difícil para el desplazamiento. Tenía que juntarse con Kurth a fin de que lo acompañara a vender, donde un fulano que conocía su amigo, la pareja de camafeos que encontrara por azar, perdidos en el cajón de un mueble del segundo piso, en el dormitorio de su madre, cerrado con llave desde que ésta falleciera hacía ya años. Seguramente habían sido de ella, aunque tal vez, pensaba, de alguna chusca con la que después su padre se habría disgustado, pero cualquiera fuese el origen no le importaba. Se libraría sin dolor de las joyas pues nada era rescatable, ni siquiera lo envuelto por un hálito sentimental. Proseguía con las manos hundidas en los bolsillos observando, mientras la fatigada luz vespertina de

marzo desaparecía en el cielo, cómo la gente pasaba a su lado anónima y rápida, camino quizás a sus casas. En la esquina perseveraba también un animado grupo de estudiantes que, muertos de la risa, conversaban entre sí dejando pasar los buses, alegres de la vida ante el dorado porvenir ya que, como posiblemente sentenciaban sus padres, no existía mejor herencia que una carrera. Se daba cuenta, gracias a esos barquillos en las manos, que venían de La Escarcha, una heladería situada al lado del cine, aunque tal vez de La Foca, al frente del teatro Marconi. Melo solía decir que los escritores chilenos también se empeñaban en hacer carrera y que algunos, como en la repartición de premios en el colegio a fin de año, suspiraban como buenos chicos deseosos de ser laureados. Citaba a uno más o menos gordito, más o menos cualquier cosa, muy de moda siempre, que disparaba de chincol a jote bajo cierto papel de gracioso, pero que en el fondo era capaz incluso de traicionar a su madre. Corría una leve brisa de otoño que levantaba, junto a las hojas caídas de los árboles, el polvo de la calle granulado por el último sol. En ese momento pasó cerca suyo una muchacha quizás oficinista que se detuvo más allá y, tras buscar su mirada sin ningún resultado, caminó unos pasos a fin de observarla mejor. Cuando Kurth y él hablaban de mujeres solían generalizar, diciendo que la mayoría de ellas eran unas putitas difíciles, si bien a veces Melo les replicaba que, por comer de la misma olla, creían que todas eran iguales. Los pechos abundantes, como destacaba la blusa, contrastaban ante ese rostro lánguido e infantil, absorto según divisaba. Sobre la tarde empezaba a caer una tela grisácea que suavizaba el contorno envolviendo su aire marchito los ruidos de la calle, los anuncios luminosos, pero el corazón insatisfecho de Ernesto Inchaurreaga quería ver algo más de aquella desconocida y, falsamente distraído, dio una vuelta para mirarla de espaldas. Le gustaba cuando se daba la ocasión aquilatar la carne femenina, pues, aunque nada sacara en limpio, el recuerdo conservado le hacía bien a la psiquis. Había en aquella muchacha, como descubría, otra oposición, similar como imagen a la primera. No obstante que sus curvas eran macizas, acentuadas en unas formas apetecibles y

muelles, donde se destacaba a través de la falda a rayas, en el tibio peso de cada nalga, el borde de la prenda íntima, sus piernas lucían delgadas y frágiles lejos de poder calificarse de incitantes. De pronto, despertó bruscamente, decidido. Sacó las manos de los bolsillos y, corriendo hacia un bus a medio llenar que iba a la Estación Central, tomó luego asiento cerca del chofer, donde a través del sucio y tembloroso vidrio de la ventanilla su atención se dispuso a seguir el recorrido, familiar para él, interrumpido a veces por los nuevos edificios que se levantaban. El progreso estaba constituido por eso que observaba, una irrupción de lo nuevo, en que la vetustez quedaba de lado, a la espera de morir en cualquier momento. Tenía ante la vista las fachadas de unas construcciones sin edad ni época, mohosas y grises, cuyas ventanas iluminadas recibían el ruido de la calle, bajo el cielo indeciso de marzo que, en ese instante, comenzaba a parecer en la lontananza una plancha de acero. Frente a la avenida Salvador se encendió la luz verde del semáforo, frenó un auto, más atrás otro auto, seis o siete transeúntes cruzaron apresuradamente, los más hacia el Parque Gran Bretaña, escuchándose ahora, al cambiar la luz, el ronquido de los motores que aceleraban. Junto a él se había sentado un nuevo pasajero, quizás obrero por sus gruesas manos, como dedujo al depositarse éstas sobre un paquete envuelto en el papel de estraza de los sacos de cemento. El chofer gritó entre tanto contra la pareja de niños de la calle que, aprovechando la detención del vehículo, se había subido por la puerta trasera, desde donde el más decidido de éstos comenzó a cantar con una voz impostada, levemente pastosa, que recordaba la entonación de Luis Dimas, de moda entonces, cuando interpretaba el twist que decía voy con los zapatos rotos. El chofer gritó ahora con más rabia, observándolos siempre a través del espejo retrovisor, adornado en los bordes por las calcomanías de los clubes de fútbol. Las motonetas se infiltraban entre los demás vehículos y, por un segundo, el auto celeste que iba a la par del bus, hizo señales con sus luces altas a una de ellas que, al margen de toda cautela, cruzaba para adelantarse. El torbellino desembocó al fin en la rotonda de Plaza Italia dividiéndose una parte de

ese tránsito en dirección a Alameda y la otra hacia el Parque Forestal, donde aprovechó para observar la hora en el reloj eléctrico, de formas sinópticas, instalado en el murallón lateral de la Escuela de Derecho. A las siete y media debía juntarse con Kurth en los billares. La noche anterior, al término de la comida, mientras esperaban que María, la vieja empleada que sobrevivía de la servidumbre de ayer, llevara el modesto postre consistente invariablemente en la tajada de dulce de membrillo, el padre le había señalado que fuera a hablar con el senador Goycolea. Conocía a Ernesto desde pequeño según él, desde así dijo, poniendo la mano octogenaria, temblorosa, a la altura del borde de la mesa. Su antiguo amigo todavía era parlamentario por el Partido Conservador, fiel siempre a las viejas banderas celestes y amarillas por las que tanto se había luchado, contra Pedro Aguirre Cerda el treinta y ocho, a favor de Arturo Matte Larraín más tarde. Político aún en ejercicio, podía conseguirle algún puesto en la administración pública. Era asunto de mover influencias añadió, haciendo un redivo gesto de tribuno, al igual como si hubiera brotado de su mano un abanico pintado de vivos colores o una flor ampulosa sacada de las sombras, aunque a continuación el entusiasmo retrocedió. Él también disponía de algunos contactos, pero no deseaba molestar a nadie personalmente dijo, mientras la voz se esfumaba dejando atrás ese gesto, propio de un actor pasado de moda, que a veces el hijo sorprendía en él. Estaba lejos de darse cuenta, encerrado siempre en casa, de que nadie en verdad lo podía tomar en serio, no existía ya para los otros, era un rezago más así como los versos de Préndez Saldías, las pildoritas Ross y los presagios de Muñoz Ferrada. Su época había terminado, clausurada para siempre, pues mantenerse en esos días como conservador era parecido a ser todavía balmacedista, anacrónico, remoto, perdido en el tiempo semejante a un naufrago. Es así como cierta vez lo había sorprendido en una de esas confusiones propias de él, en que creía yacer aún en la tierra firme de la certidumbre. Conservaba en las manos una arrugada enagua de seda blanca e, inmerso en ésta, olía extraviado sus pliegues, buscando con desesperación el perdido olor de la

carne tumescente en el último vaho de perfume que, según él, todavía alcanzaba a percibir. Le había lanzado a pleno rostro con una voz espesa de dolor, despierte señor, ponga a la hora el reloj, debido a lo cual el padre quedó con los brazos detenidos en alto, por encima de su cabeza, como si estuviera oficiando misa en el dormitorio aislado, envuelto en aquella media luz opaca proveniente de la celosía. Condenado como estaba desde hacía mucho, se cobijaba en el presente ilusorio que habitaba en la casa. No se daba cuenta de que, junto con el ocaso de quienes ahora eran esos espíritus inhallables, le había llegado el turno de mandar a otros hombres, tal vez unos nuevos dioses, pero más austeros, más cotidianos, más entrenados con el prójimo. Después de la disolución de la tarde, en una turbia mezcla de colores que diera paso al resplandor de la luna, la noche seguía creciendo iluminada por las luces desiguales de Alameda, melancólicas unas, centelleantes otras. El sonido del centro parecía un oscuro gruñido que brotaba de la tierra. Los vendedores ambulantes, instalados en las veredas cercanas al sitio eriazado donde se hallaban los Juegos Diana, antecedidos por unos modestos locales que servían de librerías, luchaban en entusiasmar a los transeúntes, quienes aburridos y cenicientos proseguían de largo, pues nadie en este país se apasionaba por algo excepto con el fútbol. Éramos los ingleses de una parte del Continente que Gabriela Mistral llamaba el trópico frío. Cuando los sábados por la noche no tenía otra cosa que hacer, llegaba hasta allí al lado de Kurth a conseguir mujeres y, en medio de la confusión provocada por la música de los altoparlantes, el olor a pachulí que mareaba, las luces de colores intermitentes, salían a veces bien acompañados rumbo a cualquier boliche cercano, por lo general al segundo piso del café Indianápolis, donde en la penumbra de aquel salón se podía meter mano con impunidad debajo de la mesa y se bailoteaba a través de los ritmos grabados de la Sonora Matancera. Las nenitas obtenidas eran carne para el matadero y, hacia las dos o tres de la mañana, cada uno se llevaba la suya a pasar el resto de la noche a cualquiera de los hoteles de mala muerte, de sábanas raídas, de muebles desvencijados, de la solitaria ca-

lle Londres. El escritor Melo indicaba que le resultaba natural que, bajo ese espíritu funambulesco reinante en aquella feria de entretenimientos, desde la cual iluminada asomaba de lejos la rueda giratoria, la literatura chilena estuviera en exhibición en los escaparates llenos de polvo de esas modestas librerías. Detenido por el tránsito que venía de Arturo Prat, el bus frenó un poco antes de la esquina con Ahumada, donde Ernesto Inchaurreaga aprovechó de bajar. Acaso no se da cuenta de que su vida ya pasó le había dicho además, viendo en esa mirada extraviada frente a la enagua de seda cómo después de un instante de duda, luego de vergüenza o de pena, se partía en un largo sollozo en la penumbra mortuoria de la habitación. A esa hora la gente se retiraba hastiada de su trabajo, cansada después del extenso día, aunque como era posible imaginar, a la jornada siguiente esperaba algo mejor de la vida. Dedicarse a observar las vitrinas iluminadas de la tienda Los Gobelinos o enterarse por el diario acerca de la guerra de Vietnam, parecía constituir lo mismo en ese instante, pues la capacidad de la elección de un gesto propio, tras la monotonía vivida, resultaba cerrada en medio de la oleada gris, multiforme, que invadía las veredas en ambas direcciones. Hablando de literatura, qué buena novela de decadencia se podría hacer de ustedes, Melo había dicho a continuación, sonriendo con calma seguro de sí mismo. El restaurante en el que terminaban cuando no había otro lugar adonde ir, estaba repleto de público y el camarero que tomaba los pedidos de la mesa corría de una punta a otra, peinado a la brillantina con la raya al medio, bajo un cierto aire de conquistador que recordaba a un borroso Carlos Gardel. No se trataría de hacer una crítica de costumbres, ni tampoco una disputa entre montescos y capuletos, sino algo distinto como un largo epitafio. Al doblar por Ahumada, el chofer que maniobraba un taxi, cruzado éste en la mitad de la vía, había sacado la cabeza por la ventanilla, apurado por los bocinazos de los demás vehículos que esperaban atrás, luego de cuya descongestión sólo quedó el fragor de la calle, si bien de inmediato se hizo presente la ráfaga de una canción de los Beatles interrumpida a veces por el ruido que provenía de una fuente de soda cercana.

Ante la propuesta de su amigo, Ernesto Inchaurreaga se sintió molesto y le respondió sin medir la voz, déjate de embromar quieres, lo cual llamó la atención de la mesa vecina, el ocaso de una familia no es materia de necrofilia sino, simplemente, de la extinción de un pasado común. No era fácil a esa hora transitar por Ahumada, espesas de gentes las aceras impidiendo caminar más rápido, por lo que disminuyó el paso adaptándose al ritmo de los demás, confiado en que Kurth lo esperaría como otras veces. Cada cierto trecho divisaba en las paredes los brochazos cada vez más pálidos, borrados por el tiempo, de la propaganda electoral del año anterior, en que Allende había perdido una nueva elección. En la esquina con Moneda, una mujer de edad vendía billetes de lotería y, junto con esquivarla, aprovechó de leer en el quiosco, arrinconado en el ángulo del chaflán, los titulares de la prensa de la tarde, en que las noticias destacaban el viaje al espacio de un cosmonauta soviético. A pesar de la reacción que había tenido, no quedó conforme ante Melo, a quien luego le agregó, pero si ese ocaso fuera representativo de la caída de una clase, ustedes como intelectuales se parecen mucho a ésta, sabes por qué le preguntó, mientras su amigo jugaba encima del mantel con una caja de fósforos que hacía rodar. En ese ambiente azulado por el humo resultaba una noche más de bullicio, ocupadas todas las mesas del comedor de Il Bosco, donde era posible reconocer a distintos grupos habituales, separados casi siempre por las actividades comunes de sus contertulios, entre los que había uno incluso formado de matemáticos. Mejor bebamos sentenció Melo, barriendo el aire con un gesto de fastidio, es lo único que no engaña, el alcohol puro y el amor físico sin palabras, como decía Malraux. Recordaba que la discusión no había terminado en ese momento, pues Melo volvió a sus palabras como un perro de presa, tengo claro en qué nos podríamos parecer, en la inutilidad, pero habría una diferencia esencial, el hecho de nuestra parte de asumir esa inutilidad como una humillación, mezclándose las últimas palabras con el rumor gris, salpicado de disonancias, que reinaba en dicho lugar. Bien alcanzó el acceso a la calle Unión Central, descendió con rapidez los peldaños que, hacia el costado

derecho, en la galería comercial, conducían al billar donde lo esperaba Kurth, escuchando a medida que bajaba los apagados golpes de las bolas, las voces algodonosas que iban a su encuentro, sintiendo más que nada el calor húmedo, pegajoso, proveniente de aquel entresuelo. Al menos me dirás quién cresta es ese Malraux que citas le preguntó, de acuerdo gallo, te lo explicaré enseguida respondió Melo, un ex héroe, a quien los dioses castigaron arrebatándole la fe, la llama del poseído cuando era un revolucionario, hasta convertirlo en un hombre de orden al servicio del régimen de De Gaulle. En el otro costado de la galería estaban los cines York y City, unidos por un pequeño foyer común, percibiendo ahora cómo los ruidos del entresuelo se distinguían mejor, variando unos de otros, concurrido como siempre por ese público diverso, un poco extraño, que por ocio o por dinero pasaba las tardes hasta la medianoche jugando al pool. Ahora bien, Ernesto Inchaurreaga volvió al tema, entiendo que por tu parte esa humillación es una suerte de mea culpa, pero Melo como respuesta encendió un cigarrillo y fijó su interés en recorrer las mesas vecinas, donde descubrió un poco más allá al gordo Ossa, crítico de cine en el diario *El Siglo*, acompañado de dos o tres amigos de copas. Para éste, los mitos a seguir eran Cortázar y Antonioni, aunque sin lugar a dudas, en un país como Chile que vivía de prestado la cultura, pronto serían otros sus modelos. Melo parecía no haber escuchado la observación y, luego de acomodarse con calma los lentes, respondió sin un asomo de cordialidad, ustedes como clase parasitaria nunca han conocido la humillación de su inutilidad, pero el día menos pensado, como ya lo verás, conocerán esto en un vuelco de la historia. Cuando dejó la escalera, el sonido creció aun más, terminando de separar los jirones diferentes, escuchando al llegar la ira de una palabrota tras caer un taco de manera estrepitosa contra el suelo de baldosas, acompañada de unas risas que estallaron al fondo, cerca de los baños, como unos globos de colores. Miró buscando a Kurth sin resultado, tensos los glúteos de muchos jugadores con sus cuerpos casi estirados sobre los paños, mientras uno que otro camarero cruzaba ante sus ojos para quizá

cerrar la cuenta de una mesa. Yo no tengo nada que ver con la clase de la cual provengo, Ernesto Inchaurreaga le replicó de inmediato afectado por la frase, lo sabes perfectamente desde que me conociste, pero Melo insistió al decir apuntándolo con el dedo, no me cabe duda de que es así, aunque estoy seguro también que, tarde o temprano, a pesar de convertirte por un momento en enterrador de ella, repetirás la parábola del hijo pródigo, caso del cual se salvan muy pocos en tu clase, como supongo ha ocurrido con Edwards Bello y algunos más. Por fin divisó a Kurth, apoyado contra una pared mirando el juego, aburrido de esperar como parecía. Aquella mesa, suficientemente iluminada, era la mejor del billar, destinada por costumbre a ser usada por los capadores, entre quienes los billetes corrían subrepticamente luego de cada partida, compitiendo casi siempre por puntos, si bien a veces además por bolas echadas, lo que aumentaba el volumen del dinero apostado. Pero a ti y a mí, a todos aquellos que están acá, quién nos enterrará, le señaló a Melo, haciendo éste un gesto de ignorancia, tras lo cual le contestó después de una pausa, Dios o Lenin, mientras se echaba a reír con fuerza. Ernesto Inchaurreaga dudó un instante frente a dicha aseveración, después empezó a sonreír, hasta que, por último, soltó también la carcajada y, junto con celebrar ambos la ocurrencia, al igual que los buenos muchachos que nadie podía negar de la letra de la canción estudiantil, empezaron a palmoearse las espaldas como viejos compinches, acompañados de unos borbotones de regocijo que se perdían bajo el ruido incesante de la vajilla y de las exclamaciones en *Il Bosco*. Te explicaré por qué me río, le dijo Melo dificultosamente, porque el futuro me llena de absolutos y yo, quiera o no, estoy en Chile, donde todo termina en el fracaso. De repente, se vio de nuevo ante su padre, flaco y añoso, recogido en el sillón de marquetería inglesa, quien levantó opaca su mirada enfermiza, aprovechando de decirle a éste, mientras indicaba la ventana de rejas que daba a la calle, entienda de una vez que la vida ya pasó por aquí y que luego continuó su camino, bajo el propósito de explicarle, en ese silencio sin fin de la casa, la ausencia que reinaba allí desde hacía varios años. Además,

el país es otro hoy, le añadió, tan diferente que usted no lo reconocería. A la espera de que Kurth advirtiera su presencia, levantó el brazo en dirección a él, dirigiéndose hacia donde estaba, mientras veía más de cerca cómo los rostros brillaban marchitos bajo esa atmósfera sucia y amarilla, impregnada de un calor viciado, en que el humo del tabaco se confundía con el polvo. La necesidad tenía cara de hereje y portaba en el bolsillo los camafeos que, acompañado de su amigo, iría a vender por unos locos pesos. Dispuesto luego de salir a beber unas cervezas, la voz de Ernesto Inchaurrega se apagó de ese modo, sin otras palabras contra las gastadas cortinas que guardaban las cenizas de los años felices de su padre fantasma, como si la vida no hubiera sido otra cosa que la preparación para dormir un largo tema de sueño, a solas éste con la muerte que flotaba, al igual que una señora, vestido con la enagua de seda blanca del pasado.

El remezón no vino de a poco. En realidad, nada viene de a poco en esta vida. Todo acaece tal como en los terremotos: de sopetón. Somos nosotros los que vivimos de a pizcas.

Fue en algún mes del año noventa y nueve. Descoyuntamiento de tierra, se oía decir. Unos le llamaron movimiento sísmico, deslizamiento de la marquesina continental. Yo lo llamé el fin del mundo. Liso y llano. El Día del Juicio, el que nos habían metido en la médula para la Confirmación en la parroquia, antes de la confesión general, el que iba a ocurrir cuando el hombre no supiera ni el día ni la hora. Yo nunca sabía la hora y andaba más distraída que una bolsa de aire, decía mi mamá, así es que en cualquier momento podía venir.

Pero lo que yo no podía entender era la voluntad de Dios de armar el fin del mundo justo en la mitad del verano, cuando nos habían apisonado el hoyo para la piscina y nos dejaban hacer comida en la salamandra de la casa de muñecas de los Barceló, donde cabíamos todos parados porque era antigua y los antiguos hacían las cosas mejor que nosotros. Pero sobre todo, cuando mi primo de Santiago ya iba a venir y yo ya no podía respirar de pasión en las noches y se me mojaba el férreo calzón contra rascaduras y toqueteos nocturnos porque salían culebras y las mujeres vírgenes no tienen culebras, decían.

El remezón vino en medio de la noche, cuando todos dormíamos con la conciencia destapada, excepto yo, con mi maldito pijama de una sola pieza insobornable de franela inglesa, untada entera con mentolatum para sacarme los granos que había pescado al bañarme en el tranque de los canutos, que bautizan sin que te des ni cuenta.

Y fue un abrir y cerrar de ojos, puertas que se salían de cuajo, muros partiéndose como gajos de naranja, nanas que corrían con niños a la cintura, jaculatorias encabritándose en labios partidos sin rouge alguno, fue un sonar de montañas entrechocándose y un tierral que parecía confusión del alma.

La Señorita veraneaba con nosotros ese verano para cuidar las depresiones quincenales de mi madre y ponerle las compresas de té sobre los ojos mientras le contaba cuentos de una tabla redonda; la vimos bajar con encajes en cuello y puños vomitando un inglés velocísimo como pequeña garza blanca. Mi Nanita, que había renegado toda la vida en alto castellano contra esas lenguas bárbaras, le contestó en una cadena de sonidos equivalentes que nos dejó a todos con la boca abierta. La Señorita se acercó a ella y le tomó las dos manos, agradecidísima.

Mi padre nos arreó hacia afuera, con huasca.

En el patio, con el índice vibrante por el terror, mi madre nos contó en balbuceos. Estábamos los siete. Su figurilla de porcelana ribeteada con géneros franceses y cintura mínima tenía el ánimo lloroso. Lo había tenido siempre desde que vivía en este tremendo fundo de extensiones de trigo ante las que ella desaparecía, simplemente, sin poder decir nada. Ni siquiera preguntar por qué estaba tan lejos de un Santiago encantador, con idas al Municipal, acicalamientos en baños del teatro y tacitas de té con chismes destilados. Ella, sin comprender jamás por qué estaba sepultada en El Total, viendo a gruesas vacas parir mucosas grisáceas y días aun más gruesos gotear una eternidad con olor a guano.

Detrás de ella apareció mi padre haciéndole sombra. Los suaves ojos de mi madre se prepararon para las órdenes y la ordenación del caos.

La grieta entre mi padre y mi madre empezaría suavísima, tal vez un domingo, cuando él ya no se asombró de su aérea belleza de Greta Garbo ni de la lejanía de sus ojos y le vio las bolsas de las mejillas y comenzó a considerarla una posesión tenue, levemente molesta, aunque ni siquiera él mismo lo sabía entonces, porque no era muy fácil darse cuenta de las cosas con tanta tierra.

Ese día, mi madre seguía pidiendo cosas con aire de ciega, moviendo las puntas de sus dedos borrosos. Su alma se marchitaba como siempre, al soplo del viento rural, desde su cintura de llave.

Pero mi padre tomó posesión del cataclismo: nos ordenó a todos bajo las dos palmeras de la entrada y nos prohibió movernos.

En seguida fuimos con él, uno por uno, a la única ala de la casa que no se había derrumbado por completo: su pieza de vestir, que daba a las caballerizas.

Encima de los camisones de dormir nos puso sus pantalones de huaso. Hacía frío como un agua persistente. Me tocó un pantalón mojado en la entrepierna como con engrudo. Pero yo había sido adiestrada en el arte de no decir nada al mundo de arriba y me lo puse sin vacilar.

Nada importaba entonces, sino defenderse del humo friolento que entresalía de la tierra paralizada. Y claro. Mi hermano Carlos se atrevió a reclamar, que no eran de su talla y recibió el primer sopapo del día. Ese llanto arrastró a los otros, mientras se nos entraban por los ojos para siempre, las ventanas descuadradas, las alfombras saliendo por las ventanas, los esquineros reventados, las pozas siniestras donde gorgoriteaba el agua oscura de las entrañas humeantes de una tierra extraña, los cadáveres de perros y gatos con las patas al aire. La Nanita nos tapó los ojos. Entonces, mi padre dijo:

—En fila. Sin soltarse. Dormiremos en la casa de muñecas.

De a uno fuimos entrando con cautela. Era la misma casa de los encuentros desnudos con mis primos de Santiago en los veranos, después del tranque, sudorosos, embarrados de tierra y deseos no bien aclarados, risas y escondites donde los chicos no tenían acceso y se quedaban llorando ante las puertas trancadas amenazando con

acusar sin atreverse, mientras los grillos se desgañitaban de placer en los rincones polvorientos.

Mi padre comprobaba los espacios para cada edad. Apenas cabíamos. Encontró calzones entre las vigas. No dijo nada. Nadie estaba para decir nada. Pero él desarrolló por aquellos días una voz estentórea para las órdenes que daba mucha seguridad a todo el mundo y que nunca más se le quitó. En seguida, en rigurosa fila —anduvimos en fila todo ese tiempo, creo— salimos a esperar el rescate doloroso de los colchones, sacados a tirones por Pedro, quien trabajaba enronchado para siempre por el espanto.

Mi hermana Rebeca me codeaba con insistencia. Ni siquiera la miré. No estaba para oír locuras en aquellos momentos en que todo se bamboleaba.

Nos metieron los camisones dentro de los pantalones de huaso y nos amarraron el miedo con las fajas de domingo. La Rebeca se colgaba de mi oído:

—Oye, oye.

Nos acostaron de a dos en cada colchón. Me tocó con ella y no pude evitar acordarme del verano cuando la consigna era salir desnudo de la casa e irse debajo del pino, con mis primos de Santiago. Allí había una colchoneta con paja debajo sin una sola luz. Siempre fui más audaz que ellos y aparecí completamente desnuda mientras que ellos se iban sacando por el camino aquellos ridículos calzoncillos con botones. Pero una vez dentro del pino, nos envolvía una tormenta imposible de detener. Los papás dormían en el segundo piso. A veces, sus discusiones llegaban hasta nosotros por la ventana abierta. Nunca se oyó la voz de mi madre.

Ahora, en medio de la noche, vendría la confidencia de Rebeca en mi oreja. Pero esta vez me equivoqué. En medio del silencio obligatorio impuesto por papá, se oyó la voz de bajo profundo de mi hermana.

—Quiero caca, Papumi, quiero caca.

Nadie se movió. Mi padre la hizo callar desde el colchón mayor. Entonces Rebeca, que siempre se tiró al abordaje en todos los momentos de su azarosa vida, gritó:

—¡Papáa! ¡Ya me hago caca! ¿Puedo salir?

Mi padre la llenó de invectivas. Niña estúpida, mal hecha, churrete idiota, tarada, inoportuna desde su nacimiento, ¿no podía aguantar?

—No —dijo Rebeca.

No se podía salir. Que entendiera esa estúpida. ¿No veía que seguía temblando? Que se callara y durmiera de una buena y maldita vez.

La voz suave de mi madre de porcelana remeció a mi padre: que no maldijera, sobre todo en estos momentos en que no se sabía nada de seguro. Tocarón a la ventana. Era Pedro. Le castañeteaban los dientes, más que cuando lo del puma. Mi padre, que entendía los pensamientos de los pobres, tradujo para todos:

—Sí, el potrero. Sí, me acuerdo, el de rastrojo, pues, huevón, ¿qué paso? ¿Qué mierdas puede haberle pasado a un potrero?

—Desapareció, don Carlitos —dijo Pedro—. No está más. La Delmira y los niños lo andan buscando, pero no aparece.

Mi padre se quedó en silencio. Ahí supe que a él también le había bajado el miedo al alma y que era del mismo molde de todos nosotros. Mi madre escarbaba como un ratón con sus dedos blanquísimos, que relucían aunque no hubiese luz.

De pronto se esparció el olor. Rebeca permanecía tendida como Juana de Arco, con las manos sobre el pecho y el olor rodeándola como una aureola.

—Te hiciste, imbécil —la remecí—. Di, ¿te hiciste caca con los pantalones puestos?

No me contestó. La volví a remecer. Entonces, la fetidez se esparció en anchas ondas hasta llegar donde la Señorita, quien, abanicándose con algo inexistente, dijo:

—Oh, verdaderamente, temo que es algo terrible, tal vez separar un poquito si usted no tiene inconveniente, nosotros muy juntos...

Mi papá salvó de un salto la distancia en colchones que lo separaba del foco de la infección; la tomó por los brazos y en alto la lanzó hacia afuera cerrando la puerta detrás de él. Luego se olió las manos. El suelo temblaba aún débilmente.

Mi Nanita había querido —terminantemente, don Carlos—, como ella quería las cosas, dormir afuera, en la pequeña galería de tres palos de nuestra casa de muñecas.

—Para atajar a los primeros enloquecidos —había establecido sin discusión. Aunque yo sabía que era para poder rezar el rosario tranquila. Se la instaló en el sillón de tres cuerpos y encima, la preocupación de cada uno de nosotros por el frío del relente, le fue agregando chales, mantas, echarpes y pañuelos de cabeza hasta lograr convertirla en un verdadero elefante de la India, algo gruñón y con el rosario calipso en la mano.

—No hay temblor del diablo que pueda contra Nuestra Señora —decía.

Rebeca apareció en medio de la noche, envuelta en lágrimas y en un olor inconcebible que despertó por completo al elefante de la India, que tuvo el coraje de sacarle los pantalones de huaso, bolsudos, tibios, y limpiarlos precariamente con tierra, así como a su dueña, que había adquirido una postura de magdalena y se dejaba hacer, llorando a lágrima viva.

Mi madre de porcelana preguntó quebradizamente en medio de la noche:

—¿No habrás sido demasiado brusco, Carlos? Mira que se te puede pedir cuentas.

Ahí todos recordamos que se trataba del fin del mundo.

Habíamos alcanzado a llegar hasta el noventa y nueve. Ese año no habría veraneo de olor dulce ni descubrir las cosas que erguían sus corolas abiertas en la noche de la colchoneta. Me acordé de una de nuestras cláusulas. Rompimos todos los espejos que teníamos a la mano. Los mayores se asombraron ante la simultaneidad de casualidades. Pero nosotros ya no necesitábamos vernos el reflejo porque estábamos de tal modo seguros de nuestros secretos en los veranos. Sólo mi madre conservó un espejito de mano al que acudía constantemente en busca de palpar su rostro que se le iba.

No se oía aún la trompeta del ángel rasgando los cielos. Mi madre discutía suavísimamente con mi padre. Éste hacía gestos de barco yéndose.

—Sí, hija. Mañana. Sí. Hasta que las encontremos.

Y entonces fue lo extraordinario. No se acabó el mundo. El día siguiente rompió a existir con un sol esplendoroso, de un amarillo postal que acabó con el terror húmedo de la noche.

El papá salió en un tenebroso viaje de reconocimiento a caballo. Cuando volvió, lo vi desencajado por primera vez en la vida.

En medio del suave movimiento que persistía como si la tierra hubiera adquirido de pronto inseguridades de lanchón, él nos hizo prometer que andaríamos en grupo, nadie se me aparta un ápice, en choclón, no me vengán con huevadas de tener que ir al baño ni ninguna de esas leseras.

Nos volvió a apelonar a todos en el centro del parque, junto al macizo de achiras.

Entonces, la figura de mi madre, pálida como la cera y con las crenchas de pelo rubio aún trágicamente dispuestas sobre su cabeza, se separó, caminando a paso de pájaro y se dirigió a las ruinas.

Ahí se encucilló y con las manos convertidas en dos pequeñas garras transparentes, comenzó a cavar. Era tan tenebrosa y dura su expresión que nadie, ni mi papá, que detenía cualquier iniciativa individual, se atrevió a objetarla. Rebeca se le acercó. Había mostrado desde su nacimiento una curiosa sordera para los mandatos.

—¿Qué estás buscando, mamá? —preguntó.

—Mis cosméticos y las joyas —contestó ella, decidida.

Entonces mi padre cayó en la cuenta de la importancia del asunto. Ya no había posibilidad de caminos. Desaparecidos los potreros, sobreviviríamos sólo por los valores en joyas. Se trataba de la compra de alimentos, aunque estoy segura de que mi madre, entre sus lágrimas rosadas, sólo pensaba en ponérselas.

Pedro fue enviado a ayudar a mi madre en la excavación. Después, mi padre mismo se puso a la tarea.

Entonces, Rebeca se arrastró hasta mí. Había tomado esa costumbre de andar culebreando para no sentir la oscilación.

—Oye, acabo de desenterrar algo —me dijo.

—Si es un perro muerto, tienes que botarlo, da tifus —dije

perentoria—. Y si es Pepito, por favor entiérralo sin sacarle las plumas antes de que lo vea la Señorita.

—Ni Pepito ni perro —silabeó Rebeca—. Se trata de una mentira que yo tenía guardada bajo la colcha de mi pieza.

Se quedó seria, mirándome. Yo me agaché y le miré más de cerca la chasquilla, en la que anidaban unas certezas aterradoras. No parecía afiebrada, ni tampoco llena de risa, como cuando hacía bromas malignas.

De pronto se sintió un llanto de niña. Miré hacia mi mamá. Se hallaba sentada en la tierra, con las manos negras. La Nanita le enjugaba el rostro con un gran pañuelo a cuadros. Corrimos las dos. Mi madre le estaba diciendo a mi padre:

—Están saliendo cosas raras cuando uno escarba, Carlos. Ha aparecido aquella noche, ¿te acuerdas?, de tu cumpleaños, cuando todos aquí, esperándote para comer y tú con la mujer del cónsul Hemingway, en los baños del Club, ¿te acuerdas? Eso sale, en vez de lo otro. —Y mi madre, sin una sola joya en las manos, se refregó los ojos y siguió llorando.

Papá nos hizo señas de que nos esfumáramos. Desde lejos lo vimos cómo acariciaba las guedejas de reina de las praderas que ostentaba mi madre a esas alturas.

Pero ya la curiosidad de llegar al fondo se había apoderado de mí.

Nos acercamos los siete a escarbar cerca de la cocina. De los escombros salió un polvillo rojo.

—Es la tierra de color que había en la cocina, qué otra cosa va a ser —dijo mi hermano, que estaba suscrito a *La Ciencia al Alcance de su Mano*.

—Sigamos —dije.

Pedro nos tiraba de los hombros, que mi papá iba a venir y si nos pillaba, que fuéramos a formarnos al patio, bajo el sol lleno de círculos.

Pero nada nos podía contener. Nos íbamos de cabeza a los rincones más oscuros y cavábamos en medio de ruinas entreabiertas.

Salió una estruendosa borrachera de mi padre, en la que se

había tratado de propasar con la Señorita metiéndole la mano por la camisa de dormir, y que había quedado sepultada para siempre en las aguantaderas rubias de mi madre y en el diario de vida en inglés.

También salió el galope tendido de mi madre, casi sin ropa, en un caballo sin montura después de una horrible pelea con mi padre en Año Nuevo.

Mi primera menstruación apareció como una cala roja ahí, manchándole la boca a mi primo de Santiago, que me miró desafortado y se desmayó entre mis piernas. Ahí se había terminado todo. Lo tuteé inmediatamente desde ese momento y pedí un espejo gigante para mi dormitorio.

Ésa fue la época en que mi madre viajaba dos veces a la semana a la Catedral de Santiago a confesarse y después al Paula, a comer sándwiches de ave con pimentón e interminables tazas de té llorado.

Yo cavaba a estas alturas en un desordenado frenesí sin saber mucho a qué apuntaba mi búsqueda. Sólo sabía que estaban apareciendo cosas que permanecían una capa más abajo de las palabras y que eran mucho más importantes que las joyas. Temblábamos bajo el sol furioso de las últimas horas de la tarde violeta.

Llegamos a algo duro. Aunamos los dedos para cavar, por los lados, desgarrando los terrones, aquí lo tengo, por debajo, suelten, sujeten, empuja, ya, con cuidado.

Fue apareciendo poco a poco la pequeña cajita blanca con flores y la cruz en la tapa. Dentro, el cuerpo pequeñísimo, intacto, oloroso a guagua, de bracitos que sobresalían de la mantilla amarillenta.

—Era de la mamá —dijo Rebeca inmutable—. Era el que venía después de mí, creo. En ese tiempo el papá estaba con la Hemingway. Mamá se lo sacó y lo perdió adrede.

—Y cómo sabe ésta —yo ardía frenética, preguntándole, remeciéndola.

Rebeca, mirándome con sus ojos de cien años, contestó:

—¿Y tú no harías lo mismo?

—¡No! —rugí. Tapé con un golpe la tapa blanca. A una, todos comprendimos.

El hoyo se hizo rápido, con dedos y pulgares desesperados, cavando con rapidez de perros en la tierra roja. Metimos la caja y apisonamos el suelo muchas veces.

—Si me abandonara el aire, ayyy —canturreaba Rebeca.

La empujé.

—Ándate —le dije—. Esto no es para ti.

—Ni para nadie —replicó ella, parada en sus asombrosos seis años.

Después salieron cosas que a nadie le importaron mucho: cuando mi hermano Carlos tuvo su primer encuentro con la niña que lavaba los platos y disparó su primer chorro de semen, asombradísimo; salió también mi primera masturbación, en el calor de una gripe de febrero con un chupete de mi hermano. Carlos hizo arcadas, pero el asunto no pasó a mayores. Nadie tenía ánimos para agarrarse a gritos, ni siquiera para juzgar lo bueno y lo malo.

Al anochecer, papá vociferó:

—Todos a la casa de muñecas, con el estómago limpio y los pantalones amarrados.

Estábamos dentro, adormeciéndonos, cuando mi Nanita golpeó la puerta:

—Don Carlos, abra —dijo—. Estuve escarbando y, ¿sabe lo que encontré?

—Las joyas de la señora —saltó mi padre, extendiendo la mano.

A nosotros nos bajó un chorrillo de terror por nuestros pecados concebidos. La Nanita apareció en el umbral.

—No, pues, don Carlos, no se me ponga tonto. Algo que sirva de veras. La caja de pan de anteayer. ¿Ve?

Mi padre partió las rebanadas. Y dijo que calma. Que esto no era el fin del mundo.

Pero nosotros sabíamos que sí.

Monsieur Homard golpeó las manos para alentar a sus cuatro ayudantes.

La mesa estaba dispuesta en forma espléndida. Sólo faltaba la llegada de los comensales.

Rufino, el mozo, se arregló una vez más la corbata y escogió, del aparador, los guantes de cambray. Los cubiertos de plata de Chañarcillo y las copas de vidrio y cristal de Montbéliard se encontraban ordenadas sobre el mantel de fina Holanda.

M. Homard, utilizando un cuchillo previamente congelado, había esculpido la forma de un ganso en el perfumado cubo de paté y ahora le arreglaba un nido con finas hierbas y semillas de alcaravea. Para esta pasta trufada había hecho amasar delicados discos con harina de germen de trigo que se tostaban y endurecían a fuego bajo en el horno de leña. Una salsa delgada a base de caldo de res, aromatizado con algo de orégano y pimienta, iba a permitir, a quien así lo quisiera, humedecer su sabor.

M. Homard, en su momento, había exigido al sommelier que bajara las botellas del Chateau Gillete a los once grados de la cava menor. De ese modo, aquel vino blanco permitiría apreciar de mejor forma la cremosa consistencia del paté y la contradictoria dulzura de la trufa.

Sebastián revolvía con parsimonia el caldillo. Era quizás uno de los pocos en la estancia que no estaba preocupado por la de-

mora de los convidados. Aunque ya hervía la sopa de erizos con sus hierbas esenciales: mejorana, tomillo, ajedrea, cebollino y una pizca de ají de cacho de cabra. Porque la consistencia y el aroma se lograban en paz. Gracias al calor que irradia, desde el centro de su base, una olla de madera de canelo que, para esos menesteres, se usa una sola vez.

Sebastián pidió para su obra una champaña. Le parecía la mejor, para la sabrosa y refinada aspereza de esas lenguas, un Louis Roderer Christal Brut. Fresco, pero no en exceso. Champaña escarchada, champaña malograda.

Alfred había esparcido las brasas convenientemente en el piso intermedio de la cocina. Ya sofrita en grasa de ternera se doraba el filete deshuesado del jabato, adobado con la salsa de las moras, las frambruesas y los arándanos. Sólo un vino como un Musigny, o en su defecto un Château La Fleur Petrus, podría hacer el honor a esas carnes que se servían sobre un lecho de hilos de setas del bosque. Alfred ordenó al criador que, antes de retirarse, dejara respirar los vinos por lo menos noventa minutos bajo la magnolia del jardín y que manejara las botellas con todo el cuidado que su vejez se merecía.

Miñon, la confitera, entre tanto había empezado a cortar la pasta de almendras y yemas de huevo cubiertas con fondant. Los pequeños rectángulos de este dulce debían servirse junto a los helados de mango y lúcuma. A veces se daba el caso de que un invitado rechazaba los chocolates al fin de la cena. Un vino de oporto casero, aromatizado con la flor del jazmín, acompañaba este plato final.

Después del café, responsabilidad de Rufino, quien en las grandes ocasiones molía una mezcla de granos colombianos y peruanos, Sebastián presentaba el coñac y el brandy. De los primeros un X.O. de Courvoisier y de los originados en España, un antiguo Cardenal Mendoza.

Quienes con su copa quisieran pasar al salón de fumar encontrarían una caja de Cohibas, o de Romeo y Julieta de catorce gramos provenientes de La Habana, u otra con los Davidoff Aniversario, de la República Dominicana.

Pero los comensales no llegaban.

Rufino, M. Homard, Sebastián, Alfred y Miñon esperaban alineados en la puerta del salón. Las luces estaban encendidas y las dos chimeneas del comedor irradiaban una agradable tibieza.

El reloj del vestíbulo tocó las campanadas y Rufino carraspeó.  
—Quizás, después de todo —dijo—, ellos se demoren.

Miñon fue la primera en regresar a la espaciosa cocina. Con la punta de su dedo meñique probó la densidad de su confite. Alfred, preocupado, introdujo una brizna de paja entre las costillas del jabato. Sebastián dejó escurrir una gota desde la cuchara, buscando así el punto de hebra de su sopa. M. Homard afirmó, con el frío de un puñado de hielo, su modelado de paté.

Pero no se oían aún las campanillas del trineo.

M. Homard tuvo que bajar a la bodega a reclamar el vino blanco. No podía concederle más tiempo en ese frío. Sebastián recostó otra vez las botellas del Roderer. Facilitar el salto del corcho de la champaña era una cosa; permitir su desvanecimiento, una especial crueldad. Alfred se sintió perdido. Un Musigny o un Petrus destapados en vano son una pérdida irreparable. Miñon guardó el asoleado en el estante. Más se impregnaría con el jazmín si nadie lo bebía hoy.

Rufino selló el envase con el café. Maldijo a los infiernos por haberse adelantado en el molido.

Otra vez las campanadas del reloj estremecieron el cristal de las vitrinas donde se guardaban los marfiles, pero nadie llegaba a cenar.

M. Homard revivió con pesar una amarga experiencia. ¡Cómo cambia la fragancia de un Périgord cuando se entibia! Sebastián, por su parte, regresó de un paseo al fogón, desolado. Algunas de las lenguas de sus erizos flotaban, ajadas, en el caldo. Alfred no necesitó comunicar a sus colegas lo que estaba sucediendo. El olor de la carne achicharrada es penetrante y perdura en la cocina. Miñon, con una espátula, trataba de evitar el desborde del melindre. Crecía el dulce, escurriendo más allá del mármol de la mesa.

Alfred, angustiado, distribuyó con el badil las ascuas marginales. Por los bordes de la puerta del horno se insinuaba una humareda. Miró después el Château La Fleur y descubrió, en su

nivel, las burbujas del desbrave. Sebastián cubrió las botellas de champaña con la cortina de muselina y sacó la olla de canelo de la lumbre. Lloraba. M. Homard, con una cucharilla de alabastro, en una acción reiterada e ineficaz, adosaba su cabeza al ganso de paté que se desmoronaba.

Cuando la campana sonó otra vez, las anaranjadas lenguas de los erizos sobrenadaban el caldo como peces marchitos. El hollín de la carne del puerco salvaje enturbiaba el empavonado de los vidrios del quinqué y el ganso de paté o el paté de ganso, ya no se sabía, era una pulpa insípida e informe sobre la bandeja y el hielo. El café de Rufino, aunque en su envase, no era más que un polvo rancio y arenoso y la pasta de San Estanislao, que con tanto esmero había formado Miñon, se había convertido en una espuma azucarada y cerosa.

Pero nadie venía a comer.

Al Courvoisier se le había disipado el ámbar de su esencia y al brandy del Cardenal Mendoza apenas le quedaba un olor ácido y menor. Los habanos, en sus cajas, se veían quebradizos y con seguridad que a broza hubiesen olido.

Rufino y Sebastián se habían sentado en los pisos de palo de rosa de la cocina. M. Homard vagabundeaba por el salón como un sonámbulo y Alfred y Miñon hablaban en voz baja, como asistiendo a un funeral.

Y nada se sabía de los comensales.

A esa hora el sorbete de mango era ya un almíbar dulzón y los helados de lúcuma, un montón de grumos descoloridos y untuosos.

Pronto empezaron a chorrear esperma las velas de la araña del comedor y Rufino, con el matacandelas, las fue ahogando, una a una. Los troncos del hogar ya eran pura ceniza y la nieve empezó a opacar el cristal de las ventanas.

Miñon se puso sus pieles sobre el delantal almidonado y Alfred su grueso tabardo negro. M. Homard se frotaba las manos en la insuficiente tibieza que irradiaba la cocina y Rufino y Sebastián se habían echado sobre la espalda los espesos mantones con que se protege la vajilla.

Por primera vez se sintió el viento y a lo lejos, quizás, el lamento de un lobo. Unos golpes apagados y distantes revelaban la inquietud de los caballos en la cuadra, y el silencio de los perros, su temor.

La nevisca iba cubriendo las huellas del último paseo y las enormes puertas de hierro forjado, al fondo del parque, abiertas todavía, repicaban con la fuerza del viento.

Rufino aguzó el oído cuando oyó que el cierzo arrancaba las primeras tejas. Y Miñon, a través del nimbo que el hielo dejaba libre en las ventanas, las vio volando desordenadas por la ventolera, como lúgubres mariposas de invierno.

Después le tocó al cañón de la chimenea, que se desplomó como el paté de Périgord. Una bocanada de carbón sumergió en la oscuridad, por un momento, la estancia donde estaba la cocina y M. Homard, con su uniforme ennegrecido, ahogado por una tos de tuberculoso, corrió a la galería. Sebastián y Rufino, con los antiguos manteles de restaño, aventaron el polvo y la ceniza por la puerta del sótano. Rufino y Miñon miraban el hollín, que imitando la escoria de un volcán, iba carcomiendo la plata del servicio.

El granizo no tardó en quebrar los vidrios de los ventanales y penetrar a raudales en la mansión. Como una alfombra del fondant preparado por Miñon, se fue quedando sobre el piso, sobre las escaleras, sobre los pasamanos, recubriendo los tapices y nevando los paisajes primaverales colgados de las paredes.

El abeto muerto, cercano a la glorieta, fue alcanzado en su base por un rayo. Y hundió el techo de la casa con el peso de un elefante. Una de sus ramas secas, gruesa y puntiaguda, rozó en su caída una oreja de Sebastián.

Miñon recogió su cartera, Rufino su morral y corriendo huyeron por la puerta trasera. M. Homard se había sentado en el comedor y contaba las piñatas del abeto, desparramadas entre la porcelana rota de los platos, incrustadas en las copas para el vino, rodando algunas sobre la caoba de la mesa. Sólo Alfred, arrebujado en su buen abrigo, acompañaba todavía a Homard en su destino. Sebastián, sentado en un rincón, se preparaba para huir calzándose las botas.

La nieve, que caía por el cráter abierto en la techumbre por el pino, se acumulaba con rapidez y pronto fue otro mantel, de incólume blancura, sobre el mantel que había esperado, sobre los destrozos del abeto, sobre la intolerable paciencia de M. Homard a quien algunos carámbanos le crecían en la barba.

Sebástian siguió el camino de Miñon y Rufino pocos segundos antes de que se cayera la pared norte del palacio, aquella que daba el fondo al gran salón del comedor. Sin el apoyo del arbotante que sostenía a la chimenea, perdiendo su sustentación, se vino abajo arrastrando consigo, también, el cielo y su elaborado alfarje.

Desde el hueco de un brochal saltó una rata. Tenía la cola negra y estaba crecida como un conejo. Llevaba una presa calcinada del jabato prendida en el hocico y la seguían las quince crías de su camada. Alfred la alcanzó a ver cuando se sumergía en las descubiertas fundaciones del palacio.

M. Homard no se lamentaba. Inmóvil, a la intemperie, hacía caso omiso a las advertencias de Alfred.

—Los lobos ya estarán cerca —le gritaba por encima del ruido del viento.

Pero algo le decía a Alfred que el viejo Cordon Bleu no le haría caso.

Y más tarde, cuando las ramas de las encinas se quebraron por el peso de la nieve que seguía cayendo, Alfred se despidió. Al cruzar la verja se volvió. Alcanzó a ver los restos brillantes de un candelabro y a su lado, entre los escombros, con el catavino de Baccarat intacto sobre el pecho, a M. Homard, esperando aún a los comensales.

*Antonio Skármeta*

—Entre todas las cosas lo primero es el mar —dijo mi primo—. Y después el sol, y después la noche. Si es eso lo que querías saber, estás despachado. Alcánzame el martillo.

Encontré la herramienta bajo los tapabarros del coche. Se la alcancé con prontitud. La cogió y empezó a machacar con golpes breves y violentos un tubo; seguramente el tubo de escape; no entiendo acerca de automóviles.

—Es necesario enderezarlo —dijo mientras golpeaba.

—No es eso lo que quería saber —repuse.

—¿Qué es lo que no querías saber?

—Bueno..., lo del mar, y después el sol y después el viento —dije.

—El viento no. Después del sol, la noche.

—Entendido. Pues no era eso.

—Veamos —dijo mi primo.

—Tú estudiabas literatura.

—Bien. Sigue.

—Eras el novio de Angélica —agregué.

—¿Cómo dijiste?

—No me puedes oír si estás golpeando ese tubo todo el tiempo —grité.

Sin interrumpir su tarea, se dio vuelta un segundo y me miró.

Luego volvió a dirigir la mirada al tubo, lo torció y comenzó a golpearlo por el otro costado.

—No eres cortés —dije—. Tus modales me fastidian.

—Así que tú no crees que lo primero es el mar, ¿cierto?

—Sobre eso no me pronuncio.

—¿Y hablaste con mi padre?

—Sí.

—Comprendo que esté preocupado. Él no sabe.

—Yo tampoco.

Dejó de martillar, miró el cielo y pestañeó. Echó una mirada al coche, dio una vuelta alrededor de él, me cogió por un hombro y nos fuimos a sentar al pasto en silencio.

—Tú eres el mejor de la familia —me dijo.

—¡Qué va! —dije yo.

—En serio. Tú vas a ser alguien.

—Córtala —dije—. Tú también eres alguien. En verdad todos son alguien en cierto modo.

—Aún no —dijo.

—Tu papá se preocupa por ti —comenté.

—Eso no me gusta.

—Quiere que termines tu carrera. Y yo le encuentro la razón, si quieres saberlo.

Se levantó de un salto. Entró por la parte de atrás de la cocina. Luego de un momento abrió la puerta empujándola con un pie y salió con dos refrescos en las manos. Se sentó a mi lado y me pasó uno.

—¿Qué es lo que decías? —dijo.

—Tu papá se preocupa por ti.

—No. Antes de eso.

—Tú eras el novio de Angélica —dije.

—¡Caramba!

—Me gustaba que fuera tu novia.

—Entonces la pasaremos a buscar cuando termine con el coche.

—¿Piensas traerla con nosotros?

—Se lo había prometido —dijo. Luego agregó—: La Uni-

versidad no está bien. Un tipo como yo no tiene nada que hacer en la Universidad.

Se echó hacia atrás y apoyó la espalda en el manzano.

—¿Qué es lo que quieres? —le dije—. Tienes algo de dinero; buenas notas; tenías a Angélica. ¿Qué es lo que quieres?

Extendió los brazos, hizo una mueca con la boca y luego se encogió de hombros.

—Comprender —dijo.

—¿Comprender qué? —insistí.

—Todo. Soy muy tonto.

—Eres el más inteligente de la familia —dije—. No eres ningún tonto. ¿Por qué habrías de dejar de estudiar? Nadie tiene tan buenas notas como tú. ¿Qué te pasa?

Terminó de beber su gaseosa. La hizo rodar sobre el pasto hasta que fue a estrellarse contra mi zapato.

—Terminemos con el auto —dijo—. De otro modo no tendremos sol en la playa.

Sin embargo permaneció apoyado en el árbol y sin aparentes intenciones de continuar el trabajo. Yo me levanté y metí en el cajón algunas herramientas.

—A veces a uno le pasan cosas —dijo.

—¿Cómo qué? —dije.

—No sé. Cosas —dijo.

—No sé de qué hablas —repliqué—. Terminemos con el auto.

Caminó hacia el coche, abrió la puerta e hizo partir el motor. Luego se apoyó sobre el volante con los ojos perdidos, y pasó la mano sobre el parabrisas.

—Me gusta sentirme libre —dijo—. Sentirme las manos trabajando, palparme el cuerpo desnudo, charlar. Me gusta que mi mujer sea libre. Me gusta tirarme con mi mujer libremente y charlar. ¿Comprendes?

—Debieras ser escritor —dije.

—Voy a serlo.

Luego se echó atrás y resopló con fuerza.

—El mejor —dijo—. Son cosas que a uno le pasan. ¿Me encuentras teatral?

—Sí —dije.

—¿Te molesta?

—No —contesté—. Te conozco bien.

—Eres el mejor de la familia —dijo—. Y eso que no has ido a la Universidad.

—La Universidad no va conmigo.

Extendió la mano, arrugó el rostro y se indicó el pecho con un dedo.

—Tampoco.

—Contigo, sí —afirmé.

—Puede que tengas razón —replicó—. Tú sabes, son cosas que pasan.

—¿Qué le digo a tu padre, ahora?

—Nada. Trae los trajes de baño y vámonos.

—Terminemos con el coche.

—Está listo —contestó—. Coloco el tubo y partimos.

Di media vuelta y cuando empujaba la puerta de entrada a la casa, me detuvo con un silbido.

—Este auto hijo de perra hacía tres meses que estaba en panne.

Me miró, luego levantó las cejas, y alzó la cabeza consultándome.

—¿De acuerdo? —preguntó.

—De acuerdo —le dije—. ¿Y quieres saber más?

—Adelante —dijo.

—Si te vas a poner a escribir vas a ser el mejor. ¿Quieres saber por qué? —dije mientras abría la puerta.

—Adelante.

—Porque no haces alarde de nada.

—Bien. Eso no basta. En la Universidad estudiamos escritores que alardean.

—Es diferente. Tú quieres comprender.

—Tampoco basta. No soy pedante.

—Bien —dije yo—. Eres teatral, ¡qué diablos!

—Bien —dijo—. Eres el mejor de la familia. Anda a buscar los trajes de baño.

Entré y subí corriendo las escaleras; de la pieza de mi primo saqué los trajes de baño, dos toallas, un paquete de cigarrillos, y los eché en el bolso. Cuando me dispuse a bajar me topé con mi tío que salía de su pieza.

—¿Qué dice? —preguntó—. ¿Qué es lo que está haciendo ahora?

—Arregló el coche. Nos vamos a la playa.

—De modo que arregló el coche, dices. Es un muchacho inteligente por cierto. Y de la Universidad, ¿qué dice?

—Nada —contesté.

—¿Nada? —dijo.

—No se preocupe. Tenemos prisa.

—Tengo que preocuparme. Es mi hijo.

—Seguirá estudiando —dije—. Y si quiere saberlo no puede vivir sin estudiar.

—¿Cómo lo sabes?

—A veces pasan estas cosas —repliqué. Y bajé corriendo las escaleras.

Una vez instalados partimos a toda velocidad. El coche se mostraba dócil, y aunque nunca había tenido un sonido tan suave, mi primo no hizo jactancia alguna de ello. Al cabo de algún tiempo, y justo al mediodía, nos detuvimos frente a la casa de Angélica y mi primo entró a buscarla. A mi vez, descendí, entré a la fuente de soda de la esquina, descolgué el teléfono y di aviso a la oficina de que no iría a trabajar esa tarde porque estaba enfermo. Luego pedí un refresco, puse un disco en el tragamonedas y encendí un cigarrillo.

Cuando volví al coche noté que la expresión de mi primo había cambiado. Hacía muecas con la boca y tenía el ceño fruncido. Angélica, sentada a su lado, me saludó con una leve sonrisa y yo me senté a su lado izquierdo, doblé el codo sobre la ventanilla y guardé silencio. Después de un rato desembocamos en la carretera hacia la costa, y más tarde pasamos frente a Los Cerrillos, y después por Melipilla. Mi primo manejaba a toda velocidad y no había dicho

una palabra. Angélica y yo nos limitábamos a mirar el paisaje y fumar cigarrillos.

Al llegar a Cartagena disminuyó la velocidad y lentamente pasó por la costanera, mirando a la gente, y a los cerros, y al mar. Luego subió la velocidad y no detuvo el coche hasta que llegamos a Las Cruces.

—Aquí nos quedamos —dijo—. ¿Te gusta?

—Mucho —contesté—. Pensé que estabas mudo.

—¿Y a ti? —preguntó a Angélica.

—Está bien.

Nos desvestimos en el coche, nos pusimos las mallas, y caminando lentamente fuimos a tendernos cerca de la orilla.

Mi primo hundió el rostro en la arena, extendió los brazos, y se mantuvo jugando a coger entre las manos puñados de arena, y apretarlos, y a soltarlos lentamente después. Angélica se tendió de espaldas y yo permanecí sentado, fumando y contemplando su cuerpo moreno con la cabellera negra brillando sobre la arena, y deseándola. Así mismo la había conocido hacía un año, cuando mi primo me trajo ese verano y me la presentó, y me dijo que era "ella", y que era una pajarona, pero que era "ella" de todas maneras. Ahora había cambiado, mi primo la había ido creando, sin forzar nada, imperceptiblemente, haciéndole un mundo, moldeándola, llenándola de vida, colmando su mundo juvenil con su fuerza.

—¿Qué le pasa a ése? —dije.

—Se puso así —contestó—. De repente.

—¿Cómo? —pregunté.

—No sé. ¿Qué es lo que quiere? Yo he estado bien —dijo—. ¿Qué es lo que quiere?

—Comprender.

Ella se alzó, cogió un cigarrillo y se lo encendió.

—Nunca acabaré de conocerlo. Es diferente —dijo.

—Sí —repliqué—. Es diferente.

—¿Tú qué piensas?

—Que todo se arregla. ¿Qué quieres que piense?

Me di vuelta y me tendí dando la espalda al sol.

—Ojalá —dijo.

—No te preocupes.

Más tarde mi primo se levantó y se llevó a Angélica al mar, con un gesto. Casi al topar el agua se detuvieron y charlaron por unos minutos. Luego se metieron mar adentro y se mantuvieron nadando por un rato. Encendí un cigarrillo, lo fumé con calma, mirando el cielo y con los ojos frente al sol. El día estaba despejado, no había viento y sólo algunos pájaros aleteaban en la altura.

Angélica vino a mi lado corriendo, se secó el rostro y las piernas, se sentó sobre la toalla, ajustó su pelo y sonrió.

—Todo está bien —dijo.

—Bien —dije—. ¿Qué hace ahora?

—Está flotando. Le gusta tenderse de espaldas y flotar.

—Va a ser escritor —dije.

Nos mantuvimos charlando más de una hora y mi primo continuaba flotando, y nadando, y sumergiéndose de una roca a veces. Luego yo entré al agua, llegué nadando a su lado, e hicimos una competencia de natación, que gané. Nos sentamos en una roca, y mi primo jadeando se largó a reír.

—Espera a que te lea unos poemas que inventé de mi propia cabeza.

—Está bien —dije yo—. Esperemos que oscurezca.

—Está bien —dijo.

Cuando volvimos, Angélica y mi primo se fueron sentados atrás y yo conduje hasta Santiago con las ventanas abiertas y el cálido viento de noviembre rebotando violento contra el rostro. Paramos a dejar a Angélica y una vez en casa nos metimos en la cocina, pusimos queso a unas marraquetas y les hincamos el diente. Más tarde subimos al cuarto. Mi primo se sentó a su escritorio, sacó dos libros y algunas hojas.

—Estuvo bien el mar —dijo.

—De acuerdo.

—Para mí es lo primero —agregó.

Luego me alcanzó uno de los libros.

—Latín.

Luego me pasó el otro.

—Literatura española clásica, Cervantes.

—Lope de Vega —dije.

—El Arcipreste de Hita —dijo.

—*La vida es sueño* —dije yo.

—Libros magníficos —dijo—. ¡Grandes escritores, señor!

Después giró el asiento, apoyó los codos en el escritorio, puso la cabeza entre las manos y empezó a estudiar. Yo abrí *Don Quijote* en el capítulo 33, me recosté en la cama, y no paré de leer hasta las tres de la mañana. Después puse el libro en el suelo, me tapé el rostro con la almohada y no tardé en quedarme dormido. Hasta donde recuerdo, mi primo continuaba estudiando.

Las ciudades aprenden una canción y la cantan. De improviso, la olvidan.

Pero en mí hay una palabra apenas. Es como la canción que han aprendido las ciudades, porque vino de repente y se quedó conmigo. Sin embargo, no quiere irse. Ha envejecido como yo y me acompaña. Si estoy solo, aparece y me cuenta su historia. Siempre es la misma: una sola palabra.

Cierto es que estoy viejo y entonces me suceden cosas inverosímiles. Por ejemplo, construyo barcos y los meto en botellas de tamaños diferentes. Es un trabajo duro que se apodera de mis manos; pero lo demás queda libre. Puedo silbar, reconstruir el pasado, pensar en lo que viene o se va. Seguramente —mientras construía una goleta— se acercó aquella palabra por primera vez, saltó de mi memoria a los labios y fue mi compañera.

Ahora la digo:

—Rododendro.

Conozco su significado, como el de otras que olvido y recuerdo y vuelvo a olvidar. Pero su significado nada importa desde que está conmigo. Antes representaba a un arbusto, bien lo sé. Ahora su imagen es distinta, sin olor ni forma.

Abro la ventana, a veces, y si el día es hermoso me digo con alegría:

—Rododendro.

Suena el reloj la hora: rododendro. No ocurre nada: rododendro. Y esto me indica que la soledad tiene sus palabras secretas y las enseña cuidadosamente a los solitarios.

Aquí es oportuno no olvidar mi soledad. La tengo a mi lado vestida de ruidos distantes y de figuras pasajeras. Cuando está desnuda, dormimos los dos. Y es una buena cosa dormir. Soy viejo.

Pero escribir así no conduce a nada. He contado que construyo barcos y que una palabra precisa me vino a ver una mañana y no se fue más. Ya es tiempo de decir qué he hecho con esta palabra. Empezaré por confesarlo brevemente: la he convertido en pez.

Ha sido, claro está, un trabajo lento. Tal vez no pueda describirlo con exactitud si no recuerdo cosas más antiguas. Porque la palabra no fue lo primero: antes hubo los barcos, y también —como principio— el deseo de construirlos dentro de una botella. Entonces comenzaba a envejecer y pensaba a menudo en la soledad de más tarde. Iba todas las mañanas a mi oficina y encendíamos la luz desde temprano. Mirábamos por la ventana y hacía frío a veces. Escribíamos en los grandes libros de cuentas. De repente alguno dejaba la pluma, restregaba sus manos y decía que no deseaba trabajar, que las mujeres son hermosas, que durante las vacaciones iría a los lagos del Sur.

Se habla rápidamente y no vale la pena recordar nada.

Pero alguien dijo un día:

—Cuando esté viejo compraré un sillón y leeré todos los libros de que oigo hablar. No me aburriré como ahora.

Yo ojeaba entonces un folleto en que había barcos y nombres de ciudades. Lo guardé en mi bolsillo y anoté en seguida, como de costumbre, cifras pequeñas y grandes en mi libro. Es el trabajo. Se empieza a las ocho de la mañana, y cuando uno se levanta, abre los brazos y quiere descansar, ha acabado la tarde. Ahí está el sombrero, sale uno a la calle, y camina.

“Algo he de hacer cuando esté viejo” —pensé vagamente, en mi casa, cuando regresaba del comedor hacia mi cuarto.

Y saqué del bolsillo el folleto de la Compañía de Vapores. Cerré mi puerta, dejé de oír voces ajenas y un piano que suena

siempre. Los barcos son bellos y las ciudades que se desconocen tienen nombres que gustan: Liverpool, Amsterdam, Barcelona. Después vino el sueño.

Pero hay noches que hablan. No son como las otras y se obstinan en contar lo que saben. Basta quererlo, y se abren los ojos en la oscuridad, se escucha a aquel que va por la calle, al que tose en la pieza vecina. Y se oye hablar a la noche.

Entonces me dijo:

—¿Qué harás cuando estés viejo? Los barcos son bonitos desde la antigüedad. El que compra un sillón y lee, pierde la vista, se queja. Hay trabajos que divierten y el pensamiento hace lo que quiere entre tanto. Viajar es difícil cuando no hay dinero. ¿Mujeres? ¿Alegría? ¿Liverpool? Los años caen sobre el cuerpo y el deseo desaparece.

Así habló, desordenada, la noche, repitiéndose hasta que dejé de oírla. Y al despertar creí no haber dormido; pero todo lo había olvidado y esto le ocurre al que duerme. No obstante, recordé algo de súbito, cuando vi sobre la mesa el folleto de los barcos. “¿Qué harás cuando estés viejo?”

Lo supe de repente y lo tuve en la memoria hasta el día necesario. Fue un día de agosto y cuando entonces sucedió ya lo conocía. También había pensado en esto muchas veces. Estuvimos todos reunidos y el jefe de la oficina levantó una copa, señalándome. Yo oía sonar mi corazón y respiraba apenas. Me miraban y yo no quería ver a nadie, cabizbajo, con las manos caídas, escuchando.

—Es un ejemplo de lealtad —decía el jefe— y su nombre va a quedar entre nosotros. Ha envejecido en el trabajo de esta casa.

La señorita mecanógrafa olía a felicidad. Siempre he adivinado la dicha junto a su perfume, y ahora sonaba mi corazón y yo apretaba los puños pensando en lo que había de responder al jefe.

—Nos deja —decía— y su descanso es merecido porque de invierno a invierno ha estado entregándonos su vida con la constancia de la hormiga y de la abeja...

El contador me miraba y asentía sonriendo levemente. Y aquel que aspiraba a leer todos los libros comía con lentitud un trozo de sardina con pan.

—Levanto mi copa —decía— y les pido a todos que me acompañen porque...

No habló más el jefe y todos aguardaron. Entonces dije lo que ya no recuerdo.

Me abrazó la mecanógrafa, estreché las manos que me tendían, y flaqueaban mis piernas cuando salí.

Era libre. Tenía algún dinero para envejecer y morir en alguna parte. ¿Dónde? Exactamente, donde he vivido muchos años. Una casa de huéspedes, con su puerta angosta, su escalera que cruje, y mi cuarto al fondo de un pasillo.

—Señora —le dije esa tarde—, desde ahora estaremos juntos. En tantos años, puede asegurarse que somos amigos. No dejaré su casa.

—¿No trabajará más? —preguntó la patrona—. ¡Bien ganado el descanso que le corresponde! Nunca le he visto faltar a su trabajo. Pero, ¿no teme aburrirse?

Sonreí con alegría porque ahora era dueño de mi secreto y en adelante podría disfrutarlo sin prisa.

—Trabajaré —le dije—. Mis manos no sabrían estar ociosas.

Y crucé el pasillo, abrí la puerta de mi cuarto, miré hacia la calle desde mi ventana, sentí el aire de la tarde como nunca lo sintiera. Libre, absolutamente libre, y con una ambición para hacer dichosas a mis manos en largas horas de soledad.

Empecé a construir barcos. Los primeros se rompían de pronto, cuando los tenía en la botella. Había sido penoso construirlos, tan pequeños y frágiles; y se rompían de pronto, en la botella, cuando tendía una vela blanca, cuando alzaba un mástil.

Meneaba la cabeza, todo lo abandonaba, y al otro día trabajaba de nuevo, animoso, callado, pensando en tantas cosas que se olvidan, que se recuerdan, que no sirven de nada; pero que gustan cuando se fabrica un bergantín minúsculo.

Después mis manos conocieron el oficio. Eran diestras y manejaban alegremente los instrumentos, cortaban la madera, pulían los costados de la nave, pintaban los finos palos, introducían en la botella cada pieza del barco tan limpiamente que todo no era sino un juego feliz.

—Son lindos, es cierto —me dijo una mañana la patrona—; pero ya no hay dónde ponerlos. ¿Por qué no los vende? Muchos querrían comprarlos.

—¿Venderlos?

Entonces cerré mi puerta a todos. Cada día limpié mi cuarto sin ayuda de nadie. Y expliqué:

—Hay tanta cosa frágil, que prefiero asear yo mismo. Si alguna se rompiera, sufriría. A los viejos se les perdona, ¿verdad?

Estuve tranquilo entre mis barcos. Eran numerosos y míos, por todas partes, en sus botellas transparentes. Los miraba durante la noche, cuando iba a dormirme, y les ponía nombres venturosos. Algunos representaban de modo perfecto la historia secreta de mi felicidad. Otros tenían el color y la forma de la desdicha; mirándolos, pensaba en la dolorosa aventura que persigue a alguien cada día. Conversaba con ellos. Les preguntaba qué eran, de dónde llegaban. Me respondían de alguna manera, de proa a popa, quietos y hermosos. Después empezaba a desvestirme, apagaba la luz, y eso es la noche.

Por la mañana, apenas despierto, veía andar el sol desde la ventana a una botella. Alargaba su dedo amarillo y lo detenía en una arboladura. Después lo paseaba por los mástiles vecinos, y pronto resplandecían las jarcías de todas las naves.

No me movía. Era dueño de mi tiempo y podía mirar las botellas, distraerme de súbito y recordar la oficina oscura en que encendíamos la luz desde temprano, o pensar en otra cosa que sucedió y estaba perdida. Todo esto es curioso. Uno está lleno de palabras y poco a poco se reúnen a contar un día de la niñez, una risa que sonó en la tarde olvidada, ahora presente y dichosa de nuevo.

O bien escapa alguna y queda como el abejorro zumbando alrededor. Ha venido de repente y no significa nada. Es puro sonido hasta que se va.

Una vez entró de la calle una palabra inglesa, que alguien, agitando una mano, gritó como despedida. La palabra se posó en el muro, o entre los aparejos de una carabela, y al otro día echó a volar por mi memoria. Después se marchó. Pero cuando vino ésta, en vano quise olvidarla.

Rododendro.

Es lenta y tenaz. Oigo el sonido de sus élitros y la pierdo de improviso. ¿Se ha marchado? Entonces vuela desde el rincón y gira en torno de mi cabeza. La digo en alta voz. La canto con una música que sólo a ella le pertenece, mientras pulo con el vidrio una proa esbelta. La dejo reposar. Y en cualquier momento —corren los días— la tengo a mi lado. Siempre ha estado aquí y asoma de repente. Es el rumor, tal vez, que hace la soledad para que yo sepa que me acompaña.

—Está bien —le digo—, no te irás. Pero vamos a vivir de otra manera: juntos y mirándonos.

Me voy por la ciudad en busca de un trozo de madera. No debe ser sino como lo deseo y he de andar mucho para encontrarlo. Aquí está, por fin. Lo tomo cuidadosamente, lo envuelvo en un pañuelo de colores, lo guardo y me alejo.

En mi cuarto, cierro la puerta, me siento junto a la ventana y lo miro.

Rododendro.

Sonríó larga, largamente. Nadie piensa que un solitario sonrío con un trozo de madera en la mano, mientras sube por la escalera un olor a cocina, y una palabra está latiendo en la sangre, en la vida, en los labios que no la pronuncian porque sonríen nada más.

Rododendro.

Eso es: rododendro.

Abandono los barcos y no me ocupo del sol, por las mañanas, cuando los acaricia. En las noches no les digo venturosos nombres. Están solos en la botella verde, en la botella amarilla, en la botella blanca, por todas partes.

Yo trabajo pensando en el pez. Vienen los días, se van. No importa. ¿Acaso tengo prisa? Quiero construir la forma exacta: un cuerpo largo, los ojos redondos, sorprendidos, y la ondulación de las aletas. ¿Pez martillo? ¿Pez espada? ¿Pez volador?

Rododendro.

Lo llamé así desde antes de nacer. Y ahora está vivo en su botella ancha como una redoma.

Me mira su ojo inmóvil. Camino por el cuarto y me detengo. Me mira siempre allí donde estoy. Es la primera vez que me sucede: está mirándome desde la botella y dentro de mí.

—Estamos solos —me dice—. Estaremos solos hasta después.

Entonces pienso que estas palabras no son tuyas. Las va diciendo una voz en mí, secretamente; son mis propias palabras y nada importan. Podría decir otras, si me esforzara. Pero oigo hablar de pronto. Me mira su ojo inmóvil y escucho. "Solos hasta después."

Me acerco a contemplarlo y callo. Está en la redoma y súbitamente sé que me habla. Es él, y su voz viene desde mi vida. Pienso ahora que los hombres aman a las mujeres, que los barcos atraviesan el mar y entran en los grandes puertos. Hay el ruido del mundo. Alguien comienza a cantar porque es feliz. Y otro dice: "Nos hemos querido siempre". Y aquél está bebiendo con sus amigos, conoce la risa, entra en los teatros. Todos los teléfonos hablan. Y los automóviles salen de la ciudad, corren por los caminos: es el verano. Están las voces en los parques, unidas, y las manos se estrechan, los labios se buscan, los cuerpos saben ser dichosos.

¿Dónde?

Rododendro, en su botella, todo lo ha perdido. Estamos solos y nos parecemos: olvidados en la pieza de los barcos.

—Calla —le digo—. Si tuviéramos imaginación, cerraríamos los ojos para ver cosas más bellas.

Rododendro entorna su ojo inmóvil. No. Son los míos, que se cierran un rato.

Comienzo a odiarle. Entonces me llaman a comer y bajo la escalera.

—¿Ha trabajado mucho? —pregunta la patrona.

Muevo la cabeza, sin mirarla, y sé que todos sonríen.

Somos siempre los mismos: la patrona y yo, en los extremos de la mesa; el boticario que huele a tabaco y habla en voz baja; los estudiantes bulliciosos; Alicia, que trabaja en la tienda de un francés y canta canciones de la ciudad.

Comemos y charlamos. Es decir, yo escucho, sonrío, y miro por la ventana abierta la sombra de un árbol en la noche. Está el

verano en el patio oscuro y una rama se agita débilmente. El rumor de la casa vecina viene hasta la ventana y se aleja. Es una vida que no nos pertenece.

—Nunca le veo salir a caminar un poco —me dice el boticario—. Es saludable. Para vivir largos años hay que comer sin prisa, dormir profundamente, trabajar algunas horas, y pasear todos los días.

—Las noches se han hecho para algo —declara, riendo, un estudiante.

—Hasta que llega una noche y nos dice: “me han hecho para que duermas” —murmura el boticario sin levantar los ojos, ahogando después un lento suspiro entre el bigote que blanquea.

Ríen los estudiantes. La patrona amenaza con un dedo corto, grueso, de uña roja. Alicia se encoge de hombros y mira, como yo, por la ventana.

Nos levantamos con lentitud y dejamos que los estudiantes se alejen. Cuando comienzo a subir la escalera, el boticario me dice:

—Es un buen consejo: camine todas las mañanas.

Vuelvo atrás y me siento en un sillón, a su lado.

—¿No juega ajedrez? —me pregunta.

No sé nada. No conozco los juegos. He vivido de otra manera y ya es tarde.

—Estoy contenta de verle aquí, con nosotros —me dice la patrona, que comienza a tejer para un invierno desconocido y ya exigente.

—Sube a su cuarto apenas come y ya no se le ve hasta el otro día —murmura el boticario—. Hay que tener presente a la salud. Los hombres que han vivido mucho...

Yo veo, por un espejo —al fondo de la sala— cómo Alicia está ovillada en un sillón y lee una revista. Tiene en la mano un lápiz. A menudo alza los ojos y piensa. Después escribe rápidamente y se diría que es feliz. Poco a poco, cuando se ha movido, una pierna baja por el sillón. Aparece la rodilla. Es redonda.

—Necesito una palabra de cuatro letras —nos pide con ansia.

La patrona busca entre sus recuerdos.

—Amor —responde con una risa breve.

El boticario inclina la cabeza, murmura entre dientes y ríe despacio, con timidez.

—No me sirve —exclama Alicia.

—¿Por qué ha reído? —pregunta la patrona al boticario—. Tenía cuatro letras.

—He reído porque una mujer no encuentra nunca otra palabra —dice el boticario.

—¿Y cuál es la que encuentra el hombre?

—Trabajo, por ejemplo —contesta el boticario, removiéndose, inquieto, en su silla.

—No tiene cuatro letras —murmura Alicia, burlona.

Entonces hablamos de las palabras que preferimos. Alicia abandona la revista, el lápiz, y cubre su rodilla con gesto rápido.

—Digamos la palabra que nos gusta —propone.

Todos buscamos un instante por entre los muebles, junto a la lámpara, en el suelo.

—Primavera —dice la patrona.

—Trabajo —murmura, obstinándose, el boticario.

—Felicidad —ha dicho Alicia.

Y todos esperan mi palabra.

—Rododendro —voy diciendo lentamente, y escucho en mí el latido de un secreto que se traiciona.

—Bella palabra. Extraña tal vez, pero bella —declara la patrona, mirándome fijamente, deseosa de averiguar si no he mentado.

—No es extraña. Rododendro es un arbusto que da flores rosadas, en los parques —explica el boticario.

Le observo con asombro y empiezo a reír, meneando negativamente la cabeza.

—Rododendro es un pez —digo con energía.

—¿Un pez?

—Y un pez que habla —aseguro sin mirar a nadie.

Fui hasta entonces un hombre tranquilo y bondadoso para el boticario; me hablaba, acogedor, y era animadora su cortesía; pero ahora se levanta y no le reconozco la voz dura, violenta:

—Se burla de nosotros. Los peces no hablan. Rododendro es...

No le escucho. Comienzo a subir la escalera y crujen los pedaños. Siento, conmigo, el perfume de Alicia. ¿Dónde ha estado otra vez? Ha vivido a mi lado y lo recuerdo.

Entonces me abrazó la mecanógrafa y después fui libre: eso es.

—No le ha comprendido —murmura Alicia—. Hay hombres que no saben reír. Rododendro parece un pez y no una planta.

—Es un pez —repito— que habla a quien lo escucha.

Y subimos hasta mi puerta. Sonríe, ruega que bajemos, me habla del verano y de la alegría.

—Entremos —le digo—. Va a verlo como yo. Es un pez de madera; pero vive.

Alicia ríe con júbilo y calla de pronto, ante los barcos.

—¡Qué hermosos! —me dice—. ¡Cuántos hay! Oí hablar de ellos y nunca me atreví a pedirle que me dejara subir.

Cierro la puerta y me acerco a la botella que es como una redoma, señalándola. Después me aparto, porque ella se aproxima. Y la veo inclinarse delante de mí, para mirar a Rododendro que nos vigila con su ojo quieto.

Tiene los hombros menudos y la nuca blanca. Unos cabellos pequeños caen hacia los lados, y el perfume entra en mí suavemente.

Va a erguirse de nuevo, y será todo.

Cerrados los párpados, la beso. Cuando se vuelve y está hablándome, la beso en la boca. Su perfume baja por mi garganta y se anuda en mi pecho con lentitud, estremeciéndome.

La oigo reír y no sé qué palabras diría ahora. Aprieto los puños caídos; escucho una puerta que han cerrado, lejos; miro a Alicia que no se va.

—Es la palabra de cuatro letras que buscaba: ¡beso! —me dice entre la risa.

Entonces desaparece. Estoy solo de nuevo y tal vez pudiera llorar vuelto hacia el muro. Pero cierro la puerta y me quedo escuchando. Nada. La noche y los barcos, por todas partes, en sus botellas transparentes. Más allá, Rododendro, que ha juntado su ojo oscuro. Es hora de dormir. Somos viejos.

Mauricio Wacquez

Para Asunción, en Gantes

1

Le dijimos al Nacho que no viniera, que no valía la pena. Pero quién sabe qué le pasó por la cabeza mientras se tomaba la sopa que después dijo que iba a ir, que se aburría todo el domingo solo en la casa. La mami me miró y levantó una ceja: ¡Hacía tiempo que íbamos solas al Quisco! Desde que se murió mi papá, la mami no aguanta los domingos en Santiago, en la semana es distinto, ella va a la oficina, se acuesta temprano y lee la *Confidencia*. Pero los sábados nos vamos las dos a la costa, también porque hay que airear la casa, dice la mami que en el invierno se llena de humedad. Con el Nacho no se puede contar, ya nos hemos acostumbrado a no invitarlo. Incluso le decimos que no venga porque dice la mami que le conviene pololear con la Bernardita e irse a Pirque los fines de semana, que allá hay sol y aire para los pulmones; casi se muere junto con mi papá de la pleuresía que tuvo, estaba flaco y cadavérico, tres meses en cama también. Siempre el papá de la Bernardita lo pasa a buscar el sábado en la mañana y lo cuida como si fuera hijo suyo, pensará que es huérfano, el pobre. Esto no lo dice, es muy amable, una vez le trajo flores a la mami. Pero el sábado estábamos almorzando, creyendo que el Nacho ya se había ido en la mañana, cuando vimos abrirse la mampara y al Nacho entrar

como si nada. No hubo caso de sacarle una palabra. La Pancha le sirvió el almuerzo y mientras se tomaba la sopa dijo que iba al Quisco también. Yo pienso que lo que pensó la mami fue que se había peleado con la Bernardita, yo también lo pensé, por eso le dijimos que se quedara, para que se pusiera en la buena. Tomándose la sopa dijo simplemente que iba a ir y que ni una palabra más y cuando la mami se le acercó y le tomó la cabeza y lo besó le dijo ya señora, déjeme almorzar.

No entiendo la manera brusca de los hombres. La mami tan cariñosa con él y él casi la bota. Yo los miraba callada; me sentía muy contenta de que el Nacho fuera al Quisco. Con la mami hablo muchas cosas pero con él es distinto. A veces, durante el verano, cuando está de buenas y la mami le presta la citroneta los domingos por la mañana, vamos los dos a Algarrobo y nos encontramos con las niñas de mi colegio en el Yate y lo pasamos muy bien. La mami prefiere quedarse en la casa arreglando el jardín, se lo lleva plantando y cambiando las matas de un lado a otro. Se pone unos bluejeans viejos del Nacho y un pañuelo en la cabeza y no habla durante horas. Es ahí que le presta la citroneta. Yo sé que el Nacho me lleva porque soy yo la que conozco niñas en Algarrobo y también porque mi mamá lo obliga. Si no, no se la prestaría.

Estaba pensando en esto mirando comer al Nacho. Mi mamá se había ido a arreglar. Hacía lindo día, yo ya me estaba poniendo vestidos de verano.

—¿Peleaste con la Bernardita?

—No te metái en mis cosas, ¿quierís?

—¡Te preguntaba nomás!

—Bueno.

Yo no le tengo miedo al Nacho. Es pura pose. Me gusta pincharlo y que se enoje, se pone furia. Una vez casi me quiebra un plato en la cabeza. A propósito de lo mismo. Estábamos comiendo y le pregunté por qué no traía a la Bernardita a la casa, que a lo mejor no era cierto y no sé cuantas cosas más. Si la mami no lo ataja me mata. Pero yo sé que le quedó picando lo que le dije porque no me acuerdo de cuántos días después vino el papá de la Bernardita por

primera vez a pedirle permiso al Nacho para ir a Pirque. Tiene un auto fantástico, el papá de la Bernardita, ocupa casi toda la cuadra. Es bien buenmozo. La mami se quedó suspirando. Desde ese día vino todos los sábados, y al final ya no entraba. Cuando el Nacho no lo estaba esperando en el zaguán, tocaba la bocina dos veces; yo la sentía desde la cama, el sábado puedo levantarme tarde, no tengo colegio. Pero había veces en que el auto no llegaba a la hora y el Nacho se desesperaba, comenzaba a cerrar las puertas a golpazos hasta que la mami le pegaba un solo grito desde su pieza y él tenía que encerrarse a esperar en el escritorio.

La Bernardita debe tener mi edad. La otra vez le pillé una foto al Nacho mientras le arreglaba la ropa. Es linda, tiene el pelo lacio igual que el mío y parece que castaño. La Leonor me dijo que la había visto una vez en una fiesta.

Cuando el Nacho terminó de almorzar se levantó y se fue a su pieza. Yo me quedé un rato pensando en todas las cosas, sin ganas de ir a arreglar la maleta. La mami parece que ya había salido a revisar la citroneta y a comprar la carne para la semana. Me tendí un rato en el sofá del living, porque no daba más de flojera. Sentí andar al Nacho en su pieza. Ese día estaba de malas aunque nunca se sabe bien cuándo se le puede hablar o no. Es igual a mi papá. Claro que a veces, sobre todo los viernes, cuando se acerca el sábado y se va con el papá de la Bernardita, es más simpático, no siempre es plomo. ¡Pobre!, se mata estudiando, ahora que está repitiendo la mami le tiene prohibido llegar más allá de las nueve. El año pasado llegaba siempre tarde hasta que una noche entró a mi pieza mientras estaba durmiendo, completamente borracho, y me dijo no sé qué, yo estaba demasiado dormida, algo así como que lo fuera a acostar; y la mami lo sintió y vino y no pudo salir durante una semana. Esa noche el Nacho me dio miedo, cree que porque tiene dieciséis años puede hacer lo que quiere.

La mami volvió luego y me retó porque no había arreglado las cosas. Subí a la pieza del Nacho y le saqué ropa interior, camisa y pantalones del clóset. Estaba tendido boca abajo en la cama, estoy segura de que haciéndose el dormido. Le dije que se levantara, le

grité y cerré la puerta, es capaz de tirarme cualquier cosa por la cabeza. Bajé y la mami me gritó que íbamos a comer a las once de la noche si no nos apurábamos y que mañana no habría caso de hacer ninguna cosa.

—¡Nacho! ¡Nacho! —gritó por la escalera—. Baja y mira si me dejaron bien las luces del auto.

Ni una palabra. El Nacho parecía estar durmiendo en serio. La mami tuvo que subir. Cuando bajó me dijo:

—Está llorando. Pone tú las cosas en el auto. Yo voy a hablar con él.

Aunque parezca mentira, desde que se murió mi papá, la mami y yo nos sentimos mejor cuando el Nacho está en la casa. Si la mami prefiere que vaya a Pirque es porque piensa en su futuro, yo no me meto pero parece que los papás de la Bernardita son ricos, si no no tendrían el auto que tienen. Claro que cuando supe que el Nacho estaba llorando sentí una pena tremenda por él y mucha rabia por la Bernardita, por los papás y por Pirque. Me pareció que tenía que hacer todas las cosas en silencio como si hubiera algún enfermo. ¡Qué tonta soy!, me quedé parada mirando la escalera sin saber qué decir. Después salí al zaguán llevando las primeras cosas. La Pancha vino a ayudarme, entre las dos cargamos la citroneta. Cuando terminamos, nos sentamos en el asiento de atrás a esperar que ellos bajaran.

Me puse a pensar de nuevo en la Bernardita. No sé por qué me preocupaba tanto. A lo mejor porque me habría gustado pololear con alguien como el Nacho o simplemente pololear. Pero mi mamá no me da permiso, dice que cuando tenga catorce años. La Bernardita debe tener por ahí y pololea. En la foto se veía agrandada, como se pintan y se acortan el uniforme... Ahora debía haber peleado con el Nacho, por eso estaba llorando. Y yo que creí que el viaje iba a ser alegre. Estuvimos un buen rato, la Pancha y yo, sentadas esperando. Se me acalambraban las piernas y hacía calor. La Pancha sudaba y resoplaba por lo gorda que es, si casi no cabe en el asiento de atrás.

Primero llegó la mami sola, que hizo partir la citroneta, y después el Nacho. Estaba callado pero no lloraba, me daba no sé

qué mirarlo, no fuera a decirme cualquier cosa más encima con lo triste que estaba.

El viaje a la costa me lo conozco de memoria, podría cerrar los ojos y saber por dónde vamos. Al partir de Santiago siempre tomamos las mismas calles, no sé cómo se llaman, pero son las mismas siempre. Sé que pasamos por la Alameda y por el Parque Cousiño y que desde el camino se ven los aviones partir de los Cerrillos. La mami me lo dice siempre, quiere que me aprenda las calles para cuando maneje. Me acuerdo de que el sábado el Nacho y la mami llevaban las ventanas abiertas, pero que hacía mucho calor, más que todo por la Pancha que se me apretaba y no me dejaba respirar. De cuando en cuando la mami miraba al Nacho y le tomaba una mano, y aunque parezca raro, él no decía nada, no decía pesadeces. Al pasar Padre Hurtado, fue él el que miró a la mami y ella se rió. Paró la citroneta al lado del camino y el Nacho se cambió de asiento. Estoy segura de que la mami lo dejó manejar para que no estuviera triste, no le gusta que el Nacho maneje cuando hay mucho tráfico.

A mí me gusta que maneje, me parece que es el papi. Maneja muy bien. Claro que el auto del papi era fantástico, fue él el que le enseñó a manejar al Nacho. Me acuerdo de la primera vez, en ese mismo camino, que lo dejó manejar. La mami casi se baja y sigue a pie, no sabía que el papi ya le había enseñado algo. Casi se cae muerta. Después se acostumbró, también porque el Nacho comenzó a manejar mejor. Cuando el papi se murió el tío Lucho vendió el auto y le compró una citroneta a la mami. Dijo que gastaba menos.

Lo que más me gusta del camino es pasar a la Montina. Pero el sábado mi mamá dijo que estábamos atrasados y que si tomábamos la once llegaríamos muy tarde. Había que comprar leña, hacer las camas y encender la chimenea. Y la comida, claro. Parece que con el boche del Nacho salimos más tarde que de costumbre. Pero al pasar estaba lleno de autos, así es que no lo sentimos. Siempre que hay demasiada gente los mozos atienden mal y hay que esperar horas y horas para que sirvan la once.

Después de Melipilla, la mami le puso sus anteojos negros al Nacho por el sol en contra. Es la parte más cargante del camino, lleno de subidas y bajadas y todo seco y solo. La citroneta parece que anda apenas, no tiene nada de fuerza, y más encima con la Pancha y las cosas. Yo estaba tan apretada y tenía tanto calor, que me dio sueño. Las piernas se me habían dormido hacía mucho rato y poco a poco me dejé caer sobre la Pancha que levantó un brazo y me apoyó en el pecho. Me desperté al bajar la cuesta de San Sebastián. El mar desde arriba parece que no se mueve. Es increíble. Con el sol como estaba, no era azul, era plomo y brillante, parecía un cuadro.

## 2

Me moría de ganas de decirle al Nacho que fuéramos a Algarrobo el domingo por la mañana pero siempre que yo le pido algo me dice que no. No sé por qué es así, como si tuviera envidia de que las cosas no se le ocurran a él, es capaz de podrirse con tal de salir con la suya. Así es que me quedé callada, por último podía invitar a la mami si él no quería ir. Por tonto le pasa, ¿qué le cuesta decir las cosas claras? Todo porque es hombre cree que tiene que hacer lo mismo que hacía mi papá. Recién la mami lo había retado porque no quería ir a comprar leña. Yo estaba haciendo las camas y él rezongaba que si no hubiera venido nos habríamos arreglado sin él. No aguanta que lo manden. En cuanto llegamos se tendió en el living de la chimenea apagada y no se movió en todo el rato en que la mami con la Pancha sacaron las contraventanas y sacudieron los muebles. Cuando terminaron el aseo y se fueron a la cocina, él se quedó ahí, sin luz, sin moverse, como si estuviera enfermo de verdad. Yo ya había hecho la pieza de la mami y la mía, me faltaba la del Nacho, cuando le dijeron lo de la leña. Estaba segura de que iba a contestar que no lo jodieran, que mandaran a la Pancha, que estaba muy cansado. Pero la mami no tiene nada que ver, si se enoja es capaz de pegarle, el Nacho todavía le tiene miedo. Después de alegar un buen rato lo sentí subir la escalera y

entrar a la pieza. Creí que venía a encerrarse pero sacó la billetera y se fue sin decir nada.

Ya estaba bien oscuro cuando la mami me pidió que fuera a comprar pan, que se le había olvidado decirle al Nacho. Me dijo que si me apuraba podía volverme con él en la citroneta. Estoy viendo el camino de bajada que desemboca en la playa y la orilla iluminada del mar por donde se había puesto el sol. Me puse el montgomery que me trajo mi tía Amparo de Europa el año pasado y no tenía frío. Toda la gente dice que en la playa hace frío en las tardes. Lo que hay es viento, mucho más viento que en Santiago, es mejor no peinarse. Es rico sentir el viento en las orejas y en la frente que me da escalofríos, y caminar por las noches como cuando con el Nacho íbamos al teatro a Algarrobo y nos volvíamos a pie porque la mami ocupaba la citroneta. Era ahí que sentía el aire y la oscuridad alrededor y me gustaba saber que nadie nos veía y podía apoyarme en el brazo del Nacho sin que se enojara.

El Quisco es feo, a nadie le gusta. A mí sí. Desde que nací que no he ido a otra playa. Pero nunca he venido más que en estos meses desde que se murió mi papá. Claro que es más entretenido en el verano, la Semana Quisqueña es una de las mejores y se llena de gente. A la mami se le ocurre no dejarnos salir justo para la Semana cuando hay bailes, dice que está lleno de rotos y que se curan. Una vez nos arrancamos con el Nacho y no nos dejaron ir a la playa en varios días. ¡Pero lo pasamos más bien! Aparte de la gente del verano es la única vez que se ven caras nuevas, hay rotos, sí, pero es más entretenido que quedarse en la casa. En el invierno es triste, yo vengo sólo porque mi mamá quiere y no puedo quedarme sola en Santiago, ella no me dejaría. Lo único que está abierto hasta tarde es el Hotel Pacífico y la panadería y la garita de los buses. No hay nadie, es increíble; puros hombres que se paran en las veredas y toman vino y que cuando paso se quedan callados. A mí no me dan miedo los borrachos.

Ahora pienso que ese día no le hice caso a lo que le pasaba al Nacho. Al llegar al hotel, vi la citroneta parada con la parte de atrás llena de leña pero ni rastros de él. No me atrevía a entrar, así es

que miré por una de las ventanas haciéndome sombra con el bolso del pan. Él estaba de espaldas, apoyado en el bar, hablando por teléfono. No sé por qué me dio miedo, como si lo hubiera pillado leyendo una carta o haciendo pichí, sentí unas ganas tremendas de que no se diera cuenta que lo estaba mirando. Una es tonta a veces, lo más natural habría sido golpearle el vidrio y decirle que me esperara para irme con él en la citroneta.

Cuando volví de la panadería, el auto ya no estaba frente al hotel. Se me ocurrió que la mami se iba a preocupar al no verme llegar con el Nacho, por eso me apuré. Iba llegando a la puerta de la cocina y le oí decir a la Pancha que la comida estaba lista. Fui a lavarme las manos y en el baño me encontré con el Nacho. Me preguntó si me gustaría ir al otro día a Algarrobo y que le pidiera yo la citroneta a la mami. No me arrepiento de haberle dicho que sí; era lo que estaba esperando, tenía tantas ganas de ir con él al Yate al otro día.

### 3

Aunque la mami amaneció de malas, no me acuerdo bien qué le pasaba, me dijo que sí cuando le pedí permiso. Lo único que nos exigió al Nacho y a mí fue que la acompañáramos a misa, porque ese domingo se cumplían ocho meses desde que mi papá se murió. Por suerte que no se dio cuenta de que yo no me había acordado, qué terrible olvidarme todos los meses. Al principio no podía sacarme de la cabeza la cara de mi papi muerto, envuelto en la sábana en la clínica porque la mami no quiso vestirlo, sin afeitarse, espantoso, le dije a la mami que todo el mundo se fijaría. Me acuerdo de que en ese tiempo me juré que nunca lo olvidaría, que iría a la misa todos los meses, que le recordaría siempre a la mami. Por eso me da tanta vergüenza cuando se me pasa la fecha, ya no me dan ganas de hacer cosas, ni de ir a Algarrobo, y si fui, fue porque ya le había dicho al Nacho que iría.

Amaneció un día lindo, con un poco de viento. La Pancha me trajo el desayuno antes de las ocho y me abrió la ventana y los

cardenales de la quebrada me parecieron las flores más bonitas del mundo. La Pancha me preguntó qué vestido iba a ponerme y se lo llevó para plancharlo mientras yo me tomaba el café con leche. Antes de que se fuera le pregunté si el Nacho ya estaba en pie; me contestó que sí, que la mami lo había tenido que retar pero que ya se había levantado.

Fuimos a la misa los cuatro, y yo, la mami y la Pancha comulgamos. El Nacho no. Hace hartoo tiempo que no comulga ni se confiesa, desde que se salió del colegio y tuvieron que ponerlo en el Lastarria. Lo raro es que parece que en el liceo le va mucho mejor en los estudios, no sé por qué será, tiene unos compañeros más fomes pero buenas personas, ninguno estupendo, claro. Hay veces que los trae a la casa y se pasan conversando hasta tarde. Yo no puedo quedarme dormida oyéndolos caminar y discutir en la pieza de arriba. Una vez se me ocurrió preguntarles de qué hablaban y el Nacho me mandó a buena parte.

Fuimos a misa de nueve, la mami no quería encontrarse con todo el mundo en la de once. Es mucho mejor, el cura no predica y dura menos de media hora. Aunque yo quería concentrarme en mi papá, no podía, miraba al Nacho disimuladamente, no se había afeitado los pelos rubios que le salen en la pera, a contraluz de la puerta de la parroquia parecían hilos lacios que no fueran de él. Cuando salió la misa, pasamos a dejar a la mami a la casa y nos recomendó que no llegáramos tarde a almorzar, a las dos a más tardar, no quería irse tarde por el tráfico. Yo había pensado en lo bien que iba a pasarlo en Algarrobo pero no podía estar contenta, algo con el Nacho o la misa de mi papá me perseguía sin dejarme tranquila, me sentía más bien triste, tanto que el Nacho me preguntó y yo lo vi contento, él sí que iba contento.

#### 4

Me da lata contar lo que pasó después, sobre todo porque desde el domingo me siento distinta, como si tuviera fiebre, me cuesta recordar punto por punto las cosas que pasaron. No estoy

enamorada, la Leonor me dijo que sí cuando se lo conté, pero es un secreto a pesar de saber que nunca voy a pololear con él. Desde que llegamos no puedo dormir, pienso y pienso hasta que se lo conté a la Leonor, en el colegio, durante el recreo. A lo mejor creyó que me estaba cahiporreando, por eso no se lo conté todo, en realidad le conté todas las cosas al revés. Le dije que el papá de la Bernardita había venido a la casa del Quisco con el hermano de la Bernardita y no que nos habíamos encontrado con ellos en Algarrobo. Lo del hermano de la Bernardita también era mentira porque no era el hermano de la Bernardita pero como yo no sabía quién era le dije a la Leonor que era el hermano para que no preguntara tanto. El Nacho lo conocía sí. Y en vez de decirle que nos habíamos encontrado en el Yate a los dos tomando Coca-Cola, el papá de la Bernardita tan elegante con pañuelo al cuello y anteojos negros, le conté que habían pasado a la casa a saludar a la mami y a decirle al Nacho que la Bernardita estaba enferma. La conversación entre ellos tres, porque el papá de la Bernardita se paró cuando nos vio entrar y nos invitó a sentarnos a nosotros también, no se la conté. El Nacho estaba colorado como tomate y Marcos (¡qué raro!, le dije a la Leonor que se llamaba Pablo) lo miraba como con pena, y el papá de la Bernardita parecía otra persona, yo no sabía qué decir, me daba miedo, intranquilidad, hasta que Marcos se fijó en mí y me preguntó en qué colegio estaba, mientras el Nacho y el papá de la Bernardita se ponían a conversar de las lanchas que estaban paradas abajo en el muelle. A Marcos no podía hacerle caso, trataba de contestarle las preguntas y también de escuchar lo que los otros hablaban, no por curiosidad, pero Marcos me sonreía y poco a poco me fui olvidando y me pareció que por primera vez me tomaban como persona grande; me hubiera gustado quedarme un buen rato conversando con Marcos y almorzar ahí como lo hace la otra gente que no tiene que volver a su casa a almorzar. A la Leonor le conté que en el momento en que habían llegado el papá y el hermano de la Bernardita, la mami no estaba y que en realidad el papá había conversado con el Nacho, pero no en el Yate, en la terraza de la casa del Quisco y que el hermano me había convidado a conocer

el cerro que no lo conocía. No le conté que habíamos ido a andar en lancha, los dos solos, mientras el Nacho con el papá de la Bernardita iban a caminar por la playa, sin siquiera fijarse en nosotros. Todo lo demás se lo conté, incluso que se me había declarado para que me dejara besar. Había mucho sol y poco viento, me acordé de una película de la Sofía Loren, en una lancha, también con el pelo suelto, pero yo iba callada en el asiento del medio, mirando cómo Marcos manejaba, se parece a Anthony Perkins pero en rubio, con bluejeans y camisa celeste, es estupendo. Poco antes del rompeolas, de la línea de espuma que me da asco, Marcos me dijo que podía parar el motor y echarlo a andar de nuevo, se rió de mí cuando le dije que no teníamos remo si no partía y de repente todo se quedó en silencio y las olitas se oyeron golpeando contra la lancha. ¡Qué lindo se ve Algarrobo desde el mar!, eso es lo que eché de menos de contarle a la Leonor.

Marcos es lo más raro que he conocido, quiso besarme sí, pero yo no lo dejé, le dije que volviéramos porque el Nacho se iba a enojar, estaba entumida y después que me tomó la mano comencé a sentir un calor en la cara que me dio ganas de sacarme el chaleco, no me había fijado que él estaba quemado, que tenía el pecho mucho más blanco que la cara y una medalla con una cadenita, me daba vergüenza mirarlo. Poco a poco me comenzó lo que ni puedo dejar de pensar en estos días, unas ganas de besarlo, de que volviera a querer besarme, me fijé que él tenía el pelo igual al Nacho en la parte de atrás, y cuando me besó se me cayó un brazo por el lado de la lancha y sentí la espuma del rompeolas. Digo que Marcos es lo más raro que he conocido porque una sola vez me preguntó si quería pololear con él, cuando no quise besarlo, pero después que echó a andar el motor y nos alejamos un poco más de la costa se quedó callado sin mirarme, yo tampoco quería mirarlo, sentía que el corazón se me iba a salir por la boca, con la mano en el agua hacía saltar un chorrillo que me mojaba el chaleco. De repente se me ocurrió que al volver, Marcos iba a contarle todo al Nacho, me asusté porque es capaz de acusarme a la mami. Pensando en esto no me di cuenta de cuando volvimos, vi de repente el muelle y los

yates y al papá de la Bernardita que se estaba paseando solo por la playa, esperándonos, y me dio tanto miedo verlo como enojado, los anteojos negros y la chaqueta color barquillo, como si yo no existiera, fumando y mirando a Marcos, mirando a Marcos y fumando, que antes de que llegáramos a la orilla pegué un salto y metí todo un pie en el agua porque quería irme corriendo adonde estaba la citroneta, el Nacho ya podía haberse ido. Pero estaba adentro, con una mano en el volante y la otra tapándose los ojos. Al principio no me di cuenta de que estaba llorando y al verme salió y pegó un portazo, no supe qué decirle para que no me retara.

A la Leonor no pude contarle las cosas que sentí en el viaje de vuelta; el Nacho callado a mi lado, yo sin atreverme a preguntarle qué le pasaba, porque no podía abrir la boca, quería ver luego a la mami y a la Pancha, llegar a la casa para olvidarme de todo, sobre todo de la cara del papá de la Bernardita, tenía frío y toda la manga del chaleco mojada. Ahora me arrepiento de no haberle contado estas cosas a la Leonor, si pudiera contárselo de nuevo le diría la verdad, qué idiota fui.

**Eduardo Barrios** (1884-1963), fue uno de los escritores chilenos más populares y de mayor aprobación crítica durante la primera mitad del siglo pasado. Tras una accidentada existencia, que lo condujo a residir en Perú, Ecuador, Bolivia, Uruguay y Argentina, ejerciendo los más disímiles oficios —expedicionario, artista de circo, vendedor— logró, en 1909, ocupar un cargo en la Universidad de Chile. Desde 1910 se desempeñó como periodista y taquígrafo en la Cámara de Diputados e inició la publicación de dramas, cuentos y críticas de teatro. Su consagración se produjo en 1915 con la novela breve *El niño que enloqueció de amor*, reeditada en incontables oportunidades. *El hermano asno* (1922) mereció tres impresiones el mismo año de su aparición. *Un perdido* y *Gran señor y rajadiablos*, incluidas en las *Obras completas* que la editorial Zig-Zag publicó en vida del novelista (1962), honor que sólo merecieron Marta Brunet y Manuel Rojas, son considerados sus mejores títulos. El primero consiste en un profundo análisis psicológico y social, de amplias proporciones, centrado en la indagación de un caso patológico, en tanto el segundo contiene el estudio de la autodestrucción de las supervivencias feudales frente al avance de la modernidad. Barrios es uno de los autores nacionales más ambiciosos y heterogéneos: cultivó el cuento, la novela corta, la narración extensa que evolucionó a partir del costumbrismo épico, para alcanzar la pintura íntima de la clase media, el drama, el ensayo periodístico y otros géneros. Su contribución a la novelística chilena se caracterizó por el refinamiento del lenguaje literario y la sensibilidad poética, rasgos que lo convirtieron en un precursor de la narrativa actual. En 1946 recibió el Premio Nacional de Literatura.

**Marta Blanco** (1936) ha sido una destacada periodista y mujer de letras, con una carrera prosística de escasos y distanciados libros. A *La generación de las hojas* (1966) le siguió el libro de cuentos *Todo es mentira y Entrevistos*,

recopilación de entrevistas realizadas entre 1987 y 1988. En 1995 publicó *Para la mano izquierda*, de donde seleccionamos el encantador relato que se incorpora a esta antología. Sin embargo, la aparición de *Maradentro* (1997), un texto inclasificable, imposible de definir o categorizar, de belleza arrasadora y elegíaca, con una densidad y fuerza estilísticas que convierten la obra —una contenida y lírica evocación del hijo fallecido— en una experiencia vital y sobrecogedora, marcó un antes y un después en la producción de Blanco. Ese volumen, con justicia, permaneció durante muchos meses como el más leído en Chile. En 2002, Marta Blanco escribió *La emperrada*, otra novela de gran calidad, basada en la figura de Constanza von Nordenflycht, la cual, pese a ser de valor similar a *Maradentro*, y aunque obtuvo éxito de crítica unánime, no consiguió la misma suerte con el grueso público lector.

**Marta Brunet** (1901-1967) tuvo la merecida suerte de contar con un campeón de su obra en la persona de Hernán Díaz Arrieta —Alone—, quien prologó, en 1961, una edición de sus *Obras completas*. El gran crítico descubrió en seguida la extraordinaria riqueza de lenguaje, la imaginación superior, la visión desprejuiciada y realista, pero no por ello exenta de riqueza poética, en la autora de *Montaña adentro*, *Humo hacia el sur*, *Bestia dañina* y *María Nadie*. En esos y otros textos, Alone vio a una escritora de primera clase, de maravillosa claridad mental, dotada de una pasión similar a la de Gabriela Mistral, sea “dentro de un paisaje de fuego” o “circundado por la ironía campestre, por la malicia popular y su vieja sabiduría”. En 1961, Marta Brunet obtuvo el Premio Nacional de Literatura.

**Jaime Collyer** (1955), además de ser, muy probablemente, el inventor del término “nueva narrativa chilena”, para referirse a la plétora de prosistas que surgió a comienzos de la década pasada, ha sido también el más destacado portavoz de este fenómeno. La notable novela *El infiltrado* (1989), en gran medida, inauguró el movimiento (si es que, a estas alturas, puede hablarse de tal). Le siguieron *Gente al acecho* (1992), brillante colección de cuentos, la novela *Cien pájaros volando* (1995), con menos éxito de crítica y *La bestia en casa* (1999), donde volvió a demostrar sus excepcionales dotes en el género breve: un estilo seguro y refinado, un rango temático superior y una capacidad fabuladora que lo sitúa por encima de la mayoría de los escritores de su generación. Aunque aún sea demasiado temprano para emitir juicios en torno a Collyer, indudablemente su primera novela sigue manteniendo vigencia y puede afirmarse, con certeza, que sus dos excelentes libros de cuentos continuarán leyéndose. En 2005 publicó *La voz del amo*, su tercer volumen al género breve.

**Francisco Coloane** (1910) es el autor de la que, posiblemente, sea la más emocionante historia de aventuras para jóvenes (y también para adultos) publicada en nuestro país: *El último grumete de la Baquedano*. En 1948, obtuvo el Premio del Cuarto Centenario por la colección de cuentos *Cabo de*

*Hornos. Golfo de Penas y Tierra del Fuego* completan la obra de este narrador que, con justicia, es uno de los más populares del país. En 1964 se le concedió el Premio Nacional de Literatura y en 1999, la Editorial Alfaguara lanzó, en un solo volumen, sus *Cuentos completos*.

**Gonzalo Contreras** (1958) publicó, en 1985, *La danza ejecutada*, colección de cuentos que anunciaba a un estilista de elevada estirpe. *La ciudad anterior* (1991), su primera novela, recibió una triunfal acogida de la crítica y del público y seguramente será recordada como una de las obras más perfectas y hermosas de la última década del siglo pasado. Le siguieron *El nadador* y *El gran mal*, así como *Los indicados*, una segunda compilación de historias cortas, títulos en los que mantuvo el nivel de su extraordinario relato novelesco inaugural, pero que no lograron concitar el mismo interés. En 2004 apareció *La ley natural*, su cuarta novela.

**Adolfo Couve** (1940-1998) fue, además de escritor, un destacado pintor y tanto en la plástica como en la literatura ha sido un caso aislado, singular, propio, al margen de las modas, las tendencias e incluso, en el terreno prosístico, parecería que indiferente a los gustos de la mayoría del público lector. *El picadero* (1974), *El tren de cuerda* (1976), *La lección de pintura* (1979) y *El pasaje* (1989), jalonan una carrera de novelas cortas donde nada sobra y la belleza y precisión del estilo son, a veces, asombrosas. En 1995, *La comedia del arte* logró un éxito de público que el autor no había conocido con ninguna primera edición. *Cuando pienso en mi falta de cabeza* vio la luz, en forma póstuma, en el año 2000.

**Poli Délano** (1936) es uno de los escritores más productivos de Chile y desde su primer libro —*Gente solitaria* (1960)—, no ha dejado de publicar. Tiene a su haber más de veinte novelas y es probable que *En este lugar sagrado* y *Piano-bar de solitarios*, resistan bien el paso del tiempo. Con todo, la narración mediana o concisa parece mucho más afín al estilo coloquial y culto del prosista.

Recientemente, la editorial Mondadori lanzó, bajo el título *Rompiendo las reglas*, subtitulada "Cuentos casi completos", gran parte de su obra en el género corto, repartida por muchas colecciones dispersas en los últimos cuarenta años. De este volumen elegimos la horripilante historia "Adivinanzas", por constituir una de las pocas incursiones felices, de algún escritor nacional, en el cuento policial, y por la maestría demostrada en el tratamiento del tema, el cual nunca se le escapa de las manos y nunca llega a la exageración gratuita. Estos rasgos —crudeza medida, una dosis adecuada de elementos sorpresivos y un estilo suelto, cómodo, reconcentrado— son patentes en, a lo menos, una quincena de relatos breves de Poli Délano.

**Augusto D'Halmar** (1882-1950) fue hijo natural de Augusto Goemine, comerciante de origen francés y de una señorita Thomson, hermana de

un oficial de la Marina chilena. Durante muchos años, firmó "Augusto G. Thomson", hasta adoptar su seudónimo definitivo en 1914. En 1902, publicó *Juana Lucero*, una de las cumbres del naturalismo chileno. Hacia 1904, organizó, junto a Fernando Santiván y el pintor Julio Ortiz de Zárate, la llamada Colonia Tolstoyana. Desde 1905, comenzó a colaborar con cuentos en la revista *Zig-Zag* (en 1906 publicó el relato "En provincia", escogido para esta compilación). En 1907 fue designado cónsul general en Calcuta, India, pero, afectado de paludismo durante el viaje, debió ser trasladado a Eten, Perú, donde residió ocho años. En 1914, bajo el nombre de pluma por el que sería conocido en adelante, apareció *La lámpara en el molino*. En 1917, el grupo Los Diez editó *Gatita* y en 1918, apareció, en Barcelona, *Nirvana*, libro de viajes. Desde fines de 1918, vivió en París y luego en Madrid, regresando a Chile en 1934. Su copiosa obra culminó con la extensa y audaz novela *Pasión y muerte del cura Deusto* que, para Alone, es una narración capital de las letras nacionales. El prestigio de Augusto D'Halmar alcanzó tal nivel, durante la primera mitad del siglo pasado, que, en 1942, se instituyó el Premio Nacional de Literatura con el objetivo de rendir homenaje a su vasta producción. Hernán Díaz Arrieta lo llamó "el primer escritor chileno del medio siglo" y en 1963, lo incluyó en su último libro *Los cuatro grandes de la literatura chilena durante el siglo XX* (junto a Pedro Prado, Gabriela Mistral y Pablo Neruda).

**José Donoso** (1924-1996) es uno de los máximos exponentes del género novelístico en Chile y un ejemplo de inquebrantable vocación literaria. Irregular, a veces excelente y estremecedor, en ocasiones algo confuso o divagatorio, Donoso dista de ser un narrador consumado, aun cuando legó notables obras: *Coronación* (1957), su primera novela, llevada al teatro y al cine y para algunos no superada, *El lugar sin límites* (1967), *El obscuro pájaro de la noche* (1971), *Casa de campo* (1978) y una vasta colección de novelas, nouvelles y cuentos, muchos de gran oficio, donde se nota el dominio estilístico adquirido a lo largo de toda una vida dedicada a la escritura. *Donde van a morir los elefantes*, el último título que Donoso vio publicado en vida, logró un sorprendente éxito, a pesar de ser una ficción de dudoso valor. Pero la siniestra narración *El mocho*, editada tras su muerte, sin poder calificarse entre lo mejor que este autor concibió, vuelve a reivindicarlo como una figura central en la narrativa moderna chilena. En 1992, obtuvo el Premio Nacional de Literatura.

**Jorge Edwards** (1931) es otro ejemplo de vocación por las letras sostenida, cosmopolita y crecientemente madurada, durante una carrera prosística que se extiende por cuarenta años. *Gente de la ciudad* (1961) y *El patio* (1962) fueron sus volúmenes iniciales de cuentos, siguiéndoles *El peso de la noche* (1965), la primera y una de las mejores novelas que ha escrito. *Persona non grata* y *Adiós, poeta*, extensas crónicas con fuertes elementos autobiográficos, fueron objeto de una dosis de controversia, pero constituyen muestras de lo que los angloamericanos llaman el "ensayo personal", poco practicado en nuestro

medio. *El museo de cera*, *Los convidados de piedra*, *El anfitrión*, *Fantasmas de carne y hueso* y *El sueño de la historia*, su narración más compleja hasta la fecha, son algunos de sus textos con mayor peso literario. La producción de este autor no es pareja y a veces cae en cierto facilismo verbal o en descuidos, tal vez debidos a su presencia constante en los medios. Y la crítica hacia su obra no ha sido siempre favorable, aun cuando, sin lugar a dudas, es uno de los escritores chilenos con mayor presencia internacional. Jorge Edwards obtuvo el Premio Nacional de Literatura en 1994 y ha sido el único chileno galardonado, en el año 2000, con el Premio Cervantes de Literatura.

**Alberto Fuguet** (1964) se dio a conocer, primero como crítico de cine y también como periodista de diversos medios, antes de irrumpir, en 1990, con *Sobredosis*, colección de cinco relatos, que obtuvo en el país un éxito de público sin precedentes en los últimos tiempos en cuanto a la lectura del género cuentístico. Dicho libro alcanzó, a lo menos, unas diez ediciones a comienzos de los años noventa. *Mala onda* (1991), su primera novela, impactó de igual forma, revelando a un creador genuino, con una de las prosas más originales y vívidas de la narrativa chilena actual. Aunque hubo controversia en la crítica con respecto a esta obra, el estilo y el lenguaje de Fuguet, con mucha influencia, es verdad, de cierta narrativa norteamericana del presente, son absolutamente propios, irrepetibles, imposibles de imitar. Leídos diez años después de su aparición, tanto los cuentos, como la novela inaugural de este escritor, conservan la misma garra y lozanía, sin parecer, en absoluto, meros relatos de época. *Por favor rebobinar* (1994), continuó en la misma vena y *Tinta roja* (1996), que marcó un giro en las preocupaciones y temas del autor, es, tal vez, el mejor libro que ha escrito, aun cuando, paradójicamente, no tuvo tanto éxito como sus primeros títulos. En la actual década, ha publicado la novela *Las películas de mi vida* y el volumen de cuentos *Cortos*.

**Federico Gana** (1867-1926). Abogado de profesión, Gana colaboró, desde joven, en distintos medios como *Zig-Zag*, *El Mes Literario*, *La Nación* y otros. En 1916, publicó *Días de campo*, donde pone de manifiesto la prosa límpida, directa, accesible, que sería una característica fundamental del conjunto de su obra. En esos relatos de poca extensión, Gana se distancia del descriptivismo paisajista y el recargamiento, dominantes en su época, abriéndose paso como uno de los pocos cuentistas natos del medio rural. En 1926, se publicaron sus *Cuentos completos* y en 1960, la Editorial Nascimento reunió las *Obras completas* del autor, en un volumen.

**Claudio Giaconi** (1927-2007) es uno de los mejores exponentes de la llamada Generación del 50. En 1954, publicó *La difícil juventud*, novela corta que le valió el Premio Municipal de ese año. Luego escribió *Amanecer en el puerto* (1958), *El sueño de Amadeo* (1959) y *Un hombre en la trampa* (1960), una insólita —y excelente— biografía del escritor ruso Nicolai Gogol. En 1964 editó el cuento *El cerco* y en 1985 dio a conocer el volumen de poesía

*El derrumbe de Occidente*. En 1997, Editorial Sudamericana reunió todos sus relatos bajo el título *La difícil juventud*.

**José Santos González Vera** (1897-1970) ingresó al actual Liceo Valentín Letelier, pero se retiró en Primer Año de Humanidades, desempeñando, a continuación, los más diversos oficios: mozo, aprendiz de pintor, lustrabotas, ayudante de bibliotecario en el Club de Señoras, vendedor de la revista *Selva Lírica*, cobrador de tranvía, etc. Los ambientes de sus libros son fruto indudable de esta pintoresca existencia. Desde muy joven escribió en numerosas publicaciones anarquistas y comunistas y su matrimonio con la insigne educadora María Marchant, ayudó a cimentar una vocación literaria en ciernes. La prosa de González Vera ha sido calificada por la crítica nacional —desde Alone a Ignacio Valente, desde Ricardo Latcham a Hernán del Solar— como un prodigio de discreción y sensibilidad, un modelo insuperable del tono menor, un paradigma de lo mucho que se puede decir, diciendo poco. La obra de González Vera es, además, escasa en términos numéricos, pero logró en vida un reconocimiento que se tradujo, incluso, en la concesión del Premio Nacional de Literatura en 1950. *Vidas mínimas* (1923), *Alhué* (1928), *Cuando era muchacho* (1951) y *Necesidad de compañía* (1968), más algunos ensayos y otras prosas, le aseguran un lugar permanente en la literatura chilena.

**Carlos Iturra** (1956) publicó *Otros cuentos* (1989), la brillante novela *Por arte de magia* (1995), *¿La convicción o la duda? Aforismos bajo sospecha* (1997) y *Paisaje masculino* (1998), selección de relatos en que el tema central, tratado con elegancia y gran bagaje literario, es el de las relaciones amorosas entre hombres (o entre mujeres). Iturra ha sido editor de la revista literaria *Reseña*, es colaborador de diferentes medios y ha ejercido la crítica cultural en varias publicaciones. En 2006 fue editada *Pretérito presente*, colección de cuentos que lo confirma como uno de los mejores artifices de este género en Chile.

**Marta Jara** (1922-1972). Tras estudiar en las Monjas Salesianas y del Sagrado Corazón, continuó después en el Liceo de Niñas de Talca y finalizó su educación media en el Liceo N° 1 de Niñas de Santiago. La futura escritora se desempeñó en variados empleos, poco comunes para las mujeres de su época: chofer de taxi, administradora de un fundo en Alhué, empleada de comercio, etc. Entre 1949 y 1951 vivió en Europa, principalmente en Italia, donde, en Roma, nació su único hijo, Pablo Longone. De regreso en el país, trabajó en la publicidad de la revista *Gaceta de Chile*, creada y dirigida por Pablo Neruda. La limitada obra de Marta Jara es inclasificable, porque, si bien la influencia de la novela norteamericana es evidente —sobre todo William Faulkner—, el paisaje y la vida campesina la atrajeron hasta el punto de irse a vivir a Chiloé, para escribir *Surazo*, obra que, en 1962, obtuvo el Premio Alerce de la Sociedad de Escritores de Chile (SECH) y el Municipal de Santiago. Antes de esta novela, había creado, en 1949, *El vaquero de Dios*. Indudablemente, es una de las autoras más originales de su generación, a

pesar de no haber publicado más de tres obras, ya que falleció trágicamente a los 51 años.

**Fernando Josseau** (1924) es autor de las obras de teatro *El estafador Renato Kauf... (?)*, *La mano y la gallina*, *La torre de marfil* y, sobre todo, *El prestamista* (1956), monólogo dramático que dio la vuelta al mundo en la electrizante interpretación de Raúl Montenegro y deleitó a dos generaciones de amantes de las tablas. Además, ha publicado las ficciones en prosa *Chez Pavez*, por la cual Ignacio Valente exclamó que era un excelente narrador y *La posada de la calle Lancaster* (1994), colección de relatos cortos acreedora del Premio Municipal de ese año.

**Baldomero Lillo** (1867-1923). *Sub terra* y *Sub sole* (1904 y 1907, respectivamente) inauguran el relato social en Chile, pero sería muy fácil y engañoso encasillar a Lillo como un narrador que basó su obra en la denuncia de las terribles condiciones de vida de los mineros del carbón y sus familias. Aunque la visión de este artista es un tanto circular, fatalista, tétrica, su prosa, atravesada de ráfagas líricas e intensas y provocativas figuras literarias, redime el material, transformándolo en historias inolvidables. Raúl Silva Castro, un crítico perspicaz, pero que no mostró refinamiento ni gracia, es decir, no juntaba demasiado bien las palabras, reprocha a Lillo las carencias de su estilo. Y lo que a Baldomero Lillo le sobra es justamente eso, un estilo exímio, personalísimo, superlativo. En su caso, los excesos son justificados y las exageraciones no sólo están al servicio de una noble causa, sino también al de excepcionales cuentos. Si se continúa leyendo literatura chilena en cien años más, con certeza *Sub terra* y *Sub sole* seguirán siendo textos indispensables.

**Enrique Lihn** (1929-1988) es uno de los poetas chilenos esenciales del siglo pasado y *Poesía de paso*, *La pieza oscura* y *La musicuilla de las pobres esferas* son textos básicos para comprender el desarrollo de la lírica moderna en nuestro país. Pero Lihn fue tan multifacético y proteico como artista, que resulta imposible clasificarlo sólo como un gran bardo. Entre sus narraciones destacan *Agua de arroz* (1964), *Batman en Chile* (1971), *La orquesta de cristal* (1976) y *La república independiente de Miranda* (1989), volumen póstumo de cuentos.

**Rafael Maluenda** (1885-1963) inició su carrera a los 19 años, al publicar, en el diario *La Ley*, una crítica a *Sub terra*, de Baldomero Lillo. Poco después escribiría su primer cuento e iniciaría estudios de Arquitectura, los que abandonó tras la muerte de su madre, para dedicarse a las letras. Colaboró en *Zig-Zag*, *El Diario Ilustrado* y fundó *El Día*, de Chillán. Desde 1946 hasta su muerte, fue director de *El Mercurio*. En 1954, obtuvo el Premio Nacional de Periodismo y es uno de los pocos casos, en nuestra literatura, cuya obra de creación no sufrió detrimento con la entrega del escritor al periodismo. Su producción es extensa y abarca el cuento, el drama, la novela, el ensayo.

Al iniciarse como narrador, Maluenda demostró independencia frente al criollismo. En la colección *Los ciegos*, de 1913, y la pieza teatral *La suerte*, estrenada en 1911, el ambiente es campesino, pero a partir de 1920, los textos del autor se centran en motivos urbanos: *La señorita Ana* (1920), *Confesiones de una profesora* (1927) y *Colmena urbana* (1937). Sus últimas novelas —*Armiño negro*, de 1942, y *Vampiro de trapo*, de 1958— son complejas tramas que reflejan la crisis de la clase media chilena y el estado cultural de la primera mitad del siglo pasado.

**Germán Marín** (1934) publicó, en 1973, *Fuegos artificiales*, novela que, bajo el sello de la Editorial Quimantú, fue incautada tras el golpe militar. Sin embargo, la carrera de Marín comenzó a consolidarse a partir de la trilogía iniciada con *Círculo vicioso* (1995) y continuada dos años después con *Cien águilas*, títulos en los cuales se revela como un prosista en la plenitud de sus poderes: absorbente, denso pero desenvuelto y dueño de una técnica segura, sin perder nunca de vista la historia central. *El palacio de la risa*, *Ídola* y el volumen de relatos *Conversaciones para solitarios* (1999), lo han confirmado como uno de los narradores más sólidos de la actualidad. En 2003 finalizó su trilogía *Un animal mudo levanta la vista*, con la inaudita y excepcional novela *Cartago*. Y en 2005 coronó la serie *Historia de una absolución familiar* con *La ola muerta*, quizás su mejor ficción hasta la fecha, y, por cierto, la novela chilena más sobresaliente en lo que va corrido de esta década.

**Ana María del Río** (1948) es una de las autoras más dotadas y productivas de la actual promoción de escritores que publica en Chile. *Óxido de Carmen* y *Entre paréntesis*, revelaron, en la década de 1980, a una prosista de fuste, gran talento e increíble —y peligrosa— facilidad para escribir. *Tiempo que ladra* (1994) es, probablemente, su mejor libro, honor que también podría compartir *Siete días de la Señora K.*, una muy bien redondeada novela corta. *De golpe*, *Amalia en el umbral*, *A tango abierto* y *La esfera media del aire* son otros de sus títulos.

**Francisco Rivas** (1943), profesor de Neurocirugía y Filosofía Antigua en la Universidad de Chile, ex embajador de nuestro país en Canadá, ha publicado varias novelas, destacando *El informe Mancini*, *Martes tristes*, *Todos los días un circo* y *Una historia al margen*. No obstante, parece que su mayor talento reside en el género breve, como lo prueba la colección de cuentos *El banquete* (1992), de la cual hemos extraído, precisamente, la historia que da título a ese volumen.

**Antonio Skármeta** (1940) se dio a conocer en 1967 con el libro de cuentos *El entusiasmo*, que obtuvo un inmediato reconocimiento de la crítica y fue un éxito editorial. Skármeta es otro autor inclasificable: novelista, dramaturgo, guionista cinematográfico, adaptador de textos, personalidad televisiva, han sido tan sólo ciertas de sus facetas creadoras, entre otro sinfín de actividades, tanto literarias como extraliterarias. *Soñé que la nieve ardía*, *Matchball*, *La insurrección*,

*Ardiente paciencia*, son algunas de sus obras más conocidas. *La boda del poeta* (1999), fue un rotundo éxito de ventas, si bien la crítica reaccionó en forma algo contradictoria con respecto a ese relato. Sus últimas novelas publicadas son *La chica del trombón* (2001) y *El baile de la victoria* (2003), que obtuvo el Premio Planeta de ese año.

**Hernán del Solar** (1901-1985), quien obtuvo el Premio Nacional de Literatura en 1968, ejerció la crítica literaria en las revistas *Ercilla*, *Pro Arte* y *Atenea*, entre otras, y en los diarios *La Nación*, *El Debate* y *El Mercurio*, durante varias décadas, caracterizándose siempre por la gran benevolencia de sus juicios, pues jamás opinó negativamente sobre un libro y siempre se las ingenió para encontrar méritos hasta en textos decididamente mediocres o malos. Por eso, ha pasado a la historia literaria chilena como el único crítico que careció de enemigos. Pero, desde muy temprano, tuvo una vocación por la literatura de la imaginación, manifestada ya en la enseñanza secundaria con una activa creación poética. A los diecinueve años, fue redactor de la revista *Zig-Zag* y en 1928, fundó la revista *Letras*, en colaboración con Salvador Reyes, Luis Enrique Délano, Ángel Cruchaga Santa María y Manuel Eduardo Hübner. Desde 1932, se desempeñó como traductor de autores norteamericanos, ingleses, franceses, italianos y alemanes, para las editoriales *Zig-Zag* y *Ercilla*, pues dominaba siete idiomas. Así, dio a conocer en Chile a Stefan Zweig, Thomas Mann, André Maurois, Blaise Cendrars, Zilahy Lajos y muchos más. En 1940, apareció *Viento verde*, su primera colección de cuentos. En 1946, fundó, con el escritor catalán Francisco Trabal, la Editorial Rapa Nui, destinada exclusivamente a la publicación de libros para niños; cuarenta y siete de estos volúmenes son de su autoría. En 1950, publicó el cuento "Rododendro", que hemos seleccionado para la presente antología.

**Mauricio Wacquez** (1939-2000) se inició en las letras nacionales con la excepcional novela *Toda la luz del mediodía* (Santiago, 1967), pero el resto de su obra fue publicada en el extranjero y sólo en fecha reciente se ha reeditado en Chile. El volumen de relatos *Excesos* (1971; 2005) ya anuncia el brillo de sus intuiciones literarias y la belleza de su prosa, que estallarán en *Frente a un hombre armado* (1981; 2003), la mejor ficción de Wacquez y una de las cimas del género novelístico chileno. Concebida en un estilo hipnótico, la historia elude el esquema témporo-espacial, cambia el punto de vista narrativo, altera la posición del hablante, abarcando un período de dos siglos para describir la epopeya de Jean de Warni o Juan Guarní, un individuo que establece gloriosamente su diferencia, emprende un viaje interior en el cual el retorno es imposible y rompe los esquemas de género y del poder político y social de su grupo familiar. *Epifanía de una sombra* (2000), primera parte de una trilogía inconclusa, apareció el mismo día de la muerte de Wacquez.

## FUENTES

1. "¡Pobre feo!", Eduardo Barrios, *Antología del cuento chileno*, Publicaciones del Instituto de Literatura Chilena, Universidad de Chile, Santiago, 1963.
2. "Iniquidades de Chu Yuan", Marta Blanco, *Para la mano izquierda*, Caos Ediciones, Santiago, 1995.
3. "Juancho", Marta Brunet, *Obras completas*, Zig-Zag, Santiago, 1963.
4. "Últimos días de nuestro vecino", Jaime Collyer, *Gente al acecho*, Editorial Planeta, Santiago, 1992.
5. "La gallina de los huevos de luz", Francisco Coloane, *Cuentos completos*, Editorial Alfaguara, Santiago, 1999.
6. "¡Oh!, colibri", Gonzalo Contreras, *La danza ejecutada*, Editorial Planeta, Santiago, 1993.
7. *El cumpleaños del señor Balande*, Adolfo Couve, Editorial Universitaria, Santiago, 1991.
8. "Adivinanzas", Poli Délano, *Rompiendo las reglas. Cuentos casi completos*, Editorial Grijalbo, México D.F., 2001.
9. "En provincia", Augusto D'Halmar, *Antología del cuento chileno*, Publicaciones del Instituto de Literatura Chilena, Universidad de Chile, Santiago, 1963.
10. "El hombrecito", José Donoso, *Cuentos*, Editorial Seix Barral, Barcelona, 1971.
11. "Cumpleaños feliz", Jorge Edwards, *Fantasma de carne y hueso*, Editorial Sudamericana, Santiago, 1992.
12. "Pelando a Rocío", Alberto Fuguet, *Sobredosis*, Suma de Letras, Santiago, 2002.
13. "La señora", Federico Gana, *Antología del cuento chileno*, Publicaciones del Instituto de Literatura Chilena, Universidad de Chile, Santiago, 1963.

14. "El conferenciante", Claudio Giaconi, *La difícil juventud*, Editorial Sudamericana, Santiago, 1997.
15. "Necesidad de compañía", José Santos González Vera, *Necesidad de compañía y otros relatos*, Editorial Nascimento, Santiago, 1968.
16. "Carta al papá", Carlos Iturra, *Paisaje masculino*, Editorial Sudamericana, Santiago, 1998.
17. "La camarera", Marta Jara, *Antología del cuento chileno*, Publicaciones del Instituto de Literatura Chilena, Universidad de Chile, Santiago, 1963. Este relato fue seleccionado en el concurso organizado por *El Mercurio*, en 1956; en noviembre de aquel año, apareció en ese diario. La versión de los compiladores de la citada antología proviene de tal fuente.
18. "El prisionero", Fernando Josseau, *La posada de la calle Lancaster*, Editorial Los Andes, Santiago, 1994.
19. "Para Eva", Enrique Lihn, *La república independiente de Miranda*, Editorial Sudamericana, Santiago, 1989.
20. "Los inválidos", Baldomero Lillo, *Obras completas*, Editorial Nascimento, Santiago, 1968. "Para Eva", Enrique Lihn, *La república independiente de Miranda*, Editorial Sudamericana, Santiago, 1989.
21. "Eloisa", Rafael Maluenda, *Antología del cuento chileno*, Publicaciones del Instituto de Literatura Chilena, Universidad de Chile, Santiago, 1963.
22. "Las viejas compasiones", Germán Marín, *Conversaciones para solitarios*, Editorial Sudamericana, Santiago, 1999.
23. "Pandora", Ana María del Río, *Siete días de la señora K.*, Editorial Seix Barral, Buenos Aires, 1996.
24. *El banquete*, Francisco Rivas, Editorial Pehuén, Santiago, 1992.
25. "Entre todas las cosas lo primero es el mar", Antonio Skármeta, *El entusiasmo*, Editorial Zig-Zag, Santiago, 1967.
26. "Rododendro", Hernán del Solar, *Antología del cuento chileno*, Publicaciones del Instituto de Literatura Chilena, Universidad de Chile, Santiago, 1963.
27. "El papá de la Bernardita", Mauricio Wacquez, *Excesos*, Editorial Sudamericana, Santiago, 2005.

## ÍNDICE

PREFACIO A LA TERCERA EDICIÓN .....	7
AGRADECIMIENTOS .....	11
PRÓLOGO .....	13
¡POBRE FEO! / Eduardo Barrios .....	23
INIQUIDADES DE CHU YUAN / Marta Blanco .....	37
JUANCHO / Marta Brunet .....	42
ÚLTIMOS DÍAS DE NUESTRO VECINO / Jaime Collyer .....	48
LA GALLINA DE LOS HUEVOS DE LUZ / Francisco Coloane .....	55
¡OH!, COLIBRÍ / Gonzalo Contreras .....	62
EL CUMPLEAÑOS DEL SEÑOR BALANDE / Adolfo Couve .....	70
ADIVINANZAS / Poli Délano .....	82
EN PROVINCIA / Augusto D'Halmar .....	89
EL HOMBRECITO / José Donoso .....	99
CUMPLEAÑOS FELIZ / Jorge Edwards .....	111
PELANDO A ROCÍO / Alberto Fuguet .....	125
LA SEÑORA / Federico Gana .....	146
EL CONFERENCIANTE / Claudio Giaconí .....	153
NECESIDAD DE COMPAÑÍA / José Santos González Vera .....	164
CARTA AL PAPÁ / Carlos Iturra .....	170
LA CAMARERA / Marta Jara .....	190

EL PRISIONERO / Fernando Josseau .....	205
PARA EVA / Enrique Lihn .....	217
LOS INVÁLIDOS / Baldomero Lillo .....	226
ELOÍSA / Rafael Maluenda .....	234
LAS VIEJAS COMPASIONES / Germán Marín .....	248
PANDORA / Ana María del Río .....	263
EL BANQUETE / Francisco Rivas .....	273
ENTRE TODAS LAS COSAS LO PRIMERO	
ES EL MAR / Antonio Skármeta .....	279
RODODENDRO / Hernán del Solar .....	287
EL PAPÁ DE LA BERNARDITA / Mauricio Wacquez .....	297
 BIOGRAFÍAS .....	 309
 FUENTES .....	 318

## Literatura Mondadori

Trama y urdimbre  
MATÍAS CELEDÓN

Basuras de Shanghai  
GERMÁN MARÍN

La teleserie eterna  
DARÍO OSES

# GRANDES CUENTOS CHILENOS DEL SIGLO XX

Camilo Marks (Compilador)

Es posible afirmar que, a lo largo del siglo veinte chileno, existe más de un puñado de cuentos que sobrevivirán el paso del tiempo, como lo demuestra esta selección ecléctica, libre, en cuyas páginas confluyen las corrientes literarias más contradictorias y dispares.

Campo y ciudad, cosmopolitismo y provincianismo, tradición y modernidad, experimento y trama lineal, coloquialismo y escritura consuetudinaria, se dan la mano en una obra que contiene los aspectos más representativos del género cuentístico en Chile. Además, en esta antología, el crítico Camilo Marks ha rescatado textos poco editados o injustamente olvidados, configurando así un panorama misceláneo, atractivo para el lector actual, que lo invita a conocer o a reencontrarse con la literatura chilena de ayer y hoy.

NARRATIVAS / Antología

Impreso en Chile

